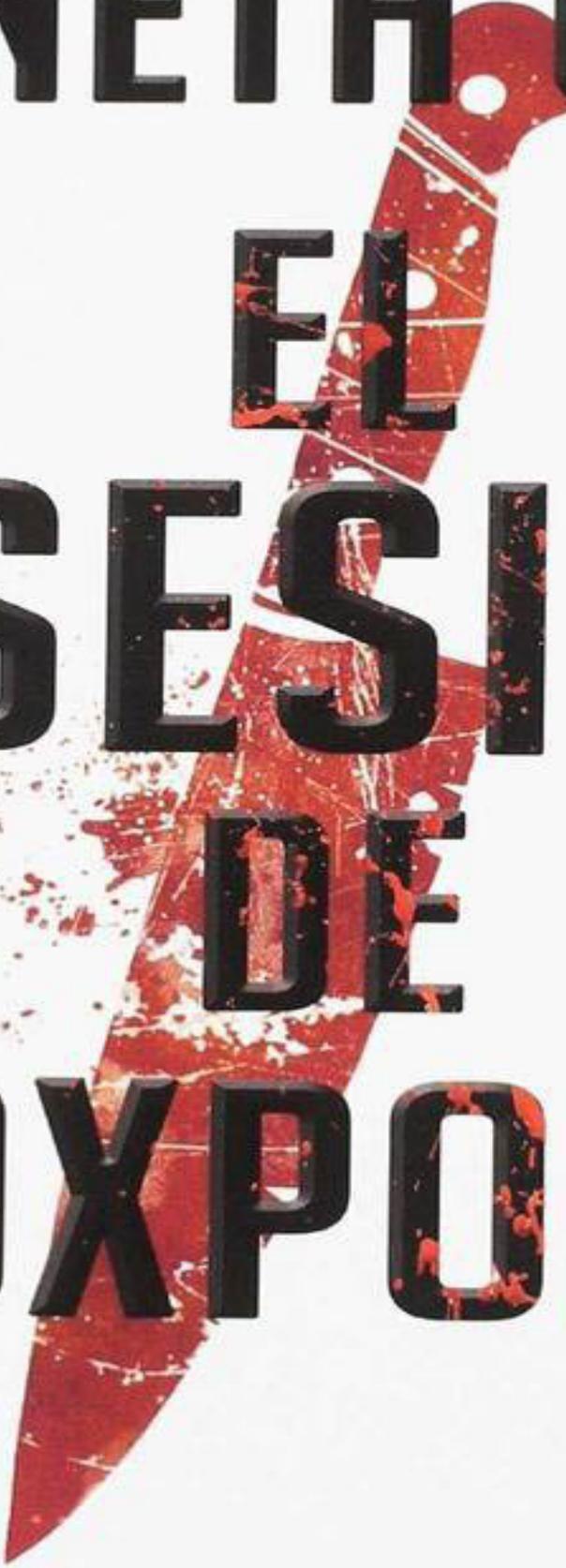


JANETH G. S.
EL
ASESINO
DE
NOXPOINT



Rachel Hill aparece muerta en su habitación, estrangulada. En Noxpoint, un pueblecito de menos de quinientos habitantes, todos se conocen. Nadie sabe que el culpable es Max Russell, un muchacho de dieciocho años con tendencias psicópatas que sigue matando, para horror de los indefensos habitantes de la población. Pero de repente, cuando se descubre la tercera víctima de Max, aparece una cuarta, y él sabe que no es el asesino... y que este le está vigilando. De cazador a presa, Max tendrá que averiguar quién es el otro asesino de Noxpoint para que su propio secreto no salga a la luz.

Janeth G. S.

El asesino de Noxpoint



Título original: *El asesino de Noxpoint*
Janeth G. S., Mayo 2019
Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Revisión: 1.0

 21/12/2019

En cada uno de los que hoy hojea este libro hay una gran chispa que me alienta a seguir haciendo lo que hago.

Esto es para ti, en quien pensaba mientras escribía.

*Dentro de nosotros hay una cosa que no tiene nombre,
esa cosa es lo que somos.*

José Saramago

Capítulo 1

¿Alguna vez has sentido que no puedes más? ¿Has tenido la sensación de que todo el mundo se cierra sobre ti como un caparazón que, al final del día, te arrastra hacia la oscuridad sin ni siquiera avisar? ¿Has tenido tantos remordimientos que te ha dolido hasta el corazón? ¿Has sentido que perdías tu alma y que, por un momento, no formabas parte de este mundo? ¿Te has enfadado por algo sin motivo y has reaccionado con un escudo lanzallamas? ¿Has deseado salir corriendo de una situación en la que no querías estar porque tenías miedo? ¿Te ha ocurrido que, aunque intentases mantener los ojos abiertos para no hundirte en un agujero negro, estos se te cerraban, traicionándote, como si quisieran robarte hasta el último aliento? ¿Has tenido la sensación de que unas fuertes olas te arrastran hacia las profundidades del mar, donde ya ni siquiera te esfuerzas por luchar porque no te queda energía? Entonces, tan solo te dejas llevar. El pecho se te hincha tanto que parece que los pulmones te van a reventar, dejando salir toda la bondad que queda en tu interior y, aunque te duele, sigues aguantando la respiración porque es lo que harían las personas buenas. Pero sabes que no puedes serlo porque no está en tu naturaleza. Y, entonces, aceptas que esa fuerza te pertenece y que, si la destruyes, te matas.

Me sentía helado; las manos, los pies, el cuello y los ojos se habían desconectado de mi cerebro. No podía ver lo que me rodeaba y tampoco podía oler ni saborear nada. Estaba bajo los

efectos de un poderoso veneno que me iba paralizando el cuerpo, pero no el cerebro. Quería gritar, pero no podía ni levantarme de la cama. El pánico se apoderó de mí.

Me concentré en lo que me sucedía, pues luchar solo iba a empeorar las cosas. De pronto, mi cuerpo empezó a relajarse, y sentí que me trasladaba a otro lugar fuera de mí.



Sucedió durante el invierno de 2009, un año que terminaba apagado y gris, con un frío que helaba los huesos. Tenía los dedos de los pies congelados y las manos amoratadas. Tiritando, encendí la calefacción para intentar entrar en calor. Esa mañana nublada, estaba en mi cueva rodeado de comida basura. Se escuchaban risas en el exterior y alguien intentaba cantar en el piso de abajo.

Me quedé observando las gotas que se iban condensando en la ventana, preguntándome si había sido buena idea haberla encendido.

Me limpié el sudor de la frente y me levanté de la cama. Bajé la temperatura, cerré las cortinas que había dejado abiertas durante la noche y volví a sentarme sobre el colchón, esperando a que me bajara la hinchazón de los ojos por la buena siesta.

El día anterior, 5 de diciembre, habíamos celebrado mi decimoctavo cumpleaños. Todo había sido tan extraño que todavía me sentía confuso. En el momento en el que soplé las velas, supe que todo había cambiado para mí.

Me acosté de nuevo y me tapé con la sábana azul, con la intención de dormir un poco más. Sin embargo, no pude. A las risas de mis padres y a la ducha se les había sumado el rugido de los coches que pasaban por la calle.

Eramos muy pocos los que vivíamos en esa parte de Noxpoint; estaba alejada, pero no era exclusiva. Las casas eran grandes, y los jardines lo eran aún más. Había una gran distancia entre las casas, por lo menos de unos ciento cincuenta metros. Detrás de la nuestra

estaba el imponente bosque, que provocaba que en la casa hiciera más frío de lo habitual.

En total, había trece casas contando la nuestra. No todos los que vivían allí me caían bien, pero mi padre era bastante social y le gustaba saludar a quien estuviera enfrente. Siempre decía que era mejor mantener una buena relación con los vecinos, porque nunca sabías cuándo podrías necesitarlos. Yo pensaba lo contrario: cuantos menos vecinos tuviera, más tranquilo podría estar. Y, por supuesto, tendría más tiempo para dormir.

Abrí los ojos y el cuarto estaba oscuro. No sabía qué hora era.

Había sido la peor noche de mi vida. Había tenido una pesadilla con la que me había despertado de golpe y sudando. No la recordaba con claridad, pero podía imaginarme de qué trataba. Siempre me recordaba mi desgracia. Había sido tan aterradora que seguía sobrecogido, a pesar de tenerla casi cada noche desde que cumplí los cinco. Antes era muy pequeño como para entenderla, pero con los años aprendí que no eran monstruos de ojos rojos ni de colmillos afilados los que me atormentaban, sino personas tan reales como yo.

Me destapé y encendí las luces, una a una, hasta que me quedé de pie frente a la ventana. Cuando la abrí, vi a dos niños divirtiéndose, saltando de charco en charco. Eran Alissa y Robert, que vivían a unas cuantas casas de la mía.

Los miré a través del cristal y me fijé en que sus botas eran demasiado coloridas. Yo no me sentía así. No tenía ganas de nada. Había consumido toda mi energía en las últimas semanas. Trabajar y estudiar no había sido la mejor decisión, pero necesitaba distraerme de ese terrible pensamiento. Prefería estar agotado. Incluso me negué a tomar Coca-Cola con chocolate como me había sugerido mi mejor amigo, Brad, al verme cabecear en clase de mates. A veces, se las ingeniaba para crear bebidas con productos básicos y baratos que se conseguían en el pueblo y que podían tener un mejor efecto que las más caras. No quería estar despierto; quería anestesiarme para no actuar. Pensar me abrumaba y me

provocaba dolor de la cabeza. Noxpoint no estaba preparado para conocer a un monstruo como yo.

Salí de la habitación con pesar y enseguida me distraje con mi reflejo en uno de los espejos que colgaban de la pared del pasillo. Mi pelo estaba perdiendo brillo, el rubio se había vuelto un castaño oscuro apagado; tenía las ojeras excesivamente marcadas, las piernas me dolían como si hubiera corrido una maratón y tenía ampollas en las manos de trabajar en la cafetería Steve's. Estaba derrotado.

De haberme visto, mi madre me habría matado, de modo que regresé a la habitación y me adecené lo mejor que pude. Me peiné como me fue posible y me concentré en mi reflejo. No estaba ocurriendo nada malo, así que podía relajarme y seguir tranquilamente con mi día. Me fijé en que tenía las pupilas dilatadas y, reflejado en ellas, vi a Alan Warre. Cerré los ojos con fuerza y salí del baño molesto.

Después de desayunar una barrita de cereales sin ninguna proteína y de saludar, brevemente, a mis padres, fui al instituto en el coche que me habían regalado por mi cumpleaños dos años antes. Cuando papá me lo dio, era una chatarra: tenía las llantas estropeadas, los asientos estaban manchados de grasa, la pintura estaba oxidada y el interior olía a animal muerto. Ahora, seguía estando anticuado, pero era bastante más atractivo. Tenía un potente motor que yo mismo había comprado; los faros de neón brillaban por la noche, la pintura roja brillante sustituía a la gris que había tenido años atrás y le había puesto un ambientador que olía a sándalo. Se trataba de un Dodge Charger 1969. Era mi lugar favorito cuando necesitaba pensar y meditar.

Aparqué y caminé hacia la entrada. Estaba más cansado de lo normal, pero debía permanecer despierto durante la clase de Biología si quería graduarme con honores. No quería que el profesor me llamara la atención por acomodarme en la mesa y tampoco quería convertirme en el centro de atención. Nunca me ha gustado despertar el interés de las personas sobre mí. Especialmente en esa

clase, donde estaba ella, la causa principal de todo lo que me estaba sucediendo.

—Muy bien. Acabado el tema, tengo algunas dudas que espero que me podáis resolver —dijo el profesor, cerrando el libro de tapa dura con un movimiento rápido.

Se levantó de la silla con tanta velocidad que la arrastró por el suelo, lo que la hizo chirriar. La clase completa estaba en silencio. Bostecé.

Empecé a hundirme en la silla, intentando pasar desapercibido entre mis compañeros y amigos. Estaba luchando por mantenerme activo y escuchar lo que decía, pero todo esfuerzo resultaba vano.

La noche anterior había sido una pesadilla. No había podido dormir durante tres horas a pesar del cansancio. Los sueños perturbadores habían regresado y temía quedarme dormido al pestañear. La ducha había ayudado un poco, pero no lo suficiente. Hada apenas tres días, me había levantado de la cama bañado en sudor y temblando de pies a cabeza, con unas ganas inmensas de salir corriendo y de gritar. Pero me había quedado inmóvil, debatiéndome entre la realidad y los sueños, sin saber dónde estaba. Mi vida había dado un giro inesperado. Estaba viendo el mundo desde un ángulo diferente, desde el que la realidad se estaba convirtiendo en una pesadilla.

Todo me hacía sentir que no pertenecía a este mundo, como si no formase parte de él. Y lo peor era que entendía lo que me estaba sucediendo.

Pestañee un par de veces, pero mi cuerpo empezó a ceder ante el agotamiento. Me acomodé sobre la mesa y mis ojos se cerraron poco a poco. La habitación se volvió oscura, y la voz del profesor desapareció. Se hizo el silencio. Mi subconsciente estaba alerta ante cualquier indicio de que pudiera iniciarse una masacre en mis sueños. Más que descansando, estaba sufriendo un terrible dolor de cabeza por intentar intervenir en ellos. Entonces, una alarma se activó en mi interior. Me estremecí involuntariamente y me quedé quieto en la inmensa oscuridad, esperando a que la sangre corriese

por mis manos. Sin embargo, no ocurrió nada.

Se oían gritos incomprensibles a lo lejos. Agudicé el oído para poder escucharlos mejor, pero sonaban demasiado cerca como para formar parte de un sueño. Entonces, abrí los ojos lentamente. Una luz brillante me obligó a cerrarlos de nuevo durante unos segundos. Pestañeeé para adaptarme a la iluminación del aula y vi al profesor frente a la pizarra, con los brazos cruzados sobre el pecho, exasperado.

—¿Por qué me molestas? —gritó una voz femenina. Después se escuchó un estruendo, y unos papeles cayeron al suelo, haciendo que todos nos sobresaltáramos—. ¿Por qué tienes tanto interés en mí y en arruinarme la vida, Rachel?

Levanté la mirada y me froté los ojos. Al parecer, nadie se había dado cuenta de que me había quedado dormido. Todos estaban demasiado concentrados en lo que parecía ser una pelea de mujeres. Suspiré, me limpié las comisuras y esperé a que cesara. En Noxpoint, las mujeres se volvían locas cuando alguien las atacaba.

—¡No estoy molestándote, solo digo la verdad! —La voz sonó dura y firme.

Rachel se puso en pie violentamente. Tenía el rostro enrojecido y las piernas le flaquearon un momento, pero no se detuvo. Era segura, popular e inteligente, aparte de que tenía un atractivo físico que hacía que te giraras para mirarla cuando estaba cerca. No me sorprendía que estuviera discutiendo de nuevo; ser la presidenta del Consejo de Estudiantes la involucraba en todos los problemas del instituto.

—¿La verdad? —dijo una voz dolida. Se me encogió el pecho y, como un acto reflejo, me giré y la vi. Morgan. Tenía las mejillas bañadas en lágrimas y, de vez en cuando, se pasaba el brazo por la cara para intentar detener el llanto, pero le resultaba imposible—. ¿Quieres ser realista? Muy bien, puedes serlo, pero no me incluyas. ¿Por qué te inventas eso sobre mí? ¿Con qué derecho te metes en mi vida y en la de mi padre? Creo que él ya recibió lo que era justo.

Rachel puso los ojos en blanco, frustrada. Era normal en ella. Luego, levantó la barbilla con autoridad y su expresión se tornó seria.

—Ya lo he dicho, y todos lo han entendido. No queremos a la hija de un asesino en el instituto —replicó, cruzándose de brazos.

Sus cabellos cenizos brillaron con los rayos del sol cuando le dio la espalda. Poco a poco, fui integrándome en la pelea y comprendiendo lo que sucedía. Debía admitir que Rachel podía ser una bruja cuando se lo proponía. Era la mejor de la clase, mejor dicho, del instituto, en muchos sentidos. Por lo que había escuchado, era muy buena con las palabras. Y también era una de las chicas más guapas, ni siquiera ellas podían negarlo. Tenía algo que te hacía decir sí cuando quería. Era manipuladora.

Entonces, miré a Morgan. Era más guapa que Rachel, incluso con lágrimas en el rostro. Con un simple gesto o una palabra, hacía que todo mi interior se removiese. Su llanto era interminable; su pelo negro y largo se mojaba con las lágrimas, al igual que sus mejillas. Sus ojos azules mostraban algo más que sufrimiento; ese recuerdo de su padre le afectaba de forma incomprensible. Se me formó un nudo en el estómago. No, ella no podía estar así.

Algo en mí ardió.

Ver cómo era Rachel de verdad había prendido una llama en mi interior, pero ver a Morgan llorar había despertado lo peor de mí. Estaba alterado. Me sentía confuso y bastante furioso con ella.

Me aclaré la garganta y la miré.

—¿Asesino? —pregunté, frunciendo el ceño—. Creo que te has informado mal. La muerte de la madre de Morgan fue un accidente, todos lo saben. Se cayó por las escaleras, y ni Morgan ni su padre estaban esa noche en casa.

Rachel me lanzó una mirada fría, escudriñándome con esos ojos verde esmeralda. Al fondo, escuché un sollozo de Morgan. Si no hubiera estado tan lejos, la habría abrazado con tanta fuerza que seguramente la habría destrozado.

—¿Entonces por qué está en la cárcel, Max? ¿Porque robó un

banco? ¿Porque se saltó un *stop* y no pagó la infracción? —Dirigió la mira hacia Morgan, no sin antes pasarla por cada uno de los alumnos que observaban con curiosidad—. ¡Pues no! ¡Está en la cárcel porque asesinó a su esposa! ¿Acaso no lo veis? ¡Es la hija de un asesino! ¿¡Quién sabe cuándo decidirá venir armada y hacer una tontería en el instituto!? ¡Morgan atenta contra nuestra seguridad!

Nuestros compañeros cuchichearon entre ellos. Mia, por otro lado, parecía evitar meterse en una pelea, ya que hacía unos días que se había pegado con Savannah en el aparcamiento del instituto. Desconocía los detalles porque esa tarde había salido escopeteado para ir a trabajar. Tenía un parche en la frente y un ligero rasguño en el brazo que ya no parecía dolerle, y se quedó quieta en su pupitre, dibujando en la libreta para intentar distraerse. Se ponía muy agresiva cuando alguien se cruzaba en su camino, por lo que agradecía la advertencia que el director le había hecho. Era responsable y muy social, pero cuando la molestabas, podía ser muy violenta. Lo llevaba en la sangre, una parte de ella era Hill y otra Whitman. ¿He mencionado que Rachel y Mia eran primas? Cuando sintió mi mirada, levantó el rostro y me interrogó arqueando una ceja. Al verla concentrada en sus asuntos, me despreocupé. En definitiva, no iba a meterse en la pelea, ni siquiera para apoyar a Rachel Hill.

Me encogí de hombros, indicándole que no quería preguntarle nada, y volví a mirar a Morgan.

Mia Whitman era mi exnovia desde hacía casi un año. Íbamos juntos a Biología y compartíamos otras tantas clases. En realidad, no me molestaba que estuviera a mi lado. Sus problemas ya no me incumbían y habíamos seguido caminos distintos desde la ruptura. A Mia tampoco le importaba estar cerca de mí. Nos saludábamos con un ligero movimiento de cabeza y cada uno se iba por su lado cuando no había mucho que decir. Incluso había oído que estaba saliendo con alguien, pero era muy difícil saberlo, dado que me mantenía ocupado la mayor parte del día. Seguíamos siendo buenos amigos y eso me ayudaba a sobrellevar muchas cosas. Si

ambos queríamos estar cómodos en el instituto, debíamos actuar con madurez.

Los demás alumnos murmuraban cosas que no comprendía, pero que retumbaban en mi cabeza. Estaban considerando las palabras de Rachel y, por sus expresiones, sabía que Morgan iba a tener problemas.

Tenía que hacer algo si no quería explotar. Me sentí impotente al ver que Rachel estaba ganando la batalla.

—¡Ya basta! —espetó Morgan sin levantarse de la silla—. ¡Ya basta! ¡Fue un accidente! ¡No tienes derecho a decir eso, Rachel!

Se hundió en el asiento y el llanto se profundizó. El pelo le cubría el rostro. Le lancé una mirada despectiva al profesor. Él se sacudió las manos en los vaqueros y me dirigió una mirada tranquilizadora.

—¡Como alumna de la institución y como parte del Consejo de Estudiantes, tengo derecho a saber con quién convivimos! —gritó despavorida—. ¡Con qué tipo de persona estamos hablando! Y si tenéis dudas, podéis ver su expediente. No estoy mintiendo. Nunca lo haría.

—¿Qué has dicho? —De pronto, Morgan se levantó de la silla, mirándola inexpresiva. Nos quedamos helados—. ¿Mi expediente? ¿Quién te has creído que eres? —susurró.

Rachel se encogió de hombros.

—Era necesario. Lo siento, Morgan. —Parecía victoriosa—. Pero debes irte de aquí.

—¿Qué estás diciendo? ¡Este es mi hogar!

—Noxpoint ya no es tu hogar. Nunca lo ha sido.

El profesor carraspeó y todos le miramos. Sentí una extraña sensación cuando aparté los ojos de los de Morgan. Como si hubiera perdido una parte de mí.

La sangre me hervía.

Bajé la mirada y me di cuenta de que había cerrado los puños y los dedos me temblaban. Me preocupaba que estuviera sangrando por la fuerza con la que me clavaba las uñas. Abrí los ojos lentamente para que nadie se diera cuenta. Tenía los dedos

entumecidos.

—Muy bien, Rachel, ya has dicho todo lo que necesitabas decir, ¿verdad? —El profesor levantó una ceja y avanzó hacia ella. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, le tendió una hoja con un encabezado rojo—. Estás castigada.

Ella se puso colorada.

—¡Pero, profesor! —exclamó molesta, dejando caer los brazos a los lados. Sus ojos perdieron ese brillo verde esmeralda que los diferenciaba de los demás—. Usted más que nadie debería saberlo. Conocía al padre de Morgan, no puede negar los verdaderos hechos...

—Precisamente por eso, Rachel —le interrumpió con voz lenta y pasiva. Cuando ella no tomó la hoja, él la dejó en su mesa desinteresadamente para después sentarse en la esquina de su escritorio y cruzarse nuevamente de brazos—. Conocí al padre de Morgan y estoy seguro de que no cometió tal crimen, y, si no quieres meterte en más problemas y enfrentarte a una demanda por blasfemia, te pido que te disculpes.

Rachel bufó.

—No voy a hacer tal cosa. —Se la escuchaba decidida, dispuesta a hacer todo lo posible para humillar a Morgan con aquella vil mentira.

Todos en Noxpoint sabían lo que había sucedido aquel noviembre de 2004 en la casa de los Page. Se habían escuchado los gritos de una niña, acompañados de los lamentos de un hombre. Lo sé porque yo estaba allí. Pasaba por esa calle casi siempre en mi bicicleta, solo para ver, inocentemente, el cabello oscuro de Morgan a través de la ventana de su habitación.

Esa noche, después de haber dado varias vueltas porque, al parecer, no estaban, pasé por su calle una vez más y, justo cuando aparqué la bicicleta frente a la casa, escuché unos gritos que me helaron la sangre. Las luces se encendieron, y el señor Page salió gritando con las manos llenas de sangre, lanzando alaridos de dolor. Recuerdo haber visto sus ropas cubiertas de sangre; por el brillo,

parecía pintura, pero por los sollozos supe que no lo era.

Morgan salió tras él pidiendo auxilio. Su rostro estaba tan lleno de lágrimas que creí que iba a ahogarse. Fue entonces cuando comprendí que algo realmente malo había sucedido en la casa de los Page.

Quise acercarme, abrazar a Morgan y preguntarle qué había sucedido, pero mi subconsciente me gritó que me quedara lejos de la escena del crimen, así que me oculté entre los arbustos de la casa de la señora Olivia. Si algo malo había sucedido y alguien me encontraba a media calle, tendría que ir a testificar, y las cárceles no me gustaban en absoluto. Por supuesto que fue una idea que me vino a la mente en aquel momento de pánico. Ahora sabía que ser menor de edad me protegía de muchas cosas.

El señor Page miró a Morgan aterrorizado. El miedo me invadió por completo e hizo que me temblasen las piernas involuntariamente. Los labios se me pusieron de un color morado y comencé a tiritar por el frío que provocaba aquella escena tan perturbadora.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Los arbustos se movieron ligeramente, pero nadie me vio. Era de noche y todos estaban refugiados en el calor de sus hogares frente a la televisión, privándose del crimen que se acababa de cometer.

Me quedé quieto y esperé a que alguien saliera a auxiliar a la pequeña que lloraba sin descanso, pero, durante unos minutos, no pasó nada. Todo estaba oscuro y silencioso. Las piernas no me respondían y tenía la garganta tan seca como un desierto. Ni siquiera podía tragar saliva. Me quedé ahí, observando la escena. El señor Page entró en su casa con un móvil en la mano mientras abrazaba a su hija.

Alguien abrió su puerta, y las luces de las demás casas comenzaron a encenderse. Sus rostros confusos decían todo y nada a la vez. En silencio, se acercaron sigilosamente a la casa de Morgan, guiados por los lamentos y los chillidos.

Después se oyeron tantos gritos de horror que tuve que taparme

los oídos. Por aquel entonces, estaba a punto de cumplir los trece años, pero no era tonto. Sabía perfectamente lo que había sucedido cuando me puse de puntillas y vi el cuerpo de la señora Page a unos metros de la escalera de su hogar; una pierna rota y un lago de sangre a los lados de su cabeza. Alguien tomó el móvil del señor Page con manos temblorosas, y supuse que llamó a la policía, porque, cinco minutos después, llegaron tres agentes, junto con el médico forense, y levantaron el cuerpo de la madre de Morgan para llevarlo lejos de las miradas curiosas. Una vez que hicieron su trabajo, se quedaron dentro y cerraron la puerta.

Nadie supo qué sucedió después.

No era difícil descifrar quién había estado allí; todos nos conocíamos perfectamente. Los rumores corrían muy rápido y las habladurías abundaban.

Vi a varios compañeros de clase detrás de la cinta policial. Estaban pálidos y apenas hablaban debido al frío que hacía. También estaba el profesor de Biología, que vivía en la misma calle que el señor Owen; ambos eran amigos desde niños. Al día siguiente, la noticia se extendió como la pólvora. En todas partes se hablaba de que el señor Page tenía una amante en el pueblo vecino y que, por eso, había asesinado a Susan Page, su esposa. Apareció en las noticias regionales por la tarde y, por fortuna, no llegó a las nacionales. Eso habría sido una tortura para Morgan, que apenas entendía lo que acababa de suceder. Tras unas semanas, durante las que se llevó a cabo una exhaustiva investigación, se declaró culpable al padre de Morgan después de que confesara el crimen. No me lo creí porque sabía que ninguno de los dos había estado en casa esa noche. Yo mismo vi como el coche de la familia giraba por la calle en la que vivían a la vez que cruzaba con la bicicleta y me ocultaba de los faros para que no me vieran. Era imposible que al señor Owen le diera tiempo a llegar y asesinar a su esposa. Pero no dije nada, no porque yo no quisiera, sino porque me lo pidió cuando le confesé que sabía que era inocente.

Mi hipótesis era, y seguía siendo, que la señora Page se suicidó,

tal vez por depresión, pero nunca lo sabría con seguridad.

El profesor se pasó la lengua por los labios, exasperado. Estaba a punto de hablar cuando le interrumpí. Había repetido la escena en mi mente y estaba seguro de lo que iba a decir.

—Rachel tú estuviste ahí, ¿no es cierto?

Se puso a la defensiva.

—¿Eso qué tiene que ver? —El labio le tembló un poco.

—Nunca diste un testimonio.

—Era menor de edad, Max. —Me fulminó con la mirada—. Y no sé qué insinúas, pero no voy a cambiar de opinión y no voy a descansar hasta que Morgan se vaya de Noxpoint.

—No, no estoy insinuando nada —aclaré mientras sentía un ardor en la garganta—. Estoy tratando de decir que tú estuviste ahí y lo viste todo. Viste como el coche del señor giraba cuando...

—Estás equivocado —me interrumpió con voz firme.

—Rachel, por favor. —Escuché la voz de Morgan al fondo de la clase—. Solo déjame en paz. Siempre me has odiado y nunca he sabido por qué...

—Sí que lo sabes. No me hagas repetirlo.

—¿Por qué estás haciendo esto? —chilló tan fuerte que no pude evitar recordar aquella escalofriante noche.

—Por el simple hecho de lo que hizo tu padre —respondió con rabia en la voz.

—Eso es estúpido —contestó ella, y se limpió las lágrimas de nuevo—. ¡Tú eres estúpida!

Sonreí. Rachel estaba quedando como la chica patética que era.

Morgan siempre había tenido cierto poder sobre mí. Estaba incondicionalmente enamorado de ella. De su voz y de su risa. Pero no la defendía por eso, sino porque sabía la verdad. Solo quería que estuviera bien.

El profesor se aclaró la garganta y se dirigió hacia donde estaba Rachel.

—Si Morgan quisiera, podría denunciarte. Tiene testigos.

No supe por qué, pero me dio la sensación de que era una

amenaza. Rachel agarró la hoja que había sobre su escritorio y salió hecha una furia. Antes de irse, se giró y me miró directamente.

—No deberías confiar en ella, Max. —Había un brillo extraño en sus ojos—. Es una asesina, igual que su padre. Créeme.

Eso fue suficiente para que una rabia incontrolable me invadiese. La misma que sentí la noche en la que murió la madre de Morgan.

Ese viernes fue la última vez que vimos a Rachel en público, la última vez que habló frente a los alumnos y la última vez que extendió rumores sobre ella.

Sentí un vacío en mi interior que tan solo podía rellenar con una cosa. Sangre. Porque yo era un asesino en busca de su segunda víctima, y Rachel parecía perfecta para la ocasión.

Capítulo 2

De camino a las taquillas, vi a mi compañero de aventuras salir del edificio. Rápidamente, me dirigí al aparcamiento sin guardar los libros. Cuando sentí el aire frío, tuve la sensación de que algo bueno iba a ocurrir. Estaba activo y ansioso, como un niño pequeño que va a abrir un regalo. Me temblaban las piernas de la emoción y tenía el corazón acelerado.

Me cargué la mochila al hombro y caminé entre los coches de los alumnos y los profesores. Encontré mi Dodge custodiado por dos grandes camionetas negras. Saqué las llaves del bolsillo y busqué la que abría la puerta. En el llavero solo tenía la del coche y la de mi casa. Me acomodé en el asiento del conductor y cerré la puerta con fuerza. Arranqué, pero no respondió. Volví a intentarlo y el motor rugió, pero se paró de nuevo. Lo repetí una tercera vez. Empecé a temblar. Mi coche no era así.

—Esto no puede estar pasando —susurré con la voz temblorosa. No me gustaba que los planes fueran mal—. Vamos, amigo, arranca. No me hagas esto, que no vamos a poder divertirnos.

Lo intenté por última vez y, como si alguien hubiera escuchado mis súplicas, el motor reaccionó. El aparcamiento fue llenándose de personas, de risas y de teléfonos que sonaban por todos lados. Sonreí.

—Eso es.

El cielo se oscureció. Fuera se oía el silbido del viento y, cerca

del campo de fútbol, los frondosos árboles se movían al compás. Unas nubes negras cubrieron los rayos de sol, amenazando con una fuerte lluvia. Esa noche jugaban los Lobos de Noxpoint, el equipo del instituto, y todos estarían allí con sus uniformes, dispuestos a mostrar su apoyo. Algunos se quedarían hasta la mitad del juego y, tras haberse asegurado de que los habían visto, se irían a los cerros húmedos para quedarse en sus coches con la calefacción encendida, divirtiéndose un poco o, simplemente, emborrachándose y consumiendo drogas. En cambio, otros se quedarían hasta el final del partido, gritando a todo pulmón para apoyar al equipo. Ya veía a Brad bebiendo Coca-Cola con vodka, simulando el popular *Black Russian*, escondido bajo las gradas para poder ver las faldas de las chicas. Y sí, a Brad le encantaba la Coca-Cola.

Todo era perfecto.

El día prometía mucha acción para cualquier habitante de Noxpoint.

Encendí la radio y enseguida comenzó a sonar *Sixteen Tons*, de The Platters. Moví los dedos al compás de la canción y seguí el ritmo con los pies junto a los pedales. Sonreí. Lancé la mochila hacia la parte de atrás, sin mucho cuidado, y dejé los libros en el asiento trasero.

De pronto, me sobresalté al oír unos golpes en la ventana.

—¿Max? —me llamó una voz femenina desde fuera.

Me giré y el corazón casi se me salió del pecho. Bajé la ventana y el volumen de la canción.

—Morgan, ¿qué pasa?

Ella sonrió. Era la sonrisa más perfecta que había visto jamás. Era, sin duda, una obra de arte. Llevaba el pelo recogido en una trenza. Cuando el viento sopló, pude oler su champú. Cerré los ojos durante unos segundos e inhalé. Cereza. Definitivamente, había utilizado el que tenía guardado en el segundo cajón del baño. Había fantaseado con masajearle el cuero cabelludo con él. Sus finos labios eran más bonitos de cerca. Eran tan rojos, tan apetecibles. Quería acariciar cada parte de su cara. Tenía la nariz recta y

acabada en punta. Era muy seductora. Todo su rostro era perfección pura, pero lo que más adoraba era su piel, que olía a rosas. Mi coche se llenó con su dulce aroma.

—¿Vas a ir al partido? —preguntó.

Se inclinó para estar a mi altura. Por el espejo izquierdo podía admirar algunas de sus curvas. Tuve que disimular un poco.

No.

—Yo... no lo sé. Papá quiere que lo ayude con algo y no me ha dicho a qué hora terminaremos —me excusé. En ese momento, fue lo único que se me ocurrió.

Su rostro se apagó por un momento.

—Bueno, es que me preguntaba si querrías acompañarme esta noche, pero entiendo que tengas más cosas que hacer.

Era un completo idiota. Morgan estaba invitándome a ir al partido con ella y yo estaba diciendo que tenía mejores cosas que hacer. Aferré el volante.

—Bueno, siempre puedo cancelarlo. Después de todo, no es tan importante y seguro que lo entenderá. —Con una sonrisa inocente, agregué—: ¿A qué hora paso a por ti?

Su rostro se iluminó. Se mordió las uñas, pensativa. Era muy correcta y bastante fácil de influenciar, pero para mí era todo un reto tenerla enfrente.

—El partido empieza a las nueve y mi casa no está lejos del campo, así que ¿a las nueve menos diez?

Ni siquiera me lo pensé.

—Perfecto. —Sonreí.

—Muy bien, entonces nos vemos más tarde —se despidió con una sonrisa, pero daba la impresión de que quería decirme algo más—. Y muchas gracias por lo de hoy, Max. De verdad.

Parecía apenada. Yo también lo estaba. Rachel tenía que pagar por lo que le había hecho. Nadie podía meterse con el amor de mi vida.

—No me des las gracias. No ha sido nada.

—Igualmente, gracias. Fue muy amable por tu parte. —Me lanzó

un guiño de agradecimiento y le devolví la sonrisa—. Te veo dentro de unas horas.

Asentí y ella se fue, dejándome apreciar su delgado cuerpo sin su consentimiento hasta que desapareció entre los alumnos. No me gustaba que una chica me afectara tanto, pero Morgan era la excepción. Desde los ocho años, todo lo relacionado con ella me emocionaba.

—¿Max? —De pronto, otra voz femenina me sorprendió, y me giré con una mano en el pecho.

Me encontré con los tibios ojos de Mia, que soltó una pequeña risa al ver mi reacción.

—¿Te he asustado? —preguntó, inclinándose para quedar a la altura de la ventana.

Sus cabellos rojos, casi anaranjados tenían ese toque brillante que me había llamado la atención desde la primera vez que la vi. Su cuerpo delgado y bien formado estaba cubierto por ropa de tela gruesa que le favorecía mucho. Aunque Mia era bastante atractiva, al igual que Rachel, tenía mucho pecho y unas caderas pronunciadas que le hacían sentirse insegura. No le gustaba mostrar demasiado, era reservada y cautelosa cuando iba a la piscina. Sus ojos siempre mostraban lo que pensaba. La gabardina caqui que le llegaba hasta las rodillas cubría la mayor parte del pantalón vaquero ajustado que le marcaba las curvas de las piernas y de las pantorrillas. Seguro que las caminatas de los últimos días, debidas al castigo por la pelea, eran la causa, así que no me enfadé con sus tíos por haberle quitado el coche. Parecía que iba a irse a pie; había sustituido las botas de piel por unas de plástico para la lluvia. En la mano llevaba un paraguas negro y un par de libros que llamaron mi atención. Filosofía.

Sonreí.

Aunque había pasado un año, Mia me traía buenos recuerdos.

—Solo un poco. Me has sorprendido.

—Me he dado cuenta —respondió, mirando hacia donde Morgan había desaparecido con ojos divertidos.

—Mia...

Se rio con fuerza.

—Max, no he venido por eso. Tenemos que hacer un ensayo, ¿recuerdas? —Puso los ojos en blanco cuando no respondí—. ¿Ayer por la tarde? ¿El señor Robinson? ¿No? ¿Te suena la clase de Filosofía? —Curvó los labios en una gran sonrisa que mostraba que se estaba burlando de mí y de mi ingenuidad. De pronto, lo recordé todo y comprendí por qué llevaba tantos libros.

—No se me ha olvidado —mentí.

Puso la mirada en blanco.

—Seguro. Te creo.

—¿Vendrán a por ti?

Resopló.

—Voy a pie. Me han castigado sin el coche.

—Eso he oído —dije—. ¿Y Rachel? ¿No va contigo?

—Hoy no. Tiene reunión con el Consejo Estudiantil, ya sabes cómo es. Seguro que terminará en unas horas, pero no puedo esperar más. Prefiero irme a pie a quedarme aquí sin hacer nada útil.

Algunos de los alumnos nos miraban, con la vista fija en Mia, y la situación me estaba incomodando un poco. Aunque era bastante coqueta, durante los minutos que estuvimos hablando, no insinuó nada y parecía tener muy claro que lo nuestro había terminado. Pero los rumores se extendían rápidamente cuando una relación se acababa y también cuando parecía que una pareja iba a volverlo a intentar, aunque no era nuestro caso. Ambos lo sabíamos. Precisamente por eso había salido con ella: era madura y sabía afrontar las cosas y, sobre todo, aceptaba el «no» y seguía con su vida.

—Sube. Yo te llevo —me ofrecí.

Frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Te llevo, Mia. Sube. —Mi voz sonó más ronca de lo habitual. Su piel parecía más blanca y me miró confusa con sus ojos color

miel—. Por el camino me puedes explicar lo que tengo que hacer para el ensayo. Venías a hablarme de eso, ¿no?

—Sí, pero...

Fruncí los labios.

—¡Por Dios! —exclamé, exasperado pero con un ligero tono burlesco—. ¿Desde cuándo eres tan negativa?

Sonrió ligeramente, mostrando sus dientes blancos.

—¿Y tú desde cuándo te has vuelto un mandón?

Me reí. Siempre sabía qué decir.

—Solo sube.

Volvió a poner los ojos en blanco y caminó hacia el asiento del copiloto. Abrí la puerta desde dentro y empujé para no parecer tan descortés. Subió casi al segundo y cerró la puerta con cuidado. Mia tenía los ojos más claros y transparentes que había visto. Aunque hacía apenas diez años que vivía en Noxpoint y su belleza nos había abrumado por ser casi una extranjera, era parte del pueblo. Podría decir que tenía el rostro más perfecto del instituto, incluso de Noxpoint.

Se colocó los libros sobre el regazo e iba a hablarme sobre el ensayo cuando me adelanté.

—¿Cómo has estado, Mia?

Me miró y sonreí. Abrió la boca y el coche se llenó con su voz. Miré al frente, salí del aparcamiento y pisé el acelerador para alejarnos de las miradas curiosas. Después de unos segundos, empezó a lloviznar.

Al finalizar el viaje, Mia me dejó los libros de Filosofía que había tomado prestados de la biblioteca y me recordó que debía leerlos y cuidarlos porque su carnet se había quedado en las oficinas como fianza. Insistí en que así sería. Se bajó del coche, me agradeció el viaje y me pasó su nuevo número de teléfono para mantenernos en contacto, ya que el correo electrónico no se le daba muy bien, o eso dijo.

—¿Vas al partido? —preguntó, dándose la vuelta.

—Sí, voy con Morgan.

—Ah, ¡genial! ¡Pues suerte! —La sonrisa fácil no desapareció de su rostro, aunque sus ojos se apagaron con desilusión.

—Nos vemos, Mia.

—Claro. Adiós.

Cuando llegué a casa, subí los escalones de dos en dos. Estaba lleno de energía. El olor a albóndigas impregnaba la planta baja. Mamá siempre estaba en la cocina a esa hora. Tenía una rutina y nunca la rompía. Cuando acababa de cocinar, gritaba mi nombre y me hacía bajar para comer con ella, mientras me contaba cómo había ido su mañana en el club de Noxpoint. Yo asentía sin prestarle atención. Todas las tardes eran así.

Corrí hasta mi cuarto. Escuché a mi madre vociferar algunas palabras, pero la ignoré y subí con más prisa.

A esa hora solo estaba ella en casa. Mi padre llegaba a las cinco, si no pasaba nada malo, que era lo más probable. Era el alguacil del pueblo, un hombre respetado, eficiente y con una familia perfecta. O eso creían los demás. No puedo decir que fuéramos la familia perfecta, pero sí que intentábamos serlo de alguna manera, lo que hacía que mi madre gozara de una buena imagen y que a mi padre se lo respetara, mientras que a mí me colocaba en el mejor punto de mi vida. El pueblo estaba feliz con que él estuviera a cargo de su seguridad. Se habían producido varios robos y asaltos, como era común en las zonas más alejadas. También había habido malas rachas, pero las resolvía rápidamente antes de que el pueblo comenzara a especular o a preocuparse. A papá le gustaba que todo estuviera tranquilo y en paz.

Estaba entregado a su trabajo: era un hombre fuerte, seguro y muy firme. Amaba a mi madre. Cuando tenía diecinueve años, sus padres habían muerto y le habían dejado una magnífica herencia, nuestra casa y el coche que me habían regalado, junto con un par de botes para pescar y muchas cosas que no íbamos a usar jamás, que estaban guardadas en el ático y en el garaje. A papá le gustaba trabajar, así que construyó buena parte de la casa cuando era joven y la dejó más bonita de lo que ya era. Había arreglado el jardín y la

había remodelado por la parte delantera. Cuando acabó de estudiar, entró a trabajar en la comisaría donde, con el tiempo, se ganó el puesto de jefe. Como había trabajado desde joven, quería que yo siguiera su camino. A veces, podía ser bastante malo administrando el dinero, y a mi padre le gustaba que me esforzara y valorara mis cosas. Así que tenía que trabajar los fines de semana en la única cafetería del pueblo, aunque, muchas veces, lo hacía durante toda la semana por gusto. En realidad, me gustaba mi trabajo. La mayoría de los rumores se iniciaban ahí, y era bueno saber qué sucedía a mi alrededor.

Dejé la mochila en el suelo y me acosté en la cama, pensativo.

Conté los segundos con ayuda del tictac del reloj que colgaba sobre la televisión. Fue un regalo de mi madre en mi décimo cumpleaños. Cuando me lo dio, me miró con los ojos llenos de pena y me dijo que si algún día tenía malos pensamientos, cerrara los ojos y contara hasta cien tictacs, ya que cada uno eliminaba un pensamiento y purificaba mi alma. Pero, desde entonces, había necesitado más de cien tictacs. Desde aquel cumpleaños había contado cada maldito movimiento del segundero. Odiaba el sonido de la manecilla al moverse, pero lo conservaba porque, de alguna manera, me aliviaba y me mantenía a salvo en mi habitación.

Cerré los ojos y empecé a contar de nuevo.

Los tictacs ya no servían. Él iba a regresar después de mucho tiempo. A lo lejos, escuché la voz de Morgan diciéndome que me relajara, que solo era un mal momento y que pronto llegaría la luz.

Morgan era mi luz.

La necesitaba hoy y siempre.

Rachel tenía que pagar por el daño que le había hecho.

Cerré los ojos y dejé mi imaginación volar. Una sonrisa macabra se dibujó en mis labios.

La sangre se me heló y el corazón se me detuvo durante un segundo. Veía como la sangre de Rachel recorría mis palmas una y otra vez. No podía dejar de imaginar su rostro lleno de miedo; necesitaba escuchar su voz temblorosa rogándome piedad mientras

apretaba con fuerza su cuello delgado y blanco.

Quería sangre. Quería la suya.

Suspiré.

A las cinco de la tarde estaba comiendo albóndigas con mi madre. Me rugía el estómago.

—Voy a ir con Morgan al partido de los Lobos —anuncié mientras me llevaba una albóndiga caliente a la boca. El vapor hizo que se me nublara la vista.

Mamá levantó el rostro y me miró divertida.

—¿Morgan? ¿La chica que te tiene loco desde que tenías ocho años?

—Mamá... —dije, alargando la palabra, pero luego asentí—. Sí, es ella.

—Morgan es guapa e inteligente —contestó con tono de aprobación.

—Lo sé —afirmé, volviendo a mi comida—. Tengo que pasar a por ella a las nueve, así que voy a darme una ducha para estar presentable.

—Eso suena genial, Max —dijo. Parecía emocionada, incluso sus ojos llenos de sombras doradas brillaban con intensidad—. ¿Sabes? Estoy segura de que también le gustas.

Luego, siguió hablando de lo que había hecho en el club. A las cinco y veinte volví a mi habitación. No quería dormir, así que me quedé tumbado en la cama, planeándolo todo. Mis dedos jugaban con una moneda que me había sacado del bolsillo mientras subía las escaleras. Repasé el plan una y otra vez.

A las siete me escapé por la ventana, no sin antes dejar la ducha encendida, el pestillo echado y la música clásica sonando en mi iPod. Me aseguré de que las gotas de agua resonaran en toda la habitación por encima de la música.

Mi madre sabía que no me gustaba que me molestaran cuando me duchaba. Quiero decir, a nadie en casa le gustaba que invadieran su privacidad durante el momento más tranquilo del día.

Salté con la mochila negra en los hombros. Cuando subí al

Dodge y en cuanto arranqué el motor, la adrenalina se extendió por cada parte de mi cuerpo. El corazón me palpitaba con fuerza y los dedos me temblaban alrededor del volante de la emoción.

La lluvia empezó a caer, cubriendo cada hogar de Noxpoint; primero con una ligera llovizna y después con un aguacero, que llenaría los ríos de las afueras. Me encantaba que lloviera porque las plantas se volvían más verdes y más grandes, lo que hacía que el pueblo pareciera un paraíso y el lugar perfecto para cometer un crimen. La lluvia ocultaba pistas. Las nubes se habían oscurecido durante la tarde; ahora eran negras y los relámpagos tronaban en el cielo gris. Eran aterradoras. Las gruesas gotas golpeaban el parabrisas del coche como si fueran piedras cayendo de la cima de un cerro. Encendí los limpiaparabrisas y pisé el acelerador. La carretera estaba desierta. A esa hora, todos estaban preparándose para ver la semifinal de los Lobos.

Conduje hasta la casa de Rachel.

Al llegar, vi que la luz de su habitación estaba encendida. Rachel dormía en la segunda planta. Su cuarto estaba en la parte frontal de la casa; era grande y espacioso, lo conocía bien. Tenía un bonito balcón, con vistas a un jardín grande y bien decorado.

Esperé unos segundos. Apagué las luces y escondí el coche entre los árboles. Por supuesto, no quería que me vieran. Rachel estaba cenando con su familia. Veía las siluetas sentadas en las sillas: se movían mucho, pero ninguna se levantaba. Esperaba que la cena terminase pronto.

El oxígeno me asfixiaba, quería salir corriendo. El sudor se deslizaba por mi frente, cada gota me sofocaba. Me quemaba la garganta. Era un monstruo.

Cuando vi que una silueta se levantaba, salí del coche como una bala. Era Rachel. Conocía sus movimientos. Todos y cada uno de ellos.

Subí por el balcón. Fue demasiado fácil. Y lo fue más cuando descubrí que la ventana no tenía el pestillo echado.

Cuando entré, saqué una linterna y comencé a explorar. Tenía la

cama hecha y el ordenador sobre el escritorio. Había varios libros esparcidos por el suelo; parecía que había estado estudiando porque algunos de ellos estaban abiertos.

No era raro en ella.

Seguí explorando. La puerta principal estaba cerrada y oía voces provenientes de la primera planta. Avancé un poco y algo crujió bajo mis zapatillas deportivas. Era una galleta.

Me giré y vi el armario. Las puertas se asemejaban a persianas de madera blanca. Sin dudarlo, las abrí, me metí dentro y cerré. Las tablas se acomodaban horizontalmente, una sobre otra, dejando ver pequeñas partes de la habitación. Desde ahí, tenía una visión completa.

Era doblemente perfecto.

Había mucha ropa, así que no me podía mover demasiado. Pero su olor era delicioso; no podía quejarme. Apagué la linterna y dejé caer la mochila. Llevaba el arma debajo del pantalón. Me sacudí un poco y me convencí de que todo iba a salir bien.

No tuve que esperar mucho a que la puerta de la habitación se abriera y una Rachel en pantalones cortos entrara irritada. La vi moverse por todos lados.

Cerré los ojos, y él regresó.

Rachel se dejó caer en la cama y suspiró. Se soltó el pelo en un rápido movimiento y, después, se levantó mientras lo sacudía. Empezó a desvestirse. Primero se quitó la camiseta blanca: levantó los brazos y la fina tela se deslizó por su delgado torso, acariciando cada centímetro de su piel. Tras eso, fijó la mirada en el cesto de la ropa sucia y la lanzó dentro. Volvió a suspirar.

Su sostén rojo me llamó la atención. No podía perdérmelo. Sin embargo, no era un perverso. Solo estaba observando y esperando mi momento; a nadie se le castiga por observar la belleza, ¿no? Sus pechos me distraían. Aunque eran grandes, cabían perfectamente en mis manos. Tenía un lunar cerca del ombligo, justo en el centro del torso. Era diminuto, pero lo veía.

Se llevó las manos a las caderas; sus dedos rozaron el pequeño

pantalón y se deshizo de él con rapidez, dejando ver sus piernas largas y brillantes. Siempre usaba conjuntos. Era sexy y lo sabía. Las bragas rojas se le pegaban a su cuerpo esbelto.

Después fue hasta el tocador, que estaba enfrente del armario. Se inclinó un poco y me desconcentró todavía más. Podía ver su reflejo en el espejo. Hacía muecas y se recogía el cabello de una u otra manera.

Algo en mí reaccionó y provoqué que un objeto cayera.

Tragué saliva y maldije en voz baja.

Mi corazón comenzó a latir desbocado cuando miró el armario a través del espejo. Una expresión de terror y confusión sustituyó a las muecas.

Me temblaban las piernas. La cabeza me daba vueltas. Sentía como el frío de la noche me golpeaba una y otra vez. Se giró instintivamente y avanzó con paso lento hacia mí. También le temblaban las piernas. La víctima nunca está preparada para el ataque.

—¿Hola? —preguntó con el ceño fruncido.

Cuando estuvo a un paso de las puertas, llevó las manos hacia ellas y abrió con decisión.

Estaba listo.

Cuando me vio, sus ojos se abrieron con sorpresa.

—Max —dijo en un susurro.

Y luego sonrió.

—Hola, Rachel.

—Qué agradable sorpresa. No te esperaba.

Los ojos le brillaron con intensidad, con pasión. Dio un brinco, apoyó los brazos en mis hombros y después enrolló las piernas a mi alrededor y me besó con dureza, rozando con los dientes las partes más sensibles de mi boca.

Mis manos fueron hasta sus piernas y la acaricié sin censura, desde las rodillas hasta su redondo y bien formado trasero. Sus piernas eran suaves y olía increíblemente bien. Hincó los dientes en mi cuello y chupó con dureza. Enterré los dedos en sus finos

cabellos. Salí del armario y caminé hasta su cama, todavía con ella a horcajadas sobre mí. Me alejé un poco y le sonreí.

—Llevaba días esperándote —dijo con la voz entrecortada. Sentía su aliento cerca de mi rostro—. Creí que estabas enfadado por la pelea con la estúpida de Morgan.

Me hirvió la sangre, pero no dije nada.

Al contrario, la besé con fuerza, mordiendo su labio inferior. Ella gruñó, pero no se quejó. Le gustaba. Unos segundos después, la dejé caer sobre la cama. Sonreía de forma juguetona.

Me coloqué sobre su cuerpo y la besé una vez más. Antes de que pudiera tocar mi arma, llevé una mano hasta el pantalón y, con sumo cuidado, saqué el cable. Involuntariamente, moví la otra mano hasta su boca, me aparté de ella y la apreté contra sus gruesos labios, simulando que estaba jugando como siempre hacíamos. Sin que se diera cuenta, coloqué el cable alrededor de su cuello. Estaba muy ocupada entregándose a mí para darse cuenta de lo que sucedía.

—Max... —musitó cuando pasé la lengua por su cuello.

Y luego, vino mi jugada final: la levanté y le hice ponerse de espaldas a mí. No se negó. Le gustaba que la recorriera con las manos. Yo le gustaba. Antes de que pudiera reaccionar, pasé de nuevo el cable por su cabeza y tire hacia mí.

Cuando se percató de lo que sucedía, trató de zafarse, pero reaccionó demasiado tarde. El cable le apretaba el cuello con firmeza. La vi retorcerse en la cama, con la espalda pegada a mi pecho. Estaba luchando desesperadamente por quitarse la soga del cuello; sus uñas me estaban rasguñando, pero mi fuerza era mayor. Yo tenía el poder, podía sentirlo en mis venas, y me gustaba.

La excitación era enorme. Estaba contento. A Morgan le gustaría y podría dejar de preocuparse y de llorar. Estaría mejor. Y yo era el que la iba a cuidar. La haría feliz el resto de sus días. Iba a ser como su demonio protector.

Mi pequeño ángel.

Rachel gimoteó y, aunque peleaba con todas sus fuerzas, muy

pronto fue perdiendo la batalla. Sus manos se debilitaron y dejó de patear con lentitud. Solté el cable poco a poco. Dejó de luchar unos segundos más tarde para acabar cayendo sobre la cama en un profundo sueño del que jamás despertaría.

Cuando terminé mi obra de arte, saqué una toalla húmeda y la limpié por todos lados rápidamente. Esta era la parte más difícil. No quería que mis huellas estuvieran sobre ella. Aunque la tecnología de Noxpoint no había avanzado lo suficiente, no quería arriesgarme. Limpié toda la escena del crimen en tiempo récord. Para finalizar, saqué un paquete de estrellas doradas y le pegué una en la frente. Era una especie de ritual y por nada del mundo lo iba a dejar pasar. Las había encontrado en el ático de mi casa, dentro de una caja donde había libros y discos viejos llenos de polvo. Seguramente, eran del abuelo y a papá se le había olvidado que los teníamos, así que me quedé las estrellas.

Victorioso, salí de la habitación y fui hasta las afueras del bosque para quemar mi ropa y el arma. Cuando me aseguré de que no quedaba nada, conduje hasta mi casa para meterme en la ducha. A las ocho y media estaba listo para ir a por Morgan, pero, antes de eso, fui a preparar mi coartada.

Bajé las escaleras y entré en el salón. Me alisé la camisa y me puse firme. Mis padres estaban sentados en el sofá viendo la novela favorita de mi madre. Me aclaré la garganta.

—Me voy —anuncié—. Son casi las nueve y tengo que ir a por Morgan.

Tenía que asegurarme de que conocían mis horarios. Rachel había muerto hacia las siete y media, por lo que me sequé el pelo para que pareciera que me había duchado entre las siete y las ocho, aproximadamente. Mamá sabía que yo era de los que desperdiciaban agua en las duchas, así que eso no era un problema.

—Salúdala de mi parte —respondió mi padre, ajeno a mi aspecto.

—Por supuesto. Me voy porque el partido comienza a las nueve

—repetí, impaciente.

—Vuelve temprano. Te quiero —dijo mi madre, sin despegar la mirada de la televisión.

Salí de casa y fui hasta el coche. Afortunadamente, la lluvia había cesado, pero las calles seguían resbalosas y vacías. A esa hora, cientos de personas estarían aparcando sus coches para ver el esperado partido.

A las nueve menos diez estaba en la puerta principal de la casa de Morgan. Esperaba que mi atuendo le gustara. Nunca me preocupaba por ello, pero esta ocasión era especial. Llevaba unos pantalones de mezclilla ajustados, una camiseta blanca y mi sudadera de los Lobos de Noxpoint. Era todo un chico de pueblo.

Morgan abrió la puerta y me sonrió.

—Hola —saludé cuando la vi. Mi sorpresa fue más allá al darme cuenta de que iba vestida igual que yo, solo que le quedaba mucho mejor. Los pantalones le realzaban las curvas de las piernas y su aroma era más fuerte cuando el viento soplaba y alborotaba su cabello—. Estás increíble esta noche.

No pude evitar decirlo. Se sonrojó ligeramente.

—¿Lista? —pregunté.

—Lista.

Capítulo 3

La carretera estaba resbaladiza. Quería pisar el acelerador y dejar las viejas casas de Noxpoint atrás. Morgan y yo regresábamos, todavía emocionados por lo que habíamos visto en el campo. El partido había sido increíble, y les habíamos dado una paliza en los primeros minutos. Había sido un juego limpio y bien merecido, así que todo estaba saliendo a la perfección. Las luces de las casas cada vez se volvían más tenues; unas permanecían en las sombras, solo con los televisores encendidos, mientras que en otras todavía se escuchaban risas y platos en el fregadero. Morgan vivía con su tía Elizabeth, pero no había nadie que le obligara a regresar temprano a casa. Cuando su madre murió y su padre fue encarcelado, estuvo en la casa hogar del pueblo. Fue horrible. El rostro le cambió por completo: la sonrisa le desapareció y sus ojos se convirtieron en un profundo y oscuro pozo. Afortunadamente, estaba yo, que la visitaba casi todos los días en ese infierno y le llevaba bombones y dulces ácidos para compartir.

Muchas veces me vetaron el acceso por entrar ilegalmente a los patios cuando ella salía a jugar con varias tarjetas. Yo no comprendía para qué servían, pues no tenía con quien divertirse.

Mi madre interfirió muchas veces para apoyarme, alegando que Morgan necesitaba convivir con otros niños del entorno y que la casa hogar debía dejar que disfrutara de su adolescencia. Así que, después de todo, ella podía seguir comiendo dulces y yo podía

seguir mirándola. Ambos ganábamos.

Su tía Elizabeth decidió hacerse cargo de ella cuando cumplió los diecisiete años, por lo que todavía estaban conociéndose. Vino desde Los Ángeles para cuidarla y ser su tutora hasta que cumpliera la mayoría de edad. Aún le faltaban tres años para ser totalmente independiente. Todos nos sorprendimos, pues nunca mencionó que tuviera una tía. A pesar del poco tiempo que Elizabeth llevaba en el pueblo, tenía muy claro que no me quería cerca de Morgan. Me lanzaba miradas de odio cada vez que nos cruzábamos, pero a mí me gustaba estar con su sobrina. Había algo en esa mujer que no me agradaba, pero sabía que la protegía y eso me tranquilizaba.

—No puedo creer que los Lobos estén en la final. Es increíble.

Asentí.

—No dudes de que ganarán esta temporada. Serán diez años consecutivos ganando el trofeo de Noxpoint. Deberían rendirse, no podrán superar a nuestro equipo —respondí, sabiendo que estaba en lo cierto.

Ella estuvo de acuerdo conmigo.

—Siempre he dicho que no hay ningún equipo como el de Noxpoint.

—Son muy buenos. Este año han hecho la mejor temporada de todas. Tienen un buen entrenador y Dalton es un gran capitán. Los llevará a la victoria.

Ella se removió en el asiento, nerviosa.

—Cierto.

—Ya lo verás.

—¡No lo dudo! —Su voz sonó extraña.

—¿Estás bien? —No pude evitar preguntarlo cuando giró el rostro, evitando mi mirada—. Te has puesto seria.

Me sonrió como si nada hubiera pasado. Su aliento empañó la ventana de la puerta del copiloto. Afuera hacía frío, pero no me podía permitir encender la calefacción. Me gustaba y odiaba sentir el aire caliente en mi rostro.

—Estoy bien, solo algo cansada. —Sus ojos brillaron—. Ha sido

una noche fantástica, Max.

—Tú haces que todo sea fantástico. —Las palabras salieron de mi boca saboreando su dulce aroma.

Aceleré un poco y apreté el volante con los dedos. Me odiaba por decir esas cosas. Morgan se incomodaba cuando lo hacía. No le gustaban las cursilerías, yo lo sabía y, aun así, las decía.

Era tonto.

Pero, al contrario de otras veces, no se quedó en silencio. Solo sonrió agradecida y llevó los dedos hasta la radio.

—¿Te parece bien si pongo un poco de música? —preguntó.

—Por supuesto. Tengo en la guantera un disco de Laura Welsh. Sé que te gusta mucho.

Apretó el botón para poner la radio. Los dedos le temblaron un poco, pero se recuperó enseguida y siguió sonriendo.

—Creo que me aventuraré a conocer tus gustos.

Empezó a sonar *I Can't Help Falling in Love*, de Elvis Presley. La carretera estaba oscura y vacía. Quise detenerme para llevarla a la entrada del bosque, pero sabía que estaba cansada y que quería llegar a casa. Se cansaba demasiado rápido. Se recostó en el asiento e inspiró profundamente, cerrando los ojos. Amaba esa canción, y estar conduciendo con ella por la carretera vacía me hacía divagar sobre mis ideas más románticas. No pude evitar cantar la canción en susurros.

La voz de Elvis se escuchaba en todo el coche, resonando en nuestros oídos.

La miré por el espejo retrovisor durante unos segundos, era tan hermosa. Estaba mirando por la ventana. El pelo le caía sobre los hombros y le cubría parte del pecho. Me habría gustado poder acariciarle las mejillas. Tenía las piernas dobladas sobre el asiento. Su piel era como una obra de arte, tan suave y tan apetecible... Cuando la canción estaba a punto de terminar, una voz familiar la interrumpió.

—Lamentamos interrumpir la transmisión. —Morgan abrió los ojos de golpe, sorprendida por la ronca voz que había cortado la

canción. Se puso recta en el asiento, con los hombros tensos, como si esperara una mala noticia—. Sabemos que los Lobos de Noxpoint están en la final y que a final de mes jugarán contra los Diablos del pueblo vecino. Sin embargo, Noxpoint no parece tener una buena noche. La policía ha recibido una llamada anunciando que Rachel Hill, una joven estudiante que nos alegró muchos días con su sonrisa y calidez, ha sido asesinada esta noche. Se ha iniciado una investigación, pero aún no se sabe qué ha ocurrido.

—¿Qué? —exclamó aterrada—. No puede ser.

Subió el volumen y se alejó del respaldo del asiento para centrarse en el altavoz que estaba frente a ella. La voz hizo una pausa y yo desaceleré para prestar atención a lo que estaba diciendo. Aunque no me apenaba, quería conocer qué se sabía hasta el momento, para saber cómo actuar.

—El alguacil del pueblo no ha hecho declaraciones, pero se rumorea que la joven fue agredida y torturada unos segundos antes de ser asesinada. Aún no se ha señalado a un sospechoso, ya que, según sus familiares, el hecho ocurrió después de cenar. La policía ha llegado al lugar del crimen para investigar y poder ofrecer más detalles. Desde la emisora, enviamos nuestro más sentido pésame a la familia Hill y a los amigos de Rachel, que fueron testigos de su simpatía. Siempre estará en nuestros corazones, y estamos seguros de que la policía de Noxpoint encontrará al culpable del lamentable hecho. Gracias por escucharnos. Seguiremos informando.

Suspiré. Por supuesto que no. El asesino había sido demasiado inteligente y no había dejado pistas en la escena del crimen. Nunca iban a encontrar nada. Lo mismo sucedió con Alan Warre. Murió por un disparo en la cabeza y le fue asignada la misma estrella en la frente. Después, lo arrojé a un río cercano, pero fui un poco considerado y lo dejé cerca de la orilla para que alguien pudiera encontrarlo pronto. No era tan malo, pero podía serlo. Alan Warre había estado acosando a Morgan cínicamente. Desde su muerte, sentía que estaba más tranquila y caminaba con más seguridad y que, de alguna manera, le gustaba saber que alguien le había dado

su merecido a ese cobarde que no aceptaba un no por respuesta. Si no la conociera tan bien, diría que ella misma le habría disparado para librarse de él. Solo que ella era más compasiva y razonable... Yo no.

Yo no lo soportaba, y mi instinto había actuado. La muerte de Alan había quedado en el olvido, a pesar de suceder hacía unos meses. No había pistas, y mucha gente parecía tenerle cierto rencor. Algo muy malo había hecho para ganarse esa reputación, ya que la mayoría no quiso colaborar en el caso.

Me sentía satisfecho. Esa noche podría llegar a casa y dormir como un bebé.

—¿Rachel está muerta? —dije con voz mortificada, tanto que creí que me importaba de verdad, incluso que sentía algo de tristeza por su asesinato. Morgan me observó cuidadosamente. Estaba asustada—. Pero si es demasiado inteligente..., no sé cómo ha podido pasar. ¡No me lo creo!

—No puede ser... —susurró, llevándose las manos al cabello—. Rachel podía ser una bruja pero ¿quién puede haber hecho algo así?

—Tenía muchas enemigas y enemigos —respondí, negando.

—No lo sé, Max. —Volvió a dejarse caer en el asiento. Sus pechos saltaron, pero no lo notó—. Ya van dos asesinatos en los últimos meses y la policía no ha podido hacer nada. Esto me aterra. Hay alguien ahí fuera haciendo daño a la gente. ¿Acaso ya no estamos seguros?

—Tranquila —intenté calmarla y bajé el volumen de la radio, que ya reproducía otra canción—. Si temes que te pase algo, te aseguro que estaré ahí para ti. No te va a pasar nada, ¿de acuerdo?

Tragó saliva.

—Creo que deberías llevarme a casa —dijo—. Elizabeth debe de estar aterrada. Dejemos la cena para otra noche, ¿te parece?

—Por supuesto. Te llevaré a casa si eso te hace sentir mejor.

Frené y di la vuelta. Esperaba que esa noche Morgan y yo cenáramos en un restaurante fuera del pueblo. Había uno que me

encantaba. Tenía vistas a la presa y los cerros se arremolinaban unos sobre otros. Apenas podían verse las casas, y las únicas luces que había eran las estrellas. El lugar tenía alrededor de treinta años y el dueño era un hombre mayor, pequeño y delgado. Deseaba tanto estar con Morgan ahí. Era mi lugar favorito y esperaba que lo conociera. Tal vez, cuando tuviera dinero suficiente, lo compraría.

—Siento tener que cancelar la cena, Max —se disculpó cuando me miró de reojo.

—No te preocupes. Si el asesinato acaba de ocurrir, seguro que el culpable anda por ahí, y es más seguro estar en casa. —Sabía que la cancelaría. La conocía demasiado bien. Podía decir una cosa y, al momento, cambiar de opinión. Así era ella, y yo la amaba. Conocía todos sus defectos. Hasta la pequeña y oscura mancha que había debajo de su tobillo. Era como una marca de nacimiento. A ella no le gustaba. Quería que su cuerpo fuera perfecto, pero se centraba tanto en pensar que era un desastre que no veía que era pura perfección. Con sus defectos y todo—. Es mejor que esta noche estés con Elizabeth. Yo debo estar con mi padre para ver en qué puedo ayudar.

—Si sabe algo, dímelo.

—Claro que sí. Solo trata de descansar esta noche.

Reprimió un gemido.

—¡Y pensar que tuvimos una discusión hace poco! —Se le empañaron los ojos—. Simplemente no puedo creer que esté muerta.

—Las cosas pasan por algo. No debes preocuparte. Sea quien sea el asesino, lo descubrirán.

Cerró los ojos con fuerza.

—Eso espero.

Después de un largo y tenso camino, estuve dando vueltas por la calle donde vivía. Estaba tan silencioso y oscuro que parecía un pueblo fantasma. Todos debían de estar escuchando la radio o viendo la televisión para saber más acerca del asesinato de Rachel.

Cuando aparqué enfrente de su casa, las luces de la segunda

planta se encendieron, como si hubiera un detector de movimiento.

—Ya se ha despertado —me anunció.

Luego, vi como las de las escaleras también lo hacían. Morgan se llevó una mano a la hebilla del cinturón de seguridad con nerviosismo. Sin apartar la vista de su casa, observé como su tía corría por las escaleras para encender las luces de la primera planta. Era muy extraña. Se movía de diferentes maneras. No tenía una rutina y nunca hacía lo mismo. Era tan diferente a lo que se veía en Noxpoint. Lo único normal que hacía era llamar a Morgan cuando las cosas se ponían feas. Pero su hora de la comida, la hora del baño, las horas en las que salía a correr y las horas en las que trabajaba siempre variaban. No tenía un horario fijo y, por eso, era difícil seguirle la pista.

Tal vez por eso me odiaba. Porque sabía que la vigilaba.

—Demonios —gruñó Morgan cuando el botón se quedó atascado.

Ya debería saberlo. Siempre que subía a mi coche le ocurría lo mismo. Maldecía y después gruñía para sacar su frustración, y yo le ayudaba a desabrocharlo con una facilidad increíble.

—Déjame ayudarte. —Llevé los dedos hasta el botón y rocé la tela de su camisa—. Solo tienes que apretar con fuerza.

Cuando lo hice, el seguro cedió y se liberó.

—No sé cómo lo haces —dijo, negando con irritación contenida en la voz—. Tu coche me odia.

Me reí.

—Por supuesto que no.

La puerta de la casa se abrió de par en par, dejando ver a una Elizabeth realmente furiosa. Cuando me vio, entrecerró los ojos. Me miraba con odio.

—Ey —saludé con cierto cinismo, gritando desde donde estaba—. ¿Cómo estás, Elizabeth?

—Vete al carajo —leí cuando movió los labios.

Morgan estaba demasiado distraída para ver lo que su tía me decía. Yo no tenía intención de hacerle daño. Ella quería a Morgan y

estaba haciéndonos un pequeño favor para hacerla más feliz. Al menos, ya no estaba en la casa hogar, donde no hacía más que culparse por la muerte de su madre. Todavía no aceptaba que su padre era un asesino. Desde que lo habían encarcelado, no había ido a visitarlo.

Seguía deprimida y lloraba por las noches en silencio.

—Gracias por traerme. —Cerró la puerta y se inclinó, dejándome ver su rostro rojo—. Te prometo que pronto iremos al lugar que querías mostrarme. Simplemente, hoy no es un buen día.

—Lo sé —dije rápidamente, tratando de animarla—. Otro día será, Morgan.

—Si hay algo que pueda hacer para arreglar lo de hoy, dímelo.

Las piernas me temblaron. Me encantaba cuando se ponía a mi disposición. Era como tener control mental sobre ella. Hacía lo que yo quería sin tener que obligarla a ello. Así era ella.

Pisé el acelerador varias veces. Aunque el coche estaba en punto muerto y con el freno de mano echado, ella se alejó un poco.

—En realidad, sí hay algo que puedes hacer. —Sonreí victorioso y alegre. El corazón me latía con fuerza—. Entra, solo será un minuto.

Alternó la mirada entre la mía y la de Elizabeth. Dudó un momento, pero después abrió la puerta y entró sin pedir más explicaciones.

Me aclaré la garganta y comencé a hablar:

—Quiero darte las gracias por esta noche. Ha sido genial. —Ella asintió sin hacer ningún movimiento—. Eres preciosa, Morgan. Cualquier chico estaría loco por ti.

Por instinto, llevé los dedos hasta sus mejillas rosadas y la acaricié con suavidad. Ella se estremeció. No sabía qué provocaba que estuviera tan locamente enamorado de ella. Vi como se le erizaba la piel y se le dilataban las pupilas. El simple roce de mis dedos le ponía nerviosa. Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

Tal vez mi madre tenía razón y Morgan también sentía algo por

mí.

—Max...

Pero antes de que pudiera decir algo, me incliné para darle un suave beso en los labios. Podía sentir su calor cerca de mi cuerpo sudoroso. Alcancé a rozárselos durante un pequeño instante en el que pude sentirla mía, pero se apartó. La miré confuso por su reacción.

—¿Qué sucede? —pregunté a unos cuantos centímetros de su dulce boca—. ¿He hecho algo mal?

Llevé mis dedos a su barbilla y la obligué a mirarme, pero no levantó la mirada.

—Yo...

Antes de que pudiera darme una explicación, me acerqué de nuevo a sus labios. Sin embargo, ocurrió lo mismo. Ladeó la cabeza nuevamente y me enfadé.

—¿Es por Elizabeth? —pregunté en un susurro.

Negó, tratando de mirar hacia otro lado, pero no le solté la barbilla. Estaba muy tensa.

—No —respondió.

—¿Entonces?

Tragó saliva.

—Estoy saliendo con Dalton.

El corazón se me detuvo durante un momento y sentí un dolor intenso en la boca del estómago. La solté y apreté el volante con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

No podía permitir que Morgan estuviera con otra persona. No soportaría verla besándose con alguien más, no soportaría ver a otro abrazándola, ni imaginarlo acariciándole la piel debajo de la ropa cuando nadie mirara. No podía tratarme así después de todo lo que había hecho. No lo iba a permitir. Solo yo la podía hacer feliz y debía entenderlo.

—¿Por qué has salido conmigo?

—Porque estoy agradecida.

—¿Agradecida? —Me reí con fuerza.

—Por lo de Rachel. Me defendiste y quería agradecértelo — respondió.

La miré disgustado. Odiaba que dijera eso.

—¿Te gusta Dalton?

Ella jugó con sus dedos.

—Max...

—Te he preguntado algo, Morgan. Respóndeme. —Estaba empezando a perder el control. Imaginarme a Morgan caminando de la mano de Dalton me sentó realmente mal.

Noté las mejillas calientes. No iba a hacerle daño, pero estaba furioso. Era solo que no aceptaba que estuviera con otro que no fuera yo.

Al fin y al cabo, tenía ese derecho. Me pertenecía. Era mía.

Tras unos segundos, levantó la mirada; estaba avergonzada. No podía descifrar lo que estaba pensando. A veces tardaba días en interpretar sus silencios o sus movimientos toscos.

—Max, creo que debes irte.

—No —contesté con brusquedad—. Respóndeme, ¿te gusta Dalton?

Seguía esquivando mi mirada. Elizabeth estaba en la puerta, esperándola. Todavía no había interferido en la conversación, y yo se lo agradecía. Era un punto a su favor.

Morgan abrió la boca, temblorosa y consciente de que no me iba a gustar su respuesta.

—Dalton es un buen chico.

Por Dios, Dalton es un idiota. No es para ti.

—Dalton es un idiota —solté con un bufido.

—No lo conoces —me dijo—. Es un buen chico.

—Creo que estás yendo muy deprisa. Deberías pensarlo mejor.

Quería darle un empujón y hacerla reaccionar. No estaba pensando con claridad, solo estaba saliendo con él porque no había conocido a nadie que mereciera su amor. Se sentía tan vacía que creía que podría llenarla y arreglar todo el daño que había sufrido. Pero estaba equivocada. Nadie podía sanar sus heridas. Ni él ni

ningún otro podían cambiar su pasado.

¿Por qué no lo entendía?

—Vete ya, Max.

—No —reafirmé, haciendo más fuerza—. Tienes que dejarlo con él.

—¿Qué? —Se rio un poco—. No voy a hacer eso. Ahora vete, por favor.

—Entonces te gusta, ¿verdad?

—Ya basta, Max. Estás actuando como un loco.

Miré a Elizabeth de reojo. Se estaba acercando a nosotros. ¡Vaya! Hasta sus pasos eran diferentes.

—Por favor, corta con Dalton...

—¿Va todo bien, Morgan? —preguntó Elizabeth tan cerca de mí que sentí su aliento en el cuello.

Ella asintió y abrió de nuevo la puerta para salir. Intenté hacerla entrar en razón, pero se alejó rápidamente, ignorándome. No podía ser posible. Rodeó el coche y, cuando los faros le iluminaron la cara, vi que tenía los ojos rojos. Las manos le temblaban y apenas podía caminar.

—Nos vemos después, Max.

Se adentró en la casa. Su tía iba detrás de ella, abrazándola por los hombros para protegerla. Cuando la puerta se cerró, arranqué y conduje hasta la mía. Si Morgan no dejaba a Dalton, algo malo iba a ocurrir. Su corazón se rompería en mil pedazos cuando se diese cuenta de que Dalton no era más que un perdedor. Ella se merecía algo mejor.

Llegué y aparqué en el garaje. Salí del coche y encendí el móvil. Me sorprendí al ver que tenía decenas de llamadas perdidas. Mi madre me había enviado un par de mensajes que no leí. Prefería entrar en casa y hablar con ella. Esperaba encontrarla sentada en el sofá con su pijama verde de seda, desesperada por saber dónde había estado. Apagué el teléfono y me lo metí en el bolsillo derecho.

Giré el picaporte y entré desanimado, preparándome para las incesantes preguntas de mi madre.

—¡Max! —Escuché al abrir la puerta—. ¿Dónde has estado? ¡Te he llamado al móvil y no me has respondido! ¡Estaba tan preocupada! ¡He pensado lo peor! ¡Dios mío! ¿Te encuentras bien? —Su voz resonaba por toda la habitación.

—Mamá, tranquilízate, ¿vale?

—¡Todo el mundo está asustado! No me pidas que me calme cuando mi hijo está en peligro y no sé dónde anda.

Puse los ojos en blanco.

—He ido al partido y he salido por ahí con Morgan —le expliqué, cerrando la puerta detrás de mí con la misma tranquilidad con la que la había abierto—. ¿Por qué está tan preocupada? ¿Qué ha pasado?

Me di la vuelta y dejé las llaves en el colgador. Me giré y caminé hacia el salón. Efectivamente, mi madre iba con el pijama verde; llevaba el pelo recogido en una trenza y las ojeras eran evidentes.

—¡Ha pasado algo terrible!

Fingí no saber nada.

—¿Dónde está papá? —Fruncí el ceño y traté de desviar su atención de lo que sucedía.

—¿No lo has oído? —Sonaba aterrada—. Lo han dicho por la radio y por la televisión.

Abrí los ojos como platos, fingiendo no saber de qué hablaba.

—¿Qué ha pasado? —Me senté cuidadosamente en el sofá. No aparté los ojos de ella—. ¿Por qué estás tan asustada? Estás preocupándome.

Se llevó las manos a la cara y exclamó:

—Rachel Hill está muerta. —Sus palabras se confundían con las lágrimas—. La han asesinado.

—¿Qué?

—Los Hill han llamado hace un par de horas. Rachel estaba en su habitación. Al parecer, la han estrangulado hace poco. ¡Ha sido una noticia horrible! ¡Rachel era tan buena! —se lamentó.

Mi madre era bastante sentimental y cualquier desgracia que sucediera en el pueblo la abrumaba y le hacía sentirse impotente

por no haber hecho nada. Mamá era caritativa con todos.

—Eso es terrible. —Me obligué a parecer afectado por la situación, aunque muy en mi interior me sentía satisfecho y feliz—. Pobre Rachel.

Mi madre lloró todavía más y se enjugó las lágrimas con un pañuelo. Traté de consolarla con un cálido abrazo, pero enseguida se apartó, levantó el rostro y me miró con los ojos rojos e hinchados.

—Hay rumores de que Morgan y tú estuvisteis involucrados en una pelea con ella, ¿es cierto?

—Sí —afirmé de inmediato. Algo como eso no se podía negar ni ocultar cuando toda la clase lo había presenciado—. Fue una pelea tonta de la que ahora me arrepiento. Muchas veces pensamos que volveremos a ver a esa persona a la mañana siguiente y que todo volverá a la normalidad. Sé que quizá herí a Rachel, pero te aseguro que solo traté de defender a Morgan. Por cierto, he estado con ella toda la noche, en el partido. Todo el mundo nos ha visto.

Ella negó con la cabeza.

—Lo sé, no lo digo por eso —se burló un poco de mi paranoia—. Sé que has pasado una noche genial con Morgan. Además, no tienes nada de qué preocuparte. Esta vez no habrá declaraciones. Solo los Hill deben contar lo ocurrido.

Eso no era bueno. Si los Hill tenían que declarar, solo podía significar una cosa. Enseguida me puse alerta y tragué saliva.

—¿Cómo? ¿Papá ha descubierto algo?

Ella asintió.

El corazón me dio un vuelco y, durante un instante, sentí que dejaba de respirar.

Repasé en unos segundos lo que había sucedido en la habitación de Rachel... El armario, el desprendimiento de ropa, los besos, las sábanas entre nosotros, el hilo en su cuello, su cuerpo retorciéndose, los pequeños gemidos que no la iban a salvar en medio de la noche, la estrella en su frente, las toallas húmedas que había quemado minutos más tarde, las llamas consumiendo la ropa que había utilizado. ¿Qué había salido mal? ¿Qué había olvidado

hacer? ¿Qué era lo que iba a descubrirme? Tal vez había olvidado algo importante.

No, no, no. Todo había ido a la perfección. Tenía que convencerme de ello. Lo había hecho bien. Todo iba bien. Debía respirar con normalidad, tenía que calmarme. Controlarme...

—¿Qué ha descubierto? —pregunté con impaciencia.

—El asesino ha dejado una pista —respondió.

Capítulo 4

Cuando mi madre abrió la boca, un chirrido la silenció. Me giré aturcido por todo lo que estaba pasando por mi mente. Tan solo quería ver a mi padre para que me contara qué había averiguado. Me estaba poniendo de los nervios. La puerta se abrió lentamente y el cuerpo de un hombre cansado asomó por ella. Entró soltando un suspiro mientras se quitaba el sombrero de alguacil. Sin duda, había sido el día más pesado de su vida.

—¿Papá? —pregunté—. Mamá me acaba de dar la noticia. ¿Tan malo ha sido?

Volvió a suspirar. Tenía los hombros caídos, la espalda encorvada y arrastraba los pies sin mucho ánimo. A pesar de que tenía una buena condición física y era más alto que yo, los años comenzaban a pesarle. Era extraño, porque nunca llegaba en ese estado. Tenía unas cuantas canas que se asomaban entre el pelo negro y que también empezaban a salirle en la barbilla y en las cejas, pero no era tan viejo como para suspirar de ese modo.

Algo más había sucedido.

—Ha sido muy desagradable ver a Rachel así. Estaba desnuda y las marcas en su cuello eran terribles. Creemos que el agresor ha utilizado algún tipo de cable. No parece ser una cuerda porque no había heridas a su alrededor. No encontramos nada cerca. No podemos darle una respuesta a los Hill todavía y tampoco sabemos si hubo abuso sexual. —Tenía la mirada perdida en una de las tazas

de café que mi madre había servido antes de que yo llegara. El vapor que desprendía me nublaba los pensamientos—. Pobre Rachel. No quiero imaginar cómo estarán sus padres.

Mi madre volvió a enjugarse las lágrimas.

—¿Han capturado al culpable? —preguntó con la ilusión de que así fuera.

Mi padre negó. Despegó la vista de la taza y dejó el sombrero en el sofá. Sus huesos crujieron cuando se sentó junto a ella.

—No, cariño —respondió con la voz apagada, abrazándola para protegerla y consolarla—. John y yo hemos estado en la habitación. Él supone que pudo haber ocurrido entre las siete y las ocho por las marcas del cuello y la hinchazón... Cuando los padres de Rachel han llamado a la policía, eran casi las diez. Lamentablemente, el asesino ha tenido tiempo suficiente para cubrir sus huellas y escapar. A veces les basta con menos de un cuarto de hora para actuar. Están preparados; las víctimas, no. Eso siempre nos deja en desventaja.

Aproveché la oportunidad y traté de parecer interesado en el caso.

—Mamá dice que habéis encontrado una pista, ¿qué es? ¿Crees que podemos ayudarte en algo?

No pareció darse cuenta de mi intención. Me conformaba con ello. Podía ser buen actor cuando me lo proponía. Se me daba bien dar importancia a ciertos temas que, en realidad, no me interesaban.

Me gustaba ser meticuloso. Hacía mucho tiempo que no me sentía así de bien. Recordar el rostro de Rachel en su habitación, sola, me hacía la boca agua. Desde la muerte de Alan me sentía vacío. Tenía una vida aburrida. Estar cerca de Morgan se estaba volviendo una rutina, y las rutinas me aburrían porque le quitaban emoción a la vida. No es que no me gustara ver a Morgan, pero quería hacer algo más para dejar de sentir que no tenía un propósito. Necesitaba hacer algo más divertido y extremo. Mi padre asintió.

—Lo mismo que ocurrió con Alan. ¿Recordáis a ese joven al que

dispararon? —preguntó, tratando de recordarnos el suceso. Asentí sin decir nada—. El asesino tiene el mismo modo de operar.

—*Modus operandi* —susurré para mí mismo.

—Fue la estrella. Rachel tenía la misma estrella dorada pegada en la frente. —Negó con desaprobación. En su rostro se veía el disgusto y el asco que sentía al pensar en los dos asesinatos—. Es como si fuera un juego. La estrella parece una recompensa por haberse portado bien con él o ella. Tendremos que investigar el círculo de amigos de ambos y ver si alguno coincide... Debe de haber sido alguien cercano. Si hubiera llegado alguien nuevo al pueblo, ya lo sabría.

Me sentí aliviado. Exhalé con disimulo. Estaba convencido de que había sido extremadamente cuidadoso. Era demasiado perfeccionista.

Mi madre siempre decía que tenía una habilidad especial para adelantarme a los acontecimientos, tanto a corto como a largo plazo. Siempre estaba atento a lo que ocurría a mi alrededor. Era muy perspicaz, y las cosas casi siempre salían como las predecía. Mejor dicho, siempre.

El mayor error de la gente era creer que solo tenían una opción, cuando en realidad había distintas alternativas donde elegir. El problema era que la situación los cegaba. No pensaban. Parecía que su cerebro se apagaba cuando tenían que tomar una decisión.

—¿Qué pensáis hacer? —pregunté asqueado—. Dos asesinatos en un año son suficientes para llamar la atención de los federales. Es decir, es un asesino en serie, podría atacar de nuevo.

Me gustaba mucho la psicología inversa y jugar con sus mentes. Si mi padre veía la posibilidad de contar con la ayuda de otro cuerpo policial, la aprovecharía. Pero sabía que Noxpoint ya no era un lugar seguro y que iba a estar desbordado de trabajo por no haber hecho lo correcto con el primer asesinato.

—No —dijo con firmeza, apartando un poco a mi madre—. Todavía podemos resolverlo. Quienquiera que sea, lo vamos a atrapar.

—Yo confío en ti, papá. —Me limpié un sudor fingido de las manos y puse cara de preocupación—. Hay alguien con malas intenciones en el pueblo y debe ser detenido. Estoy seguro de que podrás hacerlo. Noxpoint y sus residentes confiamos en ti.

Me apretó la mano con suavidad.

—Gracias, Max —respondió—. Lo encontraremos y le haremos pagar.

—No tienes nada que agradecer —dije. Le devolví el apretón y después me zafé—. Ha sido una noche horrible y necesito descansar. Disculpad que me vaya tan pronto. Sé que también ha sido una noche pesada para ti, papá.

—Oh, cariño —lamentó mi madre, apartándose totalmente de mi padre—. Ni siquiera te he preguntado cómo te ha ido con Morgan. Estoy tan afectada que lo había olvidado por completo. Estaba tan ilusionada por saberlo. ¿Cómo ha ido la cita? —preguntó con amabilidad, sonándose la nariz con fuerza.

Sonreí un poco.

—El partido ha estado bien. Morgan estaba atenta a las jugadas y sabía lo que hacían, así que no tuve que explicar demasiado y simplemente lo disfrutamos. Dalton es un gran líder, y todos están contentos con sus estrategias en el campo. Creo que seguiremos con la copa en casa. —Traté de sonreír y parecer contento por la victoria de los Lobos, aunque, por dentro, pronunciar el nombre de Dalton me provocaba dolor de cabeza después de lo que Morgan me había confesado. Era insoportable. La sangre me hervía al imaginarlos juntos, y no lo podía permitir—. Íbamos a cenar fuera de Noxpoint, pero al final decidimos dejarlo para otro día. La llevé a su casa para que pudiera descansar. Aún no sabíamos lo que había sucedido con Rachel, así que seguramente la llamaré para preguntarle cómo está. Las muertes le afectan.

Mi padre asintió.

—Has hecho bien.

Mi madre me miró.

—Tienes que invitarla a venir algún día. —Sonrió y dobló el

pañuelo con el que se había limpiado la nariz—. Quiero hablar con ella y pasar una tarde divertida. Después de lo de su padre, necesita distraerse. Nunca la he visto por las tiendas del centro. Sería bueno ir a hacer unas compras.

—No lo sé, mamá... No creo que ir de compras le guste demasiado —respondí un poco serio.

Dejar a mi madre con Morgan no era una buena idea. Podía hablar durante horas y ella se limitaría a asentir y a decir algunos monosílabos. Además, mamá no era muy cuidadosa con sus palabras, y un comentario inapropiado podría dejar al descubierto mi enamoramiento.

Cuando alguien mencionaba lo de su padre, los ojos se le cristalizaban y la voz se le cortaba. A pesar de los años, la situación seguía siendo difícil.

—Tiene que superar lo que sucedió —contestó ella con una mueca.

—No es tan fácil —interrumpió la voz ronca de mi padre—. Esa es una experiencia traumática, y más cuando eres un joven que no sabe nada de la vida. Pero creo fielmente que las cosas pasan por algo. Si quieres un consejo de mi parte, Max, te diré que dejes que lo supere. Siempre creemos que podemos resolver algunos problemas con facilidad, pero nunca sabemos cómo le afectan a la otra persona.

—Así es —convine—. Cuando sea el momento correcto, la invitaré. No te preocupes, mamá. Le gustarás. Todo el mundo te quiere. Mientras tanto, me voy a descansar. Mañana tengo que trabajar, y el señor Steve estará esperándome en cuanto salga el sol, o mucho antes. En tiempos de lluvias, el café se vende tanto como el pan caliente.

Mi padre asintió y me dejó pasar.

—Que descanses, Max.

Antes de llegar a las escaleras, me llamó.

—Ten cuidado, no sabemos cuál es la relación entre las víctimas. Debe de haber algo que se nos escapa —me advirtió con tono

preocupado. Luego sacudió la cabeza—. Descansa antes de que el infierno llegue a Noxpoint.

—¡Patrick! —bramó mi madre, dándole un codazo en las costillas al que él respondió con un gesto de dolor—. ¡No digas eso!

Se rio sin ganas.

—Lo siento —se disculpó con una leve sonrisa—. Que descanses, Max.

Me limité a sonreír.

—Buenas noches.

Dicho esto, subí las escaleras y fui hasta mi habitación para dormir como un ángel. Cuando entré, ni siquiera me molesté en encender las luces. Todavía me sentía con fuerzas para hacer otras cosas, pero ya había terminado los deberes. Me gustaba ser organizado en el instituto. Sacaba buenas notas y esperaba poder acceder a una de las mejores universidades después de la graduación, aunque, para eso, tenía que irme de Noxpoint y no me gustaba la idea de abandonar a Morgan.

No podía y no quería vivir sin ella. No podría vivir tranquilo sin ver esa hermosa sonrisa a diario.

Así que, con la mente liberada y sin ningún remordimiento, me dejé caer sobre el colchón y suspiré. Inhalé tanto aire como pude y lo contuve durante unos instantes, sintiendo el dolor en los pulmones. La imagen de Alan y Rachel con una estrella en la frente se me apareció como un *flash*. Fue inevitable sonreír y sentirme invencible y poderoso. Nada ni nadie podían detenerme. Era libre y había hecho lo que me hacía feliz.

Era arte. La muerte era arte.

Solté el aire con un soplido ruidoso y la sonrisa volvió a mi rostro.

Extendí los brazos, ocupando la mayor parte de la cama, y lo repetí. Sus rostros volvieron a mí. Me sentía en las nubes. Era tan perfecta. Las paredes de mi cuarto se convirtieron en un espacio inmenso, lleno de estrellas y planetas que giraban a mi alrededor. Planetas de tonos fuertes de verde, rojo y azul rotaban y rebotaban de un lado a otro.

Me reí durante un rato y, al día siguiente, desperté con el sonido del móvil.

—¡Cállate! —grité mientras seguía sonando cerca de mi oído. Gruñí y, sin abrir los ojos, lo busqué a tientas debajo de mis almohadas—. ¿Dónde estás, maldita sea?

Solo tocaba las sábanas. No quería molestarme en abrir los ojos, pero tuve que hacerlo cuando no lo encontré. Me levanté y encendí la lámpara de la mesita de noche. Las nubes tapaban el sol, y esperaba que fuese así durante todo el día. Cuando lo encontré, apagué y desactivé la alarma. El viejo Steve estaría levantándose para abrir la cafetería. Era un viudo de unos setenta años, con el cabello plateado y brillante. Las arrugas habían invadido la mayor parte de su rostro, y los labios, incoloros y ocultos por su finura, ya casi no se le notaban. Dudaba que tuviera la mitad de los dientes. La piel de los brazos le colgaba, y apenas podía andar con las piernas flacas y temblorosas. Era amable y hacía el mejor café del pueblo. Nada podía compararse a los postres y las bebidas de la cafetería Steve's. Por eso amaba ese lugar. Era calido y estaba lleno de diferentes aromas como el del café o el de la mantequilla. Además, contaba con mesas tanto en el interior como en el exterior para comer y ver las gotas de la lluvia golpear los grandes ventanales.

Me levanté de un salto y me metí en la ducha. Había leído que ducharse con agua fría mejoraba la circulación y permitía tener más movimientos; también cerraba los poros y era antidepresivo. Además, el agua fría me hacía sentir fresco y lleno de energía. Mi humor mejoraba por momentos.

Cuando salí de casa, todavía estaba oscuro. Hacía frío y la calle estaba completamente vacía. Fui hacia el garaje y conduje hasta Steve's. Mi turno empezaba a las seis de la mañana. A partir de las siete, la ciudad volvía a la vida, y varios compañeros del instituto iban a tomar un café o un té de manzanilla para empezar bien el día.

Aparqué y bajé frotándome las manos. Nunca había hecho tanto frío como ese día.

—Siempre llegas a esta hora —me dijo Steve, caminando por el pequeño aparcamiento de la cafetería. Sus pasos eran cortos y cuidadosos. Por suerte, el bastón lo sostenía y le ayudaba a mantener el equilibrio—. Las seis menos diez. Te estás ganando una buena carta de recomendación, Max.

—Señor Steve —dije antes de cerrar el coche y tratar de alcanzarlo—, me encanta mi trabajo. No puedo permitirme llegar tarde.

Él se rio fuerte.

—Hoy va a ser un día movidito. —Su voz vieja y ronca me alertó. Sacó las llaves de uno de los bolsillos traseros de sus pantalones color caqui—. Escuché que iba llover todo el fin de semana. Además, la muerte de Rachel es tendencia en el pueblo, así que la gente vendrá para hablar más cómodamente y conocer los detalles.

Como era debido, la noticia se había extendido por todo el pueblo antes de que saliera el sol, así como los rumores de que se había atrapado al culpable.

—Suerte que tiene un excelente trabajador dispuesto a atenderlos a todos —dije con entusiasmo—. Hoy va a ser un gran día, señor Steve.

Me respondió con una risa cansada. Cuando entramos, empecé a limpiar las mesas y a preparar el primer café del día.



El fin de semana trabajé muchísimo. Estuvimos muy ocupados en la cafetería. La lluvia ayudó bastante. Escuché en la radio las noticias y las declaraciones de mi padre sobre la muerte de Rachel. Mintió y dijo que el sospechoso había sido detenido, como debía hacer. Pero yo sabía que no era cierto, no había ningún sospechoso. Solo era una forma de tranquilizar a los habitantes de Noxpoint.

Seguí con mi rutina a lo largo de la semana. Iba al instituto y observaba a Morgan entre clases. Me sorprendía que Dalton no

estuviera cerca de ella, o que no fueran de la mano. Sabía que los Lobos llevaban un entrenamiento intenso para prepararse para la final, pero ni siquiera cuando terminaba de entrenar, iba a visitarla.

¿Realmente estaban saliendo?

Porque no lo parecía.

Y así fue durante la semana siguiente. Todo seguía igual, y yo trataba de evitar las preguntas que mis compañeros me hacían sobre la muerte de Rachel, como si fuera un agente de policía que conocía todos los detalles. Ser hijo del jefe no me ayudaba mucho. Todos querían saber algo, no importaba lo que les contase. Necesitaban saber quién podría haber hecho algo tan terrible, pero ni siquiera los Hill sabían qué había sucedido. Las pistas eran nulas, y mi padre y John no podían hacer demasiado. No les quedaba nada más que esperar a que el criminal se equivocara en su próximo ataque.

Dos semanas después de la muerte de Rachel, las autoridades todavía no habían encontrado nada que pudiera ayudar a la investigación, y Morgan y Dalton seguían pareciendo totales desconocidos. Me preguntaba si Elizabeth había aprobado que Dalton saliera con Morgan. Esperaba que no. Pero, en parte, esperaba que sí, porque mi instinto asesino estaba volviendo y la satisfacción de haber matado a Rachel estaba desapareciendo. Sin embargo, sabía que no era un buen momento para mancharme las manos.

Ese viernes por la noche los vi entrar en la cafetería. Había visto el coche de Dalton aparcado en una de las plazas libres de la cafetería. Enseguida acaparó la atención de los que estaban dentro. Ser el líder de los Lobos de Noxpoint le estaba dando cierta popularidad y los jugadores de baloncesto tenían envidia de él. No me percaté de que Morgan le acompañaba esa noche hasta que sus deportivas asomaron cuando él le abrió la puerta del copiloto, como todo un caballero. Samanta, que se encontraba a cinco mesas de la entrada principal, suspiró al ver el gesto. Morgan salió vestida con un pantalón de mezclilla que se ajustaba a su piel y una cazadora

verde militar.

Dalton la tomó de la mano y ella sonrió, tímida, como nunca antes la había visto sonreír.

Mi corazón se derritió.

Su belleza destacaba por encima de todo y de todos.

Tenía las mejillas rojas y tiritaba de frío. No me sorprendía que la cazadora llevara una capucha con pelo por si llovía.

—Max —me dijo cuando llegó al mostrador. Parecía apenada, pero yo lo entendía—. Me alegro de verte.

En realidad, yo la veía todos los días.

—Hola —respondí mientras Dalton saludaba a un par de chicos que estaban cerca de uno de los ventanales—. El gusto es mío. Sabes que me encanta coincidir contigo. ¿Qué puedo ofrecerte?

Ella sonrió un poco, luego miró el mostrador donde había cientos de pastelillos de diferentes olores y sabores. Se relamió de la forma más inocente que había visto en mi vida. Sabía que no iba a pedir nada que llevara nueces, porque era alérgica.

La observé mientras trataba de elegir algo que tuviera un color rosado. Sus ojos pictóricos iban de un lado a otro, y los lunares le manchaban el rostro, haciéndolo más llamativo de lo que ya era. Cuando alguien abrió la puerta, dejando entrar la brisa de la fría noche, su aroma a rosas me invadió y me fue imposible no inhalarlo.

Levantó la mirada, y tuve que erguirme y guardar el pequeño momento en mi memoria.

—No lo sé, esperaré a que Dalton pida por mí. El partido se acerca y me ha pedido que le acompañe. —Su voz era dulce y tímida, casi como un susurro—. Realmente creo que van a ganar.

Tragué saliva, impaciente porque Dalton la alejara de mí. El corazón me latía con fuerza y temía que alguien pudiera escucharlo y delatarme.

—Eso es genial, Morgan. —Miré hacia donde estaba Dalton—. ¿Estás segura de que no quieres pedir?

Él seguía riéndose con sus amigos, pero, al sentir que alguien lo observaba, se giró y me miró. Sonrió.

—¡Max! —gritó desde el ventanal y avanzó hasta mí con paso rápido—. ¿Cómo va todo? ¿Tu padre tiene alguna noticia sobre el asesinato de Rachel?

Sus ojos me atravesaron.

Me reí.

—No —respondí, volviendo la vista a Morgan, que sostenía la mano de Dalton con fuerza—. Por desgracia, todavía no se sabe nada.

Se pasó la lengua por los dientes, negando con tristeza.

—Demonios, pobre Rachel. Espero que pronto se sepa algo.

Sonreí.

—Seguro que sí, Dalton. —Luego, agarré un menú y se lo ofrecí—. Morgan ha querido esperar para pedir.

Él le dio un beso en la mejilla, lo que pareció tomarla por sorpresa.

—Gracias, bonita. —Ojeó el menú. Morgan y yo nos miramos durante un segundo, pero fui el primero en apartar la vista. Finalmente, Dalton pidió—: Tres capuchinos, dos chocolates calientes y un pastel de nuez, por favor, Max.

Morgan hizo una mueca. Negué interiormente.

Se lo había dicho, no era el hombre indicado para ella. ¿Por qué nunca me escuchaba?

Antes de que Morgan pudiera decir que era alérgica a las nueces, la interrumpí.

—Deberíais probar el pastel de zanahoria. Lo han pedido mucho estos últimos días y es la especialidad de la casa —sugerí con una sonrisa convincente.

—Creo que lo prefiero —dijo Morgan con rapidez.

Dalton asintió.

—Pastel de zanahoria será, entonces. —Miró hacia la parte trasera del coche—. Espero que a Keith le guste.

Capítulo 5

—¿Keith ha venido con vosotros? —pregunté sin querer parecer demasiado interesado.

Alargué el cuello y lo busqué con la mirada.

Keith era el hermano menor de Dalton: un chico de quince años con una popularidad impresionante por ser el hermano del capitán de los Lobos de Noxpoint. Eran casi idénticos. Tenían el mismo lunar debajo del ojo; era tan diminuto que apenas se notaba, pero los diferenciaba de los demás. Su hermana también lo tenía, y era una especie de distracción para los hombres, incluyéndome.

Keith emanaba una especie de inocencia que infundía ternura, pero que, a su vez, te hacía dudar de él. Era un buen chico. A sus quince años, tenía a varias chicas detrás de él y, aunque lo sabía, no se había aprovechado de la situación y no estaba saliendo con nadie, ni trataba de conquistar a ninguna joven del pueblo. Y es que el cuerpo flaco, el flequillo rubio que le cubría la frente, los ojos verdes esmeralda y el rostro angelical, que denotaba su personalidad, le convertían en el chico más carismático de secundaria, aparte de que tenía fama de ser realmente caballeroso y simpático cuando se lo proponía. La sonrisita fácil que se le formaba dejaba ver a un niño sin malas intenciones; era tan solo ese chico que no sabía cómo actuar en el pueblo. Por una parte, era el joven más popular de secundaria por tener un hermano deportista y, por la otra, era el chico de la sonrisa fácil que ayudaba a sus padres

con las tareas domésticas sin protestar.

—Sí, está en el coche —respondió Morgan sin soltar la mano de Dalton—. No ha querido bajar.

—Parece que tiene gripe.

—Igual le va bien que le lleves un té. Seguro que le ayudará — volví a sugerir.

—No suena mal —dijo Dalton, aprobando mi recomendación. Me dio la sensación de que a Morgan le sorprendía que estuviera siendo tan amable. Me limité a seguir sonriendo—. Añade el té, Max. Seguro que se recupera antes.

Asentí y le dirigí una sonrisa débil a Morgan antes de preparar su pedido.

Un minuto después, salieron de la cafetería para desaparecer por la oscura carretera. No estaba de acuerdo con que Morgan estuviera fuera de casa hasta tan tarde y que su tía Elizabeth no hubiera llamado para pedirle una explicación. A esas horas, el peligro aumentaba. A veces, podía ser muy sobreprotector con ella, pero no me importaba.

Tenía que ser más cuidadosa con lo que hacía.

Y, sobre todo, con quién estaba.

La campana de recepción sonó cuando me aparté de la vitrina principal donde estaban todos los pastelillos. Metí algunos postres para llenar el espacio que había quedado vacío y cerré con cuidado para no romper el fino vidrio que los cubría. La campana volvió a sonar encima de mí, haciéndome poner los ojos en blanco. La persona que la estaba tocando no se había percatado de que estaba detrás de la vitrina, oculto tras los grandes ventanales de decoración.

Exasperado pero sin perder la paciencia, me levanté.

Mi sonrisa se amplió al ver a Mia frente a mí.

—¡Ey! —dijo ella. Aunque trató de sonar emocionada, se le notaba que estaba triste.

Tenía los ojos más apagados y parecía que llevaba varias noches sin dormir. No tuve en cuenta que formaba parte de su

familia cuando asesiné a Rachel.

Dije lo primero que se me ocurrió.

—Mia... Me alegro de verte, ¿cómo estás?

—He estado mejor —respondió después de un largo suspiro, sonriendo con tristeza y sin muchos ánimos.

Bajé la mirada.

—¿Cómo llevas lo de Rachel? —susurré para que nadie pudiera escuchar su nombre.

Rachel estaría contenta si supiera que era tendencia y que estaba en boca de todos. Era una lástima que ya no se encontrase entre nosotros para verlo y escucharlo. También era mala suerte que no pudiera agradecerme.

Negó y los ojos se le llenaron de lágrimas; estaba destrozada.

—¿Ha sido una mala pregunta? —pregunté al no recibir respuesta.

Inhaló y se aguantó las ganas de llorar. Llevaba el pelo recogido en una trenza larga y rojiza y se había cubierto las ojeras bastante bien con maquillaje. Ya tenía muchos ojos sobre ella.

—No, está bien —contestó por fin, aclarándose la voz—. Resulta difícil aceptarlo, pero esperamos superarlo con el tiempo. Más que mi prima, Rachel era mi amiga. La quería muchísimo. Pero las cosas siempre suceden por algo, ¿no?

Asentí.

—Rachel está en un lugar mejor, Mia. No debes sentirte mal.

—Lo sé, es solo que... ¡es muy difícil lidiar con los rumores! ¡Estamos pasándolo mal! ¡A nadie le importa la memoria de Rachel y tienen curiosidad por saber qué le sucedió y por qué!

Algunos ojos se volvieron hacia nosotros.

—Todo irá bien. Lo siento mucho por Rachel.

Se limpió las lágrimas con los dedos sin llamar mucho la atención.

—Gracias, Max.

Negué, no tenía nada que agradecer. Le tendí unas cuantas servilletas para que se limpiara el rostro y le hice una seña para que

me esperara un momento mientras trataba de tranquilizarse. Tomé un vaso de papel con el logo de la cafetería y lo llené de chocolate caliente, puse la tapa para evitar que se derramara y volví a la vitrina para meter un par de donuts con glaseado en una caja de cartón roja con el logo de la cafeterías en letras doradas y en cursiva. Volví al mostrador y miré a Mia, que ya estaba más tranquila.

—Toma, yo invito.

Sonrió, apenada.

—Te lo pagaré. Sabes que no tienes que hacerlo.

—Pero quiero hacerlo —respondí, con una sonrisa para que se animara.

—Gracias de nuevo. No sé qué haría sin ti.

Sacó unas monedas del pantalón y las dejó en el bote de las propinas. Me guiñó un ojo como forma de pago. Le sonreí y negué por ser tan testaruda. Solo tenía que aceptar el pedido y marcharse. Pero a Mia no le gustaba deber nada. Rachel estaba bajo tierra y no podía agradecerme que la hubiera hecho famosa. En cambio, Mia, bueno..., ella no tenía la culpa de nada. Era más sensible que Rachel, así que me molestaba verla así, pero tampoco quería sentirme culpable porque ese era el peor error que podía cometer.

La campana volvió a sonar desde el otro ventanal del mostrador y me vi obligado a despedirme con un asentimiento de cabeza. Una parte de mí quería saber cómo se encontraba Mia realmente y qué era lo que su familia creía saber acerca del crimen, pero sabía que no era el momento ni el lugar. Desde un punto de vista estratégico, Mia podría ser una fuente directa para averiguar lo que necesitaba saber y lo que mi padre podría estar ocultando.

—Mucho trabajo, ¿eh? —dijo ella.

—Sí, eso parece.

—Entonces nos vemos después. Me ha gustado verte y hablar contigo.

—Lo mismo digo —respondí—. Adiós, Mia.

—Adiós. Nos vemos en clase.

—Hasta entonces.

—¡No olvides la parte de tu ensayo!

—¿Ensayo? —pregunté arqueando una ceja.

Ella se rio y caminó hacia la salida.

—Déjame a mí.



El sábado a medianoche, el señor Steve y yo cerramos el establecimiento con unas ganancias nunca vistas. Estábamos contentos con los resultados, y lo mejor era que mi paga iba a ser más alta, por lo que podría comprar más herramientas para trabajar mejor.

Mi vista iba del reloj a la taza de té que se había preparado Steve. Tenía la mirada cansada y las manos le temblaban al remover el contenido para disolver el azúcar. El choque de la cucharilla con la porcelana de la taza se escuchaba por toda la cafetería. Yo estaba limpiando las mesas.

Cuando vi que Steve estaba a punto de acabarse el té, fui a preparar otra taza. Me oculté lo mejor posible tras la barra. Steve estaba haciendo cálculos en una libreta, y me dispuse a llevar a cabo mi plan. De mi bata saqué un frasco de pastillas para dormir que le había robado a mi madre días antes y, sin hacer mucho ruido, tomé una cuchara y comencé a aplastar una de ellas hasta convertirla en polvo para poder disolverla en el té.

Solo vertí la mitad, no quería que se durmiera tan pronto ni durante mucho tiempo. Las pastillas eran demasiado fuertes. No podía permitirme ponerle una entera; podría sufrir un colapso. O, tal vez, quedarse dormido para siempre.

Abrí un sobre de manzanilla y, con una cucharita, agregué tres porciones de azúcar, puse el ingrediente secreto y diluí la mezcla. Lo tenía todo planeado. Esta vez, mi coartada sería el viejo Steve.

Avancé hasta donde estaba y sonreí.

—Te he preparado otro —dije, dejándolo a un lado—. Parece

que la noche va a ser larga.

Sonrió, cansado.

—Gracias.

Sin decir nada más, apartó la taza vacía y se llevó a la boca la nueva. Debía admitir que era muy bueno preparando cafés y tés. Nadie podía negarlo, por eso Steve me permitía muchas cosas y confiaba en que su negocio estaba en buenas manos cuando se trataba de mí.

Seguí limpiando las mesas y, de reojo, observaba como Steve entrecerraba los ojos y bostezaba constantemente, luchando contra el sueño. Esperaba que no tardara en quedarse dormido.

Consulté la hora. Eran las 00:15.

Tiré unas cuantas servilletas más y, cuando me disponía a limpiar otra mesa, escuché un ruido sordo. La cabeza de Steve se había estrellado contra la madera del tablero. Unas gotas de té habían caído al suelo.

Sonreí y fui hasta él.

Estaba profundamente dormido y roncaba como un león. Su pecho subía y bajaba y la nariz le silbaba con cada exhalación. Pasé los dedos por delante de él, pero no se movió. Me quité la bata sin perder mucho tiempo. Por suerte, había bajado las cortinas y nadie podía ver lo que ocurría dentro. A esas horas, esperaba ser el único que quedaba despierto.

Sabía que Steve no se despertaría hasta que alguien lo sacudiera y le gritara su nombre unas mil veces.

—Nos vemos en un rato, Steve.

Tomé lo que había preparado unos minutos antes y después salí por la puerta de emergencias sin hacer mucho ruido. La puerta trasera estaba en un callejón oscuro que olía a plátanos podridos y a restos de comida. Cuando salí, una rata pequeña y gris se cruzó en mi camino, rozándome los zapatos. Hice una mueca de asco y le di una patada, tratando de alejarla de mí. La rata chilló y dio un salto para después seguir corriendo y esconderse en uno de los cubos de basura donde había otras mordiendo las bolsas de plástico. Podía

escuchar sus dientes masticando los restos de los pastelillos de chocolate. Estaban dándose un festín.

Cerré la puerta con llave y dejé mi coche aparcado en el mismo lugar. Moverlo habría sido una mala idea.

Caminé por el callejón tapándome la nariz. Seguro que, si olía un poco, se me revolvería el estómago. El hedor a rata mojada era insoportable; debía decirle a Steve que tenía que fumigar antes de que los clientes entraran a la cafetería y las vieran. Un lugar tan magnífico como Steve's no se podía cerrar por falta de higiene. Además, yo trabajaba ahí y no podía permitir que mi nombre se ensuciase de esa forma.

Ir a pie hasta la casa de Dalton me llevaría, por lo menos, media hora. Si me daba prisa y las calles seguían vacías, llegaría en veinte minutos. Solo me detendría para ocultarme de quien pudiera verme.

No podía correr el riesgo de ser visto.

Me puse la capucha y seguí avanzando con la mochila en los hombros. Avanzaba tan rápido que mis pasos apenas se escuchaban. Los zapatos se me hundían de vez en cuando en los charcos. Las calles estaban mojadas y las luces de la vía pública eran lo único que me acompañaba.

Me encantaba caminar a esas horas. Debería considerar caminar más a menudo al salir de trabajar, aunque eso levantaría muchas sospechas.

Me detuve en la esquina de la calle de Dalton y me escondí detrás de un arbusto. La imagen de la muerte de la madre de Morgan me asaltó.

—Muy bien —murmuré cuando vi que la casa estaba a oscuras y su coche, en el garaje. Eso indicaba que Morgan estaba en casa, lo cual me alegraba—. Que empiece la acción.

Me puse los guantes, me dejé puestos los zapatos negros y me ajusté el cinturón del pantalón. Me cubrí el rostro con un pasamontañas y volví a cargarme la mochila a la espalda. Suspiré y volví la vista a la silenciosa calle. Todos estaban dormidos.

La luz de la luna se reflejaba en la carretera marcada con líneas

amarillas. Era tan espectacular que me detuve un segundo para admirarla.

Suspiré y me dirigí hacia la casa.

Levanté la barbilla y avancé sin poder detenerme. Una fuerza más poderosa que mi voluntad se estaba apoderando de mí, y era muy difícil detenerla. Era algo que no podía controlar. La sangre me hervía de nuevo y se me aceleró el pulso. Tenía la mirada fija en un solo punto y en mi mente solo había un objetivo.

La casa de Dalton era lo único que podía visualizar. Las casas que dejaba atrás iban desapareciendo para dar paso a un agujero oscuro y silencioso.

Estaba seguro de que tenía las pupilas dilatadas y de que ese día iba a correr sangre por mis manos.

Apreté el paso y avancé más rápido debido a la emoción. El rostro de Morgan volvió a mí, pero desapareció a la misma velocidad. Fui hasta el jardín y busqué la escalera, escondida entre las ramas, para poder subir a la segunda planta. Una vez dentro, debía ser muy cuidadoso y estar alerta. En casa de Dalton vivían seis personas, y me podrían descubrir si alguien se despertaba.

Debía evitar los accidentes.

Moví unas cuantas plantas que subían por la pared y pisé algunas flores amarillas que decoraban una parte del colorido jardín. Unas gotas cayeron sobre mi chaqueta. Las plantas eran tan gruesas que tuve que hacer mucha fuerza para poder apartarlas y dejar a la vista la escalera de madera que estaba pegada a la pared.

Con mucho cuidado y asegurándome de que los escalones no se partían en dos por mi peso, subí hasta una ventana por la que podía entrar sin dificultad.

Cuando llegué al final de la escalera, saqué un hierro y lo introduje en el candado de la ventana. A los pocos segundos, lo abrí y lo tiré al césped mojado. Pegué la oreja al vidrio y escuché si había alguien cerca.

Reinaba el silencio.

Deslicé el vidrio hacia arriba y se abrió.

Me apresuré a entrar.

Dentro, busqué alguna luz encendida que me indicara que alguien seguía despierto, pero todo estaba oscuro. No había nada que iluminara el largo pasillo. Tenía que ser muy cuidadoso si quería que todo saliera bien. Cualquier ruido o golpe contra algún mueble podría delatarme en cuestión de segundos. Dalton y su familia eran atletas a tiempo completo, y no podía arriesgarme a ser visto si no quería recibir una paliza que recordaría toda mi vida. El padre de Dalton era el doble de alto que él; había sido ganador olímpico y sus buenos hábitos no habían desaparecido a pesar de que ya pasaba de los cincuenta.

Tenía que admitirlo, me sentía un poco intimidado invadiendo el hogar de una familia físicamente preparada. Me temblaban las manos y me sentía un poco confundido con lo que estaba a punto de suceder. Tal vez debería regresar por donde había venido y olvidar todo lo sucedido. Pero la palabra «olvidar» no estaba en mi vocabulario, y mi instinto era más fuerte que mi voluntad. Conociéndome y sabiendo lo que pasaba por mi mente, estaba completamente seguro de que no iba a dar marcha atrás. No soportaba la idea de que Dalton sostuviera la mano de Morgan cuando yo podía y deseaba hacerlo. Era inevitable sentir como la rabia me envenenaba el pecho cuando la veía con otro. Era mía. Yo la había protegido durante tantos años, y Dalton no podía sustituirme de la noche a la mañana solo por ser un ejemplo a seguir para todos los estudiantes de Noxpoint.

Me quemaba la piel. No, por supuesto que Dalton no se saldría con la suya.

Sin más dilación, entré. Luché contra mi voluntad y meforcé a ser fuerte. Porque yo era fuerte. Podía con esto. Siempre me salía con la mía. Hoy no sería la excepción. Noxpoint amanecería nuevamente teñido de rojo.

Fruncí el ceño por la molestia que me provocaban mis pensamientos. Mis ojos se adaptaron a la oscuridad y me adentré en el caluroso lugar. Tenía la frente sudada y, a decir verdad, me

gustaba. Era señal de que la adrenalina estaba llenando mis venas. La camisa se me pegaba a la espalda.

Estaba nervioso. Me dolía el pecho.

Miré a mi alrededor, pero las puertas de las habitaciones de la segunda planta apenas se veían. La luz de la luna que se filtraba por la ventana dibujaba una línea que recorría el pasillo, haciéndome de guía. La cortina ondeaba con el viento. Di otro paso, y el suelo crujió bajo mis pies, de modo que me detuve, pero no apareció nadie.

Algo no iba bien. Lo sabía.

No entendía por qué de pronto estaba tenso y agobiado. Por lo general, podía controlar mis emociones y mi transpiración. Ahora estaba sudando por todos lados, siendo las manos las más afectadas. No era algo que me pasará a menudo. Ni siquiera con Rachel había sudado tanto.

¿Acaso algo podía salir mal?

Tenía que controlarme si quería que todo fuera perfecto, como era costumbre. Manejar las emociones era lo único que podía hacer que todo fuese magnífico. Fue entonces cuando respiré profundamente y cerré los ojos.

Lo peor que podía pasar era que los nervios me cegasen. Y no lo podía permitir. Yo era un genio. No tenía nada que temer. El temor era para los tontos que no aceptaban los desafíos. No era la primera ni la última vez que lo iba a hacer. Si necesitaba más sangre en mis manos y más sonrisas de Morgan, entonces debía hacer que mi corazón se ralentizara y que mi respiración se estabilizara para poder continuar. Debía dejar de sentir ese nudo en el estómago y seguir como siempre lo había hecho. Yo era invencible; era la persona más valiente de este mundo.

Era como un juez que podía decidir quién vivía y quién moría. Podía ser un dios y un demonio al mismo tiempo. Tragué saliva y apreté los puños.

Tenía poder.

Podía acabar con una vida si quería que Morgan fuera feliz.

Y lo haría por ella.

Lo haría todo por esa mujer.

No importaba el qué. Lo haría.

La amaba.

Abrí los ojos e inhalé hasta que me dolieron los pulmones. Iba a salir.

No podía hacerlo.

Fue entonces cuando advertí que una puerta estaba abierta. Las luces estaban apagadas, pero veía una pequeña y ligera luz por debajo de una sábana.

¿Dalton?

Entrecerré los ojos y me fijé en uno de los muebles junto a la cama repleto de las siluetas de los trofeos y las medallas de Dalton.

No había duda: era él.

Era el momento.

Di un paso y sentí como algo crujía debajo de mí. Cuando miré, me di cuenta que no había sido nada. Estaba tan nervioso que estaba alucinando. Los sonidos que menos esperaba escuchar resonaban en mi cabeza, haciéndome sufrir. Tal vez debería haberme tomado algo antes de venir para no tener la sensación de que algo estaba saliendo mal.

Pero ya no había tiempo. Era ahora o nunca. Y nunca no existía para mí.

Di un paso más y tomé aire. Tenía que ser cuidadoso.

Mis pasos eran cada vez más cortos, cada vez más sigilosos y llenos de tensión. Una vez dentro de la habitación, me llegó un olor a perfume de hombre mezclado con crema de coco. Esperé unos instantes. Él sintió que alguien lo observaba.

La sábana se levantó con lentitud y la tela tembló anticipando lo que estaba a punto de suceder.

Un rostro apareció.

Le apunté con el arma y me disponía a atacarle cuando...

—¡Qué demonios! —gritó un joven con el rostro lleno de confusión y pánico.

Me detuve y oculté el cuchillo antes de que fuera demasiado tarde. Me había quedado congelado.

—¿Keith? —pregunté con el ceño fruncido, aunque él no podía verlo.

Tenía los ojos abiertos de par en par. Estaba aterrado.

Maldición.

Keith no. Él no era el objetivo.

—¿Qué quieres? —preguntó sin moverse ni un centímetro.

—¿Dónde está Dalton? —Fue lo único que pude decir.

Sus ojos trataron de buscar los míos para saber de qué tipo de intruso se trataba. Enseguida, me abalancé sobre él y le puse el cuchillo en el cuello, amenazándolo.

—Vamos, levántate y no intentes gritar si no quieres que te destroce la cara.

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar con la voz temblorosa. Tenía que pensar en algo. Si Keith me reconocía, estaba perdido, y debía admitir que el chico era inteligente y observador.

—¿Tú que crees? —pregunté con rudeza mientras le acercaba el filo del cuchillo.

El chico contuvo un chillido y levantó las manos, cooperando. Le di un empujón para que empezara a caminar por la habitación de Dalton mientras pensaba en cómo huir de la manera más rápida posible. En cuanto saliera por la ventana, Keith iría corriendo hasta la habitación de sus padres y avisaría de la intrusión. Después llamarían a la policía y, por lo que mi padre me había contado acerca de los robos a casas, esperaba tener unos quince minutos para huir.

—Puedes llevarte mi teléfono. En realidad, no hay nada de valor aquí...

—Cállate —le ordené.

—¡Está bien, está bien! —Estaba poniéndose pálido y parecía que iba a desmayarse en cualquier momento—. ¿Por qué no te llevas lo que quieras y te vas? Mi hermano no tardará en llegar y créeme que no le gustará que haya entrado alguien en su

habitación.

—¿Dalton? ¡Por favor! —me burlé—. Dime, ¿por qué su coche está aquí? ¿Dónde está él?

—Llegará pronto, ya te lo he dicho. Toma el dinero y vete.

Bufé.

—No se trata del dinero. ¿Dónde está Dalton? —insistí, dándole a entender que sus amenazas no me intimidaban.

—Está con una chica.

—¿Qué chica? —Apreté los dientes.

Eso no estaba bien. Morgan estaba fuera de casa y la noche se estaba volviendo peligrosa. Y me gustaba mucho menos la idea de que estuviera con Dalton. Me hacía pensar en tantas cosas que me revolvían el estómago... Pensé lo peor.

—Yo... no lo sé.

—Por supuesto que lo sabes. Dímelo —ordené.

Él tragó saliva y resopló.

—Morgan, su nombre es Morgan.

—¿Dónde están?

—Han salido a beber. Dalton se ha llevado el coche de papá.

Ahora lo entendía. No era la última noche de Dalton. Qué suerte tenía.

—¿Por qué estás interesado en mi hermano y en su novia? ¿Los conoces? —El adolescente no dejaba de hacer preguntas.

—Cállate, Keith.

Se volvió a girar, tratando de averiguar quién era, pero aparté la mirada antes de que pudiera reconocirme. No podía hacerle daño a Keith. Él no tenía ni idea de quién era yo.

—Dame tu móvil.

Cedió con facilidad.

Luego le di un empujón para que cayera encima de la cama, tomé una de las sillas que había cerca y cerré la puerta, lanzándole una mirada amenazadora para que se quedara donde estaba. Él me observaba horrorizado. Sabía que lo peor había pasado y que lo mejor que podía hacer era dejarme marchar si no quería provocar

un baño de sangre. Keith era inteligente y sabía lo que tenía que hacer. Me di la vuelta, furioso, atranqué la puerta para que no pudiera salir, dándome unos minutos de ventaja. Apagué su teléfono y decidí que lo mejor era evitar pensar en Morgan y Dalton juntos. Fui directo hasta la ventana y di un salto hacia el jardín, que me esperaba como un cómodo colchón para salvaguardarme. Lancé el teléfono entre los arbustos y comencé a correr.

Maldije a Dalton y a su suerte, porque el destino lo podía cambiar yo.

Fui de nuevo hasta la cafetería, con la esperanza de que el viejo siguiera dormido. Me quité el pasamontañas y lo guardé en la mochila. Escuché los grillos cantar.

El sonido de la noche era de lo más relajante, aunque yo seguía bastante enojado por lo mal que habían salido las cosas. Había vacilado con Keith y eso solo podía significar que mi voluntad estaba creciendo. No sabía si era bueno o malo y tampoco quería averiguarlo.

Era tan espectacular caminar por Noxpoint cuando la luna estaba en lo más alto del cielo. Sentía las mejillas rojas y calientes.

Saboreé la tranquilidad y seguí avanzando, olvidando lo sucedido.

Cuando giré por una calle llena de grandes árboles y de coches aparcados, mis ojos se toparon con una hermosa luz. Solo que la hermosa luz estaba hecha un desastre y riéndose con otro chico.

Era ella. La reconocería en cualquier parte.

El corazón se me salió del pecho.

—¿Morgan?

Cuando pronuncié su nombre, levantó la vista, asustada.

—¿Max? ¿Qué haces aquí? —me gritó, creyendo que no la iba a escuchar desde la esquina.

Estaba sentada en un banco, sonriendo como nunca la había visto. Parecía divertida y feliz, como si nada le importara.

Estaba alcoholizada. No podía creerlo.

Cuando me acerqué, reconocí a Dalton, que también había

estado bebiendo.

—¿Qué le has dado? —exclamé molesto.

Apreté los puños. Estaba ardiendo por dentro. Miré a Dalton con una rabia incontenible.

—Hemos bebido un poco. Relájate —me respondió con la misma sonrisa que Morgan.

Quería romperle todos los huesos y hacerlo desaparecer.

—Ella no bebe, estúpido.

De pronto, sentí un golpe suave.

Retrocedí unos pasos y, segundos después, sentí un extraño calor.

—¡Max! —Morgan se lanzó a mis brazos y, cuando volvió a decir mi nombre, olí la cerveza en su aliento—. ¡Me alegro de verte!

Sus delgados brazos se enroscaron con fuerza alrededor de mi cuello. Olí el aroma de su cabello y cerré los ojos. Aspiré como nunca antes lo había hecho y saboreé su dulce perfume. Vacilando, la tomé de la cintura sin hacerle daño y me aparté. Tenía la cabeza enterrada en mis hombros; probablemente estaba quedándose dormida de lo borracha que estaba. Traté de ser paciente. Al menos, la había encontrado a salvo y vestida. Sin embargo, Dalton no tendría tanta suerte.

—Te llevaré a casa, ¿de acuerdo?

—Lo siento, Max. De verdad que lo siento. Hemos empezado a beber y... —Dalton intentó explicarse mientras se acostaba en el banco, como si la mejor opción para dormir en esos momentos fuera la calle helada.

Estaba cerrando los ojos. Morgan se rio y me abrazó con más fuerza, haciéndome un rasguño en el cuello con uno de sus brazaletes. Ni siquiera se percató, pero sentí que una gota caliente se deslizaba por mi nuca. Me zafé de ella y me toqué con suavidad. Tenía una herida pequeña y estaba sangrando. Me limpié con brusquedad y volví a mirarla.

—¡Está durmiéndose en la calle, Max! —me gritó al oído con sonoras carcajadas.

Ambos se rieron.

—¡No estoy dormido! —dijo él, y abrió los ojos.

—¡Te vas a morir de frío si no te levantas, Dalton!

Se apartó de mí y su dulce aroma se fue, pero luego me abrazó por la cintura, ocultando su rostro en mi cuello. Su cercanía me tranquilizaba y hacía que olvidara a Dalton y su estúpida idea de salir a beber.

—Tengo frío, Max. No quiero morir de frío. Vamos a morir de frío, ¿verdad?

Sonaba tan infantil, tan crédula.

—Ya es suficiente —espeté, apartándola—. Iremos a por mi coche y te llevaré a casa para que puedas ducharte. Luego te tomarás una aspirina y le irás a dormir.

—¡No! —Dalton intentó levantarse, pero le fue imposible—. Yo la llevaré.

—Serás...

—¡Max! —dijo ella, asustada—. ¡Cuida tu lenguaje!

—Lo siento, Morgan —me disculpé—. Te llevaré a casa. Ven conmigo.

—¿Y Dalton?

—Que se quede aquí y le sirva de lección. Te ha puesto en peligro.

—¡No podemos hacer eso, Max! —Sus ojos se humedecieron.

Suspiré y negué.

—De acuerdo —acepté, sin condiciones—. Llamaré a un taxi para que venga a por él.

La vi sonreír tontamente. Estaba tan indefensa y débil que, en ese momento, sin ningún peligro ni sospecha, la podría raptar.

—Llévame a casa, Max —me pidió con los ojos brillantes y llenos de excitación. Me temblaron las manos, pero mantuve el control—. Llévame contigo.

Aunque las palabras las provocaba el alcohol, su voz me adormecía el cuerpo.

Capítulo 6

Dalton vomitó por lo menos tres veces antes de que pudiera articular palabra. Tuve que ver la porquería que salía de su boca y ponerlo de lado para que no se tragara el vómito y se ahogara. Aún no sabía cómo había pasado de querer matarlo a salvarle la vida. Tal vez si Morgan no hubiera estado cerca, le habría dejado morir sin ninguna duda. Después de todo, era su culpa y, en el supuesto caso de lo hubiera hecho, solo habría sido testigo de su sufrimiento, y no habría sido necesaria un arma.

—Lo siento tanto —le escuché decir en medio de la noche.

Tuve que morderme la lengua para no responderle. Estaba realmente furioso y, aunque su esencia me tranquilizaba, el peligro al que ambos se habían expuesto hizo que me hirviera la sangre. Me levanté cuando Dalton pareció haber desechado todo lo que tenía en el estómago.

Mis ojos lanzaban chispas.

Me quité la chaqueta y la dejé caer sobre los hombros desnudos de Morgan, que ya empezaba a tiritar de frío. La piel de los brazos se le había puesto de gallina.

—Ten. Póntela —le ordené sin mirarla a la cara.

Me di la vuelta para no enfadarme más. Quería gritarle, pero no podía hacerlo. Seguramente se pondría a llorar y, por muy enfadado que estuviera, no sería yo quien le provocase las lágrimas.

De pronto, sentí unas pulsaciones en la frente.

Iba a darme un masaje en la sien para aliviar el dolor cuando una voz me interrumpió.

—¿Max? —me llamó Morgan mientras intentaba meter las manos en las mangas de la cazadora.

Quise responder, pero la rabia no me lo permitió. No entendía porque de pronto estaba tan molesto. Y tampoco entendía cómo era posible que cada vez me sintiera más colérico.

—¿Estás enfadado? —me preguntó.

Fijé la mirada en una de las calles laterales y me di cuenta de lo vacía y oscura que estaba.

Apreté la mandíbula de nuevo y negué sin que pudiera verme el rostro. Sabía que no podía verme en este estado, porque se asustaría, y esa no era mi intención.

—¿Qué sucede entonces? ¿He hecho algo mal?

Me di la vuelta en cuanto terminó de hablar.

El corazón se me detuvo al oírla. El veneno corrió por mis venas y se combinó con mi saliva, y no pude contener mis palabras.

—¿Que si has hecho algo mal? —Mi tono la hizo retroceder. Abrió los ojos como nunca antes y me observó sin apartarlos de los míos—. ¿Que si has hecho algo mal? —volví a preguntar, esta vez haciéndole ver mi enfado sin censura.

Sonreí en mi interior cuando se quedó quieta. Nunca la había visto tan paralizada, ni tan atenta a lo que le decía.

—¿Acaso eres una chiquilla de nueve años que no conoce lo peligroso que es estar fuera de casa a estas horas? —Le gruñí con voz ronca—. ¿Qué se te ha pasado por la cabeza cuando te has bebido esa jodida cerveza? ¿En qué demonios pensabas? ¿Tienes nueve años? ¿O menos? ¿Acaso nunca te han advertido de lo peligrosa que puede ser una noche oscura y lluviosa en Noxpoint? ¿No se te ha ocurrido pensar que un borracho o un joven drogado podrían haberse aprovechado de ti? O peor aún, que podrían haberte llevado al bosque y dejarte en medio de la nada y sin tu... inocencia. —Negué al imaginarlo. La estaba riñendo por un buen motivo, y ella sabía que tenía razón—. Eres una inconsciente,

Morgan. Inconsciente, inconsciente chiquilla. ¿Al menos has revisado las bebidas que te servían? ¿Lo has hecho? A todo esto, ¿cuántas has bebido, eh? ¿Las dos o tres jarras han valido la pena? Espero que sí, porque esta vez te has salvado y, afortunadamente, he pasado por aquí y te he visto, si no...

—Yo... —Intentó defenderse, pero no la dejó hablar.

—Tú no vuelves a tomar una gota de alcohol —dije con firmeza. Mis ojos fueron hasta el moribundo de Dalton, que parecía ajeno a la conversación—. Y menos si vas acompañada de este.

—Lo siento tanto. —Bajó la mirada y vi como una lágrima le resbalaba por la mejilla derecha.

No me gustaba verla llorar, pero esperaba que aprendiera la lección. Estar sola no era seguro. Ella no podía estarlo. Era frágil y cualquiera podía hacerle daño. Debía entenderlo.

Miré al cielo y vi las nubes negras iluminadas por un gran trueno que cayó cerca del bosque. Sentí el suelo temblar bajo mis pies.

—Llamaré a un taxi para que te lleve a casa también. No te llevaré yo.

Levantó la cabeza sorprendida, tragó saliva y abrió los ojos de golpe.

—No, no, no, no... —me dijo, acercándose a mí y aferrándose a mi brazo. Estaba asustada—. No quiero irme aún. No en taxi, quiero decir... ¡Tú lo has dicho! ¡Es peligroso! Por favor, no lo hagas. No me dejes ir.

Me reí.

—¿Te vuelve a funcionar el cerebro? —inquirí, arqueando una ceja.

—Por favor, no quiero irme con un desconocido. Quiero irme contigo, ¿de acuerdo? —Tragó saliva y miró a Dalton con arrepentimiento—. Él puede irse en el taxi, pero yo no.

Fruncí el ceño sin entender lo que decía.

—¿Por qué no?

—No puedo llegar así a casa.

—¿Así cómo?

—Borracha —respondió en un susurro, apenada.

—Estoy bastante enfadado contigo —contesté.

—Lo sé. Me lo merezco.

Asentí y ella me soltó.

—Bien —dije—. El primer paso es aceptarlo.

Los ojos le brillaron.

Saqué el teléfono, llamé al servicio de taxis de Noxpoint y di la dirección. Observé de reojo a Morgan y la vi batallar con la chaqueta; aún no se la había puesto. Luego di mi nombre y, finalmente, la teleoperadora me dijo que en menos de siete minutos llegaría un coche. Asentí y colgué.

—Déjame ayudarte con eso.

Poco a poco la furia desapareció.

—Lo siento, de verdad. Te lo recompensaré. Lo prometo. —
Hablabla con rapidez.

Apenas se le entendía, las piernas le temblaban y la voz se le entrecortaba debido al alcohol.

—Lo siento. He sido una tonta. Solo quería divertirme.

—¿Desde cuándo diversión es sinónimo de alcohol? —le pregunté.

—Solo quería olvidarme de los malos ratos, ¿de acuerdo? —
Abrió la boca, se recogió el pelo con un movimiento rápido y me apartó.

Iba a vomitar.

—Oh, no...

Pero nada asqueroso salió de su boca. Solo había sido un mareo. Volvió a soltarse el cabello y me miró con los ojos llenos de tristeza y de decepción.

Me aclaré la voz y me aseguré de que no hubiera nadie cerca que pudiera vernos ni oírnos.

—Debes ser más prudente. Eres inteligente y unas copas de más no deberían quitarte ese encanto. Debo admitir que ahora mismo estás encantadoramente hermosa, pero puedes serlo siempre que quieras.

Cuando consiguió ponerse la cazadora, me acerqué para abrochársela. Deslicé los dedos con lentitud y le rocé los pechos. Seguí descendiendo hasta llegar a su estómago y se estremeció.

Al llegar al final, me percaté de que la chaqueta era más grande que ella y, gracias a eso, mis manos estaban a unos centímetros de su entrepierna.

—Max...

—¿Sí?

—Puedo hacerlo yo —dijo con voz ronca.

Asentí y aparté las manos. En ese momento, un coche giró la esquina. Los faros nos cegaron durante unos segundos.

Frenó y nos miró.

—¿Han pedido un taxi?

Era un hombre gordo y con barba. Debajo de los ojos tenía unas grandes manchas oscuras y alrededor de su boca había restos de pan.

—Sí. Para él. Se ha emborrachado bastante, y no podemos llevarlo a casa —dije sin más.

Asintió sin hacer más preguntas.

—¿Necesitas ayuda para subirlo? —se ofreció, pero negué.

—Estoy bien, gracias. —Fui hasta donde estaba Dalton y lo levanté, apoyando uno de sus brazos en mi hombro y arrastrándolo por la acera—. ¿Morgan? ¿Puedes abrir la puerta?

Ella asintió, avergonzada al verle así. Los efectos del alcohol iban desapareciendo tras mi sermón. Metí a Dalton en el taxi y él se quejó sin despertarse.

—Esta es la dirección a la que hay que llevarlo. Este es el pago; incluye la propina y una compensación para un lavado del coche por si vomita dentro. Usted sabrá si lo deja en la puerta de su casa o si llama a sus padres para que salgan por él. Eso ya no es cosa mía.

El hombre contó los billetes y, satisfecho, asintió.

—Haré lo que se pueda.

—Gracias.

—Buenas noches —se despidió y volvió al vehículo.

Miré a Morgan.

—Lo siento, te pagaré todos los gastos.

—Vamos a por mi coche —le hice saber—. Vas a tener que caminar por tu cuenta, así que mantente despierta si no quieres tropezar y caerte al suelo. No soy una niñera, ¿entendido?

—Sí —asintió y me siguió por detrás hasta la cafetería.

Tras quince minutos de silencio, llegamos, y vi que Steve seguía con la cabeza sobre la mesa.

—¿Está bien?

No me había dado cuenta de que ella también había entrado.

—Solo está dormido. ¿Por qué no vas y enciendes el coche por mí? —le sugerí con frialdad mientras le daba suaves palmadas en las mejillas a Steve para que despertara—. Las llaves están en la cazadora.

No la escuché responder, simplemente se dio la vuelta. Al cabo de unos segundos, Steve despertó con las mejillas rojas y con el sonido del motor rugiendo en el aparcamiento.

—Es hora de irse —le dije.

Se frotó los ojos y miró a su alrededor como si no recordara lo que había pasado o dónde estaba.

—Vaya, ¿qué hora es?

—No lo sé, pero debes irte a casa —mentí.

—Está bien.

—Yo cerraré. Buenas noches.

Se levantó y asintió. Los ojos le pesaban.

—Gracias, Max. Creo que la edad ya me está pasando factura. Mañana nos vemos, descansa.

Tomó su chaqueta y se fue. Cinco minutos después, la cafetería estaba limpia y cerrada. Antes de salir, cogí un vaso desechable y lo llené de agua caliente. Le añadí café soluble y me llevé algunos sobres de azúcar y de leche en polvo. Dejé unas monedas en la barra con una nota en la que indicaba que debía meterlas en la caja por la mañana. Fui hasta el coche y vi a Morgan en el asiento del copiloto con los brazos cruzados, tratando de entrar en calor.

Cuando me oyó llegar, se giró y me sonrió con timidez.

Pasé por delante y entré sin decir nada. Me fijé en que había dejado los libros de filosofía de Mia en el asiento trasero. Todavía no los había abierto. Mia iba a odiarme, pero no era el momento de pensar en eso.

—¿Café?

Lo aceptó sin pensarlo. Se la veía cansada.

—Gracias —me agradeció con un hilo de voz.

Le di los pequeños sobres de color blanco y amarillo y vi que le ponía cuatro porciones de azúcar. Apunté el dato en mi memoria.

Retrocedí y aceleré un poco.

—¿Me vas a llevar a casa?

—Sí —respondí—. Y espero que tu tía te castigue por lo que has hecho.

Frunció los labios.

—¿Crees que todo se arregla con violencia? —preguntó visiblemente molesta.

—Lo que estoy diciendo es que...

—¿Estás diciendo que si fuera hombre me habrías golpeado?

Quitó el freno de mano, metí primera y salí del aparcamiento.

Me reí un poco.

—No, no es verdad.

—¿Por qué haces esto? —Hizo hincapié en la última palabra.

Bebió del café una vez más y lo dejó en el portavasos. Se peinó con las manos lo mejor que pudo.

La miré por el espejo retrovisor. Estaba guapa hasta con el maquillaje corrido y sudada. Ni siquiera el aroma a rosas era comparable. Este era su olor, su esencia.

La miré divertido.

—¿Adónde quieres que te lleve, entonces?

—A cualquier lugar menos a casa.

—¿Por qué?

—La odio. Allí murió mi madre.

—Lo sé.

Me miró.

—Max, ¿tú crees que yo la maté?

Aceleré. Volver a ese lugar, a ese momento y ver la sangre cerca de mí me provocaba escalofríos. Me afectaba tanto como a Morgan.

—¿Qué dices? ¡No! ¡Fue un accidente!

—¿Entonces quién pudo ser? Tú más que nadie sabes que mi padre es inocente.

Apreté el volante y me percaté de que me había ido acurrucando y escondiendo en el asiento. Poco a poco, me convertí en el Max asustado que estaba detrás de los arbustos a punto de orinarse encima.

—Fue un accidente —respondí algo inseguro.

Un recuerdo me vino a la mente. Estaba entrando en casa de Morgan. Las luces estaban apagadas, no había nadie. Mis pasos eran sigilosos...

—La policía no dice eso. —Me estaba poniendo nervioso—. Lo trataron como homicidio. Lo que quiere decir...

—Sé lo que quiere decir —la interrumpí antes de que pudiera decir algo más—. La mataron —completé.

Se hizo el silencio.

Ninguno dijimos nada.

Cuando salí a la avenida principal y me dispuse a girar a la izquierda para alejarnos del pueblo, Morgan habló en un susurro. Parpadeaba una y otra vez, con la cabeza apoyada en la ventanilla.

—He cambiado de opinión.

—¿Qué?

—Llévame a casa.

Le di toda la vuelta al volante y pisé con fuerza el acelerador. Era lo que estaba esperando. Quería que se fuera a casa a dormir y me dejara tranquilo.

Cuando llegamos, aparqué afuera y apagué el motor.

—Hemos llegado.

No hubo respuesta.

—Morgan, hemos llegado. No puedo ayudarte más. Hasta aquí

llego. Estoy cansado.

Silencio.

Me giré y la vi durmiendo cómodamente en el asiento.

—Elizabeth va a matarme —dije en voz alta—. Si ya me odia...
No sé qué me hará después de esto.

Suspiré y salí del coche. Abrí la puerta del copiloto. Me sorprendía que su tía no hubiera encendido las luces de la habitación o del salón. Daba la impresión de que me olía; sabía cuándo estaba a punto de girar la esquina o cuando me estaba acercando. Yo era una amenaza para Morgan y ella intentaba protegerla. Lo que no sabía era que yo estaba de su lado y que quería lo mismo.

Levanté el delgado cuerpo de Morgan, y ella se acomodó en mi pecho, rodeándome el cuello con su brazo izquierdo. La escuché quejarse cuando la moví.

El frío de la noche me heló los huesos. La temperatura había descendido. El viento soplaba con fuerza, llevándose consigo el rocío que se había formado en las plantas y en los árboles. De pronto, me cayó una gota en la frente, y luego otra y otra más. Cerré la puerta de golpe y cubrí a Morgan de la lluvia, que pronto se convertiría en un aguacero. Enterré la cabeza en mi cuello y sentí su aliento.

Sonreí.

Avancé con rapidez, esperando que Elizabeth estuviera en la puerta con los brazos cruzados y con el rostro lleno de angustia.

Pero no había nadie y todo estaba oscuro. ¿Me había confundido de casa?

Di dos pasos atrás y levanté la vista. Observé la fachada y negué cuando vi las ventanas cuadradas de estilo Victoriano.

Era la casa correcta.

¿Dónde estaba Elizabeth?

Llegué a la puerta, pero la lluvia seguía cayendo en mi rostro. Tenía la espalda empapada, al igual que la parte trasera de mis pantalones.

—¿Morgan? —La intenté despertar—. Morgan, está lloviendo y necesito las llaves.

Ella solo levantó las cejas y murmuró algo.

Las gotas caían con más fuerza y más frías. El viento soplaba, sacudiendo los árboles.

Se me estaban entumeciendo los brazos.

—Mi pantalón, pantalón, derecha, pantalón... —Casi no podía hablar. La empujé hacia mí, levanté una rodilla para sostenerla con firmeza y no dejarla caer y metí una mano dentro del bolsillo de su pantalón. Rocé una llave, la saqué y, en la misma posición, abrí la puerta.

Solo se oía el golpeteo de las gotas en las ventanas de la sala de estar cuando entré.

Encendí la luz y cerré la puerta detrás de mí.

Las escaleras me estaban observando. Me gritaban. Me tensé al instante.

Tragué saliva y me obligué a subirlas.

—¿Dónde está Elizabeth, Morgan?

—Vacaciones —musitó. Yo negué. Esto me aterraba.

Acomodé a Morgan entre mis brazos y ella se volvió a quejar, ajena a la horrible sensación que me provocaba estar ahí.

Miré las escaleras. Eran tan enormes que pensaba que nunca terminaría de subirlas.

Mi piel se erizó. Mis orejas estaban calientes.

Di un paso. Y luego otro. Me pesaban las piernas, parecía que estaba caminando entre arenas movedizas. Me hormigueaban de arriba abajo. Comencé a subirlas sin pensarlo demasiado. Tal vez acababan de renovar el suelo y por eso me costaba caminar. Bajé la mirada para confirmar mi teoría, pero lo que vi fue mucho peor. Había sangre por todos lados. Tenía un lago de sangre bajo los pies. Temblé y estuve a punto de gritar. Me cosquilleaban los pies y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Escuché un susurro detrás de mí y lo ignoré, aunque estaba muy seguro de que alguien me había llamado desde el primer escalón. Apreté los dientes y

permanecí recto y quieto. No debía girarme. No quería ver a la madre de Morgan. Ya no. Cerré los ojos con fuerza, buscando la valentía necesaria para poder avanzar. Cuando los abrí, vi que el angelical rostro de Morgan descansaba con naturalidad. Eso me tranquilizó y me animó a seguir. Parpadeé unas cuantas veces antes de mirar a mi alrededor. El suelo estaba limpio, sin ninguna gota roja, pero eso no me hacía sentir mejor.

La presencia seguía detrás de mí.

Quería que Morgan despertara.

—¿Morgan? —pregunté, pero no abrió los ojos—. ¿Morgan?

No me respondió.

Una gota de lluvia se deslizó por mi frente lentamente, poniéndome de los nervios, hasta que me di cuenta de que, en realidad, era sudor.

Suspiré.

Di un paso más.

Las escaleras estaban cubiertas por una alfombra vieja de color rojo, como la sangre de la madre de Morgan. Tenía que moverme.

Subí tres escalones más y me detuve porque oí a alguien arriba, arrastrando los pies, como si se acabara de levantar de la siesta. ¿Era yo el intruso? ¿O había alguien más esperándonos? Volví a tener ocho años y, de pronto, tuve miedo. Me sudaban las manos como nunca. Tenía un nudo en la garganta que me hacía querer gritar, pero sabía que no podía. Agudicé el oído y escuché unos susurros cerca de mi oreja, pero no podía deshacerme de ellos con una sacudida, porque Morgan seguía en mis brazos.

Las ganas de salir huyendo eran increíbles.

Subí y subí escalones. Cuanto más subía, más alejado me sentía de la segunda planta. Pero no podía darme la vuelta; no podía permitirme ver qué era lo que seguía susurrando detrás de mí.

No estaba loco.

Había algo. Lo presentía. Notaba su calor. Se me pusieron los pelos de punta. Subí el último escalón aguantando la respiración. Me faltaba el aire, tenía frío y calor a la vez. Estaba temblando.

Cuando exhalé, escuché como una lámpara se hacía pedazos contra el suelo. Suspiré y negué, sonriendo como un niño asustado cuando va al baño en mitad de la noche. No le hice mucho caso. Hacía mucho aire y probablemente una de las ventanas estaba abierta. Si me convencía de aquello, mantendría el control de mis emociones.

Subí el último escalón con dificultad. Entonces, una voz me detuvo.

—Max... Max...

Me quedé quieto para escucharla de nuevo.

Sin embargo, solo se oía la lluvia caer.

Levanté de nuevo el pie y algo me tocó el hombro. Fueron dos pequeños golpecitos que me paralizaron.

Se me detuvo el corazón por un momento, y otra gota caliente se deslizó por mi tensa nuca, donde sentí su aliento frío mientras sus dientes podridos rechinaban cerca de mí.

Capítulo 7

Sentí un temblor bajo los pies y, a pesar de que podía moverme, mis piernas no reaccionaban. Caí en la cuenta de que todo estaba en mi mente y que podía salir de esta. Entonces, me di la vuelta y miré hacia la primera planta.

Las escaleras parecían eternas. Vi la lámpara que se había roto en mil pedazos en la sala de estar. Los restos estaban debajo de una mesa de centro, donde había un cenicero y una cajetilla de cigarros.

Estaba seguro que no eran de Morgan.

Las paredes de la habitación eran de color *beige* con rayas rojas y marrones. Los cojines combinaban con ellas y ocupaban la mayor parte de los sofás. Los cuadros me recordaban que no estaba solo. Me puse nervioso al ver uno de la familia de Morgan hacía diez años. Parecían felices. No me gustó nada. Desde la muerte de su madre, no se había hecho ninguna reforma. Su hogar estaba anticuado y, ya desde la entrada, se percibía una extraña tensión en el ambiente. Apenas entraba luz, y las pocas ventanas que había estaban cubiertas por cortinas gruesas. Era sombrío. Estaba apagado y sin vida. Además, seguro que si no hubiera sido por Elizabeth, los muebles estarían cubiertos de polvo.

Estaba volviendo atrás en el tiempo.

Por suerte, el lugar estaba vacío.

Me giré de nuevo y seguí avanzando. La segunda puerta de la

derecha era la habitación de Morgan. Todavía con ella en brazos, luché contra el pomo para poder entrar. Cuando la puerta se abrió, busqué una lámpara que pudiera iluminar las cuatro paredes, pero no se veía nada. La luz de la luna entraba por una ventana que estaba en el lado contrario al de la puerta. Abrí más los ojos e intenté enfocar la pared más cercana, donde podría haber un interruptor.

Pasé los dedos por la pared y, al cabo de unos segundos, toqué algo frío y apreté. La luz llenó la estancia, revelando una cama grande con sábanas rosas y estantes llenos de peluches y muñecas de colores llamativos. A un lado de la cama había un mueble blanco con un espejo cuadrado, lleno de fotografías de cuando era pequeña. En todas estaba sonriendo, pero en ninguna se la veía con su edad actual. Parecía el cuarto de una niña pequeña combinado con el de una adolescente rebelde.

Debía admitir que las muñecas de porcelana me provocaban escalofríos. No entendía por qué las seguía guardando. Entendía que significaran algo para ella, pero tenía que cerrar esa etapa de su vida. Por otra parte, comprendía que llevaba menos de un año viviendo en su antigua casa y que le estaba costando bastante adaptarse a la escuela y al pueblo. Pensar en reformar la habitación no era una prioridad.

Avancé hasta la cama con los brazos dormidos y la dejé caer con suavidad sobre el colchón.

Se acostó de lado y abrió los ojos con lentitud. Pestañeó un par de veces... Se frotó los ojos y me miró somnolienta.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Estás en casa y segura —dije como si tuviera la culpa de algo—. Ahora debes descansar.

—¿Dalton está bien?

De pie frente a la cama, le respondí encogiéndome de hombros y me sacudí las gotas de lluvia del pelo.

—¿Vas a quedarte conmigo? —preguntó, haciendo que se me acelerase el corazón.

—No —respondí y caminé hacia la ventana.

Aunque era lo que deseaba, no me lo iba a permitir. Pasar una noche con ella era bastante peligroso, así que no vacilé al negarme. Escuché como salía de la cama. Entre mis dedos, agarré las cortinas que cubrían la enorme ventana y las abrí con fuerza. Seguía lloviendo y el cristal estaba cubierto de agua, que pronto se convirtió en granizo.

La vista era espectacular. La luna, redonda y brillante, iluminaba el cielo.

—Quédate esta noche —me pidió. Su voz sonó cerca de mí. No me atrevía a girarme—. La tormenta está empeorando. Estas lluvias anticipan una gran granizada. No puedes conducir así. Además, Elizabeth no está. No hay problema en que te quedes. Eres mi amigo y confío en ti.

Esas palabras me calaron hondo, pero negué sin apartarme del ventanal.

—Ya he cumplido con mi parte. Estás segura, Morgan —contesté, pero aún había algo enterrado en mi pecho que quería salir—. Aparte, no quiero quedarme solo porque estás agradecida. —Le recordé lo que me había dicho cuándo intenté besarla.

Cerré las cortinas y me di la vuelta. Había bajado la mirada y estaba jugando con sus dedos con nerviosismo.

—Lo siento... —Levantó un poco el rostro y se mordió el labio—. No era lo que quería decir. Lo sabes. Tú me conoces.

Di un paso adelante y, con desinterés, observé las cosas que había en su habitación; quería mantener el recuerdo fresco en mi memoria.

—No te avergüences —contesté—. Sabes que, aunque quiera enfadarme contigo, no puedo.

—Max...

—¿Está segura de que puedes estar en pie? —pregunté dándole la espalda y tomando una muñeca de ojos negros y cabello rizado. Quería molestarla un poco—. No quiero tener que gastar más gasolina y parte de mi tiempo para llevarte al hospital.

Sabía que estaba siendo duro con ella, pero quería que se diera cuenta de lo peligroso que había sido que estuviera sola en la calle tan tarde. Y, además, con alguien como Dalton. Podía beber cuanto quisiera, siempre y cuando fuera consciente de las responsabilidades y de las consecuencias que eso conllevaba.

—Veo que no estás de humor —soltó—. Puedes irte cuando quieras —me dijo con rencor.

La escuché moverse por la habitación. Abrió y cerró cajones con fuerza y, cuando la vi reflejada en un cristal negro, me percaté de que llevaba ropa entre las manos. Me giré para detenerla y preguntarle qué estaba haciendo, pero entró en el baño, resolviendo mis dudas.

Escuché la ducha y un quejido. Sonreí tontamente.

Apagué la luz y me dejé caer sobre su cama, observando la línea blanca que iluminaba el suelo. Escuché como se deslizaba una cortina.

Cerré los ojos y aspiré el olor del champú. Me abracé a una almohada y esperé a que saliera.

Al cabo de unos minutos, salió.

Tenía las mejillas sonrojadas.

—¿No te ibas?

Sonreí cuando la puerta chirrió. La tenue luz del baño era lo único que iluminaba la habitación. La miré de arriba abajo. Sin maquillaje, sus ojos parecían más pequeños y los labios eran rosas.

—No iba a dejarte después de todo.

—¿Por qué haces esto? —inquirió.

Aún seguía frente a la puerta del baño. Llevaba un pantalón de tela fina que se transparentaba con la luz, acompañado de una blusa de tirantes blanca y lisa.

—¿A qué te refieres?

Fue hasta la cama y se sentó cerca de mí. Suspiró y se dejó caer a un lado con un estrepitoso sonido, posando la cabeza en mi estómago.

A veces, actuábamos como mejores amigos y, en otras

ocasiones, parecíamos completos desconocidos, pero cuanto más lejos estábamos el uno del otro, más conectados nos sentíamos. Era extraño.

—He visto lo que haces.

El corazón me dio un vuelco.

—Morgan...

—No —me interrumpió—. No quiero que te justifiques. Quiero que me digas por qué lo haces, por qué desde que murió mi madre intentas protegerme.

Suspiré y miré al techo, como si fuera a revelarme la respuesta. Pensé muy bien mis palabras antes de hablar.

—Solo creo que eres una chica frágil e indefensa, y que yo puedo protegerte.

—¿De qué?

Sonreí con ironía.

—No me preguntes de qué, sino de quien.

La sentí tensarse encima de mí. Su pelo me estaba mojando la camisa. Tal vez yo también necesitaba una ducha fría.

—¿Conoces a alguien que quiera hacerme daño?

Sonreí.

—Te he dicho que estoy para protegerte. No hay nadie que quiera hacerte daño.

Se hizo el silencio.

—¿Te has enamorado, Max?

—¿Por qué lo preguntas?

—Siempre me has causado curiosidad, y nunca te he visto en una relación seria —dijo—. Sé que has estado con muchas chicas...

—Detente —dije para hacer que se callara.

No me gustaba que hablara o mencionara a otras chicas cuando estaba con ella. Morgan era mi único interés, y las otras chicas no significaban nada. No había más, y no era mi intención faltarle al respeto hablando de ellas.

—¿Has estado enamorado? —volvió a preguntar. No supe qué responder. Quería responder que estaba enamorado de ella, pero

no pude.

—¿Tú estás enamorada de Dalton?

Se rio y se relajó.

—Dalton es gay.

—¿Qué? —Me levanté, sorprendido, pero ella no se inmutó y siguió riendo con la cabeza en mi estómago.

—Es gay. Dalton es gay —declaró entre risas.

—¿Cómo lo sabes? —No lograba entender cómo podía salir con él si me estaba contando que era homosexual. Simplemente, no me lo creía. Muchas chicas del instituto fantaseaban con él, o por lo menos hablaban de él como si fuera lo mejor que le había pasado a Noxpoint—. ¿Por qué estás con él? ¿Te ha amenazado?

Ella negó.

—Me lo confesó. Sus padres vieron que estaba pasando mucho tiempo con Daniel y me pidió ayuda para despistarlos. Pero no debes contárselo a nadie. Se lo prometí.

—¿Habéis estado juntos?

—¡No! —Soltó una carcajada.

La ducha la había despejado. Ahora tenía más energía y se la entendía al hablar.

Me sentí aliviado.

—¡Vaya! Debo reconocer que al principio fue un *shock*. Pero quería que fueras feliz, y si él lo hacía, entonces estaba de acuerdo. Aunque me doliera.

Carraspeé al darme cuenta de mi error.

—¿Dolor? —Se giró y me miró confusa—. He escuchado cosas sobre ti.

—Espero que sean buenas.

Me miró.

—Dicen que estás enamorado de mí —dijo sin rodeos.

Mi corazón dejó de latir.

—¿Es cierto, Max? ¿Me quieres?

Se incorporó. Sus ojos imploraban una respuesta. Yo estaba helado. Reuní todo el valor que pude y se lo confesé.

—Estoy enamorado de ti desde que tengo memoria.

Ella asintió.

—Lo suponía.

Nos quedamos en silencio y, cuando iba a bajar la vista, tomó mi barbilla entre sus dedos. Tras años de espera, por fin la estaba besando. Cada vez estaba más nervioso. Sus labios, pequeños y delgados, desaparecieron entre los míos, que poco a poco iban tomando el poder.

El sabor a menta me llenó. Acababa de cepillarse los dientes y su boca tenía el sabor más delicioso que había probado en mi vida. No quería apartarme de ella. Dejé que me guiara y que me mostrara cómo le gustaban los besos. Movía los labios lentamente, dándome pequeños mordiscos. Estaba estudiando cada parte de mi boca.

Como dos piezas de un rompecabezas, encajaban a la perfección. El beso me provocó una explosión de sensaciones. Entre ellas, un incesante dolor en el corazón y un nudo en el estómago.

Era esclavo de su sabor y de su alma.

Me empujó con fuerza y se subió a horcajadas sobre mí. Le acaricié la espalda y enredé una mano en su pelo. La atraje hacia mí para profundizar el beso. Estaba emocionado. Estaba feliz. El corazón me iba a estallar.

Delineó mis labios con la lengua. Los pantalones comenzaban a molestarme. Sentía algo vibrar en mi entrepierna. Dolía.

Era una sensación nueva que me encantaba y me hacía querer ir por más. De pronto, cambió el ritmo. Se apretó contra mi estómago de una forma que me hizo enloquecer. Recordé que seguía ebria e intenté apartarla.

—Morgan... —Traté de hablar, luchando contra el deseo.

Le agarré los brazos con fuerza para que me prestara atención.

—Para —protesté, aunque no quería que lo hiciera.

Sabía que era lo correcto, pero ella no quería escucharme. Estaba demasiado emocionada. Lo sentía en cada beso. ¿Me deseaba o deseaba solo el momento? Eso me hizo apretarle las

muñecas para que se enfadara y se apartara, pero solo conseguí provocarla más. Pasó de mi labios a mi cuello, haciendo que me estremeciera. No iba a permitir que siguiera adelante. Aunque lo deseaba, no era lo que esperaba. Estaba entregándome su cuerpo y no su corazón. Ella era más que un encuentro casual.

La aparté de un empujón, pero me atrapó el labio inferior entre los dientes, lo que me hizo gritar y sangrar.

—Si me quieres, ¿por qué no quieres estar conmigo? —Sonaba agitada y parecía estar a punto de llorar.

No lo entendía, no era eso lo que buscaba.

—No quiero tu cuerpo lleno de hormonas descontroladas. Estás borracha y no sabes lo que haces.

—¡No! —me interrumpió, pero la ignoré.

—Puedo conseguir un cuerpo en una esquina por menos de diez dólares. Y tú no eres eso —respondí dándole un beso suave en los labios, tratando de detener su desenfreno—. Si quieres estar conmigo, debes hacerlo de corazón. No me quieres como yo a ti.

—¿Cómo lo sabes?

La aparté unos centímetros y me arrepentí de inmediato. Se movió para darme espacio, pero se quedó sentada sobre mi miembro palpitante, que la ansiaba. Ignoré el sentimiento y me senté en la cama. Busqué su mano, la sostuve con fuerza para que no pudiera huir y la llevé hasta mi pecho, donde mi corazón latía con fuerza.

—Porque siento esto cuando te veo —le revelé. Luego, aparté la mano y la dirigí hacia la cremallera de mi pantalón. El corazón casi se me sale del pecho al sentir su tacto. Abrió los ojos sorprendida, pero no protestó ni se alejó—. Y siento esto cuando te deseo.

Retiré ambas manos, rozando conscientemente su zona íntima, que seguía sobre la mía. Había sido el momento más excitante de la noche, y ni siquiera nos habíamos desvestido. Tragó saliva. Le solté la mano y me atreví a introducir la mía entre sus muslos, que seguían a los lados de mis caderas.

Se tensó, pero no se apartó.

Deslicé la mano por el muslo hasta llegar a su entrepierna y la detuve muy cerca de donde quería que la tocara.

—Pero tú solo lo sientes aquí. Es deseo. —Con un movimiento rápido, retiré la mano, sin querer tocarla más por pura dignidad.

Me temblaban los dedos por haber estado tan cerca de su feminidad, pero no me permití mostrárselo, porque la alentaría más.

La agarré por la cintura y la levanté para que se bajara de mí. Salí de la cama y me acomodé el pantalón y la camisa mojada.

—Creo que necesitas descansar.

—No te vayas —me pidió angustiada.

—No estás pensando con claridad y esto no...

—Quiero estar contigo, Max. Yo...

—No te engañes.

Suspiró y negó.

—¡Voy a irme, Max! —me interrumpió.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? ¿Adónde?

—Me voy de Noxpoint. Me iré con Elizabeth.

—¿Quién te ha dado permiso? —pregunté—. Sigues siendo menor de edad. ¿Ha sido por lo de Rachel?

Se quedó en silencio.

—Rachel ya no está aquí, Morgan. No puede hacerte daño.

Negó dolida.

—Mi padre quiere que me vaya.

—¿Por qué? —Mi voz se endureció.

—Son los asesinatos que han ocurrido con Alan y Rachel. No sé si te has dado cuenta de que ambos formaban parte de mi círculo, y la policía está haciendo muchas preguntas. Soy la principal sospechosa y esto me está cansando. Me siento observada por todos. Ya no sé qué hacer. No quiere que ambos estemos entre rejas. No quiere que acabe como él. Además, con los traumas y los recuerdos que me trae este lugar, cree que es mejor que lo abandone. Yo creo que es lo correcto. Este pueblo me odia desde que nací. Todo lo malo que sucede aquí es por mí. ¡Soy como una

maldición! ¿No lo ves?

—Eso no es verdad. Tú le das luz.

—¡Lo dices porque sientes algo diferente por mí! Pero todos me odian. Mi padre tiene razón, debo irme antes de que este pueblo acabe conmigo.

—¿Tú quieres irte? —La miré.

Ella se cubrió el rostro con las manos.

—No lo sé.

—Noxpoint es tu hogar, no puedes dejarlo. Vayas adónde vayas, siempre acabarás regresando...

—¡Sí! —respondió, tomándome por sorpresa.

Negué confuso.

—Sí, ¿qué?

—¡Sí, quiero irme! —rugió—. ¡Odio este lugar!

Mi mundo se vino abajo. No podía creer lo que estaba escuchando. Sentí como si me apuñalasen el corazón. El veneno se extendió rápidamente por mi sangre y me enrojecí por la rabia.

Hice tanta fuerza con las manos que los nudillos se me pusieron blancos, y me invadieron unas ganas terribles de cargarla sobre mis hombros para llevarla a un lugar del que no pudiera escapar. Pero la quería tanto que no podía hacerle eso.

—¿Entonces te vas?

—Sí.

Me dio vueltas la cabeza.

Me iba a abandonar.

—No —me negué—. ¡No puedes irte! ¡No debes!

—Sí. Me iré. No hay vuelta atrás, eso me hará feliz. ¡Tienes que entenderlo, por favor!

—¿Y qué puedo hacer para detenerte? ¿Qué puedo hacer para que te quedes?

Negó sin decir nada.

—No hay nada que se pueda hacer. Ya está hecho.

—No, no puede haber ocurrido de la noche a la mañana. Esto es por la muerte de Rachel. ¿Cuándo te vas? ¿Qué harás con el

instituto? No puede ser, tú...

—Me han aceptado en uno de Seattle. No perderé tiempo, todo está arreglado. Me voy dentro de una semana.

—¿Seattle? —Negué.

—¡Max, tú más que nadie deberías entenderlo!

Apreté más los puños.

—¡No, no, no, no!

Di vueltas por la habitación. El techo parecía alejarse de mí, y las muñecas y los peluches me sonreían burlones.

—Debes alejarte de mí. Es por tu bien —sentenció en un susurro—. Déjame ir.

—¿Sabes qué será de mí sin ti? —pregunté deteniéndome un segundo para mirarla. El sudor me recorría las mejillas.

—Max, por favor. Te lo suplico. Déjame ir y sigue con tu vida.

Suspiré pesadamente. Los pulmones me dolían y me costaba respirar.

—Nada, Morgan. No soy nada sin ti.

—Vete —me pidió.

Di un paso hacia ella, pero retrocedió en la cama, asustada. Mis ojos lanzaban chispas.

—¡No voy a permitirlo! —estallé—. ¡No voy a dejar que te alejes de mí!

—¡Ya es muy tarde! Está hecho. ¡Es mejor que te vayas ahora, Max! ¡Renuncia a esto! —Me lanzó una almohada y se levantó de un salto.

Buscó una linterna que había cerca de ella y me apuntó con ella, como si fuera a hacerle daño. Eso me enfureció.

Traté de tranquilizarme, pero el miedo de que se fuera me estaba consumiendo.

—¿Sabes cuánto te quiero?

Jamás haría algo que ella no quisiera; la respetaba. Hacía todo lo que estaba a mi alcance para que fuera feliz, pero no lo veía como yo.

—Me iré, Max. Solo quería que lo supieras.

Cerré los ojos con fuerza y una lágrima se deslizó por mi mejilla derecha.

Quemaba.

—Te quiero con locura. Me provocas sensaciones que jamás había sentido. Eres adrenalina y paz al mismo tiempo. Pienso en ti a todas horas. No puedo alejarte de mí. Eres mi razón de ser. Lo he intentado una y otra vez, pero no puedo olvidarme de ti. Eres la única en la que puedo confiar. Te quiero tanto que a veces me da miedo —confesé—. Admito que no soy el mejor, pero te amo y siento no poder decírtelo todos los días por temor a que me dejes..., justo como estás a punto de hacer. —Me temblaban los labios.

Estaba petrificada y me miraba con los ojos abiertos, sin saber qué decir.

—Volveré pronto. —Fue lo único que respondió.

Resoplé y negué.

—¡No! Tú no entiendes nada.

Tomé una fotografía y la lancé contra el suelo, haciendo añicos el marco. Ella se estremeció.

—¡Max, entiéndelo!

—No hay nada que entender. Te vas, es lo único que sé.

—Te prometo que volveré.

Negué, incrédulo. Me limpié las lágrimas. Todo mi mundo se derrumbaba. Algo en el pecho me hizo sentirme asqueado. Una bala me había atravesado sin compasión, dejándome un profundo agujero que dolía demasiado. La rabia era incontenible, pero la traición fue lo que más me dolió. Estaba derrotado. Se alejaba, se iba.

Después de todo lo que había hecho, se marchaba.

—Si te vas, no vuelvas jamás.

Capítulo 8

El rugido de un coche me despertó. Me tapé los oídos con la almohada, pero no amortiguó el sonido. El motor volvió a bramar, poniéndome de los nervios. Me estremecí ante el sonido y quise levantarme y lanzarle una piedra a la persona que no me dejaba descansar en paz. Hice una mueca de molestia debajo de la almohada. Por más que deseara que desapareciera, no quería descubrirme el rostro; no tenía fuerza de voluntad para despegarme de la cama. Sabía que los rayos de sol iban a cegarme en cuanto apartara la almohada. Tenía los ojos hinchados y me dolían al intentar abrirlos. Quería quedarme allí para siempre.

Todo había sido tan desastroso que no deseaba volver a salir.

Estaba perdido entre las sábanas y mis pensamientos. Desde hacía tres días, la misma situación se repetía todas las mañanas: mi padre se empeñaba en que el rugido de su coche fuera mi nuevo despertador y, tras unos minutos, mi madre entraba con una bandeja llena de café, zumo de zanahoria (porque creía que era mejor que el de naranja y que mi vista tenía que mejorar), huevos con beicon y una botella de agua, junto con una aspirina para quitarme el dolor de cabeza producto de la resaca.

Las tres noches siguientes después de haber besado a Morgan me las había pasado de bar en bar, lamentándome. Salía del instituto y me dirigía al pueblo vecino, donde había decenas de bares y clubes nocturnos, donde me quedaba hasta el anochecer. A

unos cuantos metros, había un frondoso bosque que podía pertenecer a una película de terror, sobre todo por los cielos nubosos y los relámpagos que aparecían continuamente, iluminando las partes más oscuras de Noxpoint. Yo no tenía miedo de entrar, porque sabía que el infierno hablaba y saludaba a los vecinos a lo largo del día en el pueblo: era yo. Lo tenían delante y no se daban cuenta. Siempre estaban distraídos con cosas tan inútiles como si un vestido azul cielo era mejor que un vestido azul rey.

En cuanto a mí, había entrado en una profunda y desesperante depresión. Por las mañanas, me empapaba con el café amargo; le daba grandes sorbos para despertar de la agonía. Me pasaba el día bebiendo para intentar olvidarme de ella, pero recordarla era inevitable. No podía quitármela de la cabeza por más que lo intentara.

Me enfadaba conmigo por saber que ni bebiendo la olvidaba, y aun así lo seguía haciendo. Como si fuera a funcionar. Me sentía perdido. Estaba enfermando; los ojos me pesaban y mi olor no era demasiado agradable. Apestaba a desgracia y a desolación. Algo peor que el alcohol.

Nunca había llorado tanto. Había derramado tal cantidad de lágrimas que me sorprendía que no se me hubieran secado los ojos. Gruñí y aparté la almohada de un empujón.

Me levanté de un salto, molesto por el ruido que, probablemente, ya había despertado a varios vecinos. Mis pies descalzos tocaron el suelo frío y caminé de puntillas para no resfriarme.

Después de tres días de incesantes lluvias, los rayos de sol luchaban contra las nubes y, al parecer, hoy habían ganado. Disfrutaban de su victoria, brillando con fuerza. La calle estaba iluminada y parecía un perfecto día para salir de compras o a pescar.

La luz me golpeó en el rostro. Me palpitaba la cabeza mientras parpadeaba para acostumbrarme al brillo. Me acerqué a la ventana y la abrí para decirle que me dejara dormir. Papá estaba en el garaje, acelerando su camioneta para irse a la comisaría, donde los

casos de Alan y de Rachel se estaban investigando. Sin embargo, no había aparecido ninguna pista en las aguas de los ríos, que cada vez estaban más llenos por las intensas lluvias. Si querían encontrar algo en lo que poder apoyarse, debían entrar hasta lo más profundo del río y, antes de eso, tendrían que vencer a la corriente, que, con toda probabilidad, los arrastraría hasta la muerte.

Por las mañanas, el color que más se apreciaba era el verde de las plantas, del césped y de los árboles. El olor de las flores lilas del jardín funcionaba como ambientador natural.

Era un buen día para ir a correr o para ir al parque a dar un paseo mientras comías un helado, antes de que el cielo se volviera a poner negro.

—¿Papá?! —grité desde arriba, cubriéndome los ojos con el antebrazo para protegerme de los intensos rayos de sol. Mi voz fue amortiguada por otra aceleración.

Apreté los dientes cuando no recibí respuesta y negué con la cabeza, molesto.

—¡Oye! —grité una vez más.

Desde abajo, mi padre levantó la vista y me miró sonriente, pero cuando aparté las manos para mirarlo, puso los ojos en blanco.

—Si sigues así, te tendré que quitar el coche —sentenció, negando y bajando la vista.

—Solo quiero que dejes de acelerar. Somos muchas las personas que queremos seguir descansando.

Él se rio.

—Son las ocho de la mañana, ¿no piensas ir al instituto?

Negué.

—¡Pues ya es hora de que vayas! No puedo permitir que mi hijo se vuelva un holgazán y se la pase bebiendo, así que vístete, que te voy a llevar.

Me disponía a protestar, pero alguien gritó detrás de mí.

—¡Max! —Me di la vuelta y me encontré con el rostro amarillo de mi madre—. ¡Dios mío! ¡¿Qué te ha pasado?!

—Estoy bien —dije, volviendo a la cama e ignorando a mi padre.

Me tumbé y busqué las esquinas del edredón para cubrirme de nuevo.

—No, no, no. Esto no está bien. —En cuanto lancé la colcha sobre mí, mi madre trató de quitármela—. Vamos, levántate. Esto se te está yendo de las manos. Compórtate.

Me cubrí el rostro y encajé las uñas en la tela para que no pudiera llevársela tan fácilmente.

—¡Mamá, no! —exclamé—. ¡Para!

Ella tiró una vez más y yo me resistí. No iba a levantarme.

—Vamos, tienes que ir a clase.

—¡Estaré bien!

—Estarás bien cuando vuelvas al instituto. Ahora te ordeno que te levantes —dijo, alzando la voz.

—No es semana de exámenes, no pasa nada. —Intenté tranquilizarla.

—¡Te has metido en otra pelea! ¿Cómo que no pasa nada?

Ella bufó.

—Solo déjame en paz, ¿de acuerdo?

—Muy bien, te lo he pedido por las buenas.

Soltó la colcha y me dejó tranquilo. Me tapé el rostro y escuché como salía de la habitación.

Sonreí y volví a cerrar los ojos.

Ahora sí que podía dormir pacíficamente.

Al cabo de unos segundos, una tromba de agua helada cayó sobre mi cuerpo como una cascada.

—Pero ¡¿qué?!

—¿Irás a clase? —Enarcó una ceja.

—¡Mamá! —Di un salto y salí de la cama, empapado.

Estaba helado, pero empecé a espabilarme.

Mi madre llevaba un cubo de color rojo en las manos que había vaciado sobre mí, y ahora mi cama y mis sábanas estaban mojadas.

—¡A clase, he dicho!

—No puedo creer lo que has hecho.

—Te he dejado una aspirina y agua en esa mesita. —Señaló la

que había a un lado de mi cama y sonrió con dulzura, luego se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla—. Recuerda que lo hago por tu bien. Y más tarde hablaremos sobre esa pelea, que no se me ha olvidado. Espero no tener que ser la madre que va a buscar a su hijo a un bar, ¿estamos? Te quiero en casa en cuanto las clases terminen, y espero no escuchar el nombre de Brad en tus excusas. Sé lo que hace y que su padre se lo permita no significa que yo vaya a hacerlo también.

Sin protestar más, entré en la ducha y me tomé dos aspirinas. Dejé que el agua fría cayera sobre mi cabeza y mis hombros. Mientras me frotaba el torso, me di cuenta de que tenía una mancha oscura en el vientre y dos más en las piernas. Luego, me fijé en el espejo que estaba dentro de la ducha y vi que tenía el pómulo morado. No era muy intenso, sino de color violeta. Tampoco tenía los ojos hinchados, ni había más moretones. Mi rostro se mantenía fresco a excepción de esa pequeña y nítida mancha.

Ni siquiera recordaba haberme metido en una pelea, pero mi cuerpo indicaba que así había sido.

Cuando salí del baño, me sequé con rapidez y un olor a café me embargó.

Mi madre había dejado preparado un desayuno rápido y con olores deliciosos. Me comí un trozo de beicon y dejé caer la toalla para buscar mi ropa interior, que, por primera vez, había olvidado buscar antes de ducharme.

Me vestí y tomé un poco de café. Comí un poco más de beicon y luego busqué un pantalón limpio y una camiseta blanca. No necesitaría ni chaqueta ni un paraguas.

Me miré de nuevo en el espejo y noté el cambio. Estaba limpio y lleno de energía. Los brazos parecían más anchos y la camiseta ajustada delineaba mi espalda. Se me marcaba el torso gracias al entrenamiento que había abandonado hacía dos días, lo cual no le hacía mucha gracia a mi entrenador. El pelo relucía por el efecto del jabón. Me había afeitado y bañado con una fragancia que tenía reservada para ocasiones especiales. Me puse recto frente al espejo

y sonreí, mostrando los dientes para lavármelos. El olor a alcohol iba desapareciendo poco a poco, pero las ojeras tardarían un poco más.

Salí de la habitación y vi a mis padres despedirse en la puerta de casa.

—Voy en mi coche —dije al pasar por un lado.

Oí el suspiro exasperado de mi padre.

—Esta vez te lo pasaré porque me han pedido que llegue temprano, pero me gustaría ver que te has levantado por pura iniciativa.

Miré a mi madre con sarcasmo contenido.

—Por supuesto. Nos vemos después.

Me despedí de ambos con un asentimiento rápido y salí de allí tan pronto como me fue posible.

Normalmente tardaba entre diez y quince minutos en llegar al instituto, pero ese día lo hice en tan solo siete. Aceleré hasta el fondo y no me molesté ni en ponerme el cinturón de seguridad. A esa hora, la tercera clase estaba a punto de comenzar y yo iba a llegar justo a tiempo.

Aparqué el coche y bajé con la mochila sobre los hombros. Cerré con llave y me adentré en el infierno que me esperaba.

En mi mente rezaba por no ver a Morgan. Me había hecho daño y no podía perdonarla con tanta facilidad. El estómago se me retorcía al pensarlo.

Fui hasta la clase, pero cuando me asomé por la pequeña ventana de la puerta, me di cuenta de que el grupo que estaba dentro no era el mío. Miré el reloj. Las manecillas marcaban las 9:50, el timbre estaba...

El timbre sonó por todo el lugar. Las puertas se abrieron y los estudiantes se desplazaron para cambiar de aula. Afortunadamente, nadie había notado que acababa de llegar. En cuanto los pasillos se inundaron de alumnos, avancé con mayor rapidez de la que me correspondía.

Esperé un momento para dejar salir a los que estaban dentro y

entré.

—Max.

Mi corazón se aceleró y no pude levantar la vista. Reproduje la voz en mi cabeza para convencerme de que no había sido mi imaginación. Realmente la había escuchado. Lo sabía.

Morgan estaba ahí, y ni siquiera la había visto.

No supe qué hacer. Hacía tres días que me había alejado de ella; ni siquiera me había acercado a su casa.

Esto iba en serio.

Levanté la vista, deseoso de verla.

Sus ojos fueron directos a mi pómulo.

—¡Por Dios, Max! ¿Qué te ha pasado? —Señaló mi rostro con preocupación.

—Nada.

—¿Te has peleado con alguien?

—Creo que no es de tu incumbencia.

No le importó la dureza de mis palabras.

—Se ve realmente mal, ¿quieres que te ayude a limpiarla? —preguntó dando un paso.

Estábamos delante de todos los pupitres. Yo entraba cuando ella salía. Estaba más distraída de lo habitual. Los labios volvían a ser rojos y llevaba el pelo seco y bien peinado. Un pantalón de mezclilla claro se ajustaba a sus piernas delgadas y la blusa roja de tirantes dejaba poco a la imaginación. Iba muy provocativa. Hasta su rostro parecía más simétrico de lo normal. Tenía la piel brillante, como si hubiera bebido litros de agua para hidratarse.

Me lamí los labios y negué.

—No.

—¿Por qué te has peleado? —preguntó con el ceño fruncido.

—Creo que ya te lo he dicho —resoplé—. No te importa.

Ella suspiró, agotada. Sus pechos acompañaron el suspiro, y el escote de la blusa me dejó apreciar el espectáculo.

—¿Podemos hablar, al menos?

De pie frente a la puerta con los pies clavados en el suelo, fruncí

el ceño.

—¿Hablar? ¿De qué?

—De lo que pasó esa noche.

—No te preocupes. —Traté de sonreír—. Ya lo he olvidado. No pasó nada, si es lo que quieres que te diga.

—No..., yo...

—Mira, olvida lo que dije, ¿de acuerdo? —Mi voz sonaba agotada, todo en mí vibraba y la garganta me ardía. Sentía que no podía tragar—. Estabas borracha y tal vez estás confundiendo las cosas. Hubo un momento en el que pensé que podía ser sincero y decirte cuánto te quiero. Trataré de no pensar en nosotros, ya no necesitas pedírmelo. Creo que hay cosas que solo logramos entender a malas. Eres muy encantadora e inteligente y te mereces algo mejor.

Yo ya no soy nada.

—Por favor, vamos a hablar. No quiero irme así.

Aquellas palabras me atravesaron como una espada afilada. Estaba hecho. Se iba. Ni siquiera lo había considerado. Había tomado una decisión y me había dejado fuera.

—No hay nada de qué hablar. Tú te irás y yo seguiré con mi vida. Ya está. No pasó nada. Esa noche no ocurrió ni significó nada. Olvídalo.

Dio un paso para acercarse y tratar de arreglar lo que había sucedido, pero al momento se arrepintió y asintió.

—Muy bien, porque lo que pasó tampoco fue nada para mí —puntualizó. Me lanzó una mirada dolorida, pero no me arrepentí—. Hasta luego, Max.

Los ojos le chispeaban.

Y luego, pasó por mi lado, chocando con mi hombro con brusquedad. El olor a rosas me llegó hasta el estómago.

Sonreí un poco. Estaba enfadada, y me gustaba verla así.

Suspiré.

—Morgan..., espera.

Mi voz sonó hueca en el vacío de la clase. Se había ido.

Tragué saliva.

Tres días más y Morgan diría adiós a Noxpoint.

Enseguida, los alumnos comenzaron a entrar en al aula.



Los siguientes dos días fueron terribles. Cuando iba por los pasillos, tenía que cruzar miradas cortas con ella. Su relación con Dalton seguía: iban de la mano, pero nunca se besaban, ni en público ni en privado. Es más, ni siquiera tenían momentos privados.

El próximo partido estaba cerca y todos lo esperaban con emoción. Dalton estaba dando una buena imagen y poco a poco ganaba reputación.

Al tercer día, volví a verla en el aparcamiento. Estaba despidiéndose de todos. Al parecer, por fin había dado la noticia, y, aunque ninguno de los que estaban ahí eran sus amigos, ella les sonreía con los ojos húmedos mientras les daba abrazos calurosos.

Me apoyé sobre el coche y la observé desde lejos.

Empezó a llorar cuando su amiga más íntima, Chloe, se despidió de ella. Morgan asentía una y otra vez.

Contaba los minutos y las horas para decirle adiós a un amor inalcanzable.

Aún no se había ido y yo ya me quería morir.

El pecho no dejaba de dolerme.

—¿Se va? —Una voz me hizo apartar la mirada de la escena.

Michael, un compañero de clase, estaba junto a mí, con las manos en los bolsillos delanteros, probablemente buscando su cajetilla de cigarros. Tenía el cabello rizado y esponjoso, un nido de arañas se podría haber formado ahí, pero a él parecía no importarle siempre que tuviera ropa limpia y el rostro lavado. El pelo le daba igual. Se lo lavaba, pero nunca lo peinaba.

Isabella se acercó a nosotros y me miró.

—¿No es la que te gusta?

A pesar de no ser tan guapa como las otras chicas, Isabella

vestía y se maquillaba con colores claros y pastel que no cubrían las pecas de sus mejillas. Era como una hermana perdida de Ron Weasley.

—Ya no.

—Pues es guapa. Lástima que se vaya a estas alturas. — Resopló—. Yo la habría votado para la reina del baile de graduación.

—Ey, ¿qué estáis mirando? —Emilia se unió al grupo y detrás de ella venía su novio, Marco, un chico mexicano que casi no hablaba con nosotros. Apenas nos saludaba. Tenía el cabello negro y los ojos color café.

—La chica... —comenzó a explicarles Isabella con misterio en la voz—... cuyo padre está en la cárcel por el asesinato de su mujer se va del pueblo.

—¿Cómo? —preguntó Emilia con los ojos muy abiertos, sorprendida.

No quise interferir.

—Pues parece que el padre está de acuerdo con que se vaya con su tía —dijo Eve, que acababa de llegar y que daba la impresión de estar más informada que todos nosotros.

Eve llevaba tratando de coquetear conmigo desde que teníamos quince años. Era ardiente, pero demasiado controladora.

—¿Tiene una tía? Creí que solo tenía a sus padres —comentó Michael, encendiendo un cigarrillo que ya tenía en la boca.

Eve se lo quitó cuando lo encendió y le lanzó un guiño. Michael entrecerró los ojos en dirección a Eve, que sonreía divertida. Mi amigo trató de mantener la compostura y se llevó otro cigarrillo a la boca.

Yo tenía los brazos apoyados y cruzados sobre el techo del coche, escuchando y observando con atención las emociones que ya no podía sentir.

—Por lo visto, su tía lleva aquí unos meses —dijo Isabella.

—¡Vaya! —Michael soltó un soplo—. Nunca la he visto acompañada al salir. Creía que iba por su cuenta. Después de lo

que pasó...

—Yo pensaba lo mismo. Nunca la he visto con ninguna mujer en el pueblo.

—Yo sí. ¿Qué va a pasar con Dalton? —solté sin pensarlo, burlándome de él.

Al principio, todos se quedaron en silencio, pero después soltaron una sonora carcajada, hasta el chico mexicano sonrió divertido. Quise golpearlo, pero, para disimular, me reí también. Al parecer, ellos ya conocían la orientación sexual de Dalton, que aún no había dicho nada en público. Pobre, sin Morgan no podría seguir mintiendo.

—Es cierto —convino Emilia entre risas—. Yo también lo había pensado, pero no me atrevía a decirlo.

—Muy buena, Max. —Michael le dio una calada a su cigarrillo sin dejar de sonreír—. Se le nota desde aquí. ¡Que vaya, yo no estoy en contra! Pero ¿por qué no decir algo que ya es evidente?

Morgan escuchó las risas y nos miró con confusión. Tal vez creía que nos estábamos riendo de la situación, pero no era así. Me observó con intensidad y le sostuve la mirada. Después, apartó la vista y siguió con lo que estaba. Nadie más se dio cuenta de lo que había sucedido. O, al menos, eso era lo que creía.

—¿Alguien quiere que lo lleve? —pregunté sin inmutarme por lo que acababa de ocurrir.

—Michael y yo vamos a beber cerveza más tarde y ahora nos vamos en su coche para prepararnos, ¿quién quiere venir? —respondió Eve con tono animado.

Sus ojos azules destacaban sobre sus labios rosas.

Emilia negó.

—Es viernes, y Marco y yo iremos a casa de sus padres a cenar. Otro día será, chicos.

—Puede que me apunte, ¿dónde vais a ir? —le pregunté a Michael, interesado en las cervezas.

Eve se rio por lo bajo, pero no le presté mucha atención.

—En el pueblo vecino han abierto un nuevo bar y me han

hablado bien de él. Dicen que hay buen ambiente y los viernes hay buenas promociones. Un compañero me dijo que también tienen buenos dulces. Brad también va a venir.

Saber que Brad estaría allí me hizo recordar las palabras de mi madre, pero lo ignoré.

—¿No es peligroso ir a un lugar así? —interfirió Isabella.

—No te preocupes, nosotros no consumiremos. No nos excederemos. Solo vamos a pasar un buen rato —aseguró Michael con una sonrisa cómplice.

Miré a Morgan por última vez y sentí que el corazón se me detenía.

—Iremos esta noche. Será divertido —dijo Eve.

Asentí, lleno de adrenalina y de rabia.

—Contad conmigo.

Capítulo 9

Al anochecer comprendí que la joven de la que había estado enamorado desde que era un niño iba a marcharse. Tenía un nudo en el estómago que no desaparecía. Bebía agua a cada minuto, intentando deshacer el nudo que también se formaba, de vez en cuando, en mi garganta. Seguía picando y, aunque no quería lamentarme más, me sentía esclavo de mis emociones.

No sabía qué iba a ser de mí y, antes de que se fuera, traté de recordar quién era yo y qué era capaz de hacer.

¿Podría vivir sin ella? Sentí que me ahogaba al imaginarlo.

Debía adentrarme en el infierno para hallar la respuesta, pero no sabía si sería capaz de salir.

Bebí otro sorbo de agua, me senté en una esquina de la cama y un recuerdo lejano vino a mi mente. Se me secó la boca. Dejé la botella de plástico en el suelo y me tumbé sobre la cama con los brazos extendidos a los lados. Miré el techo y suspiré.

Solo quería dormir. Cerrar los ojos y despertar de esa pesadilla. Que ella siguiera aquí; su voz, su olor, su risa, toda ella. Algo en mí me gritaba que saliera de ese sofocante lugar que no me dejaba respirar. Por más que inspirase, el oxígeno no llegaba a mis pulmones. La habitación se estaba encogiendo, haciéndome sentir como una insignificante hormiga.

—Estúpido, eres un estúpido, Max —me dije mientras negaba y resoplaba al mismo tiempo.

Cada vez estaba más nervioso y no parecía ir a mejor. Fruncí el ceño con fuerza hasta que empezó a doler. Las orejas se me calentaron tanto que deseé ponerlas en hielo. La cabeza me daba vueltas y me sentía realmente incómodo, como si no perteneciera ahí.

Con el cielo anaranjado del atardecer me tranquilicé un poco.

Salí y me dirigí con paso apresurado hasta donde había dejado el coche cuando llegué del instituto. Me puse la chaqueta y me la ajusté. Hacía calor y podía sentir como el sudor se deslizaba por mi piel.

Ya hablaría después con mi madre acerca del castigo que me iba a llevar por lo que estaba a punto de hacer. En ese momento, mi prioridad era otra. Tenía que hacerlo antes de que fuera demasiado tarde. Se me pasaron muchas ideas por la cabeza que podrían poner a muchas personas en peligro. Todas me hacían dudar de mi razonamiento, y ninguna me servía. Pensar no me ayudaba en nada. Debía actuar y, cuanto antes lo hiciera, mejor me sentiría. Las cosas se arreglarían, solo tenía que buscar una forma de retroceder en el tiempo.

Sabía que tenía una gran cuerda y cinta en el garaje; podía crear un escondite. ¡Podía hacer tantas cosas! Pero no funcionaría con lo que tenía planeado. Debía idear un plan más seguro, en el que todos pudieran saber qué sentía pero sin descubrir lo que había hecho. Necesitaba que el Max fuerte volviera. Se me aceleró el pulso y las manos me temblaban ocultas en los bolsillos de la chaqueta. Cuando me subí al coche, supe de inmediato adonde debía ir.

Aceleré y dejé que mi instinto me guiara. No era yo; yo ya no existía. No era *nada* sin ella.

Nada.

Aparqué el coche bajo el poste verde, donde la hierba consumía la mayor parte del metal, haciendo casi invisibles las letras blancas y oxidadas que daban la bienvenida a Noxpoint. Aún no sabía cómo había subido a la acera, ni si el coche había sufrido algún daño. No

me importaba en ese momento. Las piernas en el freno me vibraban como si estuviera sufriendo un colapso. El volante estaba pegajoso por el sudor. Me sentía ansioso y no podía pensar con claridad. Me estaba volviendo loco. Me escocían los ojos por las lágrimas. Deseaba tanto que lloviera para no sentirme tan culpable de nuevo...

Quitó la llave del contacto y me quedé quieto con las manos aferradas al volante. No sabía cómo había llegado hasta ahí. Era como si acabara de despertar. Me sentí perdido durante unos segundos y me pregunté qué estaba buscando y por qué me sentía como si hubiera perdido una parte de mi alma. Notaba el pecho vacío y, a medida que pasaba el tiempo, sentía y amaba menos. Todo estaba desapareciendo y no encontraba el porqué, hasta que olí ese dulce aroma. Estaba incrustado en mi piel de la forma más extraña. Llegó hasta mí como si acabara de encender una vela aromática.

No podía respirar.

Quería recordarlo siempre.

Lo deseaba.

Me pregunté qué estaría pensando Morgan en ese momento. ¿Estaría sonriendo? ¿Estaría feliz porque iba a abandonar este miserable infierno? ¿O estaría triste? Quería entrar en su mente y tratar de comprender qué quería, por qué huía y cómo podía convencerla para que se quedara. Tenía que haber una razón que la obligara a quedarse, pero me resultaba imposible acceder a sus pensamientos. No la entendía.

Me la imaginaba reclinada en el asiento del copiloto, con la cabeza apoyada en el respaldo, mirando por la ventanilla y pensando en todo lo que estaba a punto de dejar atrás. Me imaginaba su nariz apuntando a los grandes arbustos cubiertos de rocío y sus ojos vacíos mirando los densos árboles, absorta en sus pensamientos, preguntándose si era lo mejor para ella. Aunque ya sabía la respuesta desde hacía mucho, se negaba a aceptarla.

Era insegura.

—¿Dónde estás?, ¿dónde estás? —pregunté a la nada, con el cuerpo tenso.

Los puños se me pusieron tan blancos como el conejo de *Alicia en el País de las Maravillas*, uno de sus cuentos favoritos.

El corazón se me detuvo de forma abrupta. Un coche negro se acercaba rápidamente a la salida del pueblo. No podía irse. No así. No sin mí.

Si se marchaba, se iba a llevar mi alma, porque yo era suyo y ella era mía.

Me bajé del coche. Las piernas me temblaron y, cuando mis zapatos tocaron la hierba húmeda, me sentí aliviado al saber que podía mantenerme en pie y que, probablemente, podía dar unos cuantos pasos. Me sentía como un bebé caminando por primera vez.

Intranquilo, inseguro y temeroso.

Pero fui más allá. No sé cómo sucedió, pero mis piernas se movieron rápidas, como un coche de carreras. Todo dio vueltas y, en un milisegundo, me encontré en medio de la carretera, justo sobre la línea amarilla. El mundo se ralentizó cuando vi un vehículo frente a mí, a punto de arrollarme. Los faros, brillantes y redondos, me apuntaban a los ojos con potencia. Se aproximaba a mí a una velocidad increíble. Pude sentir como la sangre se acumulaba en mis mejillas y en mis orejas.

Estaba perdido; iba a morir. Pero no fue eso lo que hizo que me sorprendiera, sino la chica que estaba en el asiento del copiloto con los ojos abiertos de par en par, agarrándose al salpicadero con las uñas para no estrellarse contra el parabrisas cuando el coche frenara de repente.

Estaba asustada y, aunque el parabrisas nos separaba, la sentí más cerca que nunca. Me centré en sus ojos. Los neumáticos chirriaron. Las llantas desprendieron un humo gris que me nubló la vista durante unos segundos y me llegó un olor a quemado.

Hubo silencio.

De reojo, vi que era Elizabeth la que conducía. El corazón me

latía frenéticamente, y tenía un sabor amargo en la boca. El coche estaba a escasos centímetros de mi cuerpo, todavía echando humo. Cuando parpadeé, me di cuenta de que había levantado la mano, como tratando de detener el vehículo. Mi señal era un alto. Estaba sorprendido, porque ni siquiera recordaba haberlo hecho y, sin embargo, ahí estaba. Mi instinto había salido a la luz.

—Morgan... —empecé a decir, avanzando hacia la puerta del copiloto—. Vamos, vamos, no te vayas.

Mi voz sonaba entrecortada. Iba a llorar.

Me ardían los ojos.

No podía controlar el dolor que me carcomía por dentro.

No sabía qué decir. Solo quería que se quedara.

Solo quería que no se apartara de mí.

Las lágrimas calientes salieron de golpe y me cubrieron las mejillas, frías y doloridas.

La puerta se abrió, escuché el clic y, después, Morgan salió con el pelo alborotado y los labios secos. Estaba vacilando entre avanzar hacia mí o quedarse cerca de la puerta.

Tampoco sabía qué decir. Nos miramos. No existía nadie más. Solo estábamos nosotros, juntos, conectados como siempre lo habíamos estado.

Tragó saliva.

—¿Qué haces? —Fue lo primero que escuché—. ¡Casi mueres!

Di un paso para acercarme, pero ella se aferró a la puerta con las manos sudorosas, preparada para entrar y cerrar la puerta en un segundo en caso de que tuviera que protegerse. ¡Como si yo le fuera a hacer daño!

Me detuve y hablé.

—Quédate, por favor —supliqué, dolido.

—Max...

—Quédate y te haré muy feliz —respondí con la voz rota.

Estaba rompiéndome frente a ella.

—No hay nada aquí que me pueda hacer feliz, ¿por qué no lo entiendes? —De inmediato, sus ojos se nublaron y se volvieron

oscuros y llenos de soledad—. ¿Por qué no me dejas ir de una vez?
Negué.

—Tú eres la que no lo entiende —dije en un susurro. Las lágrimas me cubrían el rostro. Ella no se imaginaba lo difícil que estaba siendo para mí confesarle mis sentimientos. Estaba apostando todo lo que tenía. Estaba dando lo mejor de mí—. Tú y yo estamos destinados a estar juntos. No somos nada el uno sin el otro. Estamos conectados. Y esa conexión es muy fuerte, no la rompas, no ahora —rogué.

—¿Por qué? —preguntó con tristeza—. Somos diferentes, Max.
Asentí.

—Precisamente por eso, porque no se trata de ser iguales, se trata de complementarse..., de complementarnos. —Sentía las mejillas húmedas—. Y tú..., tú me complementas. No te vayas. No me hagas esto.

Tragué saliva.

Ella me observaba con cuidado.

—No nos hagas esto —puntualicé.

Morgan me miró, pero esta vez fue diferente, fue especial, como si comprendiera lo que le estaba diciendo, como si sintiera lo mismo que yo. Y es que, en realidad, lo sentía, pero quería ocultarlo, como siempre había hecho. No aprendía. No importaba lo que sucediera o lo importante fuera, lo ocultaba porque esa era su forma de afrontar las cosas: omitir los sentimientos solo por miedo. Pero, por un instante, la sentí mía, y ella también lo sintió. Lo vi en sus ojos, en su piel, en el rubor que se había formado en sus mejillas calientes. En aquellos ojos perdidos y sin fondo que me miraban confusos.

Elizabeth se aclaró la garganta y Morgan se movió, tensa.

Volvió a la realidad.

Se mordió el labio y suspiró con pesadez. Sus dedos estaban en la puerta del copiloto, apoyando todo su peso en ella, y, a pesar de que tenía las manos delgadas y frágiles, se mantenía bastante fuerte.

—Tú me complementas —dije, de nuevo.

Ella negó.

—Pero tú a mí no —respondió con dureza, rompiéndome el corazón en mil pedazos—. Y por eso voy a irme.

Las palabras ya no me dolían. No sentía nada. Lo peor era que, aun así, ella seguía siendo la dueña de cada trozo que se había esparcido por el suelo como pedazos de un cristal roto.

—¿Y si voy contigo? —Me estaba derrumbando y ella no entraba en razón.

—No —replicó con firmeza—. Tú perteneces aquí.

—¡Tú también! —contesté con rabia contenida, apretando los dientes—. ¡No debes irte!

Ella sonrió delicadamente.

—¿Harías lo que fuera por verme feliz?

—Sí —respondí sin dudarlo.

—Entonces apártate de mi camino, Max. —Las palabras salían de su boca en pequeños susurros, como si no quisiera decirlas. La mirada de Elizabeth estaba sobre ella—. Sube a tu coche y conduce hasta tu casa. Yo me voy por aquí.

Quería agarrarla del brazo y sacudirla para que reaccionara. Estaba loca, no sabía lo que hacía. Quería llorar como un niño. Iba a tener una rabieta; no me importaba nada.

—¿No te voy a hacer cambiar de opinión?

Negó.

—No. Esta vez, no.

—Muy bien. —Di un paso hacia ella y luego otro, acercándome sigilosamente mientras asentía y me limpiaba las malditas lágrimas, que jamás iban a volver a salir de mis ojos. Sin duda, sería la primera y la última vez—. Al menos, déjame despedirme de ti como es debido.

Me abalancé sobre ella y le di un abrazo que no correspondió. Mis ojos fueron hasta el asiento del piloto y, a propósito, hice que Elizabeth me mirara sin que Morgan lo viera. Estaba colérico. Todo era su culpa. Puse mis labios en su oreja y cerré los ojos, aspiré su aroma y lo guardé en mi corazón. Ella se estremeció, pero no se

apartó.

—Vas a volver —le dije en un susurro cálido, cubriendo mi boca con su pelo para que Elizabeth no pudiera escuchar lo que le decía. La amenaza la hizo temblar debajo de mi frío abrazo. Luego, enredé los dedos en su cabello y tiré con suavidad. Tenía los nudillos blancos y ella estaba conteniendo las ganas de gritar—. Te lo prometo.

Las piernas me temblaron. La aparté de mí y me retiré.

—Que tengas buen viaje.

Me observó con miedo. No se movía. Estaba quieta como una estatua.

—¿Morgan? —La llamó Elizabeth, suponiendo lo peor—. Sube al coche.

Pero ella no respondió. Seguía mirándome con los ojos humedecidos.

Perdida y asustada como siempre lo había estado.

Perdida y asustada como aquella noche en que la salvé.

Perdida y asustada como todos los días en que la observaba.

Leí un «te odio» saliendo de sus labios. Sonreí, victorioso. Después, dos lágrimas cayeron de sus ojos hasta el asfalto. Por fin estaba llorando.

Elizabeth salió del coche, lo rodeó con rapidez y pasó junto a mí, chocando un hombro contra el mío para apartarme. Agarró a Morgan de los brazos e intentó que apartara los ojos de los míos, rompiendo la bella conexión que estábamos teniendo. Elizabeth le habló un par de veces, pero Morgan no respondía, solo me miraba con rencor, con odio. Y, por muy extraño que fuese, me gustaba que lo hiciera. Me gustaba la sensación que me provocaba. Unos segundos después, Elizabeth le dio la vuelta y la metió dentro del vehículo. Le puso el cinturón y cerró la puerta de un golpe. Morgan parecía una piedra; no se movía. Cuando su tía se giró, me lanzó una mirada de odio, pero yo no dejé de sonreír. Me sentía poderoso, invencible.

—Como te acerques a ella, te juro que te las verás conmigo.

Asentí, divertido.

—Por supuesto. Nos vemos pronto, Elizabeth.

Me quedé quieto en medio de la carretera, mirando como el coche se marchaba. Poco a poco, iba desapareciendo de Noxpoint. Poco a poco, su olor se iba perdiendo entre la maleza que me rodeaba.

Sonreí de nuevo, convencido de que regresaría.

Sabía que me estaba mirando por el espejo retrovisor.

Capítulo 10

—¿Señor? —me preguntó alguien desde algún lugar brillante.

—Una cerveza —dije entre risas. Me daba vueltas todo y las luces me empezaban a provocar dolor de cabeza, pero seguía teniendo mucha sed. Me relamí sin sentir la lengua rozar mi boca, que estaba completamente dormida y ya no podía saborear las bebidas. Me las bebía como si fueran agua. La botella apenas me duraba tres minutos en las manos. Me volví a reír de una pareja que estaba frente a mí—. Te va a dejar, amigo. Todas son iguales. Te apuesto tres cervezas a que logro que se acueste conmigo esta noche.

—Aquí tiene. —El camarero dejó la botella sobre la barra, que estaba iluminada con una luz extremadamente verde y cubierta por botellas llenas de líquidos de todos los colores. Hizo una mueca—. Es la última que nos queda.

Agarré la cerveza, pero, en un movimiento brusco, se cayó y se derramó sobre mi camisa y mis pantalones, aunque no me importó demasiado, porque logré salvar más de la mitad. Gruñí y me sacudí las gotas, como si fueran a desaparecer, pero estaba tan perdido que dudé si me las había limpiado o si solo había pasado la mano por encima. Antes de que le pudiera dar un trago, la chica me miró con asco.

—Eres un imbécil.

Apunté la cerveza hacia ellos y brindé con una sonrisa llena de

sorna.

—Salud a eso.

Luego se fueron. Sus cuerpos se perdieron entre la multitud. Cuando me dieron la espalda, le miré el trasero a la chica, que llevaba un vestido blanco de discoteca que dejaba muy claro que no llevaba ropa interior.

Me pasé la lengua por los dientes y bebí de la cerveza, dándole un último trago que me produjo un dolor en las costillas. No recordaba cuánto tiempo llevaba ahí ni si había comido algo. Me ardía el estómago con cada sorbo, y mi sangre se iba envenenando con cada botella que vaciaba. Tenía la boca tan adormecida que ya no sentía el líquido en la garganta. Tampoco notaba el vidrio en mis manos; parecía que me habían anestesiado.

—El de Morgan es mejor —susurré, y le di otro trago, con el que me bebí hasta la última gota.

Había una centena de personas en el local. Iban de un lado a otro y era difícil encontrar un lugar donde estirar los brazos. Estábamos apretados en un espacio pequeño y polvoriento que apestaba a tabaco.

—¿Max? —dijo alguien—. ¿Qué has bebido?

Me di la vuelta y miré a Isabella, a quien reconocí por su estridente voz.

—¿Cerveza? —pregunté con ironía mientras levantaba la botella, que ya estaba vacía.

No me había durado ni dos minutos, y estaba bastante agradecido de que mi cuerpo estuviera embotado. Cuando intenté mirarla a los ojos, perdí el equilibrio y me tambaleé en el banco del bar, pero, antes de caer, ella me sostuvo con fuerza, y yo la alejé sin hacerle daño, alegando que podía solo.

—¿Estás bien? —me interrogó con preocupación—. Voy a hablar con Michael para que te lleve a casa.

Intentó tomarme del brazo, pero la empujé de nuevo, esta vez con más fuerza.

—Déjame en paz. Me voy a quedar aquí toda la noche.

—Pero van a cerrar. No es un hotel, ¿sabes? —Frunció el ceño. Ella también había bebido, tenía las pupilas dilatadas y los ojos le brillaban con intensidad, aunque se encontraba mucho mejor que yo —. Aparte, ya no puedes ni sostenerte, ¿cuántas te has bebido?

—Tengo suficiente para pagar, no te preocupes.

—No se trata de eso. —Ella puso los ojos en blanco y volvió a sacar el móvil—. Te has emborrachado y no tardarás en meterte en una pelea. ¿Dónde está Eve?

—Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? ¡Estaba contigo, Max! —Trataba de hacerse escuchar por encima de la música.

—Tranquila, Bella, está bien. Se ha ido con Brad. Lo pasarán bien. Deja de comportarte como mi madre, ¿de acuerdo?

Suspiró, tranquila al saber que Eve y Brad estaban juntos.

—No me llames Bella. Mi nombre es Isabella, lo sabes bien. — Me dio un pequeño empujón con el que me burlé de ella—. Michael y yo nos vamos en quince minutos, y vas a venir con nosotros.

—¿Por qué?

Ella se rio.

—Porque no puedes conducir así, Max.

Dejé caer los hombros y puse la botella, que se tambaleó ligeramente, en la barra. Suspiré y me obligué a hablar con coherencia. Al principio, la lengua no me dejaba pronunciar las palabras adecuadas, así que, si quería quedarme un rato más, debía esforzarme. Por suerte, había estado hablando entre susurros sobre la música mientras Isabella le escribía un mensaje a Michael.

—Mira, Isabella, sé que te preocupas por mí, pero déjame en paz esta noche. Llamaré a un taxi y me iré cuando quiera. Mientras tanto, quiero quedarme aquí, ¿de acuerdo?

Ella frunció los labios.

—¿Estás seguro? Michael y yo podemos...

La agarré de los hombros, silenciándola.

—Estoy seguro, Isabella. Estaré bien. Diviértete con Michael.

Ella asintió.

—Bien. Cuídate. Y llama si necesitas algo. ¡Adiós!

Cuando me dio la espalda, volví a mi cerveza y le di el último trago, aunque estaba muy seguro de que no era la mía, ya que me la había terminado hacía poco. Esperaba tener que pelearme por eso, pero nadie vino a quejarse. El sabor amargo llegó a mi paladar. La cerveza me sabía a vómito, pero aun así quería seguir bebiendo. Me volví hacia el camarero y lo llamé. Llevaba el pelo rapado y parecía un chico de un barrio en el que la educación era escasa. Parecía unos tres años menor que yo y creía haberlo visto en algún lado, pero me resultaba imposible saber de quién se trataba. Estaba atendiendo a unos chicos mayores que yo, pero se giró y me tomó nota; tal vez quería evitar una pelea.

—Cerveza —le dije.

—Se ha terminado, y estamos a punto de cerrar.

—*Whisky*, entonces.

Asintió.

—Un momento.

Unos segundos después, colocó un chupito donde se había derramado la cerveza. Mi olor comenzaba a ser desagradable y yo lo sabía. Después de otros tres, no soporté más el olor de la cerveza derramada, el humo de los cigarrillos que estaba por todos lados y el sabor a *whisky* en mi boca. De pronto, sentí el estómago revuelto.

Busqué un baño, apretándome el vientre para no vomitarme encima. Apartaba a las personas con los hombros y, aunque escuché algunos quejidos, seguí avanzando para llegar al maldito baño y desechar todo el veneno que había consumido.

El lugar daba vueltas, y las luces de colores que se encendían y apagaban me confundían. Mis piernas chocaban y mis pies no avanzaban lo suficiente para apartarme del asfixiante lugar. Iba de un lado a otro, y mi equilibrio era un asco. Si estaba cerca de una pared, tenía que apoyarme en ella para respirar y poder seguir las señales, que veía borrosas.

Después de un denso y duro camino, vi el letrero de los baños. Abrí la puerta y entré directamente al primero, pero, para mi

sorpresa, no salió nada de mi boca. Solo necesitaba ir al baño.

Cerré la puerta a duras penas. Me tambaleé en el reducido espacio y me golpeé en el rostro al no reaccionar a tiempo. ¡Vaya golpe! Sin embargo, tenía el rostro tan dormido que me podría haber roto la nariz y no sentir nada hasta que se me pasaran los efectos del alcohol. Me bajé el cierre del pantalón y, con una mano, me apoyé en una de las paredes que dividían los cuatro baños que olían a orina y a papel húmedo. Aguanté la respiración.

Con la otra mano, hice lo que tenía que hacer.

Cerré los ojos y pensé en Morgan. La mano fue de arriba abajo.

Me quemaba la palma y me hervía la sangre. El corazón me latía debajo de la lengua. Y, aun así, tenía sed.

Finalmente, no fueron orines lo que salió de mi cuerpo.

Me limpié, me subí el cierre, tiré de la cadena. Salí de aquel rectángulo que apestaba y fui a lavarme las manos.

No me había dado cuenta de que el baño era blanco; las luces no eran verdes. Eran tan blancas que podía ver cada imperfección y cada mancha de mi rostro. Estaba hecho un desastre.

Me lavé la cara con agua fría y me quité la camisa que había manchado de cerveza. Afortunadamente, llevaba una camiseta blanca debajo. Tiré la sucia en uno de los cubos de basura que había cerca y salí de ahí, todavía mareado. El sonido del exterior se había desvanecido. Ahora era silencioso y ya no había gritos ni personas chocando hombros.

El lugar estaba casi vacío.

Me di cuenta de que me había quedado dormido en la taza del baño durante un rato.

Los camareros limpiaban las mesas y recogían las botellas de cerveza que estaban tiradas por el suelo.

—¿Qué hora es? —le pregunté a un señor de unos treinta años.

Parecía agotado; tenía ojeras bajo los ojos y, aun así, me sonrió con cortesía.

—Casi las cinco, señor.

Asentí, confundido.

Fui hasta la barra con mayor rapidez y me encontré con el mismo chico de pelo rapado.

—Un *whisky* —le pedí.

—Señor, ya hemos cerrado —me respondió con una mueca.

—Dame un *whisky* y me iré.

—Yo...

—Dale uno —intervino una voz femenina que no supe de dónde provenía.

Sentí en la cabeza un pinchazo terrible que me hizo apoyarme en la barra y cubrirme con los brazos de la intensa luz verde. Iba a tener una jaqueca espantosa, estaba seguro.

—*Whisky* para ti —me dijo la voz femenina, pero, esta vez, la escuché más cerca, casi en mi oído.

Era ronca y sensual al mismo tiempo que natural y tierna. Sin embargo, la cabeza seguía doliéndome y me fue imposible levantar el rostro. Apreté los dientes para disminuir el dolor y no gritar.

—Me iré en cuanto me lo termine, gracias —le aclaré.

—No hay de qué. —La oí recoger unos vasos que estaban cerca. Se alejó y se volvió a acercar—. ¿Una mala noche?

—Sí —respondí.

—Todos tenemos noches malas. —Se rio, aunque estaba tratando de ser comprensiva—. Algunos más que otros.

Sonreí en mi escondite.

—Soy uno de esos *algunos*. Creo que siempre tengo noches malas —me quejé.

Al hablar, la cabeza me dio vueltas. Si la levantaba, el dolor se intensificaba.

—Al menos no trabajas en un bar hasta el amanecer, sino que lo pasas mucho mejor y puedes beber.

—Sigo teniendo noches malas a pesar de tu comparación —aclaré.

—No lo sé, no parece estar tan mal —dijo en un intento por animarme.

—Es que no me has visto la cara.

—Y tú no me has visto —respondió.

—¿Cómo te llamas? —pregunté adormecido y a punto de cerrar los ojos.

—Soy Julieta.

Me reí.

—Julieta —repetí, y de pronto, me gustó cómo sonaba su nombre en mi boca—. Lamento decepcionarte, Julieta.

—¿Por qué? —Parecía curiosa—. ¿Por verte borracho?

Julieta.

El sabor a *whisky* desapareció.

—No —contesté.

—¿Entonces? —Oí que había dejado de hacer lo que estaba haciendo para prestarme atención.

—Lamento decepcionarte porque no soy tu Romeo. Mi nombre es Max.

Aunque no la miré, intuí que estaba sonriendo.

—Max es mi nombre bonito —me dijo con emoción contenida—. Mas que Romeo.

Cuando levanté el rostro para continuar hablando con ella, ya no estaba. Se había ido.

Suspiré y me tomé de un trago el líquido, que no tardó en quemarme la garganta. Hice una mueca, saqué un par de billetes y los dejé sobre la mesa. Era lo suficiente como para pagar que me hubieran soportado durante mi borrachera, que no se me había pasado todavía.

Salí del lugar y el aire frío me golpeó en la cara. Había llovido de nuevo; la calle estaba llena de charcos hondos y grandes. Mi coche era el único aparcado allí. Las luces de las farolas iluminaban el lugar. Fui hasta él y me apoyé en la puerta del copiloto. Estaba frío y mojado, pero aun así me relajé sobre él. Mis zapatos se clavaron en la acera y me quedé así durante un momento, descansando y sintiendo las casas y el cielo sobre mí mientras miraba la puerta del bar, que daba vueltas y se dividía en dos partes que se movían distorsionadas. Tenía las manos metidas en los bolsillos delanteros

del pantalón, buscando calor.

Cerré los ojos y aspiré el aroma de la calle mojada.

Perdí la noción del tiempo durante cinco segundos y, cuando abrí los ojos, escuché que alguien gritaba.

—¡Déjame en paz! ¡Maldito enfermo!

Mis sentidos se alertaron. Me despegué del coche, pero no vi a nadie cerca. La voz que gritaba estaba lejos de mi alcance.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

¿Qué ocurría? ¿Estaba alucinando? ¡Tal vez era una pesadilla! Los gritos eran terribles y me ponían los pelos de punta.

—¡No, no, no! —chillaba la voz—. ¡No lo hagas, por favor!

No. Definitivamente no estaba soñando. Avancé con rapidez hacia los gritos, que parecían provenir de la parte trasera del bar, donde seguramente y, como era usual en Noxville, el pueblo vecino de Noxpoint, había un callejón repleto de contenedores de basura.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —Me atreví a preguntar.

—¡Por favor, no! ¡No lo hagas! —Sonaba aterrada—. ¡No lo hagas! ¡No!

Me estremecí. Los gritos eran desgarradores y estaban acompañados por ligeros gemidos. Volví a mi coche a grandes zancadas, preocupado por lo que estaba sucediendo detrás del bar. Abrí la puerta de un tirón y saqué el cuchillo que guardaba en la guantera. Aunque las manos me temblaban por el alcohol, pude mantener el arma entre mis dedos. Ni siquiera cerré. Corrí hasta el callejón, donde una chica pedía auxilio.

Mi nivel de alcoholismo disminuyó al sentir el hervor de mi sangre.

Antes de dar la vuelta para entrar en el callejón, me detuve en la esquina y, de reojo, me fijé en lo que sucedía; tal vez me había equivocado. Pero, desafortunadamente, no fue así. Un hombre de al menos un metro ochenta de altura y de cabellos lisos estaba acorralando a una mujer delgada y de pelo negro.

Fruncí el ceño.

Algo iba mal.

—¿Morgan? —dije para mí en un susurro.

Ni siquiera sabían que yo estaba ahí.

Me giré y cerré los ojos. Tal vez estaba alucinando. Esa chica no podía ser Morgan. Se había ido, ¿qué hacía aquí? ¿Había parado con Elizabeth en Noxville? No. Se habían ido en dirección contraria. No podían haber atravesado Noxpoint para venir aquí. Ni siquiera Elizabeth se detendría en un lugar como este, y menos aún traería a Morgan. Entonces, ¿qué hacía aquí? ¿Se había escapado? ¿Había decidido regresar a Noxpoint? ¿O me había mentado sobre lo de Seattle y se había mudado a Noxville? En el caso de que así fuera, ¿qué hacía a esas horas fuera de casa y en un bar? ¿Me estaría buscando?

Entonces volví a mirar hacia el callejón sin que el hombre se percatara de mi presencia. Solo se me veía el ojo izquierdo; el resto de mi cuerpo estaba escondido detrás de la pared. Quería averiguar quién era ella.

Observé a la chica, a la que el hombre estaba despojando de su camiseta. Las manos de él paseaban por todo su cuerpo. Daba asco.

Pero solo me concentré en la cara de la chica. Debía asegurarme de que era ella. Y eso hice. El rostro blanco y redondo, la nariz pequeña y perfilada, los labios rojos y el cuerpo delgado, junto con su melena negra y larga, me lo confirmaron.

Apreté el mango del cuchillo.

Morgan.

Y caminé hacia ellos.

—¡Eh, tú! —Lo llamé y me detuve antes de estar demasiado cerca—. Déjala en paz.

Él me miró rabioso.

—No es tu problema, chico —me dijo—. Vete de aquí antes de que te pongas a llorar.

Morgan sí estaba llorando, pero su rostro quedaba oculto tras la melena. Seguro que estaba avergonzada porque su camiseta estaba rota.

—Vete, maldito cerdo. —Apreté los dientes.

Él dio un paso hacia mí y, cuando movió la mano para sacar algo que tenía en la parte trasera del pantalón, me abalancé sobre él, derribándolo para subirme en su estómago y golpearlo un par de veces en los pómulos.

Nadie podía tocar a Morgan.

Mi puño se estrelló una vez más contra su asqueroso rostro, y una gota de sangre me salpicó la camiseta. Un veneno que ya conocía se estaba extendiendo por mis venas. Aunque no podía ver, sabía que mis ojos estaban inyectados de sangre.

Mis puños iban y venían y, aunque el hombre intentaba defenderse, le era imposible con la fuerza que estaba ejerciendo sobre él.

—¡Eres un cerdo! —le grité, y le escupí.

Intentó darme un golpe, pero lo esquivé. Con las piernas, presioné sus caderas, dejándolo inmóvil durante unos segundos.

—Pídele disculpas.

—Tú no sabes quién es ella.

—Por supuesto que sí —aseguré—. ¡Pídele una disculpa!

Negó.

—Mejor vete, chico —respondió con la nariz y la boca sangrando.

—Max... —Escuché detrás de mí. Cuando me giré para mirarla, un grito me sobresaltó—. ¡Cuidado!

Y, antes de volver a mirar al hombre, detuve la mano en la que llevaba un cuchillo para apuñalarme. Forcejamos con dureza, tratando de hacernos con el cuchillo. Estuve a punto de apuñalarlo, pero lo esquivó y, en un descuido, me rozó con la punta en el brazo derecho.

Con una fuerza que desconocía, tomé el cuchillo y, luchando contra el hombre, le clavé el filo en el pecho.

Me miró.

—No sabes quién es...

Y lo apuñalé de nuevo. La sangre salió expulsada de su boca

como una bomba y cayó sobre mi rostro. Fue tan gratificante que lo hice de nuevo, con más fuerza. Salió más sangre.

No había nada más.

El filo subía y bajaba, perforaba y perforaba, una y otra vez.

Cada vez que escuchaba la piel abrirse, mi sonrisa se hacía más grande.

—Nadie se mete con ella. —Saqué el arma de nuevo y la clavé en el cuerpo ya sin vida por última vez—. Nadie.

—¡Max! —gritó una voz detrás de mí.

Fue un aullido, un grito sordo que me hizo despertar.

Había olvidado que ella estaba aquí.

Morgan me había visto matar a ese hombre.

Me levanté del suelo con lentitud y me giré para mirarla, debía de estar aterrada. Y seguro que me odiaba.

—Morgan...

Escuché un tintineo que me hizo sobresaltar. Abrí los ojos de par en par cuando la vi.

—¿Dónde está? —pregunté, asustado.

—¿Dónde está quién? —La voz le tembló.

—¿Dónde está la chica? ¿Dónde está Morgan?

—Soy yo, Max —respondió—. Solo yo he estado aquí.

—¿Cómo sabes mi nombre? —Retrocedí un par de pasos, incapaz de comprender lo que sucedía.

—Nos hemos conocido hace un rato en el bar —contestó con el ceño fruncido. También estaba confundida y aterrada—. Soy Julieta, ¿no me recuerdas?

Negué, sin poder creer lo que mis ojos veían.

La joven que estaba parada frente a mí era una copia de Morgan. Tenía la misma camisa rasgada, el cabello largo y negro, los labios color cereza y el cuerpo como un fideo a punto de desvanecerse. Era idéntica, solo que yo había estado confundido desde el principio. Ella no era Morgan. Era una copia, y lo único que las diferenciaba era el nombre.

Capítulo 11

Con el ceño fruncido, miré al hombre cubierto de sangre que se encontraba desparramado en el suelo y traté de asimilar lo que había sucedido. Sabía que mi instinto había actuado, y que la bestia que llevaba dentro estaba despierta. Pero no había pensado con claridad.

Ella estaba escondida en una de las esquinas del mugriento callejón, cubierta por sombras que me confundían. No se había movido aún y no sabía cómo estaba. Sus ojos no me decían nada. Me había visto asesinar a una persona a sangre fría, y yo sabía, muy en el fondo, que lo había hecho conscientemente. Por primera vez, había tomado el control de mi instinto. Me había topado con el peligro de frente y actuado en defensa de la chica que parecía ser un extraño recuerdo del pasado. Me miré los puños y sentí un ardor que me recorrió de arriba abajo. Mi *instinto* volvía a operar, como si hubiera estado dormido durante mucho tiempo. Pero ahora era más yo; sabía lo que hacía cada vez que había subido la mano a la altura de la cabeza y tomando impulso para volver a impactar contra el pecho del hombre con aliento a alcohol. Después de unos segundos debatiendo con mi mente y tratando de comprender lo que estaba sucediendo, me aclaré la garganta y vocalicé unas palabras que, para Julieta, eran desconocidas. Mi tono era ronco y desagradable. El alcohol iba desapareciendo poco a poco de mi sangre.

—Max, siento mucho todo esto —se disculpó ella.

Se movió entre las sombras, y pude ver su diminuto cuerpo que avanzaba con precaución. Tenía los ojos rojos e hinchados, su pecho subía y bajaba, lo que me hacía pensar que estaba aterrada. No quería apartarla, pero tampoco quería que estuviera cerca de mí. Era una pieza que no encajaba en mi mente y no quería involucrarme más de lo que ya lo había hecho.

—Le he matado —susurré con la voz apagada.

Sabía que me había descubierto y que iba a pasar el resto de mis días y mis noches en prisión. Todo se estaba volviendo negro. Julieta podría contar la verdad a pesar de haberla defendido. Nadie podía ocultar algo tan grave como un asesinato, y mucho menos si era cómplice. Me obligué a mantenerme de pie y a no derrumbarme en el charco de sangre.

La chica me miró y caminó, esta vez, con más rapidez.

—No, no, no —dijo, arrastrando las palabras. Sus ojos se movían de un lado a otro, esperando que nadie se acercara, que no hubiera nadie en el momento equivocado. Estaba más tranquila que yo, lo que me hacía pensar que no era la primera vez que se encontraba en una situación parecida. Miré su tela rasgada y me percaté de los moretones que tenía en el pecho y en el cuello—. Vamos a ocultarlo.

Abrí los ojos con sorpresa. Apenas había asimilado lo que estaba sucediendo. Julieta, Morgan... Todo era tan confuso. Eran iguales físicamente; resultaba muy difícil encontrar las diferencias, sobre todo por la poca luz que había en el callejón. Pensé que debía de ser una broma pesada, pero ¿por qué lo haría? No tenía sentido, y mucho menos cuando había un hombre muerto en el suelo. Tenía los ojos cerrados y los párpados que los cubrían estaban inmóviles. El pecho estaba quieto, las piernas extendidas sobre el mugriento cemento con olor a orina, y en el rostro tenía una expresión de molestia. En la frente había una ligera línea que le hacía parecer furioso. Todas las historias que me podría inventar podían ser ciertas, excepto que había una doble de Morgan de pie junto a mí. No podía ser verdad; no podía haber alguien tan parecido tan cerca

de Noxpoint y que nadie se hubiera dado cuenta.

La cabeza me comenzó a dar vueltas.

—¿Qué? —pregunté.

El olor a orina y a sangre era desagradable. Se me metían en la nariz. Hice una mueca de disgusto y traté de entender lo que me decía.

—Vamos a ocultarlo —repitió—. Sé guardar secretos.

—¿Quién eres? —pregunté, alzando la voz.

El alcohol desaparecía poco a poco de mi sangre y empezaba a notar los efectos de una horrible resaca. Me resultaba muy difícil reconocer a la chica. No podía confiar en ella; me había visto matar a un hombre. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? Mi respuesta fue inmediata: Morgan. Solo ella podía hacer que actuara sin pensar.

La joven que estaba frente a mí parpadeó. Estaba confusa por mi pregunta.

—Ya te lo he dicho, mi nombre es Julieta.

Negué y cerré los ojos con fuerza. Si era una broma, Morgan se vería afectada. No me gustaba que jugaran con mi mente, ni con mis emociones. Y mucho menos en una situación tan crítica como en la que estábamos. Ella se había ido, ¿cómo es que ahora estaba frente a mí diciendo que su nombre era Julieta? ¿Por qué me hacía eso? ¿Por qué jugaba conmigo de esa forma? Debía admitir que en los últimos días no había sido el mejor de los amigos para ella, pero tenía mis razones. Además, no había sido para tanto. Esta broma no tenía gracia.

Sacudí la cabeza y la observé una vez más.

Tal vez estaba tan borracho que no era consciente de lo que ocurría; tal vez las copas, junto con la adrenalina, me estuvieran provocando alucinaciones. El parecido era increíble. No podía asegurar que fuera Morgan; ella no usaba minifaldas ni escotes muy provocativos, ella era sensual a su manera. Una sonrisa suya me hipnotizaba y me hacía ceder de una forma tan sencilla que, a veces, no lo entendía. En cambio, la mujer que estaba delante de mí no parecía haber sonreído en los últimos diez años. Se la veía

apagada y dolida. No parecía estar teniendo un ataque de pánico por estar frente a un cadáver. Mi estómago reaccionó con un espasmo cuando me fijé en que sus labios estaban volviéndose de un color púrpura. Tenía un gran moretón en la comisura de los labios que le hacía parecer una chica que se había metido en graves problemas. Estaba controlando sus emociones después de que el hombre asqueroso hubiera intentado arrebatarse la poca tela que llevaba puesta. Ahora, ese mismo hombre yacía muerto en un lago rojo.

Morgan estaría atemorizada.

Ella, *Julieta*, no lo estaba.

—Escúchame bien —empecé a hablar, tomando el control de la situación—, tienes que irte de aquí. La policía vendrá muy pronto y no puedes estar involucrada. Parece que ya tienes suficientes problemas como para agregar uno más. Mentiremos acerca de lo que ha pasado aquí, ¿de acuerdo?

Cuando mi voz sonó, escuchamos un bote caer. Saltamos en nuestros lugares, y sentí que la sangre me subía hasta la cabeza. Alguien nos estaba escuchando, había alguien con nosotros. Podía sentir su presencia cerca de mi espalda. Quienquiera que fuera, sabía lo que había sucedido. Había visto quién había cometido el crimen y cómo lo había hecho y, solo por esa terrible presencia que nos había descubierto, ya no teníamos coartada. No había oportunidad de cambiar la historia. Desmentiría todo lo que estaba ideando en mi cabeza.

Desvié la mirada muy despacio, todavía sin poder creerlo, hacia la única entrada del callejón y vi que estaba vacío. El intruso que había causado que el contenedor se cayera había pasado por enfrente de nosotros sin saber lo que sucedía. Relajé los hombros. Solo había sido un gato sucio y callejero que arrastraba entre las patas un pequeño metal, que seguramente se había caído del contenedor. Resonó en el callejón hasta que el gato se libró de él y saltó de nuevo hacia los tejados ayudándose de las bolsas de basura y los demás botes grises y apestosos. Ambos lo ignoramos

en el momento en el que desapareció y nos relajamos, aunque no lo suficiente. No sabíamos a quién teníamos enfrente y debíamos arreglarlo antes de que alguien nos encontrara. El gato nos había hecho reaccionar.

—Max..., yo...

Suspiré y negué, interrumpiéndola.

—Has dicho que puedes guardar un secreto, pero ¿puedes sostener una mentira?

Ella asintió y me miró molesta.

—Puedo hacerlo, Max. —Su respuesta me tomó por sorpresa. La seguridad en su tono de voz había despertado algo en mi piel, pero no pude saber qué—. He pasado por esto casi todas las noches de mi vida. Él merecía morir. No te arrepientas de lo que has hecho.

Esa mujer no dejaba de asombrarme. Aunque mostraba mucho en su exterior, lo que había dentro era un misterio. Sus palabras sonaban sinceras, y no parecía querer culparme de la muerte del hombre. La observé una vez más con los ojos entrecerrados, intentando descubrir qué pretendía hacerme creer. Se abrazó cuando una ráfaga de viento sopló con fuerza y sus brazos estrecharon sus pechos. No pude evitar mirarle el escote y los redondos senos que se pronunciaban con gentileza. Tragué saliva. Era muy guapa.

—¿Lo conocías?

—Venía todas las noches al bar. Era un viejo arrogante que no respetaba a las mujeres. Me había estado acosando durante las últimas semanas, pero, al ver que no obtenía la respuesta que quería, recurrió a lo más cobarde y lo más bajo que pudo haber hecho. No debes preocuparte por él. Era un cerdo. —Caminó hasta el cuerpo y le dio una patada suave en el torso para confirmar que estaba muerto. La punta de sus zapatillas deportivas rozó el vientre grasoso y maloliente del hombre—. Entonces, ¿cuál es tu plan?

—Yo me haré responsable —respondí de inmediato, siguiendo sus pasos y su cuerpo—. Mi padre trabaja en la policía. Soy del

pueblo vecino.

—¿Noxpoint?

—Sí.

—Vaya —resopló, y se soltó los brazos—. Pues tu plan no funcionará. El hecho ha ocurrido en este pueblo y, para tu desgracia, la policía de aquí es más dura que la de allá. No se les escapa una. No te ayudará tu coartada. Además, estás borracho y no te creerán. Te acusarán en el mismo momento en que sientan tu aliento. Te encerrarán en el calabozo como fuerza preventiva. Por lo que he escuchado, los de aquí son como una cloaca.

Fruncí el ceño.

—¿Qué sugieres?

—Lo dejaremos aquí. Trabajo en el bar y estoy muy segura de que no hay cámaras cerca. —Miró al hombre—. A estas horas, todos se han ido. Conozco este lugar como la palma de mi mano. La policía sabe que aquí tienen lugar muchas peleas y casi todas las relacionan con la venta de drogas o las apuestas. Al final, si nadie reclama el cuerpo, cierran el caso. Este hombre vivía solo, nadie pedirá justicia por él. La policía pensará de inmediato que es un criminal. Te diré lo que vamos a hacer: yo volveré adentro, y tú vendrás conmigo. Tienes mucha suerte de que no haya cerrado la caja. Eso nos servirá. Te haré una nueva cuenta, tendrás un nuevo recibo con una hora diferente y cerraré la caja. Te irás a tu casa como si acabaras de salir y tendremos nuestra coartada perfecta para confirmar que seguíamos dentro del bar cuando todo esto sucedió, solo en caso de que nos citen a declarar. Cuando yo salga del bar, llamaré a la policía y daré el aviso como si lo acabara de descubrir, ¿entendido?

Traté de repetir todo su plan en mi mente, pero solo había captado la parte en la que tenía que irme con ella y obtener una nueva hora. Quizá estaba malinterpretando todo para mi propia conveniencia, pero sabía adonde quería llegar después de haber escuchado la palabra *coartada*. Era una pieza clave y nunca fallaba cuando se planeaba bien. Aunque daba la impresión de que se

había sacado la idea de la manga, me gustaba, y no parecía que fuera a fallar. De todos modos, en caso de que lo hiciera, mi padre podía cubrirme en cuando le contara la verdad. Solo había defendido a una chica de la que iban a abusar. ¿Eso iba en contra de sus valores? Conocía a mi padre y sabía que me protegería.

Miré a Julieta fijamente. Era inteligente y guapa. Me encantaba. Además, derrochaba seguridad.

—¿No te traerá problemas?

Negó sin manifestar demasiada preocupación.

—Ellos me conocen. —Enarqué una ceja, pero ella se limitó—. No es lo que te imaginas. Me conocen, porque casi siempre soy la que da los avisos. Me he encontrado muchas personas sin vida por aquí. Al final te acostumbras, y la policía también. ¡Bienvenido a la parte más asquerosa de Noxville!

Dudé. Ella sabía que yo lo había matado, pero ¿podía confiar en esta desconocida que aparentaba ser la mujer que tanto amaba? ¿Por qué estaba ayudándome? Esa pregunta activó una alarma en mi cabeza que gritaba que me alejara de allí y que aquello no era buena idea. Pero como era terco y necio, permanecí de pie en el callejón, mirándola a los ojos para tratar de averiguar qué escondía.

—Sé lo que hago, Max —me dijo, como si supiera que estaba dudando de su plan.

Entrecerré los ojos y no vi nada más que una simple chispa de inocencia. No me quedó otra opción más que asentir y soltar todo el aire que estaba conteniendo. Si esto salía mal, tendría que pagar las consecuencias. Involucrar a otra persona era arrastrarla a la muerte, y no quería que le ocurriese nada, porque me estaba ayudando.

—Está bien. Volvamos dentro. —Me di la vuelta sin mirar al hombre y caminé hacia la salida del asqueroso callejón, que olía a vómito—. Confiaré en ti, Julieta.

La chica avanzó y yo la seguí. Cuando estábamos a punto de salir, mis zapatos provocaron un sonido que nos alertó. Estaba debajo de mí y era molesto: el mismo metal que el gato mugroso había arrastrado desde el cubo de basura. Tenía una pequeña

piedra clavada en la suela del zapato, como si quisiera desaparecer de la escena del crimen.

—¿Qué es esto? —pregunté, agachándome para verlo mejor.

Era un pequeño pendiente con una diminuta piedra falsa que imitaba una esmeralda y que brillaba en su soporte de color oro. Tiré de él y me lo puse en la palma de la mano para observarlo mejor.

Ella negó, curiosa.

—Las personas pierden sus pertenencias con demasiada facilidad cuando están bajo los efectos del alcohol.

Suspiré.

—Bueno, es mejor no dejar pistas.

Lo puse en uno de los diminutos bolsillos de mi chaqueta para no perderlo. Siempre era precavido con lo que dejaba atrás en la escena de un crimen y esa vez no iba a hacer una excepción, aunque Julieta estuviera al mando.

—¡Vamos, Max! ¡El tiempo corre! —me insistió, volviendo a encaminarse hacia el bar.

Me levanté y caminé tras ella.

Abrió la puerta del bar rápidamente. Las luces estaban apagadas y las sillas, colocadas bocabajo sobre las mesas. Julieta fue hasta la barra sin perder el tiempo mientras activaba algún que otro interruptor. Me abrió una cuenta nueva, seleccionando algunas cosas en la pantalla que, para mí desgracia, tuve que volver a pagar. ¿Sería una cuota por asesinato? Me burlé internamente. Después de todo, no me sentía culpable por la muerte del hombre. Sabía que se lo merecía y que nunca había actuado con buenas intenciones.

Si solo ponía una bebida, resultaría demasiado sospechoso. Tenía que parecer que llevaba ahí, al menos, unas siete horas. Mis amigos también servirían como coartada: ellos serían el principio y Julieta, el final de la noche. No era una mala idea, en realidad. Podría utilizarlo en caso de necesidad. Suspiré y traté de tranquilizarme. Cuando me dio el pedazo de papel, me rozó la palma con los dedos y advertí que llevaba las uñas pintadas de

negro. Con la luz encendida, advertí que, a diferencia de Morgan, ella tenía un pequeño lunar en la mejilla, muy cerca del lagrimal. Todos los que la observaran con detenimiento podrían verlo. También me fijé en la abertura de su camisa: sus pechos eran más grandes y redondos de lo que creía y estaban apretados en aquel escote que no dejaba mucho a la imaginación. Sus labios rojos e hidratados eran finos y, cuando sonreía, el labio superior se le encogía. Era una Morgan más madura. No podía apartar los ojos de ella.

—¿Te recuerdo a alguien? —me preguntó con una sonrisa tímida.

Me sobresalté y aparté rápidamente la mirada de ella. No sabía cuánto tiempo había estado observándola. Tampoco me importaba demasiado. Me gustaba disfrutar de los pequeños placeres del mundo, y Julieta era uno de ellos. Era guapa e interesante.

Sonreí.

—No, no creo que haya alguien como tú.

Y era cierto. Si Morgan era bonita a su manera, Julieta era bonita e interesante la suya. Tenía los ojos más profundos y oscuros que jamás había visto. En ellos había algo que me causaba cierta incertidumbre. Al igual que Morgan, tenía las cejas pobladas pero con forma. El cabello negro le resaltaba la palidez del rostro.

Se puso colorada, pero no dijo nada más.

—¿Cuántos años tienes? —me atreví a preguntar.

—¿Yo? —Se apuntó con el dedo índice al pecho y volvió a esbozar esa sonrisa que me provocaba un dolor en la entrepierna—. Tengo dieciséis, cumpliré diecisiete en unos meses.

Me quedé boquiabierto y negué.

—Imposible. —Sin darle crédito a lo que me decía, me eché hacia atrás en el taburete de la barra. Parecía, por lo menos, cuatro años mayor. Estaba más desarrollada y crecida que muchas chicas del instituto—. No te creo.

—Es verdad. Yo no miento.

—Pareces mayor.

Sonrió, apenada.

—Me lo han dicho muchas veces. —Se giró y me dio la espalda.

El pelo le llegaba casi hasta la cadera. Morgan era más delgada; Julieta, en cambio, tenía más carne y más curvas. La observé sin ser demasiado descarado y me armé de valor para proponerle algo que sabía que no sería bueno para ninguno. No *lo bagas*.

—Julieta —la llamé, pero no se dio la vuelta. Estaba apretando unos botones de la caja de la que había sacado el tique.

Ya era hora de apagar todo y meter el dinero. Sabía que, aunque no se hubiera girado, me estaba escuchando, así que aproveché la oportunidad de no tener sus ojos fijos en los míos.

—Me gustaría volver a verte.

La vi tensarse. Dejó de apretar los botones y se quedó quieta. El lugar era perfecto para tenerla sobre mí, pero debía controlarme. Aún había asuntos que resolver. Las botellas que estaban delante de ella parecían gritarme que las tomara y que las vaciara sobre su piel suave y blanca. Las mesas se habían convertido en los mejores colchones de ambos pueblos. La única luz amarilla que estaba encendida en la barra iluminaba gran parte de su cuerpo.

Apretó un último botón, que se escuchó en todo el bar, y después una campanita tintineó en mis oídos. Se dio la vuelta y me miró con sus ojos grandes y llamativos. Sus labios parecían más apetecibles con cada minuto que pasaba. Estaba sufriendo como nunca.

—La caja está cerrada —dijo—. Saldrás tú primero. Cinco o diez minutos después, saldré yo. Cerraré y fingiré haber encontrado el cuerpo. Hablaré con la policía y les daré aviso. Seguramente me retendrán hasta mañana para que declare y me soltarán cuando ya haya salido el sol. Entonces, te veré en el parque del pueblo, si te parece bien.

Ardiente, inteligente, guapa. Tenía toda mi atención.

Aléjate.

—Perfecto, allí nos vemos. —Doblé el papel, metí la mano en el bolsillo delantero y saqué la cartera. Pagué lo que debía y la volví a

mirar antes de guardarme el papel, que era mi prueba. Acto seguido, me levanté del taburete y guardé la cartera. Me di media vuelta para dirigirme a la salida. Me apretaban tanto los pantalones que me dolía la entrepierna—. Te estaré esperando con mucha ansia. Y creo que me he equivocado, ya tienes a tu *Romeo*.

Ella se rio detrás de mí.

—¡Pff!

Me arrepentí de no hacer nada, pero ella merecía más. No quería acelerar las cosas. Me habría resultado muy sencillo pasar a la parte interior de la barra y besarla, pero no deseaba eso. Quería otra cosa de ella y sabía qué era: ansiaba hacerla feliz, porque me gustaba verla sonreír; me gustaba cuando ese pequeño lunar se movía al elevarse sus comisuras. Sentí una presión en el pecho y un latigazo en el estómago. *Julieta*. Ella no merecía ser alguien con la que pasar la noche. Era algo más, y mi corazón me lo gritaba.

Abrí la puerta y, sin volver la mirada atrás, caminé hasta el coche, esperando que amaneciera lo antes posible. Cuando salí, la calle seguía oscura y vacía; nadie se había percatado de lo que había sucedido en el callejón. Me asombraba que Julieta, a sus dieciséis años, casi diecisiete, se hubiera comportado con tanta tranquilidad al matar a aquel hombre frente a ella, pero también comprendía que su vida giraba en torno a la muerte y el peligro. No sabía cuánto llevaba trabajando en el bar y tampoco sabía si era su único empleo ni si seguía estudiando, pero tenía unas ganas inmensas de averiguarlo.

Por supuesto, también quería saber si tenía familia y, para ser más específico, una gemela.

Estuve dando vueltas por las calles con el coche, buscando un motel para darme una ducha rápida. No podía volver a casa, porque me llevaría bastante tiempo, y yo nunca era impuntual.

Siempre procuraba estar diez o quince minutos antes de la hora acordada. Hacer un viaje hasta Noxpoint me retrasaría hasta dos horas, por lo que mi mejor opción era un motel. De todos modos, no dormiría. Me sentía ansioso hasta cuando aceleraba para tratar de

alejarse la adrenalina que me consumía. Mi pie iba de arriba abajo, pisando el pedal que me llevaba por los barrios de Noxville en busca de algo de agua y jabón.

Al girar a la derecha, me encontré con una luz rosa neón que anunciaba un motel. No parecía descuidado, estaba en una buena zona y, por lo visto, tenía un aparcamiento gratuito. Era un edificio color café con dos comercios a los lados que seguían cerrados por ser de madrugada. No era grande. Tenía cinco plantas con dos ventanas verticales en cada una. Eran pequeñas y no tenían cortinas, pero contaban con cristales oscuros, que no permitían ver nada desde el exterior. Aparqué y entré por la puerta que daba al *parking*. En la recepción había un hombre grande de unos treinta y cinco años, con tatuajes en los brazos que parecían estar llenos de grasa en lugar de músculo. Llevaba la cabeza rapada, cosa que no me gustó. Me fijé en la barra donde estaba apoyado: había tarjetas de mujeres de compañía junto a un jarrón lleno de condones.

—¿Solo hoy?

—Sí.

Se dio la vuelta y tecleó algo en el ordenador sin mucho esmero. Estaba fumando un cigarro que desprendía mucho humo con olor a marihuana. Se volvió a girar sin mirarme y oí el tintineo de unas llaves justo al otro lado de donde yo estaba apoyado.

—Son veinticinco dólares.

Le di el dinero sin abrir demasiado la cartera. Me había gastado la paga de Steve en tan solo una noche.

—Es necesario registrarse, solo por seguridad.

Asentí sin mostrar mucho interés. Saqué el teléfono y verifiqué la hora para apuntarla en el registro. La pluma estaba pegajosa. No me quise imaginar el porqué. Acabé de anotar los datos necesarios y le devolví la tabla. Me dio un llavero con la silueta de una mujer con curvas por todos lados y el cambio.

—No tenemos ascensor. La habitación está en el segundo piso. Todas están numeradas. Si necesitas cualquier cosa, puedes llamar a recepción y te atenderemos. —Las palabras sonaban huecas y,

más que una muestra amable por parte del motel, parecía una ligera amenaza que indicaba totalmente lo contrario—. Bienvenido. Disfruta de la estancia.

Se lo agradecí y, antes de ir a la habitación, tomé un caramelo que había en una pequeña pecera. El papel olía a comida de pescado, pero aun así me lo metí en la boca y tiré el pegajoso envoltorio a la basura. El pequeño círculo sabía a naranja.

Subí las escaleras hasta llegar al piso que se me había asignado. Luego, busqué mi habitación. No me resultó difícil encontrarla. Al entrar, vi una cama individual con sábanas color crema y sin edredón. Frente a un duro sofá había una televisión pequeña con una gran antena y miles de cables. Una puerta me llevó a un baño con una ducha sin protección y sin cortina y un armario abierto. Me senté en la cama. Junto a ella había una mesita de noche con una lámpara que no funcionaba. No había cuadros pintorescos ni alfombras relucientes. Ni siquiera había una cafetera ni botellas de agua de cortesía.

Era un asco.

No encendí la televisión. Fui directo a la ducha y abrí el mando, oxidado y lleno de moho. No esperaba que el baño se llenara de vapor, pues las duchas calientes no eran lo mío. Además, el agua fría me vendría bien para la borrachera, que todavía hacía que la cabeza me diera vueltas. Me desvestí y me metí de golpe. Resoplé y apreté los dientes al sentir el frío sobre mi piel, que seguía caliente por la adrenalina. El agua estaba helada, pero no me importó. Relajé la espalda y tensé el estómago al sentir las gotas frías, pero poco a poco me fui acostumbrando.

Por suerte, había una barra de jabón con olor a trigo con una envoltura transparente, lo que me hizo confiar en que nadie más la había utilizado. Estaba seco y en perfecto estado. Me serviría para lavarme, sobre todo la cara, donde ya notaba las células muertas y la piel grasosa.



A las 8:30 de la mañana, salí del motel en dirección al único parque de Noxville. Afortunadamente, el pueblo no era muy grande.

Noxville vivía de los bares y las apuestas que se llevaban a cabo en los casinos. De ahí salía el dinero para el pueblo y, por supuesto, de ahí se abastecían la mayoría de sus familias. La gente de los pueblos vecinos venía aquí solo para divertirse.

A las 8:48, ya estaba dando vueltas por la calle principal, donde una pendiente dejaba ver cientos de árboles verdes y frondosos. Estaba amaneciendo y los diminutos rayos de sol asomaban en el cielo, por encima de las montañas que ocultaban el pueblo. Con el horario de invierno, las mañanas eran más oscuras, sobre todo en época de lluvias.

Esperaba verla en cuanto la luz saliera. La comisaría estaba en el centro, frente a mí. Unos segundos después, decidí dar la vuelta y aparcar fuera de la vista de los policías.

Julieta salió con paso rápido a las 8:57 de la mañana. Sus piernas largas y delgadas corrieron por las calles todavía oscuras cuando vio mi coche. Le abrí la puerta desde dentro y la saludé con un movimiento de cabeza. Metió una pierna y la falda se abrió ligeramente. Estaba temblando de frío.

—Hueles a trigo —dijo después de cerrar con delicadeza la puerta del copiloto.

Tenía unas grandes ojeras debajo de los ojos. El rímel se le había corrido y el pintalabios rojo había desaparecido casi por completo. Se veía más limpia, pero más cansada.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunté, metiendo la llave en el contacto para arrancar el coche. Tenía los dedos helados.

Le temblaron los labios, pero sonrió.

—Bien. Se lo han creído todo. Sospechan que fue una pelea. Además, no hay ningún arma de fuego involucrada, por lo que creen que fue un vagabundo loco que quería robarle el dinero. No debes preocuparte.

Me reí con sarcasmo.

—No, por supuesto que no.

Aceleré en cuanto el motor rugió. De reojo, vi que se ponía el cinturón de seguridad y me miraba directamente, con el rostro ladeado.

Se giró hacia mí.

—¿Dónde vas a llevarme?

—¿Cómo? —pregunté, confundido.

—¿Dónde vas a llevarme? —repitió con voz juguetona—. Si me has pedido verme otra vez, supongo que habrás pensado dónde llevarme. Me tienes que recompensar por todo lo que he hecho por ti.

—No conozco mucho de este pueblo, pero te recompensaré —dije, excusándome.

Se giró y se acomodó en el asiento, decepcionada.

—Lo siento —me disculpé—. Tengo que volver a Noxpoint. Deben de estar preocupados. ¿Quieres que te lleve a casa?

Ella asintió.

—También deben de estar preocupados por ti. ¿Tienes familia?

Chasqueó la lengua y miró por la ventana.

—Sí. Tengo a mi madre.

—Ah. ¿Y tu padre?

—Murió cuando era pequeña.

—Vaya, lo siento —dije, apenado.

—Sí, yo también. Todo habría sido diferente.

—¿Por qué?

Estaba llegando al final del parque y no sabía dónde vivía exactamente, así que iba lo más despacio que podía.

—Cuando llegues a la esquina, a unos treinta metros, gira a la izquierda y sigue recto hasta el final —me explicó—. Y sobre lo de mi padre, si no hubiera muerto, mi madre y yo tendríamos una vida mejor.

—¿Tienes hermanas? —La pregunta me salió de golpe.

Me miró con desconcierto.

—No, ninguna.

—Ah.

Giré a la izquierda y seguí recto.

—Vivo por aquí cerca. Gira a la derecha.

La calle estaba desierta, era demasiado temprano. Al ser un fin de semana, la gente debía de estar descansando, sobre todo en ese pueblo, donde las personas parecían vivir más de noche que de día. Era como un pueblo de vampiros. Las casas eran pequeñas, había unos cuantos edificios en mal estado y algunos descampados repletos de basura.

—¿Por qué querías verme? —me preguntó.

Me encogí de hombros en forma de respuesta, pero, aun así, respondí.

—Pareces muy interesante.

—Detente aquí.

Se desabrochó el cinturón y me volvió a mirar.

—¿Interesante? —Estaba sonriendo—. ¿Por qué?

—Porque eres muy guapa y muy inteligente. Creo... —Me detuve, pero el alcohol volvió a hacer efecto y me sentí perdido—. Creo que me gustas. Me llamas mucho la atención y me gusta mucho tu sonrisa. Creo que anoche fue la mejor noche de mi vida, y todo gracias a ti. Tienes razón en que debo agradecerte todo lo que has hecho.

Intensa. Así era su mirada.

—¿Quieres acostarte conmigo, Max?

—¿Qué? ¡No! —Apreté el volante.

No era eso lo que quería. Era demasiado joven.

Me sonrió.

—Ven, sube conmigo. —Se estiró y apoyó una mano en mi pierna derecha. Estaba caliente. Con la otra, paró el coche. Y se volvió a apartar.

—¿Y tu madre?

—¡No vamos a hacer nada malo! —Su pelo estaba ligeramente grasiento—. Tú te has dado una ducha, y creo que no es justo que yo esté así. Me ducharé y te daré tiempo para que pienses adónde me vas a llevar para recompensarme. No te escaparás tan

fácilmente. ¡Y será mejor que bajes ya, porque mi turno empieza a las siete!

—Julieta...

—Vamos, no pasará nada. Mi madre está arriba.

Vete. No lo hagas.

Con una ligera sonrisa, saqué la llave y bajé del coche. Ella también lo hizo y cerró la puerta con un portazo que me hizo saltar. Cruzó la calle y, unos segundos después, estábamos entrando en un edificio con las paredes llenas de humedades, grietas y grafitis.

Subimos un par de escaleras de hierro y me hizo entrar en la casa marcada con el número 8.

El apartamento estaba limpio y era bonito, pero muy pequeño. Casi podía jurar que era del tamaño de mi habitación.

Los colores que predominaban eran el rojo y el blanco. Tenía un sofá de piel de color rojo, los cojines eran blancos y había lámparas de porcelana del mismo color. Olía a incienso. El suelo estaba limpio y solo había dos puertas. Era acogedor.

—¿Dónde está tu madre? —pregunté—. Vamos a despertarla. Mejor me voy.

Apagó la única luz que iluminaba el lugar y la observé entre las sombras. Su silueta era más pronunciada, más bonita. Las curvas eran más visibles.

—¿Qué haces? —Sentí una presión en el pecho cuando la oí acercarse.

—Nada —dijo, pero sus movimientos no decían lo mismo.

Se acercó más a mí, hasta cerrar todo el espacio que había entre nosotros. Me rodeó el cuello con suavidad y me besó delicadamente. Fue fugaz, pero me provocó muchas sensaciones.

—Julieta... —Traté de apartarla, pero mi cuerpo quería que siguiera. Se me había acelerado el corazón.

—Te he mentado —me confesó con una sonrisa ensanchada, pegada a mis labios.

—¿Qué?

Luego, vino otro beso. Ese fue más profundo, y pude sentir su

lengua. Su sabor era delicioso.

—Mi madre no está aquí.

Sonreí y, de pronto, mis manos fueron hasta su cadera para levantarla en el aire. La escuché gruñir, pero no se quejó. En cambio, enroscó las piernas alrededor de mi cadera con fuerza. Se le había levantado la falda lo suficiente como para que le viera los muslos.

Tragué saliva.

—Es la mejor mentira que he escuchado en mi vida.

Le devolví el beso y la llevé hasta una de las dos puertas. Tenté a la suerte, ya que una puerta podía llevarme a su habitación y la otra, seguramente al baño. Aunque ambas me parecían buenas opciones.

La luz del exterior se filtraba por la puerta, y fue entonces cuando me percaté de dónde habíamos entrado. Estábamos en el baño.

Capítulo 12

Me levanté y abrí los ojos de golpe cuando una puerta chirrió. Oí los pasos tan cerca de mi rostro que ni siquiera me permití parpadear. La sangre se me había acumulado en las mejillas y sabía que estaba desnudo bajo las sábanas. Me asusté al no sentir ninguna prenda de ropa. Iba a tener serios problemas si era la madre de Julieta la que acababa de entrar. Estaba acabado. Ya me había salvado de una, pero no creía que pudiera salirme de esta también. Tener relaciones sexuales se estaba volviendo cada vez más peligroso.

Enredado en las sábanas blancas, pensé en una buena justificación para evitar la regañina de la madre de Julieta. Antes de que pudiera hablar, me atraganté con mi propia saliva.

—Puedo explicarlo...

Me sorprendí al ver que estaba en mi habitación cuando miré hacia la entrada. Las cortinas oscuras del gran ventanal estaban cerradas y no permitían que los finos rayos de sol, que apenas podían atravesar las nubes negras, iluminaran mi cueva maloliente. Mi ropa estaba tirada por el suelo, pero la habitación no estaba desordenada. El único problema era yo. Todo estaba en su lugar y, si no fuera por mi despreciable hedor, diría que el cuarto olía a naranja.

—No puedo creerlo, ¿otra vez bebiendo?

La voz me sorprendió. Era mi madre la que entraba con un cesto

de ropa sucia que había estado recolectando mientras pasaba por los pasillos y por las habitaciones. Esa mañana llevaba unos pantalones amarillos de tiro alto. Eran acampanados por la parte baja y se ataban con un cordón del mismo color. También vestía una despampanante camiseta de cuadros amarillos y blancos. Su voz me retumbaba en la cabeza y, cuando sus tacones resonaron en el suelo, sentí una punzada de dolor en la frente. Me masajeeé las sienes, tratando de aliviarlo. El alcohol seguía en mi sangre, y esperaba que desapareciera lo antes posible. Si no, me pondría de mal humor. Miré a mi alrededor, confuso, y me pasé las manos por la cara, ¿qué había sucedido el día anterior? ¿Cómo era posible que estuviera en casa? Y, sobre todo, ¿cómo había llegado?

Me senté en la cama, apoyándome en las sábanas, y bostecé más tranquilo al saber que la madre de Julieta no estaba cerca y que me encontraba en casa sano y salvo. Estaba desorientado. No comprendía qué había sucedido en las últimas horas. Solo recordaba haber besado los nudillos de Julieta para despedirme. No recordaba el camino de regreso, si había vuelto en mi coche o si Julieta me había mandado en un taxi o en autobús. La noche anterior parecía haber sido un sueño, algunos recuerdos estaban borrosos. Otros los recordaba con mayor claridad.

—¿Qué hora es? —pregunté frotándome los ojos.

Que mi madre entrara en mi habitación sin llamar para reñirme y correr las cortinas ya se estaba volviendo una costumbre.

—Son casi las ocho, Max.

Julieta empezaba su turno a las siete. Seguramente, a esa hora estaría bajando las sillas y limpiando las mesas para empezar otra larga noche que le dejaría más manchas oscuras en su pálido rostro. Quería volver y darle una sorpresa. Esta vez, sabía adónde la iba a llevar. Seguro que le encantaría. Le debía eso y más.

Pasar la noche y buena parte de la madrugada con ella había sido la mejor experiencia de mi vida. Era tan delicada que, con solo sostenerle las manos, le había dejado unas manchas rojas alrededor de las muñecas. Pero ella no se había quejado. Recordar

lo que había pasado me emocionaba como si todavía estuviera rozando su piel.

—¿Puedo llevarme la moto? —pregunté mientras mi madre corría las cortinas.

—¿Dónde vas a ir? Tu padre y yo estuvimos esperándote ayer para cenar. ¿Dónde estabas?

—Fui con mis amigos a Noxville.

Ella se giró de golpe.

—¡Noxville! ¿Qué hacías allí? —Parecía enfadada y un tanto sorprendida.

Iba perfectamente maquillada y las perlas resaltaban más que los otros accesorios que llevaba. Tenía el pelo recogido en un moño; seguramente iría al centro del pueblo a comprar.

—Conocí a una chica y hoy he quedado para verla.

—¿No vas a ir a trabajar?

—Quedaré con ella después de trabajar, no te preocupes.

—¿Qué pasa con Morgan?

Apreté la mandíbula y me tensé por un momento. Lancé las sábanas a un lado y me dispuse a salir de la cama para darme una ducha.

—Se ha ido, ¿no lo sabías?

—Sí, algo he escuchado.

Me estaba enfadando, pero no dejé que lo viera. Si se daba cuenta de que estaba bebiendo demasiado por Morgan, me castigaría sin el coche ni la moto, y estaba seguro de que hasta me quitaría el postre de la cena por comportarme como un lunático. Eso solo lo hacía cuando llegaba al límite. Me conocía mejor que mi padre y sabía cuándo estaba mal. A esas alturas, era probable que supiera que estaba muy afectado por lo de Morgan y que lo entendiera hasta cierto punto, pero no del todo.

—Me voy a duchar, ¿puedes...?

Refunfuñó y asintió.

—Oh, sí, por supuesto. Y ten cuidado cuando salgas, han encontrado otro cadáver. Parece que el asesino se mueve por otros

pueblos.

No entendía lo que quería decir.

—¿Cómo?

—¡Sí! Han encontrado a un hombre en Noxville, cerca de un bar. La policía cree que se debe a un robo o a una riña, no lo sé. En realidad, no me sorprende. ¡Ese pueblo solo llama a la muerte! La cosa es que hoy han averiguado que al pobre hombre le han puesto la misma estrella que a los otros muertos. Justo como a Rachel. Tu padre ya está en ello, pero la policía de Noxville suele ser más dura con los crímenes. Por eso te pido que tengas cuidado si piensas volver.

Sacudí la cabeza internamente, tratando de recordar algo. De pronto, miré los pantalones que estaban en el suelo y vi que de ellos sobresalía el paquete donde estaban guardadas las estrellas. Estaban ahí, a la vista de todos, queriendo sacar mi secreto a la luz. Me empezó a picar la garganta y fruncí el ceño. ¿Qué hacían las estrellas ahí?

—No te preocupes, mamá. —Traté de sonreír sin mostrar ninguna mueca que pudiera delatarme, pero había tartamudeado y me había sentido desvanecer. Las puntiagudas figuras empezaban a brillar con los rayos del sol, cada vez se volvían más llamativas y más brillantes..., o tal vez yo me estaba volviendo paranoico—. Estaré bien, no volverá a atacar. Ya lo ha hecho una vez, no puede hacerlo tan seguido, ¿verdad?

Arqueó una ceja y me tocó la frente.

—¿Estás bien? Te has puesto amarillo.

—Estoy bien. Solo quiero darme una ducha.

—Mejor. Dúchate rápido y ven a comer algo. Recuerda: una borrachera más y te despidas del coche. Esta ha sido la última vez, Max. No bromeo, ¿me has entendido?

—Sí, mamá. Adiós.

La saqué de la habitación a empujones y cerré de golpe. Me apoyé en la puerta y suspiré. Ahora lo recordaba: había vuelto al lugar del crimen durante los diez minutos que Julieta seguía dentro

del bar para acabar de preparar nuestra coartada. Antes de que levantasen el cuerpo, le puse la estrella en la frente. Todavía no lograba entender cómo lo había hecho. Le daba todo el crédito a la adrenalina. ¿Los policías se lo habrían dicho a Julieta? ¿Habría visto la estrella cuando fingió haberlo encontrado? Me estaba volviendo loco con esa pequeña distracción. Nadie se daría cuenta de que yo era el culpable, y mucho menos Julieta. Ella no podía saber que había sido yo el que había matado a Alan Warre y a Rachel Hill. Si se enteraba de que él también llevaba la estrella, estaría acabado. Sabría de inmediato que había sido yo. Por esa sencilla razón, debía permanecer cerca de ella. Esperaba que los policías de Noxville guardaran el secreto y, por lo que había dicho mi madre, sonaba más como una información interna que se les comunicaba a los jefes de policía. Mi padre era uno de ellos y seguro que se lo había contado a mi madre.

¿Cómo pude ser tan tonto para volver? Ahora se sumaba uno más a la lisa y, aunque estaba molesto conmigo por haberlo hecho, también estaba contento. Mi madre creía que el asesino se estaba desplazando; eso mantendría a las autoridades ocupadas investigando en el pueblo vecino. No me preocupaba. Muchos jóvenes y universitarios de Noxpoint pasaban los fines de semana en los bares de Noxville, así que no había nada que temer. Mi coartada me protegería.

Después de un baño con agua fría, me dispuse a ir a por la moto. A lo largo del día, no había visto a mi padre y suponía que también estaba involucrado en la investigación. Ambos pueblos debían colaborar para atrapar al culpable, si es que lo encontraban, y, a juzgar por mi criterio, no tenían ni la más remota idea de quién podía ser. Para ellos, cualquier persona era sospechosa. Estos casos no solían darse por aquí y, ahora que estaba sucediendo, tenían que hojear libros sobre los fundamentos básicos de criminología para saber lo que tenían que hacer y conocer a quién se estaban enfrentando. Debían actualizarse antes de que hubiera más muertes. La paz de los ciudadanos era esencial.

Esa noche fui a trabajar a la cafetería. A media noche, Dalton, el exnovio de Morgan, entró para pedir un café cargado. Ni siquiera recordaba la borrachera de hacía unas semanas, durante la que había dejado a Morgan vulnerable en la calle, donde yo los encontré. No se había disculpado ni me había pedido que guardara el secreto. El incidente con Keith había quedado en un robo en la habitación, y sus padres no quisieron seguir con ello porque solo se habían llevado el teléfono de su hijo menor. Aún no lo habían encontrado entre los arbustos del jardín.

El señor Steve me dejó marchar hacia las dos de la madrugada porque no le gustaba verme tan ansioso, como si quisiera que mi turno acabara lo antes posible.

No me negué y salí como un rayo. Me puse el casco negro y arranqué la moto. El motor rugió y aceleré sin esperar demasiado. Me dirigí hacia la carretera que me llevaría al otro pueblo. Me temblaban las manos.

Llegué a Noxville a las 2:45. Julieta salía a eso de las cinco o las seis. Realmente no lo sabía, pero quería estar ahí cuando lo hiciera. No entré, porque quería que se sorprendiera. Seguro que creía que lo que había sucedido solo había sido una aventura, pero estaba muy equivocada. No podía negar que me moría de ganas de verla y de sentir su calor. Solo quería tenerla en mis brazos y hacerla reír. Quería protegerla porque era buena; seguía siendo una niña inocente con unos ojos asustados que querían demostrar lo contrario.

Fue entonces cuando las luces del bar se apagaron. Enseguida vi salir a dos personas con botellas abrazadas al pecho que se apoyaban en las paredes para no caerse. Al cabo de unos segundos, una figura delgada apareció por la puerta y trató de cerrarla con dedos temblorosos. Desde lejos pude ver que llevaba un pantalón de mezclilla y una sudadera roja que le llegaba más abajo de los glúteos. Parecía que la prenda no era suya, pero lo ignoré. Le quedaba bien y eso era lo que importaba.

Me acerqué hasta la puerta del bar y cuando escuchó el sonido

de mis zapatos contra el suelo, se dio la vuelta. Para mi sorpresa, me estaba apuntando con una navaja.

Levanté las manos en el aire y le sonreí para calmarla.

—Eh, tranquila. Soy yo, Max, ¿me recuerdas?

Bajó el arma y enarcó una ceja.

Estaba claro que no me esperaba.

—¿Max? ¿Qué haces aquí?

—Quería darte una sorpresa. Aún estoy en deuda contigo. Esperaba que salieras conmigo esta madrugada. Hay algo que puede que te guste.

—Max, yo...

—¿Qué? —Arqueé una ceja—. ¿Va todo bien?

Sentí estaba despreciando mi gesto.

—Sí, es solo que no me lo esperaba. —Se sonrojó—. Pensé que no volvería a verte..., que solo había sido cosa de una noche. Yo... Me alegro mucho de verte, en serio.

Estaba asombrada y le brillaban los ojos.

—Genial, porque yo también me alegro de verte. Ven, acompáñame.

La moto estaba enfrente del bar, pero ella no se había percatado. Estaba mirándome con una sonrisa llena de emoción. Me tomó de la mano y sentí su calidez. Nunca me habían gustado tanto unos dedos tan finos.

—¿Dónde está tu coche? —me preguntó.

—En Noxpoint.

—¿Adónde me llevas, entonces?

—Vamos a dar un paseo.

—¿En qué? ¿A pie? ¡Estás loco!

Cruzamos la solitaria calle y se guardó las llaves en el bolsillo del pantalón sin soltarme. Olía a tabaco, aunque no fumaba; era de los cigarros que se fumaban en el bar.

—En esto.

Le señalé la moto y abrió los ojos de par en par.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Puedo conducirla?

—Haces muchas preguntas, Julieta. Súbete y ya. Está noche me toca pagarte la felicidad que me has hecho sentir durante todo el día.

Me dio un abrazo que no me esperaba. Tenía su pelo en la cara, sus manos enredadas alrededor de mi cuello y su cuerpo pegado al mío. Su olor me embriagaba. Los pulmones me dolieron al aguantar la respiración.

—Gracias, Max —me dijo al oído con la voz entrecortada—. En serio, gracias. Eres el mejor.

La aparté y me sonrió con sinceridad. Estaba feliz.

—Vamos. —Le di el otro casco que llevaba conmigo. Lo tomó con alegría y se lo puso en la cabeza, sin preocuparse por si se despeinaba.

Me encantaba lo natural y lo despreocupada que era. Morgan cuidaría hasta el último detalle. Probablemente habría rechazado mi oferta o se habría recogido el pelo con una mueca mientras dudaba si debía montarse o no.

Me estaba dando cuenta de que la odiaba.

Odiaba a Morgan.

—¿Adónde vamos? —Julieta me devolvió a la realidad.

Arranqué y ella dio un salto, montándose detrás de mí. Ni siquiera sentí el peso de su cuerpo. Era ligera.

—Eres horrible. Nunca dejas de preguntar.

Ella se rio y pasó las manos por mi cintura para sostenerse. Sus manos se juntaron en mi vientre y me acarició con delicadeza, con amor. Como nunca antes había experimentado. Me sentía querido. Julieta podía ser una chica delicada, tranquila y muy cariñosa, pero también una mujer sensual que hacía que te doliera todo el cuerpo con tan solo imaginarla.

—Nunca —me respondió con una risita.

Aceleré y ella se apretó contra mi cuerpo. El viento nos daba de cara, pero no me preocupé. Mi cuerpo era lo bastante grande como

para formar una barrera y evitar que se helara. Salimos de Noxville. A pesar de estar a dos horas de distancia, Julieta no conocía Noxpoint; siempre había estado atrapada en este lugar.

Afortunadamente, Noxpoint tenía un hermoso lago, las montañas eran grandes y los bosques estaban al norte. Esperaba que le gustara.

Bajé la velocidad y le hablé.

—¿Julieta?

—¿Mmm?

—¿Le tienes miedo a la velocidad?

La sentí sonreír.

—No. Contigo no.

—Entonces será mejor que te sujetes con fuerza.

No respondió, simplemente se agarró a mi cintura y sus piernas se aferraron al asiento. Aceleré y gritó de felicidad. Sin embargo, no había llegado al límite, así que giré el manillar y el motor rugió. Los árboles se quedaron atrás, y la línea amarilla se convirtió en nuestra única compañía. El viento me golpeaba el rostro y el frío me helaba los dedos. Pero no me detuve. Las curvas se acercaban y a Julieta le gustaba el peligro. Lo presentía.

La primera señal que indicaba que nos acercábamos a una curva nos puso los pelos de punta. Íbamos a una velocidad impresionante. La curva estaba a menos de veinte metros, así que giré a la izquierda y Julieta se tensó, lo sentí en su agarre. A nuestra derecha había un barranco por el que podíamos caer en cualquier momento.

Seguidamente, venía una curva a la derecha. La velocidad no me permitía frenar a tiempo, por lo que si algo se cruzaba en nuestro camino, tendríamos un accidente, pero ninguno quería parar. Las hojas de los árboles cayeron sobre nosotros como un manto verde. El casco se movió y supe que Julieta lo estaba mirando con emoción.

Una curva más y volvimos a la carretera recta, donde más árboles nos observaban. Seguí acelerando y, de pronto, sentí que

Julieta iba soltándose. Extendió los brazos y se dejó llevar. Luego se quitó el casco y se lo puso entre las piernas. Volvió a extender los brazos, cerró los ojos y sonrió con satisfacción. Un minuto después, comencé a desacelerar. Tenía que ponerse el casco de nuevo, no podía arriesgarse así durante todo el camino. Captó mi mensaje y se lo puso sin protestar. Se agarró a mí de nuevo.

—¿Te ha gustado? —le pregunté, tratando de ganarle al sonido del viento.

—Me ha encantado. Gracias.

—Y aún no ha terminado —le advertí.

—¿Podemos parar a por algo de comida antes de llegar a nuestro destino? Me muero de hambre.

—¿Hamburguesas? —sugerí.

—Perfecto.

Llegamos a una gasolinera donde había un puesto de comida rápida. El olor a grasa llegó hasta nosotros. La vi tragar saliva.

—Hemos llegado.

Paré la moto y nos bajamos. La aparqué en un lugar donde pudiera verla y estuviera segura porque, a pesar de ser de madrugada, no éramos los únicos en la gasolinera. Había dos coches repostando y tres hombres sentados en una mesa del pequeño e improvisado restaurante. Eran grandes, tenían el cabello blanco y no se molestaron en mirarnos, solo nos saludaron con la cabeza. Nos sentamos en una mesa de plástico con el logo de Coca-Cola. No sé qué me pasó, pero, antes de que se sentara, arrastré una silla para que lo hiciera sin esfuerzo.

Estaba sorprendida, y yo también.

Un hombre gordo y con bigote se acercó a nuestra mesa y nos dio una carta roja plastificada.

—Yo quiero una hamburguesa y una Pepsi —dijo ella.

—¿Patatas? —preguntó.

—Sí, sin mostaza.

Lo anotó y me miró, esperando a que le dijera lo que quería.

—Lo mismo que ella, por favor.

Asintió.

—¿Algo más?

—¿Julieta? ¿Quieres algo más?

—No, gracias. Eso es todo. —Volvió a sonreír.

El hombre se llevó las cartas y le dio la orden a la cocinera. Miré a Julieta y me sentí tan joven como ella, aunque solo fuera dos años mayor.

—¿Cómo ha ido en el trabajo? —le pregunté.

—Bien. Me gusta mucho.

Los refrescos llegaron acompañados de dos vasos de vidrio con hielo. Ella pidió que tiraran los suyos. En la mesa había un servilletero, dos botes de diferentes colores, uno blanco y uno amarillo, y un cenicero.

—Y... ¿solo eres cajera? —pregunté.

No quería incomodarla con la pregunta, pero la noche anterior me había dejado algo claro y me daba miedo conocer su respuesta, aunque quería saberla igualmente. Para disimular mi interés, me serví la Pepsi en el vaso. Los hielos hicieron contacto con el líquido y oí como la espuma subía a la superficie con un sonido relajante.

—No. —Se rio y sentí un pinchazo en el corazón—. También soy camarera.

Resoplé en mi interior, aliviado.

—Entonces, no eres..., ya sabes.

No podía decirlo.

—¡Claro que no! Estuve saliendo con un chico hace un año. Terminamos muy pronto. Creo que solo estaba con él porque quería experimentar.

—Ah.

Lin minutos después y gracias a la poca concurrencia de clientes, las hamburguesas y las patatas llegaron. Me sorprendió ver que Julieta se chupaba los dedos. No le daba vergüenza y a mí no me daba asco. Saboreaba su hamburguesa sin saber que me estaba provocando.

Me hacía desearla.

Quería abrazarla con todas mis fuerzas.

Ella intentó pagar, pero me negué. Seguro que era lo que había ganado ese día, y no podía permitirlo. Así que pagué y nos subimos de nuevo a la moto para ir al lago de Noxpoint. No había planeado la carrera en la carretera, ni tampoco la cena en la gasolinera, pero, sin duda, Julieta me estaba haciendo disfrutar de las noches. Me estaba haciendo olvidar a Morgan.

Ya no se parecían tanto.

Cuando atravesamos el letrero de bienvenida de Noxpoint, sus ojos reflejaron un brillo encantador. No dije nada y la llevé hasta el lugar más bonito del pueblo. Con la moto era más fácil acceder al lago. Había un estrecho camino que cruzaba la hierba alta y que permitía una mayor visibilidad.

Antes de llegar, me detuve frente a un gran árbol solitario que tendría unos cien años. Apoyé la moto en el tronco. Las ramas eran gruesas y nos podríamos cubrir bajo las hojas en caso de lluvia. El alcalde se preocupaba mucho por las zonas verdes, así que la hierba a su alrededor estaba cortada, lo que nos permitía tumbarnos en ella si queríamos observar las estrellas.

Me percaté de lo cursi que podía llegar a ser.

—¿Dónde estamos?

—Ven.

Le tomé la mano y la conduje hasta la orilla del lago, donde había un muelle.

—Es muy hermoso, ¿verdad?

—Sí. Todo es muy verde —contesté—. ¿Quieres ir al muelle? Nos podemos sentar ahí, o si prefieres nos quedamos aquí.

—Quiero sentarme aquí. Me gusta ver la luna reflejada. ¿Por qué haces esto?

Me encogí de hombros como respuesta. Ni siquiera yo sabía por qué lo hacía.

—¿Te gusto? —preguntó ella, curiosa.

—Creo que sí. Me atraes mucho.

—¿Es por lo de ayer?

—Te aseguro que no. —Negué y me metí las manos en los bolsillos—. Pero debo admitir que me encantó, y espero que se vuelva a repetir cuando estés lista. No quiero presionarte. Diría que fue un error haber cedido a tus encantos, pero no me arrepiento de nada. No lo cambiaría ni por un millón de dólares. Solo quiero disfrutar de tu compañía. Me gusta estar contigo.

Eres tan diferente y madura; siento que el tiempo pasa volando cuando estoy a tu lado, y espero que a ti también te pase lo mismo... ¿Es así?

—Me gustas mucho, Max. Desde el primer momento en que te vi. Yo... nunca pensé que te fijarías en mí. Creía que te gustaban las chicas guapas con aroma a frutas.

Me tensé y, por un momento, vi el rostro de Morgan frente a mí. Era ella, me estaba hablando, y su aroma a rosas había invadido el lugar. Me acerqué tan rápido que la asusté, le acaricié el rostro y se lo giré. El lunar seguía ahí. Ella no se movió. Había miedo en su rostro.

Apreté los ojos y me sacudí. Tensé la mandíbula y, antes de que pudiera preguntarme qué estaba sucediendo, la besé.

—No te haré daño, solo quería besarte.

—Lo sé.

—He traído algo.

Me di la vuelta y volví a la moto. Ella se abrazó. La había asustado y me odiaba por ello. No debería haber actuado así. Me froté el rostro y negué.

—Te odio, Morgan. Te odio con todas mis fuerzas.

Saqué una botella de vino del maletero y volví hasta donde estaba Julieta, que ya se había acostado sobre la hierba, mirando al cielo. Tenía las piernas flexionadas y estaba de lado. Cuando me vio, me sonrió.

—¿Vamos a beber?

—¿No bebes alcohol?

—No. Nunca.

—Oh, bueno. Entonces no lo haremos.

Se sentó, me arrebató la botella y me hizo una señal para que me sentara a su lado.

—Siempre hay una primera vez, ¿no?

—Julieta, no necesitas...

Le dio un trago.

—Estaré bien. Sé que no me harías daño.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nadie se había interesado tanto por mí. Y menos alguien como tú.

—¿Como yo?

—Sí, eres bueno. Y eso es lo que el mundo necesita: gente buena como tú que se preocupe por los demás. Te he visto, y eres amable con la gente, parece tener buenos amigos, y también sé que te han roto el corazón.

Resoplé.

—Eso es agua pasada.

—No sé si forma parte del pasado, Max. —Dejó la botella en la hierba y me miró a los ojos—. Pero quiero que solo me ames a mí..., si quieres.

Morgan. Pensé en ella por un instante y la sangre me hirvió. Ahora sabía que solo me había hecho daño y que por su culpa había cometido todos esos crímenes. Veía su sonrisa en Julieta y me di cuenta de que siempre había estado burlándose de mí. Fue ella la que me había corrompido el alma, a pesar de que yo solo intentaba protegerla. Le había dado lo mejor y lo peor de mí. Me había esforzado por tenerla cerca y solo había recibido su rechazo y su miedo. Le había entregado todo lo que tenía sin recibir nada a cambio. Solo angustia y terror. Todas las noches en vela y todas las lágrimas que había derramado no habían servido para nada.

Ese era el momento de decirle adiós para siempre. Se había ido y no era seguro que fuera a volver. Le había rogado que se quedara, pero su respuesta había sido definitiva. Ahora, tenía la oportunidad de dejar todo atrás y de acabar con los crímenes.

Merecía ser feliz.

—Quiero quererte, Julieta —respondí; el corazón me latía con fuerza—. Quiero amarte siempre. Lo haré. Sé que no será fácil, pero mereces que te quieran.

—No, Max. Tú mereces ser amado.

Capítulo 13

Habían pasado cuatro semanas y media desde que había conocido a Julieta. Pasaba a recogerla casi todas las noches después del trabajo. Le brillaban los ojos y siempre bailaba cuando salíamos. Era divertida y más gentil de lo que creía. Pasamos Nochebuena y Año Nuevo juntos, o al menos una parte, porque yo tuve que volver con mi familia para celebrar y agradecer las *buenas cosas* de ese año, mientras que ella se había ido a visitar a su madre, que estaba viviendo en México. Gran parte de su familia vivía allí, lo que explicaba que su nombre fuera Julieta y no *Juls*, que no le gustaba nada. Aunque su madre no era mexicana, sus tatarabuelos sí lo eran. Sus abuelos se habían mudado a Estados Unidos, y su abuelo era estadounidense, por eso ella no tenía rasgos hispánicos.

Sus días de descanso eran los martes y los jueves si no había mucha clientela en el bar. En caso de que esto sucediera, alguien la llamaba al móvil. Tuve que vivirlo un jueves mientras estábamos acostados en su cama viendo una serie. Yo no era fan de ver la televisión, pero no estaba nada mal. Además, se había gastado el salario de un día comprando las temporadas completas, así que no podía decirle que no. Parecía estar disfrutando con la serie cuando lo oímos y tuvo que irse a trabajar. Creo que le respondí que no pasaba nada y añadí que debía cambiar de trabajo lo antes posible. No me gustaba verla agotada casi todo el tiempo, ni mucho menos

que todos los días se enfrentara a un posible peligro. Los hombres podíamos llegar a ser peligrosos cuando una mujer nos llamaba la atención. Y Julieta lo hacía con tan solo una sonrisa. A veces, solo nos veíamos para dormir juntos, y eso me agobiaba, porque quería conocerla más. Pero cuando llegaba, se dejaba caer sobre la cama, me ofrecía una sonrisa cansada y se quedaba dormida.

No había más.

Sabía que estaba agotada por el ruido y el ajetreo del bar, por estar yendo y trayendo vasos y cervezas en pesadas bandejas mientras la música resonaba en su cabeza. La entendía muy bien, porque yo también estaba agobiado y abatido. No había dejado el trabajo ni había abandonado el instituto, y por esa misma razón me veía obligado a dormir con ella. Cuando salía de la cafetería después del instituto, iba directo a Noxville, pasaba la noche en su apartamento, donde vivía sola, y cuando amanecía, volvía a Noxpoint. Mis padres casi no me veían en casa, pero al menos había cumplido con mi palabra de no beber.

Le pedí que se matriculase en mi instituto. Tenerla allí sería increíble, pero le parecía que estaba muy lejos de su casa y rechazó mi oferta. No le disgustaba la idea, pero sabía que no podía permitírselo. Le había dicho que vendiera su apartamento y que se viniera a vivir conmigo, pero se negó. Era lo único que tenía y no iba a abandonarlo por nada del mundo.

Estaba decepcionado. Quería que viviera en mi casa porque había espacio suficiente y sabía que mis padres no tendrían ningún problema con ella, pues no era una chica problemática y, además, estaba enamorado.

—Tengo que irme.

Se levantó y empezó a ponerse una camisa azul con botones. El sostén blanco me llamó la atención, pero no le dije nada. Puse los brazos debajo de mi cabeza, formando una almohada, y la miré caminar hacia el baño con paso lento. Seguía agotada. Creía que yo era el que estaba abusando de su energía. Nos habíamos acostado cinco veces las últimas tres semanas. Era suficiente para mí. Quiero

decir, me estaba dando demasiado.

Intentábamos conocernos durante el amanecer. Me había contado buena parte de su vida. Su padre había muerto en un accidente de coche y su madre era profesora, pero no en ese pueblo, y no sabía que Julieta trabajaba. Había estado sola desde los trece. Decía que era feliz viviendo así. De esa forma, tenía sus propios horarios y se organizaba mejor.

La entendía.

No la quería agobiar. Durante la madrugada, me había preguntado por la chica que me había roto el corazón, pero ya ni siquiera recordaba su nombre. Ahora, Julieta era la única a quien tenía en mente. Hacía tres semanas que era dueña de mi corazón. No sabía cómo había sucedido tan rápido. Era consciente de que podía ser el consuelo de que *ella* me hubiera dejado, pero también podía no ser así, pues cuando estábamos juntos, el tiempo se me pasaba volando, y su rostro se me aparecía en el de todas las mujeres con las que me cruzaba por la calle, en el instituto o en el trabajo, hasta que caía en la cuenta de que estaba en Noxville, a cientos de kilómetros de distancia o, al menos, así me lo parecía.

Me hacía sentir tranquilo y en paz. Podía respirar con calma. Me sentía como si fuera una persona nueva; ella me había cambiado. No quería tocar un arma, ni tenía sed de sangre. Tampoco sentía rencor ni resentimiento hacia nadie. Me desconocía por completo, pero me gustaba.

No habíamos hablado de la primera noche. Parecía haberse olvidado del asesinato. Nadie le había contado lo de la estrella; la policía había decidido mantenerlo en secreto de momento para que ambos pueblos estuvieran tranquilos, pero yo lo sabía porque mi padre no había dejado de mencionarlo durante las últimas veces que había cenado en casa.

—¿Vas a trabajar? —me preguntó cuando salió del baño con el cepillo de dientes en la boca.

Mi pecho desnudo estaba a la vista, y eso pareció gustarle, porque se subió a la cama y gateó hacia mí.

—¿Por qué no quieres ir a Noxpoint? —pregunté cuando la tuve cerca.

Tenía la boca llena de espuma de la pasta de dientes, pero no protesté. Me parecía bonita cuando hacía esas cosas. Era divertida y sinvergüenza.

Se sacó el cepillo de la boca y habló. Esperaba no poder entender lo que decía, pero, por suerte, tenía buena pronunciación.

—Creo que tus padres me van a rechazar.

Me dio un beso en la mejilla y me llegó el olor a menta. Me dejó un rastro de espuma en la cara, pero lo limpió con rapidez.

—No lo harán. Ven, les gustarás. Son buenas personas.

Dudó.

—¿Seguro?

—Seguro. A mí me encantas.

Me senté en la cama, la agarré de las mejillas para acercarla a mí y la besé.

Estaba contenta. Se había reído un poco, aunque no lo suficiente. Todavía había miedo en sus ojos. Sentía que se despreciaba por lo que hacía y por su edad, pero no tenía nada de malo. Trabajar en un bar no era un pecado y ella no parecía comprenderlo. Creía que se había visto influenciada por sus compañeros, y que había adoptado algunas de sus malas costumbres ahí.

—Bueno —respondió.

—¿Hoy? —pregunté con emoción contenida.

Llevaba cuatro semanas intentando persuadirla para que viniera a mi casa, pero siempre se asustaba cuando hablaba de ello. Se mostraba demasiado reservada con ese tema, creía que era demasiado compromiso para la relación.

—Está bien. Te veo a las seis.

Asentí. Le habían cambiado el turno a por la mañana, cosa que me gustaba más. Pero íbamos a estar agotados, teniendo en cuenta que nos habíamos pasado la mayor parte de la madrugada hablando sobre nuestros planes de futuro. Quería ser abogada, no

sabía por qué, pero le gustaba. Sabía que eso implicaba irse del pueblo, pero aún tenía tiempo. Había repetido un curso, ya que algunas asignaturas le costaban más que otras, y me ofrecí a ayudarla cuando lo necesitara.

Claro que nada era gratis.

—Perfecto. Estaré esperándote impaciente.

Se rio y asintió. Me dio otro beso, más rápido y suave. Se metió de nuevo el cepillo en la boca y volvió al baño. Llevaba unos pantalones holgados de algodón de color rosa.

—Te amo —murmuró.

Había salido de su boca sin más, sin darse cuenta de lo que sus palabras significaban para mí. Era la primera vez que me lo decía. Se me aceleró el corazón y, cuando iba a abrir la boca, algo sucedió en mi cabeza que solo me permitió sonreír. Ella ya se había encerrado en el baño. Oí la cadena, el agua corrió y la tapa cayó. Luego, el ruido del lavabo resonó por todo el apartamento y, finalmente, la puerta se volvió a abrir.

—A la seis —me dijo ya vestida con un pantalón de mezclilla y la camisa abrochada—. No habrá otra oportunidad.

—Lo sé.

Me lanzó un beso y se dio la vuelta.

—Cierra con llave, ya sabes dónde están. ¡Adiós!

Dicho esto, el apartamento se quedó en silencio. Me levanté de un salto y me di una ducha. Luego me quedé dormido, pero un dolor de cabeza me despertó. No habían pasado más de tres horas desde que se había ido, así que decidí limpiar para que, después de su visita a Noxpoint, pudiera descansar rodeada de un olor a limpio.

A las seis en punto estaba fuera del bar. El callejón parecía distinto a la luz del sol. Ahora se veían los contenedores de basura, los envoltorios de los bocadillos y las latas de cerveza esparcidas por todo el lugar. No sabía cuántas personas habían muerto ahí, pero, a juzgar por lo que me había contado Julieta, estaba seguro de que habían sido muchas.

—Hola —me saludó cuando se acercó.

Llevaba una gabardina verde y tenía las mejillas coloradas por el frío. Los últimos cinco días, las lluvias habían regresado y el frío se había intensificado. El lago había crecido y muchas calles estaban encharcadas, lo que alargaba mis jornadas laborales.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando advertí algo en su mirada.

—Creo que no.

—¿No?

—No —respondió seria.

—¿Por qué no?

—Lo he dejado —me dijo, subiéndose al coche cuando le abrí la puerta del copiloto.

Estaba temblando. No había sacado las manos de los bolsillos del pantalón y parecía que iba a desmayarse.

—¿Por qué?

Aunque ya había subido, me quedé apoyado en la puerta, esperando una contestación. Se me estaba congelando la cara. Parecía que iba a nevar pronto.

—No lo sé, solo le he dicho que renunciaba —dijo, y se encogió de hombros.

Tenía los ojos vacíos. Algo no iba bien. Parecía desinteresada y triste.

Cerré la puerta y rodeé el automóvil por la parte delantera. Durante un segundo, nuestras miradas se encontraron en el parabrisas. Trató de sonreír, pero falló. Los ojos la delataron cuando se le humedecieron. No sabía si estaba llorando o si se encontraba mal. Me sentí impotente. Cuando entré, se estaba frotando los brazos para darse calor.

—¿Cómo se lo han tomado? —pregunté para intentar seguir la conversación.

Tragó saliva antes de responder. Metí la llave en el contacto y el coche se encendió lentamente.

—Bien. Se han alegrado de que me haya ido. Seguro que contratarán a otra cajera hoy mismo. Eran buenos conmigo y siempre me decían que no era un buen trabajo para mí, aparte de

que están inspeccionando los bares y no quieren a menores trabajando en ellos. Les he hecho un favor. Creo.

—¿Y tú?

Me miró sin dejar de abrazarse. Tenía los labios ligeramente amoratados y se estaba poniendo más pálida. Preocupado, encendí la calefacción y ella dejó de tiritar.

Me estaba poniendo nervioso.

—¿Yo?

—Sí, ¿tú cómo te lo has tomado?

—Bien. Tenías razón, no es un trabajo sano para mí.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —preguntó, arqueando una ceja.

—¿Entonces qué te pasa?

Soltó una risita.

—Nada. ¿A qué te refieres?

Resoplé y la observé. Había nuevas manchas oscuras debajo de sus ojos, que parecían más pequeños. Estaba distinta a esa mañana. Había perdido brillo en el pelo y estaba reclinada en el asiento en silencio, mirándome sin prestarme mucha atención. Parecía que se iba a dormir.

—Es que... pareces enferma.

—Solo estoy cansada —contestó con brusquedad.

—¿Quieres ir a Noxpoint o lo dejamos para otro día?

Ella negó.

—La verdad es que tengo muchas ganas de conocer a tu familia.

Solté el pedal y avanzamos entre los charcos. No sabía cómo estaría la carretera, pero trataría de ir despacio. No había prisa.

Julieta ya no iba a trabajar más en ese lugar y teníamos tiempo. Yo le iba a pedir a Steve que me cambiara el día de descanso.

Se puso el cinturón de seguridad con mucho cuidado.

Tal vez debería llevarla a un hospital. Me estaba angustiando. Esa palidez no era normal en ella. Se le estaba poniendo la piel amarilla.

—Ellos son los que están ansiosos por conocerte.

No me respondió. Durante el camino, lo único que se escuchaba eran los limpiaparabrisas, que iban de un lado a otro para permitirme una mejor visión de la carretera, la cual, a esas alturas, estaba casi desierta.

Me desesperaba que no dijera nada, pero cuando intenté abrir otro tema de conversación, vi que se había quedado dormida. Tenía las manos sobre el estómago, abrazándose el vientre. Me fijé en que llevaba una tirita en el dedo gordo; seguro que se había cortado con un papel, le pasaba a menudo. Estaba apoyada sobre la puerta y parecía disfrutar de la siesta mientras las gotas golpeaban las ventanas. De pronto, sentí la necesidad de tocarla. Nunca la había visto tan tranquila e indefensa. Me empezó a doler la entrepierna y me atraganté. Solté una mano del volante, vacilante, y le acaricié la pierna, intentando no despertarla. Se removió en el asiento.

Me apretaban los pantalones.

Mis dedos querían ir más allá.

Su piel me llamaba a gritos.

Le apreté la pierna y ella se quejó. Frunció el ceño y los labios, pero no abrió los ojos. Se le había caído la capucha de la gabardina. Dudé entre seguir con lo que estaba haciendo o ponerle la capucha de pelo para que no pasara frío.

Ganó la segunda opción. No pude resistirme al verla acurrucarse en el respaldo para cubrirse el frío. Le puse la capucha, reduje la velocidad y volví a poner la mano en el volante.

La deseaba.

Pero estaba tan cansada que seguro que me rechazaría.

Cuando llegamos a mi casa, seguía dormida, así que tuve que darle una pequeña sacudida para despertarla.

—Hemos llegado —le anuncié—. Bienvenida.

Se frotó los párpados y miró al frente. Abrió los ojos como platos y me miró con una sonrisa tímida.

—¿Esto es real?

—¿Qué?

—Tu casa... ¿Vives aquí?

—Sí —confirmé—. Y ahora es tuya también. Puedes venir cuando quieras. Cuanto antes, mejor. Yo encantado.

—Genial. —La sorpresa en su voz fue evidente—. Es muy bonita... y grande. Quiero verla por dentro. Seguro que es todavía más grande de lo que parece. ¿Tenéis piscina?

—Sí, aunque ahora está cerrada. El agua está llena de hojas debido al viento. Pero en cuanto lleguen las vacaciones verano, la volveremos a abrir. Seguro que estás genial en bañador.

—Supongo. —Movía los ojos con rapidez, tratando de captar todo lo que fuera posible—. ¿También tenéis una biblioteca?

—Es pequeña, pero te gustará. ¿Quieres entrar o prefieres quedarte fuera, imaginando lo que puede haber?

Se quitó el cinturón.

—Bien. Vamos.

Cogió aire.

—¿Estoy bien?

—Estás preciosa.

Se sonrojó. La puerta se abrió cuando llamé al timbre, y mi madre apareció con una sonrisa en el rostro que se desvaneció enseguida. Julieta se tensó.

—¿Morgan? —preguntó, pero Julieta no dijo nada, sino que se limitó a mirarme, a la espera de una explicación.

Había olvidado advertirla del gran parecido que tenían. Hacía mucho tiempo que no escuchaba ni mencionaba ese nombre.

—Mamá, ella es Julieta —corregí.

Me pareció que tensaba la mandíbula sin darme cuenta.

—Oh, lo siento —respondió. Luego sonrió y le dio una calurosa bienvenida—. Julieta, por supuesto que sí. Discúlpame, me he acordado de alguien y me he equivocado de nombre. Pero sé quién eres. Max nos ha hablado mucho de ti. Estamos encantados de conocerte. Mi esposo llegará en unos minutos, pero pasad, ¡hace un frío terrible!

Empujé con suavidad a Julieta por la espalda para que entrara. Me miró confusa. Disimuladamente, le indiqué que fuera amable.

Ella asintió.

—Yo soy la madre de Max —dijo con una sonrisa.

—Ella es mi novia.

Julieta se sobresaltó al oírme. Nunca la había llamado así, pero ese era el momento perfecto.

—Yo... —Estaba nerviosa, podía sentirlo—. Soy Julieta, vivo en Noxville. Y también estoy encantada de estar aquí.

Quise reírme, porque parecía un robot al hablar. Se tenía que relajar.

—Cuando era joven iba de fiesta a Noxville, pero eso fue hace casi un siglo —bromeó mi madre.

—Usted es muy joven, señora Russell. No creo que haya pasado mucho desde la última vez que fue. A veces, puede ser muy divertido. —Ahora sonaba más segura.

—¡Oh, casi lo olvido! ¿Quieres chocolate caliente? Lo he preparado yo misma —le ofreció con tono animado. Debió de percatarse de que Julieta no había sacado las manos de los bolsillos de la gabardina, así que la señaló con amabilidad—. Dame tu chaqueta, la colgaremos aquí. No te preocupes, dentro no hace tanto frío.

Ella dudó, pero cedió. Se la desabrochó sin dejar de observar la casa, y mi madre le ayudó a quitársela. La colgó cerca de la puerta y nos miró.

—De verdad que estamos encantados de tenerte aquí. Me gusta que haya otra mujer en casa. A veces, los hombres son tan testarudos y agobiantes. Voy a traeros un chocolate a cada uno para que entréis en calor.

—Muchas gracias, no hace falta que se moleste...

—¡Oh, no, no! No es molestia. Siéntete como en casa, cariño.

Dicho eso, se dio la vuelta y fue a la cocina.

—Ven, vamos a sentarnos.

La llevé hasta el salón, y se sorprendió al ver los sillones. Le gustaba el color de la casa y las escaleras blancas que estaban detrás de nosotros. Lo observaba todo con detenimiento; sus ojos

iban y venían. Nunca me había sentido tan feliz de estar en casa y de tenerla junto a mí. No quería que acabara.

—Qué bonita —dijo por fin—. Es cierto que es más grande por dentro. Tu madre ha sido muy amable, no quiero abusar de su hospitalidad, Max.

—No lo haces, solo va a traer chocolate. No es nada.

Asintió. Estaba recuperando el color.

—¿Quién es Morgan? —Su pregunta me tomó por sorpresa.

—¿Quién? —Fingí no haberla escuchado y, para ocultar mi nerviosismo, encendí la televisión.

El partido de fútbol resonó en toda la sala. Su rostro estaba totalmente iluminado por pantalla.

—Morgan. —Pronunció el nombre que tanto dolor me provocaba—. ¿Quién es? ¿Es esa chica?

—¿Qué chica?

—No te hagas el tonto. La que te rompió el corazón.

Solté el mando y la miré.

—Escucha, Julieta. —Me miraba con miedo en los ojos. Temía perderme, y me hacía sentir amado y valioso—. Forma parte de mi pasado. Tú lo eres todo para mí. Morgan ya no significa nada. Ya la he olvidado. Estoy feliz que se haya ido, porque nunca había sido tan feliz como lo soy contigo. Y eso debes tenerlo bien claro; no tengo ojos ni corazón para nadie más. Estos días me has enseñado cosas valiosas, como tu inocencia. Me gusta responder a todas tus dudas, me gusta tocar tu piel y sentirte bajo mi cuerpo. Me provocas muchas sensaciones. Y a veces lo logras con tan solo una sonrisa. ¿Crees que ella me sigue importando después de todo esto? Por supuesto que no. He aprendido la lección y contigo me siento en paz y relajado. Me das la calma que necesito. Tú me quieres, ¿verdad?

Ella asintió.

—Sí. Como a nadie, te quiero mucho.

—Pues yo también —le correspondí.

—¿Qué? ¿Tú qué? —Le brillaron los ojos con alegría.

—Yo también te quiero, Julieta.

Cuando me acerqué para darle un beso, el olor a rosas me invadió.

Capítulo 14

Antes de que pudiera darle otro beso, se oyó como la puerta principal se abría, obligándome a poner distancia entre los dos. Oímos unos pasos pesados y, después, la cabeza de mi padre se asomó. Cuando levantó el rostro, vi que el dolor y las horas de insomnio le habían provocado unas manchas oscuras debajo de los ojos y un color de piel que cada vez era más pálido. En cuanto entró, descansó los hombros como si hubiera estado cargando un misil durante su jornada y nos miró con curiosidad. Se acercó a nosotros.

Me aclaré la garganta y supe que era el momento de anunciar mi noviazgo.

—Papá, ella es Julieta —dije sin levantarme del sofá, remarcando su nombre para que no la confundiera como había hecho mi madre.

En el momento en que sus ojos se toparon con los de ella, vi la sorpresa reflejada en ellos. También creía que era Morgan.

Sin embargo, no preguntó nada más ni frunció el ceño. Más bien, parecía estar analizando las diferencias que había entre ambas.

—Hola, Julieta. —Le sonrió y asintió con la cabeza. Tenía gotas de lluvia por toda la ropa; parecía que había empezado a llover —. Me han dicho que hoy venía una chica, pero no imaginaba que fueras tan joven. Max nos ha hablado mucho de ti. Me alegra tenerte por aquí, siéntete bienvenida.

—Gracias —respondió Julieta en voz baja y con una sonrisa de agradecimiento.

La timidez se estaba apoderando de ella; nunca la había visto así, pero me gustaba. Sabía que pensaba que mis padres no la aprobarían, pero estaban siendo muy amables. La habían aceptado, aunque me incomodaba que la confundieran con *ella*.

Mi padre se quitó la chaqueta del uniforme y la colgó junto a la gabardina de Julieta. Se sacudió las gotas y, finalmente, dejó las llaves del coche en un pequeño gancho que él mismo había instalado. Después entró en el salón y se sentó en uno de los sillones. Parecía intrigado por el rostro de Julieta y fascinado por saber que podía haber dos chicas prácticamente iguales.

—He oído que eres del pueblo vecino, Noxville, ¿es cierto? —le preguntó.

—Sí, siempre he vivido ahí.

—¿Y qué tal se vive? —Ella se movió nerviosa en el sofá, pero siguió con la conversación.

—Pues no es muy tranquilo. Casi siempre hay fiestas y los borrachos abundan. No es como Noxpoint. Además, allí no hay universidad, por lo que uno tiene que abandonarlo tarde o temprano. Y eso es mejor que vivir siempre bajo las luces de colores.

—Es cierto, Noxpoint es más tranquilo y, en comparación con tu pueblo, su gente no puede dejarlo con tanta facilidad. Tarde o temprano, el pueblo te vuelve a arrastrar hacia él.

Mi padre me miró como si supiera de lo que hablaba, así que le seguí la corriente. Me acomodé en el asiento y asentí.

—Es nuestro lema —dije—. Es como todos los pueblos: nunca puedes alejarte demasiado. La mayoría de las personas que lo han intentado han acabado volviendo.

—Claro que sí —afirmó mi padre con una sonrisa débil—. Eso siempre y cuando tengas algo que deber.

—¡Oh! ¡Qué bien que has llegado! —La voz de mi madre nos interrumpió.

En la bandeja de plata que traía en sus manos había cuatro

tazas de porcelana, cuatro platos pequeños, un frasco de azúcar y cinco cucharillas, más la tetera rosa pálido llena de chocolate.

Mi madre parecía ser la más animada de la casa. Mi padre estaba cansado y solo hablaba cuando quería hacerlo; Julieta estaba nerviosa, y yo, ansioso por llevarla a mi habitación para que pudiera descansar.

Mi madre dejó la bandeja en la mesa y se sentó con mi padre en el sofá paralelo al nuestro.

Morgan nunca había estado en casa para cenar; cuando venía era para hacer trabajos escolares o para ayudarme con alguna materia que no entendía. Le gustaba que mi madre estuviera en el comité de la única parroquia del pueblo y que ayudara a los niños que vivían en los suburbios, porque, aunque Noxpoint fuera pequeño, los había.

—He pensado que estarías de camino, así que te he preparado una taza, ¿te apetece?

—Por supuesto. Con este tiempo, lo único que quiero es calentarme. Estos días han sido muy pesados y se supone que deberían ser los más tranquilos —se quejó, sacudiéndose el cabello.

Arqueé una ceja y oí a mi madre llenar las tazas. El vapor se extendió enseguida, llenando el lugar con olor a chocolate.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Ese criminal... —dijo, tomando una taza que ya estaba llena. Le temblaron los dedos—. Lo ha vuelto a hacer. Creí que pararía, pero ahora ha sido en Noxville. Debes tener mucho cuidado, Julieta, se está moviendo por los pueblos y seguro que vuelve a atacar. Ya sabemos cómo identificarlo, él hace esto de...

Las estrellas.

Julieta no podía enterarse de la estrella, porque podría darse cuenta de quién era yo de verdad. Y eso sería muy malo. Podía aceptar que la hubiera defendido de aquel hombre, pero estar implicado en más asesinatos podría cambiarlo todo. Abrí los ojos como platos y di un salto, asustando a mi madre. Le temblaron las piernas y las manos se movieron al compás, soltando la taza que

tenía entre sus dedos, que se partió en mil pedazos. Julieta se apartó para que no le cayera encima.

—¡Dios! —lo interrumpí de golpe, levantándome del sofá—. ¡Qué tonto! ¿Estás bien, mamá?

Me miraron fijamente.

—Lo siento, solo quería ayudarte...

—Oh —dijo ella, apenada—. Está bien, cariño. Ha sido un accidente.

—Iré a por el recogedor.

En un instante, limpié el estropicio y volví al salón, sintiéndome culpable, pero feliz porque mi padre no hubiera podido mencionar lo de las estrellas. Ninguno de ellos se había percatado de que mi intención era distraerlos. Estaba convencido de que ya no volvería a hablar del tema, porque solo le haría pensar de más, y a mi madre no le gustaba que se trajera el trabajo a casa.

—¿Por qué vives en Noxville? No creo que sea el lugar adecuado para ti. Es más, creo que tú coincides conmigo —comentó mi padre.

—¡Qué bien que lo menciones! —Todos los ojos volvieron a posarse sobre mí—. Julieta vivirá aquí durante una temporada y empezará el curso escolar en el instituto. Ha renunciado a su trabajo, y solo nos falta vuestra aprobación. No os podéis negar, porque es muy responsable, y la casa se presta para la ocasión. ¿Qué decís?

Hablé tan rápido que pillé a Julieta desprevenida. Se había tensado de nuevo y me miraba con los ojos muy abiertos, como indicándome que había sido una mala idea mencionarlo en la primera cita con mis padres, pero yo la ignoré, porque los conocía mejor. O eso creía porque, enseguida noté la inseguridad en sus expresiones.

—Max... —titubeó mi madre—. No sé si es lo más adecuado. ¿Qué piensa tu familia, Julieta?

—Oh... —Se puso seria—. Mi padre murió y mi madre es profesora en México. Yo vivo sola. Tengo un apartamento, que

seguro que puedo alquilar mientras esté aquí para pagarles por acogerme. De todas formas, no quiero causar molestias, así que no hay problema si no puedo quedarme. En realidad, puedo conseguir una habitación cerca. Toda ha sido idea de Max, y no quiero incomodarles.

Mi padre negó con la cabeza.

—¿Alquilar?

—Sí —respondió, tranquila—. Max dice que estaré más segura en Noxpoint, y creo que es cierto. Noxville no es un buen lugar para mí, pero como les digo, no quiero molestar. Puedo buscar otra casa.

—Julieta —empecé a decir—. No molestas a nadie. Deja de pensar en eso.

—Yo creo que lo del alquiler es buena idea. Podemos ayudarte a buscar un lugar cercano a nosotros —contestó mi madre, algo más tranquila.

Mi padre volvió a negar.

—Eso no será necesario, Max tiene razón. La casa es muy grande para que solo vivan en ella tres personas. Puedes quedarte el tiempo que sea necesario. Nunca está de más un poco de compañía. ¿Sois novios?

—Sí —respondí con rapidez—. Julieta es mi novia.

Mi madre estaba de pie con la tetera entre las manos, justo entre mi padre y yo, y sus ojos iban y venían cuando alguien hablaba. Estaba confusa, y la idea de que Julieta viviera en casa no le gustaba demasiado.

—¿No eres un poco mayor para ella?

Yo me reí.

—Mamá... —dije, alargando la palabra—. Tiene dos años menos que yo. No soy un desconocido, y ella tampoco. Nos conocemos bastante bien. Solo somos novios, y quiero que viva aquí para que pueda seguir estudiando. La llevaré y la traeré. Seguro que le consigo un trabajo en la cafetería. Prometo que no habrá ningún problema.

Mi madre dudó.

—No lo sé... Podría haber problemas legales, ¿no?

—Es cierto. Es menor de edad —convino mi padre.

Ninguno de los dos parecía negarse por completo a la propuesta. A mi padre le gustaría que yo estuviera distraído con la escuela y con Julieta, y a mi madre le ayudaría tener a alguien más en casa que no fuera un hombre. Podían ser buenas amigas, aunque todavía era demasiado pronto. Sin embargo, Julieta estaba siendo muy amable y respetuosa.

—Sé lo que hago. —Julieta alzó la voz—. Ele estado sola desde los trece. Sé tomar decisiones y realmente me gustaría vivir aquí.

—Está bien. —Mi padre le dio un pequeño sorbo a su chocolate y después sonrió—. Tienes mi aprobación.

—¡Patrick! —exclamó mi madre—. ¡Es una niña!

Él se mostró más sereno.

—Precisamente por eso. Es una niña y no puede vivir sola, sin protección y sin una familia que sepa adónde va y con quién. Tú más que nadie sabes que las cosas se han puesto muy turbias en ambos pueblos y que están yendo a peor. Necesitamos cuidarnos entre nosotros.

—No lo sé...

—Cariño, no lo hago por Max. Lo hago por Julieta y porque creo que no nos vendría mal su compañía.

—Me parece demasiado pronto.

Mi madre no iba a ceder tan rápido, así que tenía que pensar en algo que equilibrara la balanza. La propuesta repentina le había sorprendido, y estaba superando sus límites de dejar que un desconocido entrara en la casa donde había vivido los últimos veinte o veinticinco años de su vida.

—Bien, hagamos un trato —les propuse—. Prometo comportarme mejor mientras Julieta esté aquí. Yo también siento que debemos protegerla, mamá.

—De verdad que no quiero incomodar —interrumpió Julieta.

Le di un apretón en las manos para que nos dejara hablar a mi padre y a mí. Entre los dos podíamos convencerla. Miramos a mi

madre, que parecía preocupada. La tomé del brazo y le di una sacudida para que quitara esa cara de angustia.

—Vamos, mamá. —Intentó sonreír ante mi acto—. Será divertido. Solo tienes que decir que sí.

Aparté la mano, esperando que hubiera surtido efecto.

—Está bien —cedió con una sonrisa—. Puedes vivir aquí, pero con la condición de que sigas estudiando y, por supuesto, de que busques un trabajo.

—Lo haré —respondió Julieta con una sonrisa—. Muchas gracias.

De pronto, se oyó un trueno que nos asustó a los cuatro. Después, cientos de gotas golpearon las ventanas de la casa.

—Buena decisión —dijo mi padre.

—Tengo un plan —empecé a decir antes de que la conversación volviera a girar en torno a los crímenes. Ni siquiera había bebido de la taza que tenía entre las manos. Estaba demasiado atento a cualquier cosa que pudiera surgir y que me pudiera involucrar—. Está lloviendo, tenemos chocolate y en la cocina seguro que hay palomitas y algunos malvaviscos, ¿queréis ver una película?

—Suenan muy bien. —Mi padre dejó la taza en la mesa y sus huesos crujieron. Pero creo que será mejor que me vaya a descansar. Necesito un baño y dormir lo suficiente para ir a trabajar mañana.

Cuando se levantó, una fotografía que estaba en la mesa de centro se tambaleó por el golpe de sus rodillas y cayó al suelo, cerca de los pies de Julieta, que no tardó en agacharse y recogerla.

—Qué torpe. Ahora veo de dónde lo has sacado, Max —bromeó mi padre—. Le he dicho a tu madre que las fotografías deben estar en los estantes y no en las mesas de centro, pero nunca me hace caso.

—¡Patrick! —exclamó ella con un gesto de molestia—. ¡Y yo te he dicho que si las pongo ahí, nadie podrá verlas!

Julieta la levantó y frunció el ceño.

—¿Quién es? —preguntó, señalando al hombre que aparecía en

el papel.

Era mi abuelo. La fotografía estaba en blanco y negro. En ella, mi abuelo estaba joven y mostraba una amplia sonrisa. Parecía que llevaba el pelo teñido, pero no podía saberlo con certeza. Lo que lo caracterizaba era una cicatriz que tenía debajo de la ceja, de cuando se cayó de un árbol y una rama estuvo a punto de arrancarle el ojo. Llevaba unos pantalones cortos y una camisa de manga corta, y detrás de él estaba el lago de Noxpoint.

—Es mi abuelo —contesté.

—¿Vive en el pueblo vecino?

Mi padre se rio con amargura.

—No. Por supuesto que no.

—¿Vive aquí, entonces?

Sus preguntas me estaban desconcertando. Daba la impresión de estar demasiado interesada en él. Me removí en mi lugar y la miré. Parecía divertida.

—No, tampoco. —Mi madre también soltó una risita.

No les molestaba que hiciera esas preguntas, y mucho menos les ponía sentimentales. Yo sabía bastantes cosas sobre mi abuelo gracias a ellos, ya que no les importaba mencionar su nombre en nuestras conversaciones. Había quedado atrás y habíamos superado su partida.

—¿Por qué lo preguntas? —Traté de averiguar.

—Pues es que, si no vive aquí y no vive en Noxville, seguro que les sorprenderá muy pronto. Nos quedamos helados.

—¿De... qué hablas? —preguntó mi madre en voz baja.

—Espero no arruinar la sorpresa. —Se rio con inocencia. Las huellas de sus dedos se habían marcado en el cristal del marco. Lo dejó en la mesa con delicadeza y nos miró—. Le vi hace unos días en Noxville.

Se me paró el corazón. Miré a mis padres, que estaban igual de confusos que yo. Al ver que no articulaban palabra, lo hice yo.

—No, Julieta —le corregí con una risa nerviosa—. Creo que te has confundido.

—¡No! —Ella negó, segura de lo que estaba diciendo. Al parecer, no se había percatado de lo tensos que estaban mis padres, porque seguía sonriendo—. Te digo que lo he visto. Es él, claro que ahora está más viejo, pero sé que es él. Tiene una cicatriz debajo de la ceja y la barbilla dividida por una delgada línea, ¿no? No podría olvidar un rostro así.

—Julieta... —Traté de interrumpirla, pero no pude.

—¿He arruinado la sorpresa? —preguntó, dejando de sonreír y apretando los labios.

Mi padre se sentó lentamente mientras se frotaba la barbilla, pensativo.

—Es que debes de estar equivocada. —Mi madre parecía estar a punto de llorar—. El abuelo de Max murió cuando Patrick apenas tenía diecinueve años. Murió muy joven, casi a los treinta y nueve. ¿Cuántos años tendría el hombre que viste?

—Unos sesenta y tantos, pero estoy segura de que era él —reafirmó—. Sí, tal vez algo más viejo, y puede que me esté equivocando, pero estoy casi segura de que es él. ¡Ya lo sé! Recuerdo su nombre...

—¿Cuál era? —pregunté.

Cerró los ojos e intentó concentrarse. Movié las piernas en el suelo y chasqueó los dedos. Luego, abrió los ojos de golpe, como si ya tuviera la respuesta.

—Marcus, su nombre era Marcus. Lo recuerdo.

Mi padre se llevó las manos al rostro. Mi madre reprimió un grito, cubriéndose la boca. Entonces, Julieta supo que era él.

—No puede estar vivo —respondí—. Murió en un accidente con la abuela, ¿no? Miré a mis padres, incrédulo.

—Sí —respondió mi padre, conteniendo la respiración.

Estaba tenso y apenas se movía.

De pronto, sentí dolor en el pecho.

—Julieta —dijo mi madre—, siento mucho todo esto, pero estuve en el funeral y sé que Marcus está muerto. Te habrás topado con alguien que se le parece. No puede estar vivo. Me temo que te has

confundido. Patrick, tú lo viste. Estuvimos ahí, vimos como los cubrían de tierra. Los vimos en los ataúdes.

Él asintió.

—Lo sé. Sé que murieron. Debe de ser un error.

Julieta me miró, con la boca entreabierta, sin saber qué decir.

—Es cierto, Julieta ve a muchas personas en el bar, puede que se haya confundido —la justifiqué. Mi padre se estaba poniendo amarillo, y ella trató de asentir, pero se sentía culpable por lo que acababa de suceder—. Será mejor que vayáis a descansar. Julieta y yo veremos la película.

Mi madre asintió.

—Genial. —Mi madre le tendió la mano a mi padre—. Ven, vamos a descansar.

—Lo siento, Julieta. —Mi padre se disculpó, levantándose del sofá—. Me alegro de conocerte. Nos veremos por la mañana.

—Yo... —tartamudeó—. Sí, por supuesto.

Cuando ambos se fueron, ella me miró apenada. Tenía el rostro enrojecido y sus ojos estaban empezando a humedecerse, pero no había llorado aún.

—En serio, lo siento. No lo sabía.

—No te preocupes. Se les pasará.

Ella asintió. Yo me quedé con la duda de saber si ese hombre era mi abuelo. Mi padre y mi madre habían estado en el funeral, pero yo no. Así que, muy en el fondo, pensaba que decía la verdad y que aquel hombre estaba vivo, pero ¿por qué aparecería después de tanto tiempo? ¿Había fingido su muerte? ¿Por qué haría algo así? ¿Qué ocultaba?

Divagué, pensando en la posibilidad de que mi abuelo pudiera estar vivo. Me dolía el corazón de tan solo imaginarlo. No sabía mucho de él, nunca había escuchado su voz, y mucho menos sabía cómo era sentir uno de sus abrazos.

I 7.1 Mis padres me habían dado mucho cariño, pero siempre había necesitado de otra persona, y por eso tenía a Julieta, que me daba todo el cariño del mundo. Pero, ahora, saber que mi abuelo

podía estar vivo y cerca de Noxpoint me dejaba muchas cosas que pensar. Cuando vi la fotografía de reojo, sentí que me estaba mirando. Sentí que estaba cerca.

Lo presentía.

—¿Max? —Julieta me sacudió con suavidad—. Tu móvil está sonando.

—Sí, sí —respondí, saliendo de mi trance—. Un segundo.

Tomé el teléfono, que estaba en mi bolsillo delantero, y Julieta me miró para saber quién estaba llamando. Observé la pantalla del móvil y vi el nombre de Brad escrito con mayúsculas. En la fotografía estaba levantando el dedo corazón. ¿Qué querría?

Colgué y me encogí de hombros. Brad era mi mejor amigo, pero durante las últimas cinco o seis semanas había cambiado Noxpoint por Noxville. Seguro que solo me llamaba para pedirme un favor, lo cual significaba perder dinero o prestarle el coche, y ambas cosas eran malas para mí. Brad no tenía ni una pizca de decencia. La única vez que le había prestado el coche, me lo había devuelto con olor a alcohol y a tabaco.

Yo me podía comportar como un alcohólico cuando me lo proponía, pero mis cosas, y mi coche, se respetaban. Así que por eso había ignorado su llamada.

Pero él insistió. La pantalla se volvió a iluminar antes de que pudiera guardar el móvil.

Julieta arqueó una ceja.

—Seguro que es importante.

—Es Brad. Seguro que no lo es —respondí.

Colgué de nuevo, dispuesto a poner una película y a apagar las luces para acurrucarnos en el sofá con los cientos de cojines antiguos. Me levanté y la pantalla se iluminó de nuevo.

Julieta resopló.

—Bueno, puede que dos llamadas seguidas no sean importantes, pero tres, sí.

Sonrió, levanté el móvil y deslicé la línea verde.

—Brad —dije sin más—. ¿Qué pasa?

—Vaya, te he llamado porque esto es muy importante. —Había tanto ruido de fondo que tenía que hablar fuerte para que pudiera entender lo que decía. En su voz se notaba que estaba bebiendo—. Hay una fiesta en mi casa, y alcohol gratis. Tienes que venir, es la última antes de que empiece el instituto. De verdad, no puedes perderte esto. Desde las vacaciones no sabemos nada de ti.

—Bueno... Estoy bien.

—¡Vaya, hombre! ¡Creí que nos habías tachado de la lista de invitados de tu funeral! —bromeó.

Me reí.

—Solo quería alejarme de ti.

Se burló.

—Vamos, Max. —Sonaba ansioso—. Tienes que venir, ¡por los viejos tiempos, joder! ¡Eres mi amigo! ¿Cómo es posible que mi mejor amigo no esté en la mejor fiesta de mi vida?

Yo negué, mirando a Julieta.

—No puedo —dije, y caminé hasta donde mi madre guardaba los discos y las películas—. Estoy muy ocupado.

—¿Qué? —me gritó. Le habían subido el volumen a la música, y estaba seguro que Julieta podía oírlo desde el sofá—. ¡No te oigo! ¿Puedes hablar más fuerte? ¡Esto es increíble, deberías estar aquí! ¡Vamos!

—Brad. —Tomé una de las películas y se la mostré a Julieta, que asintió—. Mañana tengo que madrugar.

—¿Desde cuándo te importa eso? —preguntó.

—Oye —insistí—. En serio, no puedo ir. Lo siento.

—¡¿Qué?!

—No puedo ir, tengo que trabajar hasta las diez.

—¿Aquí a las diez? ¡Perfecto!

—¡No! —grité, negando con la cabeza—. ¡Tengo que estar allí a las seis!

—¡Muy bien, aquí a las diez!

—No, Brad, escúchame... —Pero antes de que pudiera volver a negarme, colgó.

Miré a Julieta.

—¿Te gustaría cambiar la película por una fiesta? —pregunté, dándome por vencido.

Capítulo 15

Oímos la música al girar por la calle donde vivía Brad. Había cientos de coches aparcados ocupando ambos lados de la carretera. No había ningún lugar disponible cerca de la casa o del jardín, así que dejé atrás la música, los gritos y el olor a cerveza e intenté aparcar en una calle paralela. La zona residencial en la que vivía Brad era segura, pero, al ver que mi coche podría sufrir algún daño por culpa de algún asistente, decidí dejarlo un poco más alejado.

Julieta se había maquillado, pintado los labios de rojo y recogido el pelo con una goma elástica; sus facciones se marcaban más. Vi a un par de mujeres pasar por el retrovisor; se estaban riendo. Sus vestidos eran demasiado cortos y sus piernas tiritaban por el frío. Me alegraba saber que Julieta se había puesto unos pantalones vaqueros y una blusa campesina de color blanco que dejaba ver sus hombros. Había insistido en que no quería llevar una chaqueta porque sabía que dentro haría mucho calor, y no le gustaba ir cargada. Ni siquiera había traído bolso.

—¿Segura que no prefieres que volvamos? —le pregunté antes de apagar el coche.

Ella negó y abrió la puerta.

—Es una fiesta, Max. ¿Qué puede pasar? —dijo con una pierna ya fuera—. Quiero conocer a tus amigos. Muy pronto iremos al mismo instituto y me gustaría ver el ambiente. Así que está bien.

—Genial, pero si te sientes incómoda, podemos irnos cuando quieras.

No me respondió; bajó y cerró la puerta. Yo solté un suspiro antes de apearme. No quería venir a la fiesta. A los eventos de Brad siempre asistía mucha gente y, para ser sincero, me molestaba bastante. A algunos no les sentaba demasiado bien el alcohol y, a la mínima que te cruzabas en su camino, estaban dispuestos a lanzarte un puñetazo. Quería dar marcha atrás y regresar a casa. Estaba incómodo por Julieta porque sabía que sería el centro de atención, y seguro que más de uno la confundiría con *ella*. Durante los últimos días, Julieta me había mostrado cosas que formaban parte de su infancia: desde cientos de juguetes hasta objetos más personales, como fotografías en las que se la veía muy feliz. En ellas se podía apreciar que quería mucho a su madre, y que ella le había dado la mejor vida posible. Una vida muy distinta a la de la joven que había abandonado el pueblo. Tomé a Julieta de la mano. Hubiera deseado llevar una chaqueta, pero había decidido hacer lo mismo que ella y dejarla en casa; tampoco quería cargar con la prenda toda la noche.

Cuando llegamos a la casa, vimos que la puerta estaba abierta y que había varias personas fumando en el jardín. Saludé a unos cuantos compañeros de clase y ellos miraron a Julieta con asombro.

Lo peor estaba por llegar. Me estaba poniendo nervioso y ella lo notó cuando temblé.

—¿Va todo bien?

—Sí —mentí.

Afortunadamente, no pudo preguntarme nada más, porque, al entrar, la música nos interrumpió. La casa de Brad estaba iluminada con luces de colores y olía a sudor y a cerveza. Había personas por todos lados, la mayoría de nuestra edad. No era una fiesta privada: si alguien quería venir, podía hacerlo sin problema.

Los sofás y la mesa estaban ocupados; había decenas de vasos vacíos en el suelo, y en el comedor, que estaba en el centro, también había platos desechables y una que otra lata de cerveza

aplastada. En el salón había varias parejas besándose y, aunque no estaban haciendo nada indebido, se notaba cómo sus cuerpos vibraban por el calor. Mientras caminábamos por la casa, empecé a pensar que la que iba a ser la mejor noche de mi vida se había convertido en la peor. Quería huir. Por más que intentaba relajarme, la tensión no desaparecía. Cerca de los sofás, vimos una mesa en la que había una docena de vasos rojos llenos de algo que no era cerveza. Negué internamente, tratando de calcular cuánto se habría gastado Brad. Conociéndolo, seguro que sería mucho y sin autorización.

Un grupo de personas estaba lanzando chicles de colores para ver de qué vaso les tocaba beber. Parecía que se estaban divirtiendo. Cuando uno de ellos dio en un vaso, todos los demás saltaron y gritaron. Pude distinguir el rostro de Dalton entre el resto. Sonreía y se acercaba entre aplausos a por su premio. Vi como se bebía todo el líquido de un solo trago mientras los demás le alentaban entre risas borrachas.

Una pelirroja se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, pero él intentó alejarse disimuladamente, sonriendo. Entonces, pareció sentir que alguien lo miraba y su rostro se ladeó, apuntando hacia mí. No sabía si me estaba poniendo una mueca o si de verdad estaba sonriendo. De todas formas, no parecía tener nada contra mí, así que le saludé con la cabeza y me di la vuelta para seguir caminando con Julieta, que se había detenido para mirar a su alrededor.

—Vamos a la cocina —le susurré al oído. Mi voz le provocó un escalofrío—. ¿Quieres algo de beber?

—Agua —respondió—. No bebo alcohol, ¿lo recuerdas?

—¿Ni conmigo? —pregunté, arrastrándola hacia la cocina.

Había estado muchas veces en la casa de Brad, así que la conocía bien, hasta el punto de saber dónde guardaba sus películas y revistas pornográficas, que, por cierto, no se molestaba mucho en ocultar.

—Ni contigo —respondió, segura.

Me reí y la llevé a la cocina, donde el ruido disminuyó. Por suerte, solo había tres personas demasiado ocupadas sirviéndose cerveza de un barril y bebiendo de más vasos de plástico. El suelo estaba hecho un desastre; había suciedad y, debido a las bebidas que se iban derramando, estaba pegajoso.

Me apoyé en la mesa de mármol donde la madre de Brad hacía sus zumos de naranja por la mañana y me crucé de piernas. No tenía muchas ganas de bailar y, aunque mi paladar estaba pidiendo a gritos un vaso de cerveza, debía aguantar un poco más. No quería parecer desesperado. Tenía que tranquilizarme y dejar de pensar en el liquido refrescante corriendo por mi garganta.

Julieta se apoyó en la barra de espaldas, tomó impulso y se sentó sobre ella, junto a mí. Le colgaban los pies, y parecía aburrida. No sabía si le gustaban las fiestas, pero su rostro me respondió por ella. Intenté acariciarle la mejilla para animarla y ella se rio ligeramente. Enseguida, se volvió a poner seria.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Solo estoy cansada —respondió, estirando los brazos. Después bostezó—. Pero todo va bien. ¿Por qué no bebes algo?

—Solo si tú bebes conmigo.

Ella suspiró.

—No bebo alcohol, Max.

—¿Por qué no?

—Soy menor de edad.

Yo me reí.

—Todos los que estamos aquí somos menores de edad.

—No —dijo, firme—. No me va a gustar. He tenido malas experiencias con el alcohol y sé que nunca trae nada bueno.

—¿Lo dices por mí?

Ella negó de inmediato.

—¡No, claro que no! Tú solo estabas dolido y con el corazón hecho pedazos.

Tuve que aguantarme las ganas de reprocharle que eso no era cierto. Me giré hacia otro lado y apreté la mandíbula, enfadado por

lo que había dicho. Luego volví mi rostro hacia ella.

—¿Has pensado cuándo traeremos tus cosas a casa?

—Pues realmente no. No pensé que tus padres dirían que sí.

—Bueno, ahora tenemos algo en que pensar. —Nuestras miradas estaban conectadas, pero ella seguía seria y con los ojos apagados, lo cual me hizo pensar en que sucedía algo más—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí.

—¿Quieres algo de beber?

—¿Te molesta si cambio de idea? —preguntó, arqueando una ceja.

—¿Sobre qué?

—Quiero una cerveza.

Me lo pensé, pero no demasiado.

—Claro que no me molesta.

Tomé dos vasos de plástico y, por primera vez en mi vida, le serví una cerveza a una chica. Los dejé a la mitad porque sabía que me la terminaría de un trago y quería beber lento. Si Julieta no bebía, tendría que cuidar de mí, y eso no era caballeroso, así que esperaría a otro día para beber a mi manera y no descuidar a la hermosa chica que iba conmigo.

—¡Mirad quién ha venido! —Una voz me hizo saltar cuando me estaba dando la vuelta con los vasos—. Mi querido amigo, Max.

—No podía perderme una fiesta de Brad, ¿no es cierto?

Iba vestido con una camisa de cuadros rojos y un pantalón azul marino que le quedaba bastante bien. Tenía los ojos completamente rojos. Brad era más grande que yo, era musculoso y todos se preguntaban por qué no formaba parte de ningún equipo de fútbol. A él le parecía una tontería, solo le gustaba ver los partidos. Si en algún momento llegaba a ser capitán de algún equipo, sus esfuerzos por marcharse de Noxpoint se verían frustrados. Me había confesado que quería irse desde que había cumplido los catorce, cuando su padre le puso la mano encima y le rompió dos costillas, lo que hizo que pasara una semana entera comiendo gelatina en el

hospital. Tenía entendido que ahora su padre estaba fuera del pueblo; era uno de los alcaldes y tenía que reunirse con las autoridades de otros pueblos, sobre todo para tratar los últimos asesinatos. Así que Brad había estado organizando estas fiestas durante los últimos dos años, es decir, desde que cumplió los dieciséis.

Le di un vaso a Julieta y Brad la miró antes de darme un abrazo, como era costumbre.

—¿Morgan? —preguntó, confuso.

El corazón me latió con fuerza y, antes de que pudiera hablar para aclarar la confusión, Julieta habló con una media sonrisa.

—No. —Pareció darse cuenta de lo que sucedía, pero no me miró. Creía que estaba molesta. Frunció los labios y trató de ser amable—. Soy Julieta, creo que me parezco bastante a esa chica, porque nos confunden mucho.

No me miró.

—Vaya. —Brad estaba asombrado—. Eres idéntica.

—Bueno —interrumpí—, dicen que hay alrededor de siete personas iguales a ti en el mundo, así que ya hemos encontrado a una doble de... Morgan. Pero no se parecen en nada. Y ya lo veréis; va a estudiar en nuestro instituto.

—¿En serio? —Brad me observó, contento con lo que le acababa de decir—. Eso suena genial, ¿vendrás con nosotros?

Le di un sorbo a la cerveza, pero cuando no contestó, me obligué a detenerme. Mi garganta se sintió aliviada tras el primer trago.

—No —respondí—. Ella es menor, estará en otro grupo.

—Ah —contestó Brad, volviendo a mirarla.

—¿Dónde está tu padre? —pregunté tratando de cambiar de tema.

—Ya sabes. —No apartó la mirada de Julieta. La estaba analizando con los ojos entrecerrados—. Está con esos alcaldes.

—¿Y cuándo vuelve?

Me miró.

—En un par de días. —Le dio un gran sorbo a su cerveza y

luego suspiró con pesadez—. Aunque me gustaría que no volviera nunca. —Se burló y después caminó hacia el barril para volver a llenarse el vaso.

Estaba furioso. Aproveché que me había dado la espalda para mirar a Julieta. Se había acabado el vaso de un trago. Me sentí culpable porque se sentía ofendida. A nadie le gustaba que lo confundieran con otra persona. Le acaricié la pierna para tranquilizarla. Brad se giró hacia nosotros.

—¿Queréis bailar? ¿O queréis algo más fuerte? —preguntó con tono animado.

Derramó un poco de cerveza al señalar el armario de la cocina donde estaban las mejores botellas de su padre, pero muy en el fondo no se atrevía a desafiarlo.

—No —respondí, volviéndome hacia Julieta para poner las manos en su cintura y aparentar que quería algo de espacio para que él volviera a la fiesta—. Estamos pasándolo muy bien.

Cuando cruzó la cocina por detrás de mí, me dio una palmada suave y asintió. Le dio otro sorbo a su cerveza y salió antes de que Julieta me apartase de ella. Yo me alejé. Sus ojos lanzaban chispas.

—¿Morgan? —me preguntó con molestia—. ¿Siempre va a estar en todas las conversaciones o cada vez que me presentes a alguien? Ya me he cansado de escuchar su nombre, ¿tanto me parezco a ella? ¿Es por eso que estás conmigo? ¿Porque te recuerdo a ella?

Saltó de la barra y dejó el vaso encima. Antes de que saliera de la cocina y pudiera perderse entre la gente, la tomé del brazo.

—Oye, espera. No es lo que piensas.

Sus labios estaban apretados.

—¿No?

—Por supuesto que no. Ya te dije que te quiero. Morgan no tiene nada que ver en esto, ¿de acuerdo?

—Es muy agotador, Max —exclamó.

Se pasó el antebrazo por el rostro y se limpió una lágrima. Era la primera vez que la veía llorar.

—Lo sé, podemos irnos si quieres. Siento haberte arrastrado a esto. Debí suponer desde el principio que no te gustaba la idea.

Ella negó.

—Quiero ir al baño antes de que nos vayamos.

—¿Ahora? Lo puedes hacer en...

—Ahora, Max —me interrumpió con los ojos llenos de ira.

—Bien.

La tomé del brazo y la llevé hasta las escaleras para subir a la segunda planta, donde había un baño más privado. Brad siempre cerraba su habitación con llave. Nadie, por nada del mundo, podía entrar, pero yo sabía que la escondía debajo de la alfombra. Era uno de los muchos secretos que había compartido conmigo. Así que fuimos hasta allí y la busqué.

Abrí la puerta y Julieta entró corriendo. Con la luz del pasillo fue suficiente para que pudiera alcanzar el picaporte del baño. La vi luchar con la puerta, hasta que consiguió entrar. Cerró de un portazo y yo pasé dentro con más tranquilidad.

Cerré la puerta detrás de mí y eché el pestillo para que nadie más pudiera entrar. A oscuras, llegué a la cama y me dejé caer sobre el colchón, que tenía cientos de almohadas. La habitación estaba en silencio. A pesar de que no había bebido mucho, la cabeza me empezaba a dar vueltas. La luz del baño estaba apagada, pero había una ventana que daba a la calle y lo iluminaba ligeramente. Suspiré y cerré los ojos con fuerza.

Tal vez había sido muy mala idea venir a la fiesta. Después de tanto tiempo sin estar en estos lugares, me había molestado. Solo quería estar en mi casa y dormir junto a Julieta. Quería oler su cabello y suspirar en su cuello. No me sentía tan agotado como ella, pero deseaba cerrar los ojos y descansar solo una noche. Llevaba semanas durmiendo por las tardes, así que mi cuerpo extrañaba dormir cuando la luna estaba en el cielo.

Cuando iba a encender la lámpara, oí unos pasos y, luego, unas voces bastante tenues que me hicieron levantarme de la cama. Un interés agónico por saber quién era la pareja que estaba discutiendo

en el pasillo me invadió. Pegué la oreja a la puerta para escuchar mejor, pero fue en vano, solo se oían murmullos incomprensibles. Sin embargo, por el tono sabía que, efectivamente, estaban discutiendo. Fue entonces cuando el pomo se movió, lo que me tomó por sorpresa. Alguien estaba intentando entrar. Me quedé en silencio y, por instinto, me oculté detrás de la puerta. No supe por qué lo hice, si el único que podía entrar en la habitación era Brad y él no comportaba peligro alguno. Pero estaba tan absorto en mis pensamientos que actúe por mero instinto, como había hecho con Rachel.

Al cabo de unos segundos, me pareció una idea divertida.

La puerta se abrió. Aguanté la respiración y me quedé quieto y en silencio, sin mover un solo músculo.

Mi plan era darles un buen susto. Sonreí para mis adentros, Seguro que Brad saltaría y gritaría como una niña. Le conocía bien.

—¿Estás seguro? —preguntó una voz.

Los pasos se oyeron cerca de donde estaba, así que me obligué a permanecer callado, todavía sonriendo y preparándome para tomarlos por sorpresa. Tragué saliva y mi voz se volvió ronca para lanzar un grito que los haría temblar.

—Sí, sí —dijo otra voz más ronca—. Es ella, sin duda. La he visto de cerca.

Fruncí los labios.

—No es posible, se supone que...

—Sí, se supone que debía estar lejos de aquí —interrumpió la otra voz con molestia y preocupación.

La puerta se cerró y oí como los pasos se acercaban a una de las lámparas. Mi plan de asustar a las dos personas que habían entrado se vio frustrado. Cuando la conversación se volvió tensa y demasiado misteriosa, supe que algo iba mal, y tenía que averiguar qué era.

Entre las sombras, vi como los dos cuerpos se movían por la habitación y se alejaban de la entrada principal. Se acercaron a la puerta del baño, donde estaba Julieta. Uno de ellos se acercó hasta

la lámpara. Si la encendía, me descubriría.

Entonces, me agaché, me arrastré por el suelo y me oculté debajo de la cama. Sentía la adrenalina correr por mis venas.

La luz se encendió en el mismo momento en el que me cubrí con las sábanas. Respiré con dificultad y me acosté boca abajo.

El cuarto de Brad era grande. En el lado opuesto a la puerta había una pantalla casi tan ancha como la pared; la cama estaba frente a ella; en la pared izquierda estaba la puerta del baño; a ambos lados de la cama había dos mesas de noche con lámparas de color azul, y sobre ellas había revistas y un teléfono fijo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó una voz intranquila.

—Alejarla de aquí. Es la mejor opción.

Era la voz de Brad, estaba seguro, ¿pero de quién era la otra voz? ¿De quién estaban hablando? ¿Y por qué estaban tan preocupados?

—¿No hablaste con ella? —le preguntó Brad.

—¡Por supuesto que lo hice! ¡Se lo conté todo!

—¿Y por qué sigue aquí, Dalton? —Me quedé paralizado.

Había identificado la otra voz. Lo que más me asombraba era que Brad fuera amigo del capitán de los Lobos. Sobre todo ahora que su popularidad estaba en aumento por haber llegado a la final.

A Brad le gustaba mucho ser el centro de atención. Era rico, atractivo y tenía bastante poder en el pueblo. Estaban tramando algo, porque no era muy normal verlos juntos; cada uno tenía su grupo de amigos. ¿Qué estaban haciendo?

—¿Por qué sigue aquí? ¿De dónde ha salido? ¿La has traído tú? A qué estáis jugando, ¿eh? ¡¿Os habéis puesto en mi contra?!

Parecía molesto. Nunca había escuchado a mi mejor amigo hablar así.

—Mira, Brad, no sé qué está pasando. Le pedí que se fuera lejos si no quería que le hicieran más daño. Y ella accedió. No sé por qué ha vuelto. No sé qué quiere. Sabía que aquí corría peligro —contestó Dalton con un suspiro.

—¿Crees que ha sido él?

—Estoy casi seguro de que sí.

La habitación se quedó en silencio.

—Debemos deshacernos de ella antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó—. Max siempre está cerca de ella. Nunca la deja sola.

Cuando escuché mi nombre, supe que ocultaban algo muy grave. Estaban hablando de mi novia. Querían deshacerse de ella y alejarla de mí... No sabía cómo reaccionar. Me quedé helado. Mi mejor amigo estaba planeando algo contra Julieta. Le conocía y sabía de lo que era capaz con tal de cubrirse las espaldas. Por eso me aterraba que nuestros nombres hubieran aparecido en su conversación. Sin duda, había pasado algo entre Julieta y ellos.

Seguí escuchando.

—Ya lo hará y, cuando ocurra, ahí estaremos tú y yo. —Hizo una pausa y soltó otro suspiro—. Las cosas van a ponerse feas. Lo presiento.

Entonces, sonó la cadena del baño. En ese mismo momento, me arrepentí de haber llevado a Julieta al pueblo. Todos sabrían que estaba enamorado de Morgan. Cerré los ojos con fuerza y me centré en las voces. Si querían hacerle daño, lo harían en otra parte, así que lo único que podían hacer era amenazarla. ¿Cómo conocían a Julieta? ¿Por qué la querían lejos del pueblo? Estaba claro que no era Morgan, por mucho que se parecieran físicamente. La voz de Brad rompió el silencio.

—Te lo dije, Dalton. —La cama rechinó cuando se levantó—. Ya la dejaría sola en algún momento.

Se movieron hacia ella para acorralarla contra la pared.

Capítulo 16

Me quedé quieto, esperando algún movimiento por su parte. Sin embargo, permanecieron inmóviles, observándola amenazantes. Estaban furiosos, y yo no entendía por qué y, a juzgar por su expresión, ella tampoco.

Brad era cauteloso, cada paso y cada movimiento que daba estaban calculados; Dalton, en cambio, era más espontáneo. Lo había demostrado cuando lo nombraron capitán del equipo de los Lobos y *ella* tuvo que hacerse pasar por su novia para cubrirlo. Nadie parecía saber su secreto más que yo.

Julieta, por el contrario, vivía lejos de los rumores de Noxpoint. Era decente. En las pocas semanas que llevábamos saliendo juntos, había conocido más sobre ella de lo que esperaba. Lo que me molestaba y me ponía un poco celoso era pensar en que podría haber tenido algo con Brad. Él me lo contaba todo y nunca había mencionado a una chica idéntica a *ella*. ¿De dónde se conocían, entonces? ¿Y de dónde salía todo ese odio que sentía? Estaba empezando a sudar y a perder mi fuerza de voluntad.

Tenía que concentrarme y alejar la idea de que mi mejor amigo y mi novia pudieran haber estado juntos en algún momento. Eso me destruiría, y no sabía controlarme cuando algo me hacía daño a mí o a alguien a quien quería. Sería mejor preguntarle a ella directamente. Quise salir de mi escondite, pero mi cuerpo no se movió. No sabía qué pensar. Brad era impredecible cuando alguien

se le atravesaba, pero ¿acaso Julieta era mala para alguno de ellos? ¿El secreto que los unía también involucraba a Julieta? O peor aún, ¿a... *ella*?

Resoplé y cerré los ojos con fuerza.

Pensar en su aroma a rosas me hipnotizaba y me entristecía. Los recuerdos regresaban y, con ellos, el dolor y la angustia de no saber qué iba a pasar conmigo. Tenía que olvidarme de su nombre costara lo que me costara. No podía seguir así. Solo me atormentaba.

Se me empezaron a dormir los brazos y sentí unos pinchazos en la cabeza. Noté una presión en el pecho y todo se volvió borroso. Luego, oí un grito estremecedor.

Había recuperado la consciencia en el peor de los momentos.

—¡Brad!

Ambas sombras se giraron sobre sus talones y se miraron, como si estuviera sucediendo algo fuera de la habitación. Se sentía el miedo en el aire. Cada rincón de la casa fue llenándose de gritos que erizaban la piel.

—¡Ayuda! —chilló alguien—. ¡Por favor!

Los gritos eran tan desgarradores que tuve que contenerme para no sacar la cabeza de mi escondite. Traté de concentrarme en lo que ocurría detrás de la puerta. Los zapatos de Brad y de Dalton no se habían movido y no parecía que fueran a hacerlo. Ninguno de los tres reaccionó. Unos fuertes sonidos retumbaron en el piso de abajo, y una estampida de pies los siguió. Luego se oyeron más gritos pidiendo auxilio. Estaba claro que huían de algo, pero ¿de qué?

Entonces, lo reconocí.

Cuando tenía cinco años, mi padre me llevó en la camioneta todoterreno al bosque de Noxpoint. Recuerdo que el camino estaba lleno de barro y que cientos de baches nos hacían saltar en los asientos. Para tranquilizarme, decidí concentrarme en las canciones infantiles que sonaban en la radio. Sabía que no era la primera vez que mi padre entraba al bosque, pero no quería confiarme. Los

animales eran peligrosos, y un policía con un niño pequeño no podría hacer demasiado si algo les ocurría. Mi padre era el jefe de policía y, muchas veces, debía comprobar que el perímetro fuera seguro. Desde que tenía memoria, lo había visto con ese traje café que lo distinguía de los demás. Aunque tenía cinco años, mis amigos me habían estado asustando durante los días anteriores diciendo que podía encontrar decenas de cadáveres en el bosque con cada paso que diera. Estaba aterrado, pero debía mostrarme fuerte ante los ojos de mi padre.

Brad era bastante morboso y me había enseñado algunas fotografías de la primera vez que salió de caza con su padre, previniéndome sobre lo que tenía que hacer en el caso de que me atacara un animal con garras y dientes afilados. Aunque en las fotos no aparecía nada de lo que me contaba, se excusó diciendo que su padre no le había dejado fotografiar esos detalles porque podría tener pesadillas después. Me contó tantas historias sangrientas con tanta pasión y con un tono tan sincero que me lo creí absolutamente todo.

Durante el camino, que para mí parecía ser el último viaje de mi vida, cerré los ojos y, cuando los volví a abrir, vi a mi padre acelerar la camioneta. Al sentir mi mirada, se giró y me sonrió. Sabía que estaba asustado, y no pude devolvérsela.

Era un día perfecto para cazar a las afueras de Noxpoint. Antes de llegar a nuestro destino, mi padre frenó de golpe, me apuntó a la cabeza con un arma que no reconocí y disparó. Abrí los ojos de par en par y se me heló la sangre. Aguanté la respiración y vi, durante unos breves segundos, como la bala viajaba hasta mi rostro. Sentí una brisa cerca del oído y luego vino un sonido que hizo que me doliera la cabeza. Mi padre me sonrió y se bajó de la camioneta con movimientos sigilosos. Mi ventana estaba bajada, y cerca de mí había un gran ciervo salvaje desangrándose. Respiraba con dificultad y las patas le temblaban. Sentí un líquido deslizarse por mi lóbulo. La bala me había rozado la oreja. Me limpié con los guantes grises que mi madre me había obligado a ponerme.

Ese sonido sordo me acompañó durante los dos años siguientes.
Eran disparos.

Abrí los ojos de golpe.

¿Quién había entrado en casa de Brad con un arma para asesinar a unos estudiantes que estaban bebiendo cerveza? Y ¿por qué?

El padre de Brad no estaba en casa se había anunciado por la radio la visita del alcalde al pueblo vecino para tratar los recientes casos de delincuencia, especialmente los últimos crímenes que habían afectado a ambos pueblos. Ya me imaginaba las terribles noticias del día siguiente: «Con la ausencia del alcalde, un desconocido armado ha entrado en su casa y ha disparado a decenas de estudiantes durante una fiesta».

—¡Vamos, vamos! —gritó Brad entre susurros.

Dalton y Julieta estaban petrificados y no parecían haber entendido lo que sucedía. Sus planes habían cambiado drásticamente. Ahora estaban atrapados. Y bueno..., yo estaba en una situación mucho peor. Podía salir ahora y delatarme, o podía quedarme debajo de la cama, sabiendo que el agresor podría subir y entrar en la habitación. Julieta estaba a la vista y no era una persona que pudiera huir de un tiroteo. Confiando en mis conocimientos sobre crímenes, decidí quedarme donde estaba. Matar al hijo del alcalde no era buena idea. Ni siquiera imaginarlo. ¿Qué quería esta persona? ¿Robar? ¿O realmente quería matar a Brad? Lo único que se me ocurrió fue que se había metido con las personas equivocadas en el peor momento para ambos pueblos. En Noxville era muy posible encontrar a alguien dispuesto a cometer un asesinato por un buen precio. Pero ¿quién habría contratado a un asesino para entrar en una casa tan protegida como la del alcalde? ¿Acaso había sido él? ¿Había contratado a alguien para que matara a su hijo durante su ausencia? ¿Quería librarse de él para que no le causara más problemas? No creía que fuera posible, pero tampoco descartaba la idea. Solo deseaba que se quedara abajo. Esperaba que alguno de los que habían podido escapar hubiera llamado a la

policía, aunque, al vivir en una zona residencial, les llevaría unos diez llegar a la casa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Brad en un murmullo.

Había alguien más en el pasillo. La persona que había gritado seguía ahí, seguramente en busca de un lugar donde esconderse. Me imaginaba que antes estaba cerca de las escaleras y no le había dado tiempo a correr hasta la entrada principal. Mi amigo ya no estaba tan tranquilo, pero seguía manteniendo sus emociones bajo control.

—Alguien..., alguien ha entrado en la casa y está disparando a todo el mundo.

—¿Quién? —preguntó como si lo estuviera esperando.

—¡No lo sé, maldición! —gritó una chica alterada.

—¿Hay...? —La pregunta quedó flotando en el aire—. ¿Hay algún herido?

—¡No lo sé! ¡He corrido hacia aquí sin fijarme! ¡No me ha dado tiempo a nada! ¡Lleva el rostro cubierto con un pasamontañas negro! ¡Tienes que sacarnos de aquí, Brad!

—¿Cubierto?

Se hizo el silencio.

—¡Sí, sí...! Parece que es un hombre. Le he visto durante unos segundos: tenía los hombros anchos, las piernas como las de un soldado bien entrenado y llevaba unas botas militares atadas hasta arriba. Juraría que sus brazos eran más grandes que tu cabeza. ¡Es como un monstruo! No parece ser de aquí, Brad.

Se escuchó otro disparo entre los gritos, que resonaron. No reconocía su voz; sería alguna de sus vecinas. La información que le había dado era suficiente para que me hiciera una idea de quién podía ser. Tal vez era un criminal recién salido de la prisión.

—¿Te ha visto subir?

—Sí... He sido la única que lo ha hecho.

Todos se quedaron helados. Sabían que eso significaba que el asesino podría subir a registrar las habitaciones en su búsqueda. Y puede que encontrara a su verdadero objetivo: Brad.

Eso eran malas noticias.

—Vamos, entra.

—¡Podría subir! —gritó ella, despavorida. Estaba llorando, y la voz se le cortaba—. ¡Estamos cavando nuestra propia tumba!

—¿Tienes una idea mejor? —le preguntó Brad.

Ella no respondió.

—Genial. Eso creía. Ahora entra.

Oí como se cerraba la puerta que nos ocultaba de un depredador armado. Si estábamos con Brad, era posible que sufriéramos las consecuencias. Yo, más que nadie, sabía que no podía haber testigos. ¿En qué lío se había metido? ¿Había hecho enfurecer a su padre o se había relacionado con quien no debía? Ambas teorías eran factibles.

El sonido del pestillo retumbó en toda la residencia, alertando al intruso de que había más posibles víctimas dentro.

Julieta y Dalton estaban buscando la manera de esconderse sin hacer ruido. Mire la hora y vi que me quedaban unos ocho minutos de vida. Si la policía no llegaba en ese lapso de tiempo, moriríamos.

—¿Cómo demonios ha sucedido esto? —susurró Dalton—. ¿Cómo puede ser que nadie haya visto al intruso?

—No creo que sea solo uno, Dalton —contestó Brad.

Luego, oí su frágil voz.

—¿Qué vamos a hacer? Max debe de estar abajo. Tenemos que ayudarlo. Hace unos minutos estaba aquí. ¡Tiene que estar escondido! ¡Tiene que estar esperando nuestra ayuda! —gritó Julieta, haciendo caso omiso de lo que Dalton había dicho.

Ella también estaba preocupada por lo que podía pasarme. Yo seguía molesto por lo que acababa de suceder; aún no entendía por qué Dalton y Brad querían alejarla de Noxpoint.

—Pues se las tendrá que arreglar solo. ¡No podemos salir de aquí y hacernos los héroes! ¡Eso nunca sale bien, ¿sabes?! —le reprochó Dalton.

—¡Muy bien! Guardad silencio a partir de ahora, ¿de acuerdo? ¡Si no os dispara él, lo haré yo! —sentenció Brad, logrando que se

callaran.

—¿Qué...? —preguntó la joven que acababa de entrar.

—Sé por qué está aquí. —Los zapatos de Brad retumbaban en el suelo. Estaba buscando algo, y las luces apagadas le dificultaban la tarea—. Pero no obtendrá lo que quiere.

Abrió un cajón, revolvió unos cuantos papeles y sacó un arma. No la vi, pero oí como le quitaba el seguro. Dalton no dijo nada, ni siquiera se asombró y tampoco lo cuestionó. Sospeché que era un alivio para todos. Hubo dos minutos más de disparos que provenían de la sala de estar. Todos obedecieron a Brad y no dijeron nada; más bien, estaban usándolo como escudo. Podía ser un buen líder cuando se lo proponía, aunque a veces era bastante exigente y autoritario. Le gustaba tener el control de la situación.

La ventana del baño era demasiado pequeña para escapar por ella y, además, tenía barrotes. Nuestra única opción era esperar.

Yo, como siempre, llevaba una navaja en el bolsillo de la chaqueta. Si entraba en la habitación y atacaba, iría a por sus piernas para distraerlo. Podría darle el tiempo suficiente a Brad para dispararle en la cabeza o en el pecho. Aunque, si ninguno de ellos estuviera en la habitación, podría enfrentarme a él con mayor facilidad. Ahora tenía que cuidar cada uno de mis movimientos para no delatarme. Y estar debajo de la cama no ayudaba. Saqué la navaja y me preparé para lo que pudiera pasar. Estar molesto con lo que había escuchado decir a Brad y Dalton me había ayudado a recuperar mi instinto asesino.

Respiré hondo y me concentré en los sonidos de mi alrededor. Julieta y Dalton estaban pegados a la puerta del baño. Sus respiraciones se oían en cada rincón. Dalton estaba más preocupado por él que por Brad y el arma que llevaba en las manos, y tampoco le importaba Julieta, a la que apenas conocía. Brad se encontraba enfrente de la cama, concentrado en la puerta. Se estaba acomodando para disparar al intruso con mayor facilidad. No se lo pensaría dos veces si el picaporte se movía. Los disparos cesaron, pero no terminó ahí.

Como había supuesto la chica, el criminal se dirigió hacia nosotros. Las escaleras crujieron y ella soltó un gemido que molestó a Brad.

—¡Silencio! —susurró.

Ella se tapó la boca mientras contenía las lágrimas. El hombre subía cada escalón como si de una película de terror se tratara. Sabía que estábamos allí. Julieta se metió en el armario, convirtiéndose en una presa fácil. Había sido rápida en escabullirse, pero no inteligente. Dalton, por el contrario, entró en el baño y puso el pestillo. Brad y la joven se quedaron al descubierto. Yo seguía debajo de la cama, analizando al agresor: por sus pasos sigilosos, supe que no se trataba de un militar. No era un asesino; era un novato, enviado por alguien. Quería que derribara la puerta de la habitación y entrara. Necesitaba verle y saber quién era.

—Brad... —dijo ella cuando se hizo el silencio.

Si alguien le hubiera dicho que no entrara porque uno de nosotros tenía un arma, se habría orinado en los pantalones aun sabiendo que él tenía un arma más poderosa. Oía su miedo desde lejos. Quise arrastrarme por el suelo e ir a por él, pero me contuve.

—Mierda... ¡Viene hacia nosotros! —chilló la joven.

—Tranquila. Todo va a ir bien —trató de calmarla Brad.

Sin embargo, él también sonaba nervioso.

Yo, por el contrario, estaba burlándome de la terrible escena en mi mente. Ahora más que nunca quería desenmascarar al hombre que estaba asustando a los estudiantes. Había sido una farsa.

Tenía que aplaudir al padre de Brad.

Poco a poco, lo entendí todo.

¡Bien hecho, señor alcalde!

Cuando los pasos del supuesto asesino se detuvieron frente a la puerta, mi amigo empuñó el arma entre sus dedos sudorosos y la chica se cubrió la boca con las manos. Se oyó un quejido que venía del armario. Me imaginé a Brad entrecerrando los ojos como si estuviera en el bosque a punto de cazar a un animal. Podría tener las piernas firmes en el suelo, pero las manos y los dedos

temblorosos le seguían fallando.

Esperamos a que el sonido de una bala partiera en dos el pomo de la puerta. Tendría que actuar lo antes posible, y Brad también.

Sin embargo, el intruso cambió de opinión y no entró. Su sombra avanzó hacia la derecha y volvió por donde había venido, lo que hizo que todos soltaran el aire que habían estado conteniendo. No veía ni oía a Julieta, pero sabía que iba a estar muy molesta conmigo y que no me acompañaría a otra fiesta en su vida. Brad abrió la puerta y salió al pasillo.

—¿Qué haces? —susurró la joven—. ¡Se ha ido! ¡Deja que se marche!

Asentí. Era lo mejor que podía hacer. Pero, conociendo a mi amigo, sabía que no se quedaría de brazos cruzados y que trataría de descubrir quién se había colado en su fiesta.

—Le atacaré por la espalda —dijo.

Avanzó por el pasillo, decidido.

—¿Estás loco?

—Fuera todos, ¡ahora! —ordenó entre murmullos—. Os guiaré a la salida y le atraparé.

—¡Te matará! —gritó alguien.

—Querías una salida, ¿no? Te la estoy dando. O te vienes conmigo hasta la salida o te quedas aquí. Tienes dos segundos para decidir. Julieta y Dalton salieron de sus escondites con los ojos desorbitados. Temblaban y temían que el asesino volviera.

—¡De acuerdo! Ten cuidado, por favor.

Los cuatro salieron de la habitación. Los oí correr, alejándose lo más rápido que podían de la residencia hasta que todo se quedó en silencio y me obligué a salir. Me sorprendió que las sirenas de la policía no estuvieran cerca. Algo iba muy mal. Tal vez, los invitados habían entrado en *shock* y no les habían alertado a tiempo. Salí de mi escondite bañado en sudor. La residencia estaba totalmente vacía y en silencio. Saber que Dalton y Brad estaban lejos me animaba a buscar al asesino y a averiguar qué quería. Desarmarlo sería fácil, pero si dejaba mis huellas en el arma, tendría graves

problemas. Nadie debía sospechar de mí.

—¿Hola? —Una voz me sobresaltó.

Enseguida me oculté detrás de la puerta. Alguien seguía aquí, me había oído y había venido hasta mí. Por suerte, habían cortado los cables de la luz.

Volvió a chillar.

—Por favor —susurró—, por favor, que alguien me ayude.

Hubo dos disparos más. El supuesto asesino estaba en la planta baja. Seguro que había disparado al idiota de Brad. Cuando pasó cerca de mi cuerpo, la agarré de los brazos y tiré de ella hacia mí. Antes de que pudiera gritar, le tapé la boca para que no alertara a nadie. Tenía los labios secos y las lágrimas le corrían por las mejillas. Su trasero se movió contra mi entrepierna mientras trataba de librarse de mí. Me mordió la palma de la mano, zafándose de mi agarre durante unos segundos, pero la volví a atrapar entre mis brazos.

—Soy Max —susurré.

Ella se relajó.

—Eh, todo va bien. Tranquila. ¿Cómo te llamas? —pregunté cuando la solté.

No intentó volver a gritar. Oí su respiración agitada. Dejé que se tranquilizara para que pudiera hablar sin mucho esfuerzo. Tenía las manos frías y le temblaban los dedos, como si estuviera a punto de tener un ataque.

—Max... soy Mía. —Le temblaba la voz—. Soy Mia.

Abrí los ojos como platos. Mia era bastante nerviosa y cuando algo se descontrolaba, sus emociones también lo hacían. Cuando salíamos, tomaba unas pastillas porque se alteraba con cualquier cosa. Me asustaba un poco saber que seguía en la casa.

—Mia... ¿qué haces aquí?

Temía que fuera a desmayarse. Se enjugó las lágrimas.

—Estaba con Brad..., pero el asesino nos ha visto cuando tratábamos de escapar. Tuve que correr y nos hemos dividido —murmuró.

Mi corazón latía con fuerza.

—¿Dónde está Julieta?

—¿Julieta? —Parecía no saber quién era.

—Sí —afirmé con rapidez. Apreciaba que las luces estuvieran apagadas para no tener que ver su expresión—. La chica que iba con ellos, ¿dónde está? ¿La ha seguido? ¿Le ha pasado algo?

—¡Oh, no! —Su voz se suavizó—. Dalton y ella han logrado escapar. Deben de estar cerca. ¡Pero Brad sigue dentro!

Sentí un alivio que me recorrió todo el cuerpo.

—Ese imbécil lo está siguiendo... —dije.

—Sí. Lo ha hecho para que yo pudiera escapar...

Pensé en algo para deshacerme de Mia e ir tras el asesino. Las probabilidades de enfrentarme a él y ganarle eran nulas, pero ese no era mi plan. Tan solo deseaba verle y seguirle la pista. Una persona tan novata como él debía de tener muchos secretos escondidos. Desde el principio había dejado decenas de pistas para que la policía lo encontrara.

Apreté la mandíbula y consolé a Mia, frotándole los brazos con las manos. Hacía tanto tiempo que no la tocaba que su piel me parecía extraña.

—Bien, tú quédate aquí. Estarás más segura. Escóndete en el baño de la habitación de Brad. Es seguro, confía en mí. Creo que no vas a poder salir ahora que sabe que sigues dentro. No permitiré que venga a por ti. Voy ayudar a Brad, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—De acuerdo.

—Vamos, saldrás de esta.

—¿Max? —Su voz me detuvo.

—¿Qué sucede?

—Por favor, ten cuidado. Puede ser peligroso, tiene un arma — me alertó en un susurro temeroso.

Asentí.

—Lo sé, no te preocupes.

Caminé por el pasillo a tientas y Mia cerró la puerta de la

habitación de Brad detrás de mí. Bajé las escaleras con mucho cuidado de no tropezar con nada. Las piernas habían dejado de temblarme. No tenía miedo, sino que, más bien, sentía una tremenda curiosidad que no me abandonaría hasta que descubriera lo que buscaba.

Todo sucedió tan rápido que lo recuerdo muy vagamente, pero, tras analizarlo, estoy seguro de que sonaron las sirenas de los coches patrulla. Después, oí el tono de llamada de un teléfono móvil. Cuando levanté la mirada, vi que la pantalla iluminaba el rostro del asesino. Era un chico de tez morena, con los ojos negros azabache, las cejas gruesas y los labios delgados, delineados por una ligera capa de sudor. No recordaba haberlo visto nunca en Noxpoint.

Era un novato. Estaba seguro de que nunca había hecho algo así; ni siquiera creía que hubiera asaltado un supermercado. Su rostro era inocente. Había dos posibilidades: o le habían obligado, o le habían pagado bastante bien. Un asesino profesional sabría que la mejor opción era usar deportivas para poder huir con mayor facilidad. Recordaba haber escuchado a mi padre decir que a la mayoría de los criminales los detenían porque no se deshacían de las zapatillas. Así que, ¿quién en su sano juicio se pondría unas botas militares para cometer un crimen y después huir de la policía? Solo alguien que quisiera suicidarse después, pero este no parecía querer hacerlo. El chico, de unos veinte años, respondió al teléfono. La casa estaba tan silenciosa que oí lo que la persona al otro lado de la línea dijo.

—Sal de ahí. Ahora.

De pronto, las luces se encendieron, y pude ver como Brad le apuntaba con la pistola. Tenía las manos rígidas y parecía dispuesto a disparar. Estaba protegido por uno de los sofás. Me oculté tras la pared de las escaleras tan rápido como pude para que nadie me viera. El chico abrió los ojos y me miró durante unos segundos. Los ojos le brillaban con intensidad; sabía que su fin había llegado y que haber venido había sido la peor decisión de su vida. Nunca olvidaré

su mirada. Trataba de decirme algo, pero no pudo, porque una bala impactó en su cráneo y el teléfono cayó al suelo. La sangre salpicó la punta de mis zapatos. Me lancé al suelo boca abajo, simulando estar escapando de las balas. Mi estómago se llenó de sangre y escuché gritos.

—¡Alto! ¡Alto al fuego!

Brad no había disparado. Detrás de él había decenas de policías armados. El atacante estaba a escasos centímetros de mí. Sus ojos me miraban, pero la sangre que le brotaba de la boca no le permitía ni hablar ni respirar.

—¡Max! —Brad corrió hacia mí y se tumbó a mi lado, creyendo que me había alcanzado una bala—. ¡Mierda! ¡Ayuda! ¡Hay un herido!

Fingí entrar en *shock* y miré al asesino, queriendo descubrir algo más. Oí unos pasos. Los policías corrieron hasta donde estaba y me apuntaron con sus armas, pensando que era cómplice. Conseguí ocultar el teléfono bajo mi estómago.

—¡Soy estudiante! ¡Soy estudiante! —grité, levantando las manos en señal de rendición.

Unos pasos se acercaron hacia mí y vi que eran los zapatos de mi padre, que hizo la señal para que bajaran las armas.

—¡Dios! ¿Estás bien, Max?

Estaba aterrado, pero no podía dejarlo ver.

Asentí y me llevé las manos al estómago. Puse el aparato entre mis pantalones sin que nadie se diera cuenta. Me quejé como si algo me molestara para atraer su atención. Luego, me levanté, con las manos en el estómago para sostener el móvil. Si lo descubrían, tendría problemas.

—Dios, creía que te habían herido —dijo mi padre cuando me agarró del hombro para llevarme a uno de los coches.

—Estoy bien —respondí, fingiendo estar agitado—. Todos estamos bien.

Algunos de sus compañeros sacaron una cinta amarilla e informaron a los forenses. Otros subieron las escaleras para sacar a

los demás estudiantes que estaban escondidos. Suspiré y reacomodé el teléfono.

 Mi ropa estaba roja.

 Recé para que no sonara. Quería decirle a mi padre que podía seguir solo, pero no era buena idea. Debía seguir avanzando a su lado y hacer como si estuviera viviendo la peor pesadilla de mi vida.

Capítulo 17

Me obligué a no decir nada hasta que Julieta lo hiciera. Tenía que contármelo; debía alertarme de que dos de mis amigos querían hacerle daño. Esperaba que las palabras salieran de su boca mientras mi padre me llevaba a la calle paralela para recoger mi coche. Julieta estaba bien, no tenía un solo rasguño y no parecía sufrir una crisis nerviosa. Se mostraba tranquila y aliviada de haber salido de allí.

Su silencio no me ayudaba. Las teorías que se formaban en mi cabeza no me gustaban nada. De hecho, me estaba enfadando. Muy en el fondo quería obligarla a hablar, pero sabía que esa no era la solución. La prueba para confiar en ella era que me lo contara por propia voluntad.

Muy pocos habían presenciado la escena de la muerte del supuesto asesino. Me sentía un poco triste por él. Sabía que ninguno de los estudiantes ni de los vecinos de Brad que se habían colado en la fiesta había muerto, a excepción del chico moreno.

Pudimos escuchar todo lo que sucedía a través de la radio de mi padre. Estaban sacando a personas de las habitaciones, de los baños, e incluso de los armarios de la cocina. Aunque habían capturado al criminal, querían que la escena se mantuviera limpia y tratar de descubrir cómo había entrado en la residencia. También iban recogiendo pistas, que no les servirían de mucho, ya que yo me había quedado con la más esencial.

Las luces de las casas vecinas comenzaron a encenderse debido a las sirenas que no dejaban dormir, dando un claro aviso de que Noxpoint volvía a amanecer teñido de rojo.

Traté de animar a Julieta con un apretón en las manos que la hizo sobresaltarse. La miré y trató de sonreírme. Íbamos en la parte de atrás, esperando llegar pronto a mi coche. Mi padre conducía y escuchaba la radio con atención. Aproveché la oportunidad para hablar con Julieta, que aún no había pronunciado palabra. Había insistido en que podíamos ir a pie, pero mi padre estaba tan preocupado por que hubiera un cómplice cerca que nos llevó en él.

—¿Estás bien? —le pregunté, esperando a que negara y me contara lo que había sucedido, sin embargo, miró al suelo y asintió sin muchas ganas. Abrió ligeramente la boca.

—Estoy bien. ¿Tú cómo estás? —preguntó, levantando el rostro—. He oído que estabas bastante cerca cuando le han matado, debe de haber sido horrible. ¿Seguro que no quieres ir al hospital?

Negué.

—Estoy bien.

No insistió más y guardó silencio de nuevo. Parecía que se conformaba con mi respuesta, pero yo no. Esperaba que dijera algo más y me contara la verdad. Mi padre detuvo el coche y le abrió la puerta para que saliera. Esperé unos segundos para abrir la mía. Una vez dentro, me armé de valor para preguntarle qué demonios estaba sucediendo. Tenía que encontrar la manera de hacerle saber que había escuchado la conversación entre Dalton y Brad, en la que ella estaba implicada. Ahora debía descubrir tres cosas relativamente importantes: la primera era saber quién era ese chico y quién lo había enviado; la segunda, qué había sucedido con mi abuelo Marcus, al que Julieta había visto en Noxville, y, por último, saber quién era esta chica y en qué líos estaba metida.

Estaba acostumbrado a los problemas, y ella se había convertido en uno grave que tenía que solucionar lo antes posible.

—¿Seguro que puedes conducir, Max? —me preguntó mi padre, sacándome de mis pensamientos.

Levanté el rostro y traté de formular una respuesta que no mostrara mi enfado. Me limpié las manos en los pantalones y asentí.

—Muy seguro.

Mi padre me miró una vez más; no estaba muy convencido de que estuviera en condiciones de conducir hasta casa, pero sabía que tenía que volver y que las patrullas escaseaban.

—De acuerdo. Llegad a casa lo antes posible y, por favor, no desviéis. —Luego miró a Julieta con lástima—. Siento mucho todo esto. Ahora estoy más convencido de que no debes vivir sola y de que debes estar con nosotros, al menos, hasta que se calmen las cosas.

—Gracias, señor Russell —respondió ella, agarrándome de la mano con fuerza.

Quise apartarla.

No me gustaba la gente mentirosa.

No lo soportaba. Quería darle un empujón y pedirle una explicación. A pesar de mi fingido aprecio por tomar su mano cuando se acercó, sintió mi rechazo, pero no dijo nada. Se limitó a sonreír para no alertar a mi padre. Enseguida se tensó a mi lado, confusa por mi reacción. Estaba tan metido en mis pensamientos que solo logré escuchar a Julieta despedirse.

—Hasta luego —respondió mi padre.

—Hasta entonces —contesté sin más.

Poco a poco, el coche desapareció en la oscuridad.

—¿Qué te pasa? —me preguntó cuando nos quedamos solos.

Me soltó la mano cuando el coche patrulla giró la calle. Julieta me miraba con ojos inquisitivos, tratando de encontrar una respuesta. Le di la espalda.

—¿Cómo? —Fingí no haberla escuchado y caminé hasta el callejón donde estaba el coche.

Me puse a la defensiva y me rodeé con un escudo invisible para no escucharla. Solo quería que me dijera la verdad.

—Está claro que te pasa algo, Max.

Mi nombre sonaba distinto en su boca.

Abrí la puerta del piloto con fuerza. Las manos me temblaban por la ira y ver a Julieta solo alimentaba mi deseo de querer golpear a alguien.

—¿Cómo que «está claro»? —pregunté sin darle mucha importancia—. ¿Por qué?

Traté de no sonar dolido.

—Por tu actitud —exclamó, cruzándose de brazos.

Estaba enfrente de la puerta del copiloto.

—No me pasa nada —respondí sin más.

Entré y abrí la puerta del copiloto desde mi asiento.

—Vamos, sube. Es tarde.

Ella negó, todavía con los brazos cruzados. El viento soplaba con fuerza y le revolvía el pelo. Tenía los labios fruncidos y parecía muy molesta. Aún no comprendía por qué se hacía la víctima cuando ambos sabíamos que tenía algo que ver con Dalton y con Brad.

—No.

Se me estaba acabando la paciencia.

—¿No?

—No —repitió con firmeza.

Miré al frente y suspiré.

—Sube, Julieta.

—He dicho que no.

—Sube —le volví a pedir.

Ya no le estaba pidiendo que se subiera; era a una orden. Me estaba sacando de mis casillas, y eso podía resultar un tanto peligroso. No quería asustarla, pero se lo estaba buscando. No hubo respuesta.

Se me humedecieron los ojos y apreté el volante.

—Sube, por favor.

La garganta me ardía.

—No.

Golpeé el volante con una fuerza incomprensible, lo que hizo que Julieta saltara de terror. Abrió los ojos de par en par, esperando que

me disculpara. En cambio, me levanté del asiento y salí, furioso. Julieta intentó echar a correr, pero yo fui más rápido. Siempre lo había sido. Antes de que pisara la acera, la agarré de la cintura con fuerza y tiré de ella hacia mí.

Ella gritó.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño!

Apreté con fuerza, y ella gimió de dolor.

—¡Por favor!

La arrastré hasta el asiento del copiloto.

—¿Acaso ves que me importe? —Escupí.

La metí dentro del coche de un empujón.

—¡Max! —chilló cuando se golpeó contra el cambio de marchas.

—Si te ordeno que te metas en el maldito coche, lo haces sin protestar, ¿te queda claro?

Julieta me miraba aterrada. Yo no sabía si asustarme, o sonreír por el poder que tenía sobre ella..., justo como con...

Miré sus ojos y la reté con la mirada.

Ni respondió ni chistó.

Se esperaba lo peor.

Di un portazo sin importarme que alguien estuviera observando y caminé hasta la puerta del piloto, sin prisa. Mis pasos eran lentos y amenazantes. Arranqué con la misma tranquilidad, como si no hubiese pasado nada. Julieta estaba en silencio. Estaba nerviosa. No me preocupé, ya se tranquilizaría durante el trayecto. Solo tenía que hacer lo que yo le dijera y todo iría bien.

A mí también me serviría. Debía relajarme. Traté de encender la calefacción, pero cuando acerqué las manos, Julieta se apartó. No quería hacerle daño.

La miré extrañado.

Entonces lo vi.

Tenía sangre en la barbilla y en las comisuras de los labios.

La había golpeado.

Había sido una fuerte bofetada.

Y lo peor era que ni siquiera lo recordaba.

Antes de iniciar la marcha, me centré en ella y en la terrible satisfacción que me daba su miedo. Por fin, aparentaba su edad. Estaba apoyada en el asiento del copiloto, intentando salir del coche sin éxito, porque las puertas estaban bloqueadas. Se la veía tan inocente y pura que quería abandonarla ahí mismo para que pudiera escapar de mí, pero eso ya no era posible. Ahora me pertenecía, y ella lo sabía. Alejarse, huir... no sería nada fácil después de lo sucedido.

—Lo siento, ¿vale? —me disculpé.

—Max...

—Te quiero, Julieta —la interrumpí antes de que dijera algo que no me gustara—. Te llevaré a casa.

Asintió sin responder y se limpió las comisuras con los dedos. Suspiré y puse la marcha atrás para salir a la calle.

Luego, aceleré para desaparecer de allí.

Capítulo 18

Al llegar a casa, mi madre nos recibió con lágrimas en los ojos. Estaba preocupada a pesar de que mi padre la había llamado diciéndole que nos encontrábamos bien. Se preocupaba demasiado, sobre todo cuando era Brad el que organizaba las fiestas o las salidas nocturnas, porque sabía que no tenía límites. También sabía que quería irse de Noxpoint cuando fuera mayor o cuando pudiera matricularse en la universidad. Nuestras madres eran amigas antes de que la suya falleciera y se lo contaban todo, hasta lo malo que podía llegar a ser el alcalde con su hijo; aunque no lo había golpeado porque su madre, Ellen, lo defendía a toda costa, Brad había recibido unas cuantas regañinas. Mi madre trataba de comprender a mi amigo y de cuidarlo como si fuera su propio hijo, por eso soportaba que saliera con él.

Justo cuando abrí la puerta, vino hacia mí. Llevaba un pijama azul que le quedaba como un vestido de noche. Se lanzó sobre mí y me abrazó con fuerza; las lágrimas brotaban de sus ojos y caían sobre mi camiseta.

—¡Dios mío! ¡Estaba tan preocupada! —chilló, limpiándose los mocos con un pañuelo muy arrugado y usado. Estaba hecho una bola, pero ella seguía usándolo porque el paquete estaba lejos de su alcance. Tenía la nariz roja e hinchada. No sabía cuánto tiempo había estado llorando, pero podía llegar a ser muy exagerada en algunas situaciones.

—Mamá... —Traté de tranquilizarla, apartando sus manos de las mías con cuidado—. Estamos bien. No ha pasado nada. Nadie ha muerto. Estamos en casa, ¿de acuerdo?

De inmediato sus ojos fueron hacia Julieta.

Se quedó en silencio y frunció las cejas.

—¡Julieta! —exclamó, llevando las manos hasta su boca. Julieta no había dicho nada en todo el camino de vuelta. Nos habíamos desviado para comprar un poco de hielo y algodón para limpiar la herida, pero la mancha oscura era cada vez más evidente—. ¿Qué te ha pasado?

—Se golpeó, mamá —respondí con rapidez. Si mi madre se enteraba de lo que le había hecho, acabaría a muchos metros bajo tierra, no sin antes recibir la paliza más grande de mi vida—. Estábamos a punto de subir al coche cuando, de los nervios, abrí la puerta del copiloto con rapidez, sin ver que Julieta estaba ahí. Ha sido un accidente, pero estará bien.

Mi madre la miró.

—¿De verdad? ¿Estás bien, cariño? —le preguntó, alejando las manos del golpe—. Max puede ser muy idiota a veces. Ven, te voy a curar eso antes de que se infecte.

La tomó del brazo y la llevó hasta la cocina, donde la sentó en una silla. Entonces vi mejor su rostro: estaba amarillo, pero la mancha oscura se estaba volviendo de un color púrpura bastante intenso. Mi madre me obligó a ir a por más algodón y alcohol mientras le limpiaba el rostro con agua. Antes de salir, me aseguré de enviarle un mensaje para que no dijera nada.

Sabía que estaba mal, pero no podía evitarlo.

Me gustaba verla asustada.

Me recordaba a *ella*.

Di la vuelta, confiando en que no diría nada. Aún estaba impactada y seguramente se estaría debatiendo entre si debía seguir a mi lado o irse lejos para no verme nunca más. Lamentablemente, esa última decisión solo la podría haber tomado cuando me conoció. Ahora llevábamos más de cuatro semanas

juntos. Enamorarse podía llegar a ser muy sencillo. A veces solo bastaba con una mirada y una sonrisa. Y también podía ser peligroso, pues hacía que las personas bajaran la guardia, dejándolas indefensas.

Julieta era fácil de manipular. Su madre estaba lejos y no había llegado a conocer a su padre. O eso me había contado. Volví del baño con un botiquín. Estaba empeorando, parecía que en cualquier momento iba a desmayarse. Mi madre estaba frente a ella, limpiándole la frente con una toalla húmeda. Observé la escena. Entré para calmarla y alejarla de mi madre antes de que pudiera decir algo.

—¿Cómo está? —le pregunté a mi madre con preocupación.

Antes de que respondiera, me arrodillé en el suelo y abrí el botiquín.

Cuando escuchó mi voz, abrió los ojos de golpe.

Me miró sin pestañear.

—Se pondrá bien —contestó mi madre sin darle importancia.

—Supongo que debe descansar. La llevaré a mi cuarto en cuanto le hayas desinfectado la herida.

—¡No! —gritó Julieta, llamando nuestra atención. Su voz sonó ronca. Mi madre y yo la miramos sorprendidos. Cuando se dio cuenta, trató de hablar con naturalidad—. Lo mejor es que vuelva a casa. He dejado muchas cosas por hacer.

Apreté los nudillos. Había sido una mala jugada. No podía alejarse de mí, así que aprovechaba la presencia de mi madre para usarla como escudo. Estuve a punto de amenazarla con la mirada, pero una voz suave me interrumpió.

—¡Ay, cariño! Lo siento, pero estoy de acuerdo con Max. Debes quedarte aquí hasta que pase el peligro. Además, no deberías regresar a Noxville a estas horas, está oscuro y seguro que hay más implicados en el incidente de hoy. No me gustaría que te pasara nada por mi culpa, así que no puedo dejar que te vayas. Creo que, después de lo de esta noche, deberías vivir con nosotros un tiempo —dijo mi madre, haciendo que mis hombros se relajaran.

—¡Mi madre puede venir a por mí!

—Julieta —intervine con el mismo tono de voz que había usado mi madre, aunque ambos sabíamos que sonaba a amenaza—. Está a miles de kilómetros de aquí, con nosotros estarás a salvo. Te cuidaremos, lo prometo. Lo de esta noche ha sido horrible, pero lo superaremos.

—Estoy de acuerdo. Nosotros te cuidaremos, solo confía —respondió mi madre, tranquilizándola más de lo que yo había hecho. Ya no confiaba en mí.

Antes de que pudiera agregar algo más, noté una vibración en la pierna. Fruncí el ceño, confundido y, después, comprendí de qué se trataba. Era el teléfono del chico de tez morena.

—Disculpadme. —Metí la mano en el bolsillo delantero del pantalón—. Ahora vuelvo.

Salí rápidamente de la cocina y me alejé lo máximo posible de ellas. Saqué el aparato y miré la pantalla. Era un teléfono antiguo, con botones, y tenía lo justo y necesario para enviar mensajes de texto, hacer una llamada o encender la linterna.

Un nombre extraño anunciaba a la persona que llamaba, acompañado de un número.

¿Minnesota? ¿Quién demonios era Minnesota? Sería un apodo. Uno muy raro. O tal vez era el estado. ¿El chico sería de allí? ¿O quizá la persona que lo había enviado? Minnesota no me decía nada. Solo me hacía pensar en un lugar, pero no en una persona.

El teléfono siguió sonando durante unos diez o trece segundos. Al fin, me decidí a contestar. Tal vez podría escuchar su voz o algún ruido que me diera alguna pista. Me prometí no decir nada si la otra persona no lo hacía primero. Eso solo lo arruinaría todo. Apreté el botón verde y pegué el aparato a mi oreja.

Sin embargo, no se oía nada, lo que me hizo pensar que se había equivocado de número. Probablemente no había nadie al otro lado de la línea, o tal vez se habían deshecho del aparato en un contenedor y algún gato había apretado los botones equivocados.

Esperé.

Antes de que llegara al minuto, colgué.

De inmediato, fui a las llamadas entrantes y salientes del teléfono y descubrí que el número que acababa de llamar, era el mismo que había hablado con el atacante antes de ser asesinado por la policía. Cuando entré en los contactos, me percaté de que era el único de la lista. Tampoco encontré una sola foto. Estaba limpio. No lo entendía. ¿Quién querría hacer algo así? ¿Querían asustar al padre de Brad? ¿Querían matar a mi amigo? Mi teoría era que había sido una trampa de su padre. Seguramente se había enterado de que su hijo iba a dar una gran fiesta durante su ausencia y, para arruinarla, había contratado a alguien para darle un buen susto. Descarté la idea de inmediato. Sin duda, el padre de Brad no estaba implicado. Había algo más, pero ¿qué?

Dejé el teléfono en vibración y volví a la cocina para tratar de convencer a Julieta de que todo iba bien. Cuando entré, vi que mi madre estaba sola. Las luces estaban apagada y no se había dado cuenta de que había vuelto a entrar.

No había rastro de Julieta. Había aprovechado la oportunidad para huir, ¡para alejarse de mí! ¡Igual que...! ¡No, no, no! ¡No podía irse! ¡No!

Me sentí perdido.

Me faltaba el aire, como si me hubieran golpeado con una pelota en el estómago. Apreté los puños con rabia.

—¿Dónde está Julieta?

Capítulo 19

Subí las escaleras de dos en dos y corrí hasta mi cuarto con la esperanza de que mi madre me estuviera diciendo la verdad. Me pesaban los ojos y estaba a punto de llorar. Corría tan rápido que no veía lo que venía hacia mí, ni lo que iba dejando atrás. Mis piernas se movían como una bala y no parecían tener freno.

Estaba tan asustado.

Me detuve delante de la puerta de mi habitación.

¿Cómo había sido tan tonto? ¿Por qué la había dejado sola con mi madre, sabiendo que podía escapar? ¿En qué demonios estaba pensando? ¡Podía ser una niña, pero era muy inteligente y tenía un carácter bastante fuerte! ¡Yo era un idiota! ¡Un idiota que no había valorado lo mucho que podía llegar a herirme su partida! ¡La perdería a *ella*! El olor a rosas seguiría en mi memoria, pero su rostro..., su cabello, sus delgados labios y sus cejas, esa delicada sonrisa; incluso su risa era similar, ¡todo se convertiría en un recuerdo! ¿De qué me serviría un maldito recuerdo si ya no la podía tocar ni sentir? Necesitaba su piel, sus caricias, sus gestos, todo...

Apreté los ojos y recé para que Julieta estuviera dentro. Mis manos y mis piernas flaquearon cuando agarré el pomo. Entonces, lo giré.

La puerta se abrió con lentitud, chirriando.

—¿Julieta? —pregunté a la oscuridad.

Di un paso en la habitación y el suelo crujió bajo mis pies. Entré

lentamente.

Esa vez no recé, supliqué.

Volví a cerrar los ojos y pensé en que mi madre no era una mentirosa.

Los volví a abrir y escuché un quejido.

—¿Julieta? —volví a preguntar.

Me sentí aliviado cuando escuché mi nombre salir de sus labios. Julieta seguía en casa, a pesar de lo que había sucedido.



Las siguientes semanas fueron totalmente ordinarias, a excepción de un sábado por la tarde en el que mi familia y yo estábamos almorzando en el comedor, decorado con sillas de piel y grandes velas aromáticas que mi madre nunca había encendido. La mesa de madera maciza era tan enorme que una docena de personas podía caber a la perfección. Desde que Julieta había llegado, habíamos decidido que lo mejor era almorzar en el comedor, que llevábamos diez años sin usar. Normalmente, comíamos en la barra de la cocina y casi siempre cenábamos en la habitación que daba a la piscina. Papá había terminado su jornada más temprano de lo normal. Se llevaba muy bien con Julieta, al igual que mi madre. Incluso empezaban a quererla más que a mí. No me molestaba. El día en que la había visto en mi cama después de aquella noche, me prometí comportarme mejor con ella si no quería que se fuera lejos. Poco a poco iba descubriendo que Julieta no quería hacerme daño, pero seguía sin mencionar a Brad y Dalton, a los que veíamos muchas veces en el instituto. De momento, yo no había preguntado nada; quería esperar a que las cosas se calmaran y a que ella volviera a confiar en mí. Cuando estábamos los cuatro reunidos o ella estaba con alguno de mis padres, hablaba como si no tuviera fin, sonreía y se reía con energía, olvidando todo lo malo, pero cuando nos cruzábamos en los pasillos de la casa o del instituto, no me hablaba ni me dirigía ningún tipo de gesto o, al

menos, no cuando estábamos solos. Se ponía seria y me lanzaba miradas de odio.

Siempre que alguien nos veía juntos, fingía. Y lo peor es que lo hacía bastante bien.

Ese sábado estábamos bromeando acerca de los gorros tan extraños que había comprado mi madre en un bazar. Mi madre se había excusado diciendo que los usaría en primavera. Y ese día perfecto en que todo eran risas, cayó el primer copo. Estábamos tan asombrados y al mismo tiempo tan felices que dejamos la cena en la mesa y salimos con los gorros a recibir la nieve. Poco a poco, el césped empezó a teñirse de blanco, al igual que el techo de la casa.

Ese día, Julieta me habló.

—Es muy hermoso, ¿verdad? —Estaba sonriendo y los ojos le brillaban como nunca antes.

Estaba fascinada. Su pelo parecía más reluciente y sedoso. Tenía unas ganas inmensas de pasar los dedos por él. Tenía los labios al natural. Yo sabía que era una de las características que la hacían parecerse más a *ella*. El maquillaje le cubría lo poco que quedaba del golpe. De pronto, sentí un pinchazo en el pecho.

—Me encanta la nieve —dijo.

Había algo diferente en ella que solo yo percibía. Nunca la había visto así.

—Sí —coincidí con ella, con una ligera sonrisa—. La naturaleza hace cosas muy hermosas.

La miré directamente a los ojos, esperando que captara la indirecta. Lo hizo y se puso colorada, pero no dijo nada más. Trató de no sonreír y siguió disfrutando del paisaje blanco.

Después, todo volvió a ser como hacía unos minutos: cada uno siguió con lo suyo y no volvimos a hablar de lo sucedido. Eramos como dos completos desconocidos que vivían bajo el mismo techo y apenas se hablaban. No podía decir que la veía como a mi hermana pequeña, porque mis pensamientos no eran del todo puros cuando la veía. Mi deseo por ella aumentaba cada vez que me rechazaba cuando entraba en la habitación que mi madre le había asignado.

Creo que me gustaba verla molesta y, en cierta forma, me gustaba que me odiara pero que, al mismo tiempo, quisiera estar a mi lado. Era difícil de explicar, pero ambos lo entendíamos. Así que estar bajo el mismo techo no era precisamente una tortura. Me gustaba tenerla cerca porque me sentía en paz. No tenía ganas de asesinar a nadie. Muchas veces perdía el control, pero nunca hasta el punto de querer ir por alguien como lo había hecho con Rachel, Alan y el señor del callejón de Noxville. Seguía investigando de dónde provenía el teléfono del chico que nos atacó. Aunque no había recibido ninguna llamada más, marqué el número desde diferentes cabinas del pueblo para que no sospecharan. Sin embargo, nadie había respondido. Algunas veces daba tono, pero en otras ocasiones parecía apagado. Era muy extraño.

Había intentado buscar teléfonos similares en las tiendas que había a las afueras del pueblo y en los supermercados del centro, pero ese modelo no estaba a la venta en ninguna de ellas, lo que me hizo pensar en que lo había adquirido en otro estado o por internet. Y ambas opciones serían muy difíciles de rastrear.

De todas formas, guardé el aparato por si alguien llamaba de nuevo. Aunque tenía pocas esperanzas, traté de ser positivo. Muy en el fondo sabía que ese teléfono jamás volvería a sonar.

Hacía doce semanas y media que *ella* se había ido. El tiempo pasaba demasiado rápido y casi no me daba tiempo a divertirme con Brad. Solo iba a clase por las mañanas; después me iba directo a la cafetería a trabajar hasta que se ponía el sol. Luego, llegaba a casa a cenar con mis padres y fingía que mi relación con Julieta iba genial. Debía admitir que éramos muy buenos actores. Ella era una persona de muchas palabras, y a mí me gustaba seguirle el juego.

Las semanas que pasamos en su apartamento habían quedado tan atrás que parecía que habían ocurrido hacía años. Siempre tenía una excusa para que no la tocara: jaquecas, dolores de estómago, cansancio, un enfado, etc. La excusa perfecta era que, al vivir en casa de mis padres, debíamos respetarles, aunque muchas de esas veces estábamos a solas. Extrañamente, tampoco me

molestaba.

Le llevó más de un mes hacer amigos en el instituto. Entre ellos estaba Paula, que era de su misma edad, y, aunque no salían muy a menudo por el nuevo trabajo de Julieta, eran muy amigas. Paula era seria y tranquila, así que no me preocupaba que estuvieran juntas.

Mi otra misión, aparte de descubrir quién era Minnesota, era saber si Julieta había visto a mi abuelo de verdad. Así que le pedí un permiso especial a Steve para faltar un viernes por la tarde. Al salir del instituto, me iría directamente a Knoxville.

Cuando sonó el timbre, fui al aparcamiento sin hablar con nadie. Esperaba salir de allí sin perder el tiempo, pero la nieve, que ya casi superaba los quince centímetros de altura, estaba complicando las cosas. El tránsito era más lento, y las personas se resignaban a quedarse en casa y preferían salir a jugar en la nieve.

El aparcamiento estaba blanco, y los coches, llenos de copos. Por suerte, las ruedas todavía se veían. Fui hasta el coche; si andaba por la nieve, me hundía, por lo que decidí caminar por la zona que había limpiado la quitanieves. No esperaba a Julieta. La mayor parte del tiempo me evitaba y se iba con Paula. Otras veces se quedaba en la biblioteca y volvía en el autobús. Tampoco le gustaba que le hicieran muchas preguntas sobre nuestra relación.

Me subí al coche y conduje hasta Knoxville con la esperanza de encontrar algo sobre mi abuelo. Llegué después de tres horas y media de camino, una hora y media más de lo que esperaba. Como no sabía por dónde empezar, decidí dar varias vueltas con el coche. En Knoxville hacía más frío y las calles estaban vacías. Había algunos locales abiertos, pero no parecía que hubiera gente dentro.

Me froté las manos para darme calor y di otra vuelta por el centro. Inesperadamente, pasé por el motel en el que me había alojado la noche que conocí a Julieta. Seguí avanzado sin detenerme y pasé por un edificio grande con cientos de ventanas oscuras que parecía abandonado. Decidí que había llegado la hora de preguntar en los bares. Eran los mejores sitios para buscar a un recién llegado. Knoxville no era tan grande, al fin y al cabo.

Estaba nervioso.

Mi única figura masculina en la familia había sido mi padre. No tenía ningún tío; mi padre era hijo único. Llegué a uno de los bares más concurridos pero, al mismo tiempo, el más oculto y peligroso. Sabía que, por mi edad, podrían echarme sin ningún problema, aunque esperaba que fuera fácil comprar a los trabajadores. Cuando llegué al bar, entré sin pensarlo demasiado. Había traído la fotografía de mi abuelo. Si ella lo había reconocido, puede que alguien más también lo hiciera. A lo mejor no había cambiado tanto.

Empecé a escuchar mucho ruido. Tenía que recorrer un largo y oscuro pasillo que apestaba para llegar hasta otra puerta. Avancé con pasos largos, esperando poder salir de allí pronto.

La música se oía más fuerte con cada paso que daba.

Cuando llegué a la puerta, un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza, lo que me provocó un hormigueo por todo el cuerpo.

Me tensé. Algo me gritaba que me diera la vuelta y volviera a casa.

Pero fue ese mismo grito el que me hizo dar un paso más y empujar la puerta de madera que estaba frente a mí. No me iba a quedar con la duda de saber si mi abuelo seguía vivo. En cuanto puse un pie dentro del bar, sentí un tirón a la altura del cuello que me hizo apretar los labios. Unas manos enormes me tomaron por sorpresa. No grité y tampoco me resistí, pero me preocupé cuando oí a alguien exclamar algo con una voz profunda, casi amenazante. La música estaba tan alta que me costó descifrar lo que me había dicho. Entonces, sentí algo afilado y frío en mi yugular.

—¿Quién eres? —La voz me resultaba familiar.

Me quedé callado. Estaba analizando la voz mentalmente.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar, presionando el arma con más fuerza.

—Max —respondí—. Soy Max Russell, de Noxpoint.

Mi voz sonó como un murmullo. Cuando intenté mirar sobre mi hombro, apartándome unos centímetros del cuchillo, me di cuenta que había alrededor de cinco hombres rodeándome. Cuando bajé la

mirada, advertí que uno de ellos llevaba una pistola. Levanté las manos en señal de rendición y no dije nada más hasta que uno de ellos se acercó hasta a mí.

Abrí los ojos de par en par sin creer lo que veía.

—Max Russell, ¿eh? —Su sonrisa se ensanchó. Parecía emocionado por verme, incluso llegué a notar cierto brillo en sus ojos—. No me digas que ya no me recuerdas.

No pestañeé. Me quedé quieto y el cuchillo se fue alejando de mi cuello. Percibí cierta decepción en su tono de voz. Me acomodé la chaqueta de un tirón. Tenía las mismas cejas pronunciadas y los labios delgados. Su pelo grasiento no dejaba ver ni una sola cana, la vejez no se le notaba, ni siquiera en los brazos fornidos, donde, curiosamente, tenía un tatuaje que nunca había visto.

Lo que más me llamó la atención fue la cicatriz que tenía en medio del rostro, como si lo dividiera dos caras. La delgada curva con trazos irregulares iba desde el ojo derecho hasta la comisura del labio.

—Lo sé, es horrible —dijo cuando no respondí de inmediato—. Seguro que por eso no me recuerdas, ¿verdad?

Lo miré con curiosidad mientras buscaba una respuesta. Les hizo una señal a sus hombres para que se apartaran.

—Claro que le recuerdo —respondí en un susurro—. Usted es Owen Page, el padre de... Morgan.

Capítulo 20

Owen Page, el presunto culpable de la muerte de la madre de Morgan, estaba frente a mí. La última vez que le había visto fue en el juzgado, cuando fue humillado y expuesto ante todos. Había sentido una pena terrible al verla sentada junto a alguien de la casa hogar. La habían alejado de su padre después de la tragedia; no solo había perdido a su madre, sino también a él. Traté de alejar ese recuerdo de mi mente para no hacerme más daño y me concentré en lo que estaba sucediendo.

No entendía cómo era posible que estuviera libre. Si no recordaba mal, le habían sentenciado a pasar el resto de su vida entre rejas, y no creía que su pena se hubiera reducido por su buena actitud.

Yo creía que se había escapado.

No había otra respuesta lógica.

Y lo que más me preocupaba era que ni mi padre, ni ninguna autoridad en el pueblo lo habían anunciado. Todos seguían creyendo que Owen Page, el asesino de Susan Page, seguía preso.

¿Quién sabía que Owen ya no estaba en prisión? Tenía que ser alguien muy importante y debía de tener una buena relación con él para liberarlo. No había otra opción, a menos que esa persona le tuviera miedo. ¿Owen podía ser peligroso?

Dudé.

En el pueblo se le respetaba mucho. Venía de una buena familia

y nunca se había metido en problemas. Aunque era probable que el tiempo lo hubiera cambiado, no creía que el cambio fuera tan drástico. No parecía asustado, ni tampoco tenía intenciones de herirme. Más bien, se le notaba preocupado porque alguien hubiera descubierto su secreto.

—¡Hacía mucho que no te veía! Eres todo un hombre.

—Ha pasado mucho tiempo, señor Owen —respondí con un leve asentimiento. Mi respeto hacia él seguía siendo el mismo. Traté de pensar en algo para irme de allí.

—Tienes razón —dijo, asintiendo—. Ha pasado demasiado tiempo. Así que dime, Max, ¿qué te trae por aquí?

Abrí la boca.

—Buscaba a una persona —contesté.

—¿Sí? ¿A quién? —Sonaba interesado, así que le conté la verdad, esperando no cometer un grave error.

—A mi abuelo. Una joven dice que lo vio por aquí, en Noxville. Estoy tratando de averiguar si es cierto.

Omití mencionar el nombre de Julieta por su seguridad.

Frunció el ceño.

—¿Buscas a Marcus? No me digas que Patrick te mintió sobre la muerte de tu abuelo. ¿Crees que está vivo? ¡Eso sería un gran milagro! Devolverle la vida a un muerto es imposible, pero te deseo suerte. Puede que tengas razón y que Marcus esté vivo. Uno nunca sabe a quién se puede encontrar en un pueblo tan pequeño, ¿verdad?

Negué.

—Solo es un rumor. Estoy investigando.

Chasqueó la lengua.

—Rumor o no, yo no confiaría en tu padre.

Le devolví la mirada.

—¿Por qué no?

—¿No lo recuerdas? —Sonó un poco dolido—. Él me metió en esto. Fue cómplice de mi sentencia. Sabía que yo era inocente y nunca se ensució las manos por mí. ¡Bah! Yo apreciaba a tu padre,

Max. Ahora solo está causando muchos problemas.

—Discúlpeme, señor Owen, pero mi familia cree fielmente que usted no tuvo nada que ver en el asesinato de su esposa. Fue Stephanie la que le sentenció, mi padre no podía interferir en la decisión de una jueza. Creo que usted lo sabe mejor que yo. De todas formas, por las historias que cuentan sobre esa noche, tampoco creemos que fuera un suicidio: nadie se tira por las escaleras con la intención de matarse. Suena estúpido. Lo que sospechamos es que alguien pudo haberla empujado.

Se puso tenso.

—Por suerte, alguien ya ha pagado por ello. —Estoy de acuerdo y, por lo que veo, las cosas no se han calmado aún. Lo mejor será que me vaya.

—¡Pero si acabas de llegar! —exclamó.

—No debí entrar aquí.

—Max, siempre serás bienvenido. Seguramente no tiene la calidez de un hogar, pero es muy probable que encuentres a alguien en quien confiar.

—¿A qué se refiere?

—Noxpoint es un pueblo lleno de mentiras. Te conozco desde que eras un niño y, a veces, creemos que somos tan fuertes que nada nos puede derrumbar. Un día podemos perder esa fuerza, y lo peor que puede suceder es que alguien lo note y se aproveche de ello. Ten cuidado y estate alerta. Siempre es bueno detenerse y ver quién vigila nuestras espaldas.

Suspiré.

—Lo tendré en cuenta, gracias por el consejo. Nos vemos, señor Page.

Me di la vuelta para volver a mi coche, pero su voz ronca me detuvo.

—Max, espera.

No me giré, pero me detuve para escucharlo.

—Que nadie se entere de esto.

Asentí y me fui con la fotografía de mi abuelo temblando entre

mis dedos. Alguien muy poderoso había dejado libre a una de las personas más conocidas del pueblo por un inexplicable crimen. Me sudaban las manos. El señor Page ni siquiera me había preguntado por *ella*. ¿Acaso sabía que se había ido de Noxpoint con su tía Elizabeth? No lo dudaba.

Entonces, se me ocurrió algo.

¿Y si *ella* se había ido por qué sabía que su padre estaba libre y no por mi culpa? ¿Sería posible que regresara si descubría a Owen? Traté de ser positivo, y una media sonrisa se escapó de mis labios al pensar en su posible regreso. Sin embargo, nada era seguro.

Salí del callejón y el viento me golpeó en el rostro. Oculté la foto en mi regazo y fui hasta el coche.

Ya era hora de volver a Noxpoint.

Me prometí que, de momento, no diría nada del señor Page.

Estaba hecho un lío. Repasé todo lo que había ocurrido en las últimas semanas. En primer lugar, sabía que Julieta tenía algo que ver con Dalton y Brad. Después de lo que había sucedido, me dolía pensar que pudiera estar engañándome con uno de mis amigos. En segundo lugar, tenía que seguir involucrándome en la investigación del caso del hombre que había intentado abusar de Julieta porque la estrellita en su asquerosa frente indicaba que era el mismo asesino que había matado a Alan Warre y a Rachel Hill. Lo más positivo era que creían que el asesino estaba moviéndose por los pueblos cercanos, así que, cada vez que llegaba una nueva persona, se la observaba con detenimiento para descartarla como posible sospechosa. Por otro lado, mi abuelo Marcus estaba vivo, supuestamente. Julieta estaba segura de que lo había visto en Noxville. No quería pensar en que podría estar mintiendo, así que me planteé si era posible que el señor Page tuviera algo de razón y que mi padre me hubiera ocultado información sobre mi abuelo. Mi cuarto problema era Calvin, el chico que nos había atacado en la fiesta, y su misterioso teléfono, que seguía sin sonar.

Por último, estaba, nada más y nada menos, que Owen Page y

su sorprendente aparición en Noxville. Mi mente estaba trabajando a mil por hora para tratar de resolver algo que, sin duda, parecía ir mucho más allá.

Cuando llegué a casa, las luces estaban apagadas y no parecía que hubiera nadie despierto. Aparqué en el garaje sin hacer mucho ruido y miré el reloj de la pantalla del móvil. Aún faltaban cuarenta minutos para el sábado.

Entré en casa, sacudiendo los copos de nieve que tenía en el pelo, y suspiré. Quería darme una ducha fría. La cabeza me seguía zumbando.

Me apresuré a entrar en mi habitación, sin molestarme en encender las luces. Imaginaba que mis padres habían salido con Julieta a cenar. Agradecí tener la casa para mí. Tenía tantas cosas en la cabeza que no me apetecía responder a las preguntas de mi madre o de Julieta. Aunque tratara de ocultarlo, se preocupaba por mí. Había días en que la notaba muy ilusionada y otros en los que parecía que el mundo se le venía encima. No la entendía.

Entré a mi cuarto y encendí las luces. Fui directamente hasta la ducha y dejé que el agua saliera a chorros. Quería darme un baño con un montón de espuma. Me quité la chaqueta, la camisa y los calcetines húmedos por la nieve. Me quedé en pantalones, esperando encontrar ropa limpia en los cajones.

Sentía la tensión en los omóplatos y en los hombros. El dolor era peor de lo que esperaba.

Entré al baño y dejé la ropa encima de las toallas blancas.

Busqué el jabón en el armario, pero no lo encontré. Pensé que, tal vez, mi madre se había terminado el suyo y se había llevado mi bote.

Resoplé.

Tuve que salir del baño y de la habitación con el pantalón de mezclilla. Estaba helado y solo quería desprenderme de él. Llevaba el torso desnudo y, al salir de mi cuarto, sentí el aire frío en la espalda. Una de las ventanas del pasillo estaba abierta. Me apresuré a ir al cuarto de mi madre.

Entonces, una voz familiar llamó mi atención.

—¡Tienes que ayudarme! —jadeó.

Me paré en seco y me fijé en que una de las puertas estaba entreabierta. Por el hueco pude ver una pequeña luz. Fruncí el ceño y me eché hacia atrás con sigilo.

Julieta estaba sentada sobre la cama con un sobre blanco en las piernas semidesnudas.

Me quedé quieto y en silencio.

—¡No se lo puedo decir! —chilló con fuerza, como si no hubiera nadie en casa. Abrí los ojos, tratando de ver más. No se había dado cuenta de que yo estaba dentro—. ¡Me matará! ¡Lo sé! ¡Me matará!

Hubo una pausa.

Se me heló la sangre.

¡Yo no la mataría! ¡No le haría ningún daño! ¿Por qué estaba diciendo algo así? Mis intenciones con Julieta eran claras, y en ninguna de ellas estaba causarle dolor. Tenía que entenderlo.

Yo la quería.

—¡Tienes que sacarme de aquí, por favor! Cada vez que estoy cerca de él siento que no puedo seguir ocultándolo. Temo que descubra la verdad. No sé cómo reaccionaría. Creo que se lo diré en cualquier momento, ¡y no debo! ¡Pero ya no puedo más!

Se llevó las manos a las mejillas. Estaba llorando.

Me dolió el pecho.

—¡Esto no tenía que ocurrir!

Estuve a punto de entrar para pedirle una explicación, pero su voz me detuvo.

—¿Crees que es lo mejor? —No podía escuchar con quién estaba hablando. Me sentía decepcionado y abandonado—. Entonces lo haré. Me iré esta noche. Haré como que no ha pasado nada durante estos meses y seguiré con mi vida lejos de aquí. ¿Puedo contar contigo?

Apreté los puños.

Suspiró y esbozó una inocente sonrisa que me desgarró el alma. Hacía mucho que no la veía sonreír así. ¿Estaba siendo injusto por

tenerla conmigo? No. Ella estaba siendo la injusta. Tenía un hogar con unos padres increíbles que la habían tratado como a una hija, ¿por qué se iba? ¿Con quién estaba hablando? ¿Quién la estaba ayudando a escapar?

—Gracias, de verdad. Esto..., yo... Nos vemos en un rato. Adiós.

Colgó y se levantó de un salto. Me oculté con rapidez, pensando que saldría, pero, en cambio, encendió las luces y comenzó a sacar todo lo que había en su armario.

Absolutamente todo.

Recogía como si la vida se le fuera en ello.

Yo, por mi parte, seguí mi camino y fui hasta la ducha que había dejado abierta. Las burbujas no me iban a tranquilizar, así que decidí esperar a que se fuera para hacer mi aparición.

Capítulo 21

No estaba tranquilo, pero intentaba aparentarlo. Quería convencerme de que Julieta no se iría tan fácilmente, no después de lo que había oído. Me vestí con unos pantalones negros, perfectamente planchados, y una camiseta del mismo color. Había sido lo primero que había sacado y era perfecto para la ocasión.

Me sequé el pelo, me peiné y esperé a que hubiera algún ruido que me alertara. Mis padres estarían a punto de llegar. Normalmente, sus cenas de los viernes terminaban hacia las dos y media de la madrugada. No sé a qué estaba esperando Julieta. Sabía que seguía encerrada en la habitación. ¿Por qué no salía? ¿Se había arrepentido?

Tras diez minutos mirando el reloj, un coche se detuvo cerca de la puerta de entrada. Mis padres habían llegado. Eso le dificultaría más la salida.

¿Quería despedirse de ellos o estaba planeando algo más?

Escuché risas que provenían de la sala. Luego, oí como Julieta pasaba por enfrente de mi habitación con una maleta. Las ruedas se arrastraban por el pasillo, anunciado su partida.

No.

Otra vez no.

No lo podía soportar.

Sabía que le había hecho daño y que le había hecho sentir mal, pero la quería; me gustaba tenerla a mi lado. Deseaba que se

quedara cerca de mí. Por un momento, me sentí incapaz de hablar. Las risas se detuvieron.

El peligro se avecinaba.

Entonces, salí de mi habitación con extrema lentitud. Bajé las escaleras sin hacer ruido y seguí las voces que me guiaban. Parecía que ambas mujeres estaban en la cocina. Los susurros se oían.

Me acerqué todavía más y volví a esconderme para que ninguna me viera.

—Sé que algo va mal entre vosotros, Julieta. Lo he visto, sé que nos mentís todos los días —dijo mi madre.

Llevaba un vestido verde que le llegaba hasta el suelo. La chaqueta de mi padre seguía sobre sus hombros y, aunque parecía que le cubría la piel desnuda, no era así. Julieta estaba de espaldas.

Había dos maletas detrás de ella.

—Señora Russell, le agradezco mucho todo lo que ha hecho por mí. Sé que mi partida no es como hubieran esperado. Las cosas con Max ya no tienen solución, creo que lo mejor es que me vaya.

Mi madre frunció el ceño.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho daño?

—No.

—¿Qué sucede, Juls? Sabes que esta es tu casa, no importa si las cosas ya no funcionan con Max, puedes quedarte. Te aprecio demasiado y me parece una barbaridad que te quieras ir a estas alturas. No puedes vivir sola. Es demasiado peligroso.

Julieta suspiró.

Algo en aquel suspiro me hizo desfallecer. Al segundo, lo entendí. Estaba guardando un secreto, uno que le dolía contar, especialmente a mi madre.

—De verdad, quiero irme. No puedo seguir aquí. Lo siento mucho.

Mi madre resopló.

—¿Max lo sabe?

Ella negó.

Luego, se metió las manos en los bolsillos y sacó el sobre que le

había visto hacía unas horas.

—No lo sabe, pero quiero dejarle esta carta. Le pido que se la entregue como un último favor.

Le entregó el sobre y mi madre lo miró con recelo.

—Julieta...

—Por favor, sé que Max ama a otra persona. Todos lo sabemos. Mi madre asintió con tristeza.

—Está bien. Se la daré.

Julieta se despidió con un movimiento de cabeza y se giró. Algo en ella había cambiado.

No esperé más y entré, dando un portazo.

—¿Una jodida carta es lo que me dejas? —Mi voz se oyó por toda la cocina.

Julieta abrió los ojos de par en par. Claro que no esperaba que yo estuviera viendo como huía sin despedirse. Las lágrimas salieron de mis ojos como una cascada interminable. Mi madre me miraba como nunca antes lo había hecho.

Esta chica me había roto el corazón.

—Max... —Fue lo único que pudo decir.

—¿Una jodida carta, Julieta? —volví a preguntar.

Sentí un nudo al tragar. Estaba haciendo tanta fuerza con la mandíbula que me dolía la cabeza. Estaba desconcertado, dolido y furioso. Muy furioso.

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es. —Sus ojos se humedecieron.

Me sentí impotente. Tenía ganas de golpear lo primero que se cruzara en mi camino para aliviar el dolor que me invadía. No podía abandonarme.

—¿Más? ¡Aquí la única que lo ha cambiado todo has sido tú!

—Esto no funcionará, Max. Créeme. Lo presiento.

Negué.

—No creo en ti, ¡mentirosa! ¡Eres una mentirosa! —grité con fuerza, haciendo que mi madre saltara.

Los cristales que se encontraban cerca vibraron.

—¡Max, tranquilízate! Debes respetar la decisión de Julieta. Si no quiere estar contigo, no puedes obligarla.

Mis ojos estaban sobre *ella*.

—¿No quieres estar conmigo, Julieta?

—No —respondió ella sin pensarlo.

—¿Ya no me quieres?

Dudó.

—No, ya no —contestó.

—Mientes.

—Es la verdad. Sé que es doloroso, pero no hay otra respuesta. No te quiero, Max. —Hizo una pausa para mirar al techo y aguantarse las lágrimas—. Y sé que tú tampoco me quieres. Por eso me voy.

Miré a mi madre.

—Genial, dame la maldita carta. Quiero leerla.

—¡No! —gritó Julieta.

Corrió hasta mi madre y se la quitó de las manos antes de que pudiera hacerlo. Se guardó la carta debajo de la camiseta y distinguí cierto alivio en su rostro.

—Lo mejor es que habléis a solas. Necesitáis hacerlo antes de que os hagáis más daño, pero si me veo en la necesidad de interferir, lo siento mucho, pero lo haré.

La advertencia fue para mí. Pero no la escuché. La vi salir de la cocina antes de que la bomba explotara. Dejé de apretar la mandíbula.

—Explícame, Julieta. ¿Qué estás haciendo?

—Nada —contestó.

—Entonces, ¿te vas?

—Sí.

—¿Con quién?

—¿Acaso importa?

—¡Claro que sí! ¡Te he oído hablar por teléfono! ¡Sé que escondes algo...! ¡Sé que alguien sabe tu secreto!

Ella se rio.

—¡Solo déjame marchar antes de que sea demasiado tarde, Max!

Tomó las dos maletas, que ahora estaban frente a ella, y avanzó hacia la puerta. Antes de que pudiera pasar junto a mí, la detuve con mi cuerpo.

—Si te vas, no vuelvas.

Ella asintió.

—Te lo aseguro.

Su respuesta me tomó por sorpresa, tanto que logró avanzar unos pasos más. Cuando reaccioné, la alcancé y le tiré del brazo.

—Está bien —acepté—. Si quieres irte, no te detendré. Solo dame la carta.

Ella sonrió.

—Te la haré llegar cuando esté lejos de aquí. Se me acabó la paciencia. La agarré de los brazos, la giré para ponerla de espaldas a mí y los llevé hasta la parte baja de su espalda, lo que le causó dolor. Con una mano le apreté las muñecas y metí la otra dentro de la blusa, donde se había guardado el sobre.

—Max..., no —me pidió entre jadeos.

Cuando tuve el sobre, la alejé de un empujón.

—¿Qué hay en este sobre? —pregunté, curioso.

—No lo abras. Es una carta cursi, no vale la pena.

—¿Sí? Ahora veremos.

Rompí la superficie del sobre, haciendo que el papel crujiera entre mis dedos. La carta estaba doblada en cuatro partes.

—Yo... No fue mi culpa. Te lo aseguro.

Tiré el sobre y la desdoblé. Sentí un nudo en el estómago. Algo me decía que algo no iba bien.

Traté de controlar mis nervios. El corazón me dio un vuelco cuando vi una fotografía. Era pequeña con el fondo negro. La miré fijamente.

—Julieta. —Su nombre sonaba lejano.

Ella lloró.

Tuve ganas de vomitar.

—¿Estás...? —Las palabras se quedaron atascadas en mi garganta, no podía creer lo que veía. No sabía si era un sueño o una pesadilla. Tragué saliva y, como pude, añadí—: ¿Estás embarazada?

Capítulo 22

Tuve que inhalar y exhalar varias veces, pensando que iba a desmayarme en cualquier momento. Me dolía el pecho, pero no podía hacer nada para controlarlo. Era una emoción más fuerte que yo. Me costaba seguir de pie mientras leía la carta. El papel pesaba más que una roca. Julieta estaba tan asustada como yo. Éramos demasiado jóvenes para tener un bebé, sobre todo ella, que era una niña que aún no había cumplido los diecisiete. No me preocupaba lo que mis padres pensarán, pero sabía que no les iba a gustar. Ahora entendía por qué estaba tan amarilla y el brillo de su pelo. De pronto, todo empezaba a cobrar sentido, ¿cómo podía no haberme dado cuenta antes? No sabía cómo explicarlo, pero ella era otra persona. Parecía más... madura. Me temblaban las piernas y tuve que apoyarme en la barra. Una gota de sudor se deslizó por mi frente y sentí que me ardía el rostro.

—No dirás nada, ¿verdad? —Su voz me trajo de regreso a la realidad.

Me quedé mirando la fotografía, en la que apenas se apreciaba la forma del bebé. Era la primera vez que veía algo así. Yo era un asesino. No podía ser padre, no podía tener un hijo. En el momento en que las cosas se torcieran, les haría mucho daño. Quería desaparecer. Un bebé arruinaría todos mis planes. Todos.

Levanté la mirada. Era el momento de decidir qué sentía por Julieta. Tenía que poner mis sentimientos sobre la mesa y hacer lo

correcto. Cualquier decisión que tomara podía cambiarlo todo. Sabía que a mi lado no podría formar una familia feliz.

Llevábamos semanas sin hablarnos y sin besarnos como cuando nos conocimos, ¿cambiaría todo después de esto? Podía decirle que se fuera lejos de Noxpoint y que le ayudaría con los gastos mientras fuera necesario.

No podría mirarla sabiendo que tenía las manos manchadas de sangre. Tener un bebé significaba deshacerme de esa parte de mí que me hacía ver la vida de otra forma. No quería una familia. Ella no merecía estar al lado de un asesino que solo buscaba matar. Todo esto era como una horrible pesadilla.

Quería a Julieta, pero no sabía cuánto. Tampoco sabía si estaba dispuesto a sacrificar lo que más deseaba por algo que había llegado de improviso. Siempre respondía a las consecuencias de mis actos. Pero todo se había complicado. De repente, los siguientes años de mi vida ya no eran como tenía planeado. La idea no me cabía en la cabeza. Ni me veía capaz de cuidar de un bebé, ni quería tener esa obligación. Ni Julieta ni el pequeño se merecían compartir sus vidas con alguien como yo.

No podía defraudar a la persona que había hecho tanto por mí. Podía y debía cambiar. Sin *ella* nada tenía sentido. Se había ido, llevándose consigo mi buena suerte. Si quería olvidarla de una vez por todas, era el momento de deshacerme de todo lo que me recordara a ella.

—No tienes que hacer esto. Me las arreglaré —dijo.

Yo negué y doblé la hoja de papel.

—Me haré cargo.

—¿Qué pasa con tus padres?

Reflexioné y dije lo primero que se me ocurrió.

—Ya se lo contaremos cuando lo hayamos hablado con tranquilidad.

Ella suspiró, parecía cansada.

—Max, lo puedo hacer sola —intentó de nuevo entre susurros, pero me volví a negar, haciendo caso omiso a lo que me decía.

Si ambos habíamos creado a la pequeña criatura, debíamos tener los mismos derechos y obligaciones en todas las decisiones. Tomé sus maletas y las arrastré de vuelta a la habitación. Ella me siguió y trató de detenerme, aunque, muy en el fondo, sabía que quería quedarse a mi lado.

Me giré hacia ella.

—Todo ira bien. Te protegeré.

Ella tembló.

—Eso es por lo que quiero irme. No me gusta tu forma de «protegerme».

Apreté los dientes.

—Pues tendrás que acostumbrarte.

Me guardé la carta en el bolsillo trasero y cogí las maletas de nuevo. La cuidaría más que a nada en el mundo. Nadie debía saber que estaba embarazada hasta que fuera conveniente. Una noticia como esa provocaría muchos rumores que afectarían a toda la familia. Debía ser paciente y cuidadoso con ella. Tenía que volver a ganarme su confianza para que se sintiera segura conmigo. Tenía que asegurarme de ello si quería protegerla y, sobre todo, protegerme a mí mismo. Mis tres asesinatos no podían salir a la luz. Mientras Julieta siguiera enamorada de mí, guardaría todos mis secretos. Subí las escaleras con las maletas y las dejé sobre la cama para que las deshiciera. Al mirar a mi alrededor, me sorprendí; había dejado el cuarto impecable: el suelo estaba limpio y la cama estaba hecha, no había ni una sola arruga, a excepción de las que se habían formado bajo las maletas. Los muebles, los cuadros, las lámparas de cristal y los adornos de las mesitas de noche estaban en su lugar. El olor a naranja me llegaba desde cada rincón. Una ola de calor me invadió y me mareé. Unos recuerdos sangrientos me tomaron por sorpresa.

Sabía qué era. No había nada más que me provocara esa sensación.

Salí de allí antes de que fuera demasiado tarde. Sin saber adónde ir, bajé las escaleras con el pulso acelerado. Quería irme

corriendo.

Quería expulsar algo que me ardía dentro.

Quería tirarme del pelo con fuerza, arrancarme la piel y deshacerme de todo lo que era. Sentía que alguien más me controlaba.

Alguien...

—Max, ¿adónde vas?

Tenía que salir de allí. Traté de concentrarme y de alejar todos esos confusos pensamientos de mi mente. Se había mezclado lo que había sucedido con la madre de Morgan con Rachel, Alan y el hombre del bar. No sabía quién era quién, pero pude sentir que todos dejaban de respirar por mi culpa.

—Yo... —murmuré—. Voy a tomar un poco el aire.

Seguí bajando las escaleras y caminé rápidamente hasta la puerta. Las piernas me temblaban y miré de un lado al otro por si me encontraba con alguien.

No quería conducir, por lo que me fui a pie con pasos largos e inestables.

La cabeza me dolía como si me estuvieran golpeando con un martillo. Me llevé las manos a ella y presioné, esperando que cesara. Pero fue en vano.

Había olvidado que nevaba hasta que un copo me cayó en la mejilla. No sabía hacia dónde ir. Cuando estuve lo suficientemente lejos de casa, grité. Caminé y caminé, queriendo detener el dolor y los mareos.

Cuando me detuve para recuperar el aliento, vi que no sabía dónde estaba. Había perdido la noción del tiempo, todo estaba oscuro. Me toqué la frente; noté que estaba ardiendo.

Tenía que volver a casa. Metí las manos en los bolsillos traseros del pantalón y en el izquierdo encontré el papel que me había dado la noticia de mi vida. Esperaba encontrar mi teléfono en el derecho para llamar a Brad. Me alegré cuando toqué algo más grueso, pero supe por su forma circular que no era lo que buscaba. Saqué el pequeño plástico y vi que eran las estrellas doradas.

—¿Qué demonios? —Gruñí en medio de la nada.

No recordaba haberlas cogido en ningún momento.

Nadie podía verlas. Nadie.

Me las volví a guardar y me aseguré de que se quedaran allí. Haberlas traído conmigo solo podía significar una cosa.

Seguí caminando hasta que llegué a una carretera solitaria. Antes de que pudiera reaccionar, vi un par de luces acercarse hacia mí. Luego, escuché un chirrido de unas llantas y cerré los ojos con fuerza.

Había pasado algo, pero no sabía el qué.

—¡Max! —Alguien gritó mi nombre.

Una puerta se abrió y, cuando pude abrir los ojos, vi que el coche estaba a escasos centímetros de mi cuerpo. Una joven con una sudadera y unos pantalones vaqueros se bajó a trompicones para llegar hasta mí, dejando la puerta abierta. Parecía asustada.

—¿Qué haces aquí? —dijo, confusa.

El dolor comenzó a desaparecer y, al momento, sentí que recuperaba las fuerzas.

—Yo... me siento...

—¿Estás enfermo? —me interrumpió de golpe—. ¿Tienes el coche cerca? —preguntó, mirando sobre mi hombro.

—No y no —respondí, parpadeando varias veces—. He venido a pie.

Se acercó más para ver que no tenía ninguna herida en el rostro o en el cuerpo.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó con preocupación.

Me froté las sienes y apreté los ojos una vez más. Cuando los volví a abrir, observé su rostro suave. Iba ligeramente maquillada y me miraba, esperando una respuesta.

—Mia —susurré.

Mi noche iba mejorando.

Lo podíamos pasar bien juntos.

—Será mejor que te llevé al hospital. Estás... pálido.

—¡No! —grité, tomándola por sorpresa—. Estoy mucho mejor.

¿Por qué no vienes a dar una vuelta conmigo? Me será de gran ayuda. No tardaremos.

Dio un paso atrás, insegura.

—No creo que sea... conveniente. Es muy tarde.

Me pasé la lengua por los dientes.

—Vamos, Mia. Antes solíamos pasarla bien, ¿no lo recuerdas?

Mi voz sonó ronca. No la reconocía.

—¿Estás borracho? —preguntó con las cejas arqueadas.

Asentí.

—Sí, me has descubierto. —Levanté las manos en señal de respuesta, dándome por vencido—. Aunque solo he bebido un poco.

Se quedó en silencio.

—Dijiste que lo nuestro había terminado, Max.

Los ojos se le humedecieron, pero no lloró. Me pregunté si debía seguir con ello o alejarme lo antes posible. No quería hacerle daño, pero quería despejarme. Ahora que sabía que Julieta estaba embarazada, tenía unas inmensas ganas de meterme en la cama con alguien.

Suspiré y recordé mi promesa.

—Tienes razón. Lo nuestro terminó.

Me di la vuelta y decidí volver por donde había venido. Pero conocía a Mia y, en cuanto di un paso, me agarró del brazo con fuerza.

—Max, espera.

Me giré.

Antes de que pudiera reaccionar, sentí sus labios con sabor a fresa sobre los míos. No me resistí y me dejé llevar. La tomé de la cintura y la empujé hacia atrás hasta que llegamos a su coche. La puerta seguía abierta y me dejé caer en el asiento del piloto, alejándome tan solo un segundo de su sabor.

Mia no lo pensó dos veces y se sentó sobre mis piernas. Cuando pegó su rostro al mío, escuché un clic cerca de mis rodillas; había apagado los faros.



Habíamos aparcado en el borde de la carretera y el hecho de que fuera de madrugada nos ayudaba bastante. Hacía mucho frío y la nieve que seguía cayendo cubría el techo. Estábamos satisfechos y con una sonrisa en nuestros rostros. Aunque había sido mi novia, sentía que, de alguna manera, me interesaba más de lo que lo había hecho meses atrás. No obstante, también creía que se debía a que no podía estar con Julieta.

No necesitaba a Mia, necesitaba a Julieta. Quería sentir su calor sobre mi cuerpo. Quería que me perdonara por haberle dado una bofetada que ni siquiera recordaba. Solo quería disculparme y que todo volviera a la normalidad. Me odiaba por lo que le había hecho.

Su cabeza estaba en mi pecho. Nos dormimos durante unos cinco o siete minutos. Ni siquiera sabía qué hora era. No quería llegar a casa al amanecer; esperaba poder darle los buenos días a Julieta. Tener a Mia conmigo me recordaba a Julieta. Me sentía bien, pero a la vez, terriblemente mal.

Entonces, pensé en *ella*.

A pesar de haberme acostado con otra mujer, me di cuenta de que estaba realmente enamorado de Julieta. Me encantaba, la necesitaba y la quería. Julieta me había cambiado. No pensaba en matar a nadie cuando pasaba el tiempo con ella. Todo era tan divertido y había pasado en tan poco tiempo que me sorprendía. Lo único que deseaba hacer en aquel momento era darle un fuerte abrazo y no soltarla nunca. Si había conseguido eso en unas semanas, no me imaginaba lo que podría hacer en unos años.

Tal vez podría ser feliz.

Morgan.

Después de tanto tiempo, podía pronunciar su nombre en mi mente. Lo había evadido cada vez que pensaba en ella. La odiaba y no quería pensar más en ella. Tenía que vivir mi vida. Iba a ser padre. Tal vez podría ser como el mío, o mejor, pero nunca lo sabría si no lo intentaba. Morgan. Su nombre ya no me dolía. Ya no

significaba nada y no sabía cómo sentirme al respecto. Le había dado lo mejor de mí y no me arrepentía de ello. Había significado mucho para mí, pero después de Julieta, ya no era nada.

Tenía que dejar de evitarla y empezar a pensar en todo lo que le había hecho. Podría hablarlo con un profesional. Todo lo que había vivido con ella había sido una pérdida de tiempo. Además, seguro que ya había rehecho su vida lejos de aquí. Y yo tenía que seguir con la mía.

Quería amar a Julieta. El universo me estaba brindando una segunda oportunidad para retomar mi vida.

—¿En qué piensas? —La voz de Mia me devolvió a la realidad.

—En Julieta —dije sin pensármelo. En cuanto escuchó su nombre, se tensó sobre mi pecho.

—¿Se lo vas a contar? —me preguntó con los ojos cansados.



Tenía los ojos encendidos por el deseo. Estaba contenta y relajada, a pesar de haber escuchado el nombre de otra mujer. Era inteligente y sabía que estaba saliendo con Julieta. En mi defensa, podría decir que había sido ella la que me había arrastrado hasta el coche.

—No creo que sea muy inteligente. Además, ella...

Me detuve.

No, no debía de contárselo a nadie.

—¿Ella qué?

—Ella se molestaría mucho.

—Oh.

Comencé a levantarme del asiento trasero, donde nos habíamos acurrucado con la intención de escapar del frío. Mia hizo lo mismo y se estiró todo lo que pudo. Nos recolocamos en el asiento y buscamos la ropa entre los muchos papeles y carpetas del trabajo de su madre.

—Toma, esta debe de ser tuya.

Me tendió mi camiseta y me la puse de inmediato. Nos vestimos con rapidez para llegar a nuestras casas cuanto antes. Me puse nervioso al pensar en contarle a Julieta los planes que tenía para los dos.

Quería casarme con ella antes de que el bebé naciera.

El corazón me dio un vuelco.

Vaya, casarme. ¿Quién lo hubiera pensado? Sabía que, al ser menores, no sería sencillo, pero tener una amistad con el hijo del alcalde podía tener ciertas ventajas.

Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en mi rostro.

Todo iría bien.

Ya era hora de hacer lo correcto.

—¡Oh, Dios mío! —El grito de Mia me sacó de mis pensamientos.

Se había cubierto la boca con una mano y en la otra sostenía un papel. Cuando bajé la vista, vi mis piernas desnudas y el pantalón cerca de ella; había encontrado el certificado médico de Julieta.

—Dame eso. —Le arrebaté la hoja de un tirón, pero ella no respondió.

Acabé de vestirme y escuché su voz.

—¿Está embarazada? —susurró.

Me miró, sorprendida.

—¿Está embarazada, Max? ¿Julieta y tú...? —preguntó de nuevo, cuando no respondí.

Asentí.

—Vamos a tener un bebé.

Tuve una sensación extraña, pero la ignoré.

De pronto, lo supe.

Julieta.

No.

Me giré de golpe y la vi. Estaba detrás de mí, mirando a Mia, que seguía semidesnuda. Luego, me miró de arriba abajo. Tenía el cinturón desabrochado y la cremallera de la bragueta bajada. Me había estado buscando y, tras más de media hora, me había

encontrado.

—Julieta... —Avergonzado, traté de explicarme.

—Mentiroso —escupió.

—Te lo explicaré. No es lo que crees.

Ella negó y empezó a llorar desconsoladamente. Sentí una punzada en el pecho. Lo había arruinado todo. Ya no volvería a confiar en mí, y un bebé no nos iba a unir. Me sentía como un monstruo.

Intentó hablar, pero no pudo, lo que hizo que me sintiera peor todavía. Yo tampoco podía hacer nada, estaba quieto. Sabía que le había fallado. Tomó aire y tragó saliva.

Estaba furiosa y dolida.

—Los mentirosos siempre se acaban delatando.

Se dio la vuelta y volvió por donde había venido.

Capítulo 23

Se me aceleró el corazón y me di cuenta de que, si no iba tras ella, la perdería para siempre. Observé a Mia, que me hacía gestos para que tratara de alcanzarla, y corrí tanto como pude. De pronto, empezó a nevar, pero no paré; debía explicarle lo que había ocurrido. La vi correr entre los arbustos. El movimiento de su pelo me permitía seguirla hasta que, en una ligera curva, la perdí de vista. Corrí más rápido y, cuando la pasé, volvió a aparecer ante mí. Seguía corriendo, pero ya la tenía más cerca.

—¡Espera! —grité—. ¡Por favor, Julieta!

Pero no me hizo caso. A unos pasos de ella, aceleré y la agarré del brazo para detenerla.

No alzó la mirada del suelo. Estábamos solos, por lo que aproveché para explicarle la situación.

—Lo siento tanto —me disculpé.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas y se limpió con la manga antes de hablar.

—Eres tú. Nunca cambiarás, Max.

—No ha pasado nada.

—¡Por favor! ¡Deja de mentir! ¡Está más que claro lo que ha ocurrido! ¡Os habéis acostado! ¡No necesito que me expliques algo que ya sé!

—Julieta..., no.

—¿No qué, Max? —me retó—. ¿No quieres que siga hablando

de esa faceta tuya que crees que ocultas tan bien? Pues, ¿sabes qué? Yo la puedo ver, y si yo he podido, más de uno lo habrá hecho también. Sé que mientes a todas horas. Tratas de ser alguien que nunca llegarás a ser. Me equivoqué al decidir estar contigo, aunque mis sentimientos siempre han sido verdaderos. Me enamore de ti y me convencí de que estar juntos era lo mejor, pero ahora sé que fue por influencia tuya. Solo soy una chica que creyó ver algo *bueno* donde no lo había.

—No sabes el daño que me haces con esto.

No se detuvo.

—Sé lo que eres y no puedes evitarlo.

—Detente.

—No. No me voy a detener. Me has arruinado la vida. No te mereces que te ocurra nada bueno, porque no lo eres. ¡Nunca encontrarás la paz!

—Tú no sabes nada.

—Ya no puedes ocultarlo más.

—Julieta...

—Tienes que ir a la policía y entregarte.

—¿De qué estás hablando?

—Del hombre del callejón. Lo mataste.

—Fue para protegerte. Tú fuiste mi cómplice. ¡Lo hice por ti!

Ella negó.

—Hazlo por el bebé.

Se dio la vuelta para irse. Traté de alcanzarla, pero tropecé con una rama y me caí.

Me crujó el mentón.

Cuando abrí los ojos, vi una ligera capa de sangre sobre la nieve. Me quejé y noté que me había roto algo. Un grito me hizo estremecer.

—¡Max!

Julieta me levantó.

—¿Estás bien?

Hice una mueca. Me había partido el labio.

Asentí sin muchas ganas, frotándome la barbilla y la mejilla.

—Estaré bien.

Al ver que no era nada grave, se alejó un poco.

Antes de que pudiera reaccionar, frunció el ceño.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando hacia el suelo.

Bajé la mirada, confuso, y vi algo que brillaba. Me llevé la mano al bolsillo y una ola de calor me llegó hasta las mejillas. Eran las estrellas, las mismas que les había puesto a Rachel, a Alan y al hombre del callejón en la frente.

Julieta se agachó y recogió una de ellas. Puso una mueca de confusión, y yo me quedé paralizado. Todo iba a cámara lenta. Quería detenerla, pero no podía moverme. Era como si mi cerebro hubiera dejado de funcionar. *Detenía.*

Me la mostró y me centré en la figura. Me había descubierto. La miré asustado porque lo averiguara, pero era demasiado tarde para dar explicaciones.

—Tú... —Me señaló y abrió los ojos con sorpresa.

Avancé hacia ella, pero retrocedió. Estaba temblando por el miedo. Sus botas se hundieron en la nieve y se tambaleó. Tras ella estaba el lago de Noxpoint.

—No voy a hacerte daño —dije en un murmullo.

Ella retrocedió más.

—¡Eres el asesino de Noxpoint! —gritó.

Mátala.

Me abalancé hasta ella en un intento por silenciarla. Me había convertido en alguien totalmente desconocido. Sentí un fuerte golpe en la cabeza y lo último que vi fue a Julieta debajo de mí. Estaba gritando mi nombre y clavaba los dedos en mis mejillas. De pronto, todo se volvió negro y sus gritos se desvanecieron.



Abrí los ojos de golpe, parpadeé varias veces y me froté la cara. Me dolía la parte trasera de la cabeza. Al tocarme, con cuidado, una

punzada de dolor me hizo apartar la mano. Cuando me la miré, tenía los dedos cubiertos de sangre medio seca.

Me quejé en silencio y miré el cielo gris.

¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido?

Ya había amanecido y, aunque el sol no brillaba demasiado, intuí que sería más de mediodía. Poco a poco, fui recobrando la memoria y me asusté cuando recordé a Julieta. La noche anterior había sido un infierno para ambos: me había descubierto con Mia y había averiguado que era el asesino que la policía buscaba. Entonces, pensé lo peor. ¿Y si le había hecho daño? ¿Se habría escapado tras darse cuenta de que había asesinado a tres personas? Esperaba que la respuesta a todas esas preguntas fuera negativa.

Intenté levantarme para ir a casa en busca de Julieta y sentí algo pesado junto a mí que me impedía moverme. Giré la cabeza y vi su pelo negro. Al mirar más abajo, vi una silueta que me resultaba familiar: la chaqueta verde militar, el pantalón negro ajustado y las botas altas me indicaban que era Julieta. La sacudí para que despertara.

Lo último que recordaba era haberme abalanzado sobre ella para que no gritara que yo era un asesino.

—¿Julieta? —pregunté, pero no hubo respuesta.

La sacudí con más fuerza, pero no se movió.

Comencé a ponerme nervioso.

Al tocarla, un escalofrío me recorrió el cuerpo. La incógnita de no saber qué había sucedido en las últimas horas me estaba torturando. Recreé miles de posibles escenarios que acababan terriblemente mal. Era posible que le hubiera hecho daño.

No quise pensarlo demasiado y traté de ser positivo. Quizá quería darme una lección y estaba asustándome. Me acosté de lado, frente a su espalda, y suspiré, convencido de que todo iba bien. Entonces, la agarré del hombro con firmeza y tiré de ella hacia mí. El cuerpo cayó sobre la nieve de golpe. Sus ojos estaban abiertos, pero habían perdido todo su brillo.

Me alejé, horrorizado.

No podía creer lo que estaba viendo.

No, no, no.

—¿Julieta? —No obtuve respuesta.

Me arrodillé junto a ella. Me sentía hueco por dentro. Tenía los labios morados y entreabiertos, como si hubiera tratado de decir algo antes de morir. Sentí un nudo en el estómago.

—Vamos, Julieta. ¡Despierta!

Abrí los ojos de par en par cuando vi una estrella en su frente.

—¡Julieta! —grité entre sollozos y lágrimas.

El cuerpo me temblaba y me dolía. No sabía qué hacer. Estaba devastado.

Traté de quitársela, pero parecía que le habían puesto algún tipo de pegamento. La nieve había hecho que se le incrustara en la piel. Parecía un castigo. La sacudí una última vez, esperando hacerla reaccionar.

—Vamos, despierta, sé que puedes oírme. Sé que nuestro bebé puede oírnos. ¡Despierta!

Negué al río obtener respuesta.

—Vamos a ser padres. Tienes que despertar. Por favor, hazlo.

La apreté contra mi pecho y lloré.

—¡No! ¡Tú no puedes morir! ¡Por favor, dime que esto es una broma! ¡Despierta! ¡Despierta!

Al final, tuve que aceptarlo.

Julieta estaba muerta.

El sonido que me había despertado estaba cada vez más cerca. Parecían las sirenas de un coche de policía. Tenía que huir de allí.

Me limpié las lágrimas sin mucho éxito y me levanté.

Mi ADN estaba por todo el lugar y no tenía tiempo para limpiar la escena. Solo tenía una opción: ocultar a Julieta en el lago.

Tomé una decisión rápida. Oí voces a lo lejos y tuve que apresurarme. La miré por última vez, me arrodillé, le di un beso en la frente y le cerré los ojos.

—Yo no he sido... No puedo haberte hecho esto. Lo juro.

Lo que pasa con el amor es que uno no sabe apreciar lo que

tiene hasta que lo tiene delante o hasta que lo pierde.
Luego, eché a correr.

Capítulo 24

No sabía qué hora era y tampoco estaba seguro de si había pasado más de un día. La presión en el pecho me indicaba que todo iba mal. Sentía que había perdido a la única persona que podía ayudarme a salir del infierno. Lo había perdido todo y ni siquiera sabía cómo, pero estaba completamente seguro de que yo no había asesinado a Julieta. Me horroricé al pensar que el bebé seguía en su vientre, también muerto. Eso me dio ayudó a convencerme de que no había sido yo. Era imposible que hubiera matado al amor de mi vida y a mi bebé. Seguí corriendo, perdido en mis pensamientos. No deseaba averiguar nada de lo que había pasado. Eso solo me atormentaría más. Era demasiado doloroso pensar en lo que le podría haber hecho. No debía darle rienda suelta a mi imaginación.

Me dolían las piernas, tenía la garganta seca y no podía parar de llorar. Me adentré en el bosque sin pensarlo. Al final, me detuve y me senté a recuperar el aliento. A esa hora, la policía estaría buscándome. Seguramente, ya habrían encontrado el cuerpo de Julieta junto al lago, y mi padre estaría ahí. Los forenses cubrirían la escena con su cinta amarilla, sacarían sus bolsas de plásticos y empezarán a juntar todas y cada una de las estrellas que habría esparcidas por la zona. Mis huellas estaban en todas ellas, y mi sangre se había mezclado con la nieve. Todas las pistas les llevarían hasta mí y me harían parecer culpable.

Y esta vez no sabía si podría librarme. ¿Y si la había matado? Di

un fuerte pisotón y grité. Tenía que pensar en algo. No podía pasar la noche en el bosque. Pronto sería de noche y la temperatura descendería. Sin embargo, tampoco podía volver a casa, donde mi padre me pondría las esposas bajo la atenta mirada de mi madre, que estaría llorando desconsoladamente.

No lo podía permitir. Yo no era culpable.

—¡No he matado a Julieta! —grité a la nada.

Al final, decidí volver a casa. Huir me haría parecer más culpable todavía. Lo mejor era afrontar la situación. Debía declarar y confesar que estaba embarazada, pero también tendría que dar una explicación acerca de las estrellas doradas y mi sangre en la nieve. De pronto, se me ocurrió la solución a mis problemas. Si funcionaba, no solamente alejaría la atención de Julieta, sino de Noxpoint y de mí. Caminé por el bosque en busca de algo con lo que pudiera causarme una herida en el rostro. Les contaría que me había atacado alguien: el nuevo asesino de Noxpoint...

El asesino de Rachel Hill, de Alan Warre y del hombre gordo y asqueroso del callejón. Solo que, ahora, se había encontrado con dos personas y solo había logrado matar a una.

Cuando encontré la rama perfecta, la arranqué y me concentré. Tomé aire y reuní todo el valor que pude. Iba a doler. Cerré los ojos y me golpeé con todas mis fuerzas. Una corriente me recorrió de arriba abajo y tuve que volver a sentarme. El dolor me hizo contraerme y llevarme las manos al rostro. Pude saborear la sangre que salía de la nariz. Me la había roto. Era hora de ir a casa.

Caminé durante varias horas a la vez que trataba de recordar por dónde había ido. Aproveché para pensar en cómo debía actuar y en lo que iba a decir. El asesino de Noxpoint nos había atacado cerca del lago. Me había atacado con una rama para tratar de matarme. Me había tirado al suelo y dejado inconsciente. Asesinó a Julieta despiadadamente y se había equivocado al pensar que había acabado conmigo también.

Caía la noche cuando llegué a casa con los labios secos y morados. Tenía hambre y sed. Estaba aterrado por lo que pudiera

pasar. Pero debía intentarlo.

Oculto entre los árboles, miré hacia mi casa. Di un paso hacia adelante, y los pies me temblaron.

Retrocedí.

¿Debía hacerlo? ¿Me merecía la oportunidad de ser libre?

Asentí. Yo no había matado a Julieta. Si lo hubiera hecho, a estas alturas ya habría acabado con mi vida.

¿Y si estaba siendo un egoísta y no quería aceptar la verdad?

Negué.

No era el momento de dudar.

No *be matado a Julieta*, me repetí durante los cinco minutos siguientes.

La casa estaba en silencio. Las luces de la sala de estar estaban encendidas. No había rastro de ningún policía desesperado por encontrar al primer sospechoso de la muerte de la joven. Pensé que estarían patrullando las afueras del pueblo. El vehículo de mi padre estaba en el garaje, al igual que mi flamante coche de color rojo, que había sido casi sepultado por la nieve. La camioneta de mi madre ocupaba mi espacio, fuera del alcance de la naturaleza.

Volví a tomar aire y empecé a cojear.

Estaba nervioso. Era la primera vez que sentía miedo.

Miedo.

Suspiré y me detuve al llegar a la puerta. Agarré el pomo y abrí.

—¡Ayuda! —grité, dando un portazo—. ¡Por favor, ayuda!

Fingí un desmayo y me tiré al suelo bocabajo. Apreté los ojos e intenté llorar.

Oí unos pies correr hacia mí. Una ola de calor me invadió y me mareé.

—¡Max! —gritó una voz femenina.

—¡Ayuda! ¡Por favor! —grité con los ojos cerrados.

Gruñí y me retorcí.

Unas delicadas manos me sostuvieron la cabeza y me pusieron en pie.

—¡Iré a por el alcohol! —exclamó otra voz.

Los zapatos de tacón se alejaron.

—¡Max! ¡Oh, Dios! ¿Qué te ha pasado? —me preguntó una voz suave y preocupada.

Algo no iba bien. La persona que me sostenía no era mi madre, pero su voz me resultaba muy familiar.

Al tener la nariz rota, solo pude percibir su olor a menta, un aroma que me traía miles de recuerdos y me provocaba multitud de emociones que me hicieron estremecer.

No.

Sus manos eran jóvenes y me sostenía con fuerza. Al ver algunos de sus mechones, concluí que, definitivamente, no era mi madre. Además, desprendía un aroma delicioso a...

Rosas.

¿Rosas? Abrí los ojos de golpe y me quedé paralizado.

—¿Julieta? —pregunté en un susurro.

Por desgracia, no podía ser ella. Esta joven me miraba con unos intensos ojos azules y su pelo resplandecía. Además, no había rastro del lunar que tenía cerca del ojo; había desaparecido. Aspiré el aroma y volví a escuchar los zapatos de tacón.

—Tengo el alcohol.

Elizabeth estaba mirándome, aterrorizada.

Elizabeth. ¿Qué hacía aquí?

Miré de nuevo a la chica que me limpiaba la herida con manos temblorosas. Era como un sueño... o más bien, como una pesadilla. Cerré los ojos con fuerza con la intención de despertar y alejar sus manos de mi cuerpo, pero era imposible. Cuando los volví a abrir, seguía ahí. Fruncí el ceño y sentí que el corazón se me paraba. Quería hacerle miles de preguntas, pero no me salían las palabras. Si Elizabeth estaba aquí, la otra tenía que ser... *ella. Ella* estaba aquí. Justo cuando Julieta había muerto. ¿Por qué?

—¿Morgan? —pregunté en voz alta.

Esbozó una sonrisa triste.

—Te dije que volvería.



No podía creérmelo. Seguía siendo la misma, pero algo en sus ojos me decía que había cambiado. Su mirada era más intensa. Parecía más fuerte.

Elizabeth y Morgan estaban aquí, en mi casa.

Pero mis padres no estaban.

Todo estaba sucediendo demasiado rápido. ¿Por qué estaban aquí? ¿Por qué mis padres no? Tuve que repasar todo lo que había ocurrido para poder entenderlo. ¿Era esto un castigo? ¿O estaba alucinando?

Me levanté del suelo una vez que se aseguró de que podía ponerme en pie.

—¿Dónde está la policía? —pregunté, desesperado.

Me sentía como si hubiera miles de cámaras vigilándome, esperando a que cometiera algún error. Se miraron con el ceño fruncido.

—¿La policía? —dijo Morgan—. ¿Por qué la policía debería estar aquí?

Miré a mi alrededor en busca de las cámaras, pero no había nada. Tal vez estaba volviéndome un poco paranoico. Ahora ya no sabía si actuar como una víctima o tratar de entender por qué había vuelto a Noxpoint. Quizá nadie sabía lo que había sucedido con Julieta, tal vez... nadie la había encontrado todavía.

La puerta se abrió de golpe y mis padres entraron con bolsas verdes de plástico llenas de cajas de cereales, bebidas y de algunas verduras que sobresalían. No podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo. ¿Y las esposas? ¿Dónde estaba la policía? ¿Me estaban gastando una broma? ¿Estaban actuando? ¿Sabían que mentía?

Mi madre soltó las bolsas y corrió hasta mí. Ambos se sorprendieron al ver a Morgan y a su tía Elizabeth en nuestra casa.

—¿Qué te ha pasado?

Miré a mi padre. No parecía tener la intención de llevarme a

prisión. Solo estaba preocupado por mí. Entonces, me esforcé por intentar llorar.

—Lo siento..., yo... me he metido en una pelea callejera.

—¡Max! —Mi madre me regañó.

Me daba vueltas la cabeza. Había demasiado que asimilar. Mi padre dejó las bolsas en el suelo y sacó el teléfono.

—Mira cómo te han dejado. —Negó con desaprobación—. Llamaré al doctor Sevilla para ver qué puede hacer. Estás en graves problemas, jovencito. ¿Cómo has podido ser tan inconsciente para pelearte con unos pandilleros?

—Yo...

Todos me miraban con atención. Por suerte, el teléfono de mi padre nos interrumpió.

—¿Sí? ¿Doctor? Disculpe que le llame a estas horas... Sí, estamos bien... Max ha tenido un accidente, ¿cree que podría venir a ver qué puede hacer? —Resopló. Estaba enfadado—. Muchas gracias, nos vemos aquí... Sí..., hasta luego.

—¿Dónde está Julieta? —Mi madre me sacó de mis pensamientos.

Se me aceleró el corazón de la emoción.

De pronto, lo olvidé absolutamente todo.

El dolor que sentía por Julieta estaba desapareciendo. Era como si mi cuerpo se reconstruyera poco a poco. Mi medicina era Morgan y su olor. Me sentía vivo. Volvía a ser Max Russell. Podría volver a acercarme a ella, vigilarla y saber qué hacía a todas horas. Mi vida volvía a tener sentido.

Morgan había regresado. Todo iba a ir bien. Todo volvería a la normalidad. Estaba aquí y me estaba tocando. Podía sentir su piel sobre la mía.

—Julieta se ha ido a Noxville.



El doctor Sevilla me recolocó la nariz y dijo que no hacía falta

cirugía. Solo era necesario ponerle una tablilla para que el hueso no perdiera su forma. Esperaba que terminara pronto.

Si Julieta seguía cerca del lago, alguien podría encontrarla y hacer que todo se viniera abajo. Tenía que regresar allí antes de que fuera demasiado tarde. No quería hacerlo, pero tampoco se lo podía contar a nadie. Debía actuar solo.

Los secretos que duelen no se comparten.

Nunca.

Un ruido llamó mi atención.

Morgan entró a la cocina con timidez. Tenía las manos en los bolsillos delanteros del pantalón. No sabía si debía acercarse o no.

—¿Todo bien?

El doctor asintió por mí. Estaba acabando de curarme la nariz. Con cada segundo que pasaba, me ponía más nervioso y tenso.

Julieta sigue en la nieve. Escóndela. Escóndela.

Miré a Morgan.

—Solo necesita unas pastillas para evitar el picor y para aliviar dolor.

Se alejó y me observó.

—Ya he terminado. Espero que te sirva de lección, Max. Las peleas nunca traen nada bueno.

Asentí.

—Sí. Lección aprendida.

Cuando terminó de guardar sus cosas, asintió.

—Estaré pendiente de ti.

—Gracias, doctor.

Se despidió y miró a Morgan, que seguía en la entrada de la cocina.

—Bienvenida a casa.

—Gracias —respondió ella con una ligera sonrisa.

El doctor salió de la cocina con su maletín. Seguro que mis padres iban a hacerle miles de preguntas para saber cómo estaba y qué debían hacer para que me recuperara. Quería estar enfadado, pero la felicidad que sentía era mucho mayor. Ella significaba mucho

para mí, y no podía ocultarlo.

—Has vuelto —susurré.

—Sí —respondió.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Mi pregunta no le sorprendió. De hecho, pensé que había ensayado la respuesta. Al fin se decidió a entrar en la cocina. Tenía los labios fruncidos, y yo la seguí con la mirada para que esta vez no pudiera huir.

—Bueno, creo que tenías razón.

Me quedé de piedra. Había olvidado lo que era observarla. Quería pasarle los dedos por el pelo, pero eso era acelerar demasiado las cosas, y todavía había mucho que hacer.

—¿Sobre qué? —pregunté, arqueando las cejas.

—Sobre nosotros.

Me reí cínicamente.

—¿Nosotros? —repetí.

Ella me miró.

—Sí. Nosotros.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea? —cuestioné.

—Es cierto lo que dijiste la última vez. Lo he estado pensando últimamente... Creo que estamos conectados..., que nos complementamos. Tal vez lo estamos de una manera extraña, pero es así. Estamos hechos el uno para el otro. Es nuestro destino.

Me quedé helado.

¿Se me estaba declarando? ¡Vaya!

—¿De verdad lo crees?

—¡Claro! Por eso he vuelto.

Sonreí en mi interior.

Un sonido nos hizo girarnos. Elizabeth acababa de entrar en la cocina con cierta preocupación en el rostro. Estaba claro que me seguía odiando y que había regresado por Morgan. De todas formas, me alegraba de que hubiera vuelto, aunque tuviera a Elizabeth como guardaespaldas. Ya la convencería para que se

alejase de ella.

—Morgan, es hora de irnos.

Asintió y me volvió a mirar.

—¿Nos vemos después? —preguntó.

Me lo pensé durante unos segundos.

—Claro, me encantaría.

—Genial, te enviaré un mensaje, ¿vale?

—Bien.

Se dio la vuelta y se situó junto a Elizabeth. Tuve el impulso de gritar su nombre y carraspeé para llamar su atención.

—¿Sí? —dijo.

Tragué saliva.

—Me alegro de que hayas regresado.

Capítulo 25

Mi madre estaba frente a mí, diciendo que nunca les escuchaba y que no me importaba nada de lo que ellos me dijeran. Estaba bastante enfadada conmigo. Tenía los ojos rojos por haber estado llorando mientras me atendía el doctor. Su voz iba y venía, y yo me limité a asentir y a negar cuando me hacía una pregunta. No quería discutir ni mucho menos contarle lo que realmente había pasado. A veces, mi madre era un poco descuidada y decía cosas que no tenían sentido, mientras que mi padre le daba cuerda y se mostraba de acuerdo con ella sin decir mucho. Él era el que más me preocupaba. Estaba en silencio, pero mostraba cierto interés en mis expresiones y en mis ojos. De hecho, cada vez que había intentado que lo mirara a los ojos, los había apartado. No quería que viera el desagradable vacío que había en ellos.

Todas las mentiras se podían ocultar con palabras, pero los ojos... podían delatarme con facilidad. Suspiré por enésima vez y volví a asentir. La conversación me estaba comenzando a molestar, quería irme y salir de casa como un rayo. Poco a poco, me fui quedando sin aire. Los dedos de las manos me temblaban por los nervios. Me ponía nervioso con cada palabra que salía de su boca. La riña estaba siendo una tortura para mí. Irónicamente, la echaba de menos, pero me sentía como si la acabara de ver. Era demasiado confuso. No le deseaba nada malo a Julieta, pero tampoco quería que alguien se diera cuenta de que había muerto

sin haber ideado un plan para culpar al nuevo asesino de Noxpoint. Quién era y por qué lo había hecho eran las dos preguntas que resonaban en mi cabeza. Mis primeros sospechosos eran Brad y Dalton, ya que me hacían pensar que sabían algo sobre ella que yo desconocía.

¿Realmente habían tenido algo que ver en su asesinato? Esperaba que la respuesta fuera negativa porque, si no, iban a pagar muy caro el dolor que me habían causado. Con la llegada de Morgan todo había cambiado, empezando por la noche en la que me encontré con su padre, el señor Page. Todo era demasiado extraño y había demasiados cabos sueltos y muchas preguntas por responder. ¿Sabría que se había fugado de la prisión? Debía cuidarme las espaldas, pero también tenía que vigilarlo de cerca.

Mi madre se levantó de la mesa y se fue.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté a mi padre algo confuso.

Se terminó su taza de té y negó decepcionado.

—Es mejor que vayas a descansar. Estás actuando de forma muy extraña.

Me asusté, pero no lo demostré. Seguí serio y asentí como un niño.

Antes de que me fuera, mi padre me llamó.

—¿Qué ha pasado con Julieta? Vi sus maletas en la habitación, ¿se va o se queda?

Chasqueé la lengua.

—Creo que se va. No ha funcionado.

Bajé la mirada.

—¿Adónde se va a ir? —Estaba serio, y yo traté de sonar sincero y dolido—. Tu madre me ha dicho algo, ¿es cierto que va a regresar a Noxville?

—¡Ni de coña! —le interrumpí de golpe. Sabía que era la respuesta errónea, así que saqué un as que tenía bajo la manga—. Se irá con su madre. Me contó que tienen planeado volver a México. Su madre tiene familia y empleo allá, así que no creo que haya de que preocuparse. A ambas les irá bien, supongo.

Mi padre resopló.

—¡Vaya! ¡México! Eso está a miles de kilómetros de aquí. ¿Cómo te sientes? —Hizo una pausa—. Imagino que la discusión se inició por eso...

Relajé los hombros en señal de derrota.

—¿De verdad quieres hablar de eso?

Se negó.

—Tienes razón, no es el mejor momento. —Me lanzó una ligera sonrisa, y yo le correspondí con una más amarga y triste—. Descansa, Max.

—Gracias, papá. Tú también. Nos vemos mañana.



Esa noche, no descansé. En cuanto Morgan y Elizabeth se marcharon de casa y las luces se apagaron, me fui a mi habitación. Me llevé un par de cerillas conmigo y le prendí fuego al certificado médico de Julieta en el baño, esparcí las cenizas en la taza y tiré de la cadena para hacerlo desaparecer. Luego, salí de casa a toda prisa. Decidí que la mejor idea era ir en mi coche y aparcarlo cerca de donde estaba Julieta. Tenía que llegar pronto y no dejar huellas. No lo arranqué cerca de casa. Sabía que a mi padre no se creería que se hubiera ido a México. Había sido una respuesta rápida, pero inteligente. Si alguno de los dos decidía buscarla en Noxville, lo más probable era que no la encontrasen ni ahí ni en ningún otro lado. De alguna manera, tenía que desaparecer cualquier pista que pudiera llevarlos hasta ella. Incluso tendría que ingeniármelas para enviarle cartas a su madre sin que se diera cuenta de que su hija había muerto.

Una serie de escalofríos me recorrieron el cuerpo. Sabía que debía llevar a cabo el plan por Julieta. Por ella y por el bebé. La escondería. Ella me habría protegido si hubiera sido necesario, como la primera vez que nos conocimos. Mientras avanzaba, vi que, afortunadamente, nadie había estado fisgoneando por la zona. Sin

embargo, debía darme prisa. Por muy alejado que estuviera, podía surgir un desafortunado inconveniente que podría cobrarse otra vida. Su cuerpo seguía donde la había dejado cuando llegué. Tenía el pelo tieso y pequeñas capas de hielo en él. En sus mejillas había cientos de copos que habían dejado su piel roja e hinchada.

A simple vista, no había sangre. Parecía que había muerto por causas naturales. Nada a nuestro alrededor indicaba que alguien hubiera atentado contra su vida. Sin embargo, la policía y los detectives tenían miles de herramientas que harían que esa suposición se viniera abajo en un segundo.

¿Por qué la habían matado a ella y no a mí? Si me habían dejado con vida, era por algún motivo que desconocía. Ahora, lo único que importaba era que habían acabado con su vida y con miles de posibilidades que podrían haber cambiado mi destino. Estaba bastante consternado por ello. Morgan y Elizabeth habían regresado a Noxpoint justo tras su fallecimiento. Dudaba mucho que hubieran tenido algo que ver; ni siquiera la conocían y no sabían que habíamos mantenido una relación, ni que íbamos a tener un hijo. Estaba solo y tenía que aprender a lidiar con ello.

Con mucho pesar y sin querer pensar demasiado, la tomé de los brazos y la arrastré hasta la orilla del lago. Su cazadora estaba helada, lo cual me dificultaba el movimiento. Además, se encontraba demasiado pegada al suelo. Lo hice rápido y sin atreverme a mirarla a la cara.

No me sentía con el valor de hacerlo.

De alguna manera, la sentía cerca, como si estuviera a mi lado. Su presencia me perseguía; estaba en todas partes. La iba a echar mucho de menos, pero ya no había vuelta atrás. No podía revivirla, ni llorar por alguien que no iba a regresar. Tenía que dejarla ir para que pudiera estar en paz.

La caminata se me estaba haciendo pesada, y me empezaba a doler la espalda.

Tiré con más fuerza hasta que pisé un charco con el que resbalé. La solté y salí del agua de un salto. Luego, reanudé la operación y la

llevé hasta lo más profundo del lago.

Su cuerpo fue perdiéndose con el reflejo de la luna.

Fue rápido, pero doloroso.

Esperé hasta que no quedara ninguna pista, volví donde habían yacido nuestros cuerpos la noche anterior y limpié la escena del crimen. Esta vez, no tenía coartada, así que debía ser más cuidadoso que nunca. Seguramente, la encontrarían hacia la primavera o el verano, cuando ya tuviera un plan preparado. Solo necesitaba tiempo. Todo lo que estuviera relacionado con ella desde el día que descubrí que estaba embarazada debía desaparecer.

A pesar del frío, estaba sudando. Empecé a ponerme nervioso y a preocuparme. Tenía la sensación de que el hielo no iba a ocultarla para siempre, pero debía ser positivo. Me resultó más sencillo de lo que esperaba ocultar las pruebas. La nieve las había ido ocultando poco a poco, por lo que me relajé ligeramente. Volví al coche exhausto y agobiado. Por más que intentaba obligarme a recordar lo que había sucedido, todo se volvía negro después de haberme abalanzado sobre ella. Suspiré y subí al coche. Estaba congelado.

Volví a casa con un sabor amargo en la boca y me fui directo a mi habitación.



No me desperté hasta que mi madre llamó a la puerta con insistencia, gritando que era tarde y que me había vuelto a dormir. En cuanto abrí los ojos, oí una grosería que me hizo saltar en la cama. Gruñí entre dientes y, poco a poco, fui volviendo a la vida. No tenía ganas de nada. Solo quería quedarme en la cama hasta recuperar las fuerzas. Me pesaban los ojos y no sabía cuánto tiempo había dormido, pero por el dolor muscular y la hinchazón en el rostro, imaginaba que no habían sido más de cuatro horas. Miré el reloj y suspiré. Tenía tiempo de sobra para desayunar y bañarme. Tenía las manos sucias y llenas de ampollas. Me había quemado con el hielo. Me levanté de golpe y me puse frente al espejo. Estaba

horrible. Tenía el rostro morado por haberme roto la nariz, y la herida se extendía desde la frente hasta la barbilla. Era desagradable hasta para mí.

Me miré de pies a cabeza, esperando ver algo que hubiera pasado por alto, pero solamente me temblaban las piernas. Me costaba mantenerme en pie.

Me di la vuelta y caminé hacia la ducha sin muchas ganas. Lo único que quería era lavarme. Todavía pensaba que lo que le había sucedido a Julieta era obra de alguien más. Pero ¿cómo podía demostrarlo? El agua comenzó a caer. El día iba a ser muy estresante: tenía que ir al instituto sin Julieta bajo la atenta mirada de los demás, que seguramente pensarían que había sido yo el que la había alejado. Sería un día lleno de mentiras y de falsas sonrisas. Tenía que asegurarme de que nadie hiciera más preguntas de las necesarias.

Entré en la ducha y dejé que el agua eliminara todo rastro de suciedad. Me lavé el pelo, tiñéndola de rojo. Tenía un gran chichón en el cráneo, y cada vez que me pasaba los dedos, sentía un fuerte dolor que me hacía estremecer. Me lavé las orejas y los brazos y seguí por las axilas y el pecho, pasando la barra de jabón por todo mi cuerpo. Cuando acabé, me sequé y me cambié tan rápido como pude. Me puse unos pantalones negros, una cazadora azul, un gorro y unos guantes negros para cubrirme las ampollas. Mi madre volvió a llamar a la puerta.

—Un segundo —dije.

Cuando la abrí, vi que mi padre estaba frente a mí. Su visita me tomó por sorpresa.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Sus ojos no me decían nada y esa era la primera pista.

—Malas noticias —respondió de golpe.

Sentí escalofríos. Miles de imágenes me vinieron a la mente. Habían encontrado a Julieta en el lago. No cabía duda.

—¿Qué ha pasado? —pregunté sin aliento.

Apreté el picaporte.

Mi padre dejó caer los hombros con pesadez y luego dio un largo suspiro.

—La nevada se ha intensificado en las últimas horas y ha alcanzado el metro de altura. En algunas partes ha superado el metro y medio. El alcalde me ha llamado para decirme que será mejor que las actividades se detengan para evitar algún desastre. Así que, de momento, las clases quedarán suspendidas durante unos tres o cuatro días.

Me sentí aliviado.

Tuve que ocultar la sonrisa.

—¡Vaya! Eso sí que son malas noticias.

Se dio la vuelta, negando.

—Sigues sin poder ocultar esas sonrisas maliciosas, Max.

Solté la carcajada y volví a mi habitación, lleno de felicidad. Cerré las cortinas y tomé el control remoto de la televisión. Luego, me tumbé en la cama y la encendí. Me quité los zapatos, el gorro, que ya me estaba haciendo sudar, y los guantes, que empezaban a picarme. Me acurruqué en el colchón, sonriendo como un niño pequeño. Cuando me giré para tomar mi teléfono y enviarle un mensaje a Morgan, algo crujió debajo de mí.

Fruncí el ceño.

Me levanté con curiosidad y vi un trozo de papel amarillo doblado en dos. Estaba arrugado. Lo tomé con confusión y lo abrí sin mucho esfuerzo.

Las letras eran feas y descuidadas, pero el mensaje fue lo que más me llamó la atención.

Creía que la historia de Romeo y Julieta trataba sobre una pasión instantánea y recíproca, ¡pobre! ¡Ahora veo que me equivoqué! Pero, al menos, me consuela saber que el final fatídico es el mismo, aunque tu historia me parece más original. Julieta ni siquiera había bebido el veneno cuando su amado Romeo la asesinó sin piedad.

A veces, las historias no acaban como uno espera, ¿verdad,

Max?

Ahora ya no podrás ocultarlo bajo la nieve y tampoco podrás culpar a otro; sé que eres un asesino.

Sé tu secreto.

Sé que la mataste.

Sé que fuiste tú.

Traté de tranquilizarme y de no hacer ningún ruido que pudiera atraer a mis padres. No quería que descubrieran el mensaje que había recibido. No sabía qué pensar o cómo actuar. Sentí que el techo caía sobre mí. Alguien sabía que era un asesino. ¿Pero cómo? ¿Desde cuándo? ¿Y por qué me lo decía ahora? ¿Había sido porque Julieta estaba esperando un bebé? No podía pensar con claridad y, aunque estaba de pie, sentí que me iba a desmayar. Todo mi trabajo se había ido al traste. Apreté los puños y el pedazo de papel. Me quedé quieto durante unos segundos más y creí que volvía a estar rodeado de cámaras, pero no había nada a mi alrededor. Arrugué más el papel y me tensé. Fui directo a la ventana para ver si alguien había entrado a mi habitación mientras hablaba con mi padre, pero era una tontería. Ambos habríamos escuchado el ruido. Cuando me asomé, no había nada ni nadie. Estaba solo. Y si alguien había estado aquí, los copos habrían cubierto sus huellas.

Solo podía pensar y creer que el mensaje lo habían dejado mientras me duchaba.

Me aguanté las ganas de gritar y, en lugar de salir de casa, cerré las ventanas con llave para que no me pudieran enviar más mensajes. Cerré con fuerza, bastante furioso. Sabía que se estaba burlando de mí y que, de alguna forma, me observaba y conocía mis movimientos, pero ¿quién era? Cerré los ojos y regresé al cuarto de baño, en busca de más candados y llaves. Si quería hacerme llegar otra nota, tendría que buscar otra estrategia, porque no iba a permitirle que entrara de nuevo en mi hogar.

Cuando me aseguré de que todo estuviera bien cerrado, me senté en la cama y observé el papel. Lo alisé para volver a leerlo. La

caligrafía estaba mal hecha a propósito. A simple vista, parecía que lo había escrito alguien que apenas sabía leer y escribir; las letras tenían muchas curvas y eso me hacía sospechar que su autor se había esforzado bastante para conseguirlo. Pero había cometido un claro error: todas las tildes estaban en su lugar, lo que me hizo pensar que el sospechoso era bastante inteligente.

Lo guardé en uno de los cajones bajo llave.

Apagué la televisión. Ahora tenía que descubrir quién era la persona que sabía todos mis secretos. Si la nieve no me permitía salir de casa, no tenía más opción que quedarme allí, con los brazos cruzados. Si no podía moverme, él o ella tampoco podría.



Tres días después de estar viendo la televisión y escuchando la radio, recibí una llamada inesperada.

Era Morgan. Me había olvidado de ella por completo.

Sin embargo, seguía con la intención de querer hablar. Quería que nos viéramos en la cafetería.

Capítulo 26

El jueves por la mañana, el sol parecía estar ganándole la batalla a las nubes negras que nos habían estado atormentando durante casi una semana. Aunque estar encerrado en casa me ponía nervioso, pensar que Julieta seguía en el lago me tranquilizaba. Cuanto más frío hiciera, mejor. Fui a la cafetería del viejo Steve, como Morgan me había pedido. Caminé a paso rápido. Las heridas estaban desapareciendo poco a poco. Estaba emocionado y feliz por volver a tenerla en el pueblo, aunque teníamos que hablar de muchas cosas. Seguía molesto con ella, pero también estaba enamorado. Me resultaba imposible ignorar el latido de mi corazón al estar junto a ella, pero también me dolía quererla, porque, a veces, me daba la sensación de que ella no sentía lo mismo.

Ahora parecía que sí lo hacía, y quería disfrutar del momento. Era extraño lo que me provocaba. No lo comprendía y tampoco quería descubrir de dónde provenía tanto amor.

Aparqué y vi que muchos de mis vecinos habían aprovechado el día medio soleado para salir a pasear; había muchos coches en el aparcamiento. Cuando llegué, la vi sentada cerca de una de las ventanas. Los cristales estaban empañados y no veía su rostro con claridad, pero sabía que era ella. Llevaba el pelo suelto y se había puesto una cazadora azul, que seguramente le resaltaría el azul de sus ojos.

Estaba dándole ligeros soplidos a la taza, que desprendía un

tenue vapor con aroma a chocolate. Me apresuré; ansiaba preguntarle tantas cosas que no sabía por dónde empezar.

Tenía que cuidar lo que decía; no podía confiar en nadie. Era muy probable que quien me había enviado la carta días atrás estuviera aún en Noxpoint. Por lo tanto, debía aparentar tener confianza en mí mismo.

Julieta.

Iba a vengar su muerte. No dejaría que se burlaran de ella ni de sus sueños. Si hubiese podido repetir un momento de mi vida, habría sido ese. Evité pensar en ello. Tenía que concentrarme. Una de las razones por las que había aceptado salir con Morgan no era para hablar, sino que había visto la oportunidad de salir de casa y de observar a los demás. Abrí la puerta y entré.

Cuando levanté la vista, vi a decenas de personas hablando entre ellas. El lugar más tranquilo de Noxpoint se había vuelto el más ruidoso. Al fondo, en la barra, estaban el viejo Steve y su familia, aunque lo que más me llamó la atención fue el nuevo chico al que había contratado: era el hermano de Dalton.

Me sorprendí todavía más cuando vi a Brad y a Dalton con mi grupo de amigos. ¿Desde cuándo Dalton había ocupado mi lugar? ¿Brad me había sustituido? ¿O acaso estaba saliendo secretamente con Dalton y le molestaba que se supiera? No lo entendía y no me gustaba saber que mis amigos me habían excluido del grupo. Aunque, en cierto modo, debía darles la razón. Me había alejado desde que empecé a salir con Julieta. Pero si habíamos sido amigos desde la infancia, ¿por qué Brad no me lo había dicho? Por lo menos, esperaba que me dijera que nuestra amistad había acabado.

Entré sin darle mucha importancia y, aunque me vieron, los ignoré como si no supiera que estaban ahí. La puerta se cerró detrás de mí.

Había demasiado ruido, y la mayoría de las mesas estaban ocupadas, incluso había grupos de ocho o diez personas.

Morgan, por el contrario, estaba sola en una mesa de cuatro. No

se había percatado de que ya estaba ahí. Consulté el reloj por si había llegado tarde, pero había sido muy puntual. El suelo crujía, y unas gotas de sudor se deslizaron por mi frente. De pronto, el lugar se quedó en completo silencio cuando pisé un charco con olor a óxido. Bajé la mirada y me di cuenta de que tenía el cuerpo de Julieta sobre mis pies. Su cuerpo estaba cubierto por la nieve, el vientre estaba al descubierto, y junto a ella había un bebé llorando. Estaba vivo y cubierto de sangre. Negué y, al retroceder, caí sobre otro charco. Cuando levanté la vista, tenía la mirada de todos los presentes sobre mí. Algunos estaban petrificados, mientras que otros me gritaban que era un asesino. Estos últimos se levantaron de sus asientos y formaron un círculo a mi alrededor.

No sabía adónde ir.

Entonces, Julieta abrió los ojos y me miró fijamente.

—¿Max? ¿Estás ahí? —me preguntó con su inocente voz.

Me arrastró furiosa sobre la sangre para que pudiera estar más cerca de ella.

—¡Max! ¿Me oyes?

Luego, escuché un chasquido cerca de mi oído. Me sentía como si hubiera despertado de una terrible pesadilla. Pestañeeé un par de veces y vi a Morgan frente a mí.

—¿Te encuentras bien?

Antes de responder, me fijé en que nadie nos estaba prestando atención. Respiré hondo y traté de calmarme.

—Estoy bien. Solo ha sido un mareo. Habrá sido el cambio brusco de temperatura. —Me reí con nerviosismo.

Morgan sonrió.

—Eso se soluciona fácil. Te sentirás mejor si te quitas el gorro, los guantes y la cazadora.

Asentí y me quité todo lo que había mencionado. Las manos todavía me temblaban. Seguía pensando que Julieta podría aparecer en cualquier momento.

Me senté frente a Morgan y suspiré. Algunos ojos curiosos se giraban de vez en cuando para mirarla. La noticia de su regreso no

se había extendido debido a la nevada, pero ahora que la tenían frente a ellos, era posible que estuvieran formando sus propias conclusiones.



Seguía sin poder articular palabra, pero no podía quedarme en silencio mucho más si no quería levantar sospechas. Llevaba mucho tiempo soñando con este momento. Me preocupaba que el nuevo asesino estuviera ahí, tratando de averiguar qué había hecho que me pusiera tan tenso.

—¿Seguro que te encuentras bien? —me preguntó Morgan. Levanté el rostro y asentí con una ligera sonrisa.

—Estoy perfectamente. Solo... estoy confuso, ¿por qué has regresado?

La pregunta fue directa, pero no se sorprendió. Tomó aire y se encogió de hombros. Miró al techo como si este fuera a darle una respuesta, pero volvió a bajar la mirada y posó sus ojos azules en los míos. Su boca y su piel eran deliciosamente apetecibles.

—Bueno, fueron muchas razones. —Estaba más sonriente que nunca—. Una de ellas eras tú.

Me quedé boquiabierto.

—¿Yo?

—Claro. Sé que me quieres, Max, y creo que eso me asustó.

—¿Y era necesario que te fueras?

Ella asintió.

—Cuando no se tienen las cosas claras, es lo mejor.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué hay de tus sentimientos? ¿Tampoco estaban claros?

—No tenía nada claro. Ni siquiera tenía un motivo para quedarme. Sabía que Rachel estaba en lo cierto: mi sitio no era este. Me sentía fuera de lugar y no encajaba en ningún lado. Mis padres me hacían mucha falta. Los necesitaba, pero, sobretodo, me necesitaba a mí. De no ser por Elizabeth, seguramente no estaría

aquí. Es más buena de lo que crees, Max.

—No tenías que irte. Podría haberte ayudado. No sabes cuánto me dolió. Ni siquiera deseo que te lo imagines porque no fue agradable. Estaba muerto en vida, ¿no lo entiendes? Te necesito. Nos complementamos.

Ella se rio.

—Claro, nos complementamos miserablemente.

Sus palabras se clavaron en mi pecho.

—Morgan. —Empecé a hablar—. Puede que ya no esté en tu corazón, pero me quedo con la satisfacción de pensar que algún día lo estuve. Y sé que fue porque di lo mejor de mí, y, en su momento, fuimos muy felices.

—Max, detente.

Me negué.

—Discúlpame. —Bajé la mirada y me cubrí el rostro con las manos—. Algunas veces creo que me estoy volviendo loco y otras creo que ya lo estoy.

—He vuelto para aclarar lo que siento por ti. —Hizo una pausa y removió el chocolate que le quedaba en la taza—. Te quiero, Max, pero no puedo amarte. No quiero hacerlo y tampoco quiero obligarme a sentir algo que no me provoca nada. ¿Para qué mentirme? ¿Para qué mentirte? Creo que lo mejor es dejar las cosas claras antes de que nuestros sentimientos cambien y se vuelvan más difíciles de llevar. No quiero que me odies, no lo soportaría. Te quiero y deseo que seas muy feliz...

—Para —le pedí—. Entiendo lo que me estás diciendo.

Ella asintió.

—He oído que estás saliendo con alguien, deberías intentarlo.

Julieta. Ella no iba a perdonármelo nunca.

El arrepentimiento solo me hacía sentir más culpable. Julieta había muerto y yo no había hecho nada. Es más, aproveché la oportunidad para acabar de deshacerme de ella.

Nunca le dije que la quería más que a nada en el mundo. La había dejado marchar demasiado fácil y había destruido mi futuro.

Estaba empezando a dudar de mi capacidad para amar. Le había fallado y había convertido su vida en un infierno.

—Prometo que lo intentaré. Gracias por ser clara. —Mi voz sonó ronca—. Dijiste que había más razones por las que te habías marchado, ¿cuáles eran?

—Otra de ellas fue la muerte de Rachel. Su familia creía que había sido yo, y no quería que me sucediera lo mismo que a mi padre. No quería ir a prisión sin haber hecho nada malo.

En cuanto mencionó a su padre, el recuerdo de Owen me llegó como un *flash*. Seguía libre, y ella ni siquiera lo sabía. Podían haber hablado de lo sucedido, pero ambos desconocían qué había sido del otro. Tampoco creía que lo quisiera saber. Durante los meses que estuvo en prisión, ella nunca fue a visitarle. Quizá por eso no le había dicho nada acerca de su liberación.

—Sabes que no tienes nada que ver con la muerte de Rachel.

Asintió.

—Tal vez sí, Max.

Fruncí el ceño. A pesar del ruido, Morgan hablaba en susurros. No quería que nadie escuchara lo que me estaba diciendo.

Me miraba fijamente, sin miedo. ¿Acaso estaba perdiendo mi poder sobre ella? No sabía si ese cambio me gustaba o me asustaba. Tal vez, ambas.

—¿De qué hablas? —pregunté con inseguridad y algo molesto.

Debía dejar de echarse la culpa por algo que no había hecho. Antes de que pudiera responder, Keith, el hermano menor de Dalton, se acercó a darnos la bienvenida y nos ofreció la carta.

—¿Tomarás algo? —No había escuchado nada de lo que Keith había dicho, y la pregunta sonó como un eco en mis oídos. Morgan me indicó con las cejas que me estaban hablando.

—Solo agua. ¿Tienes una aspirina? —pregunté.

—Claro. ¿Estás bien? —interrogó Keith, que había bajado la pequeña libreta donde estaba apuntando el pedido.

Estaba serio y parecía preocupado por mí.

—Estaré bien.

—Dame un segundo, ahora te la traigo.

Se dio la vuelta y fue con paso rápido a la vitrina. Se dirigió al otro lado de la barra y se perdió en la cocina. Sentí escalofríos en la nuca. Enseguida salió con una bandeja plateada y un vaso de agua. A lo lejos, vi el pequeño sobre blanco que contenía la aspirina.

—Aquí tienes. Espero que ayude un poco.

Sonreí.

—Lo hará. Gracias, Keith.

El chico se dio la vuelta y volvió a sus asuntos. Me daba la sensación de que todo el mundo me miraba. Tal vez sabían que había matado a Rachel, a Alan y a saber a quién más. Me tomé la pastilla con un trago de agua. Morgan me miraba con atención.

—Será mejor que vayamos al médico. Te estás poniendo pálido.

—Estaré bien —repetí por enésima vez—. ¿Qué estabas diciendo sobre Rachel?

Recuperé la postura. Se estaba haciendo la misteriosa. Creía que la conocía bastante bien, pero la Morgan que tenía ante mí era más confiada y difícil de descifrar.

—Sé que hay una persona muy cercana que ha estado cometiendo muchos crímenes. No estoy del todo segura, Max, pero siento que estoy muy cerca de descubrirlo. Sé que cada vez que ataca comete un error que se convierte en una pista para mí.

Me quedé sin aire.

—No te metas donde no te corresponde, Morgan. Podrías salir herida. Quienquiera que sea, no creo que tenga buenas intenciones; ya lo hemos visto con sus anteriores víctimas. Te aconsejo que dejes que la policía haga su trabajo. Si entras más en su juego, la próxima podrías ser tú.

Arrugó el ceño.

—No tengo miedo. Creo que estoy lista para enfrentarme a él.

El corazón se me detuvo. Parecía muy segura de sí misma, y eso me hizo dudar.

—Déjalo.

Se negó.

—No lo entiendes —dijo en un susurro—. El día en que mi madre murió, sucedió algo que no consigo recordar. Pero sé que mi madre no se suicidó, y que mi padre no la mató. Eramos tan felices... —Su voz se endureció—. Solo alguien con mucho resentimiento y odio pudo haberlo hecho.

—Morgan...

Me dolía el pecho. La aspirina todavía no había hecho efecto.

—Por eso he regresado, Max. Quiero descubrir la verdad.

Abrí los ojos de par en par. La situación me estaba desesperando, y el ruido solo me agobiaba más. Quería salir corriendo de allí.

—¿De qué verdad estás hablando?

Tragó saliva.

—Es posible que la persona que mató a esas personas también acabara con mi madre.

Quise evitar pensar en la muerte de su madre y en la trágica escena que había presenciado de cerca.

Brad y Dalton se estaban levantando de sus asientos y me miraban fijamente. Parecían demasiado preocupados por mi presencia. Brad tenía el mentón endurecido y el ceño fruncido. Dalton, por el contrario, estaba más tranquilo y menos molesto, pero también parecía incómodo. Morgan seguía hablando, aunque no la escuchaba.

No era un buen momento para provocar una pelea. Me pesaba la cabeza y me costaba respirar.

Se acercaron a nosotros con sigilo.

Cuando Morgan vio que no le prestaba atención, se giró para ver qué sucedía.

Tragué saliva.

—¡Morgan! —saludó Brad—. ¿Cuándo has vuelto? Max no nos ha dicho nada. Podríamos haberte preparado una fiesta de bienvenida.

Dalton estaba junto a él, esperando su momento para hablar.

No pude evitar volver a sentirme observado por quienes se

giraban para mirarnos. Quería deshacer todo lo que había ocurrido en los últimos quince minutos; tal vez esto había sido una mala idea.

Si hubiera escuchado a Julieta y la hubiera dejado marchar, todo habría ido mucho mejor.

—No es necesario hacer una fiesta. Debo admitir que no me siento bienvenida. Sigo pensando que Rachel tenía razón. Este no es mi sitio.

Algunas de las mesas de nuestro alrededor permanecieron en silencio para escuchar lo que estaba diciendo. Volví a inspirar y sentí una presión en los pulmones.

Brad y Dalton habían dejado de mirarla. Me había vuelto a perder en mis pensamientos.

—Bueno, si cambias de opinión, la podemos organizar cuando te vuelvas a sentir en casa —le ofreció Brad.

—¿Dónde está Julieta? —preguntó Dalton, saltando sobre Brad.

Me observaba para ver si decía la verdad, pero lo que no sabía era que mentía muy bien. Intenté sonreír, sin embargo solo me salió una mueca.

Por más que tratara de mantener las cosas bajo control, había algo en mi pecho que no me dejaba respirar. Tenía el presentimiento de que pasaba algo, ¿pero qué? ¿Qué me estaba perdiendo? Apreté la mandíbula.

—¿Por qué te importa tanto? —pregunté con cierta molestia—. No me digas que Julieta te gusta, porque no te creería.

Morgan me dio una ligera patada por debajo de la mesa.

—¿Ha regresado a Noxville? —preguntó Brad.

Dalton se quedó callado mirando a Morgan con los ojos entrecerrados. Ahora sabía que me había revelado su secreto.

Suspiré.

Las preguntas sobre Julieta comenzaban a molestarme.

—Julieta se ha ido con su madre a México. No sé nada más. Tampoco me ha dejado un número de teléfono al que pueda llamar. Dijo que lo haría cuando le fuera posible, ¿contentos?

Brad fue el primero en hablar.

—Si llama, dile que Dalton y yo la estamos buscando.

—¿Buscando? —Arqueeé las cejas.

—Tenemos algo importante que contarle.

—Bueno, me lo puedes decir a mí.

—Es un asunto personal —contestó firme.

—No tengo problema con los asuntos personales.

Brad se acercó. Se sacó un sobre del pantalón y lo lanzó sobre la mesa.

—Ábrelo y dile que me llame cuando pueda.

Antes de que pudiera decir otra palabra, se giraron y salieron de la cafetería. Brad estaba bastante furioso. Dalton le gritaba; no parecía muy contento con que me lo hubiera dado.

—¡Vaya! —soltó Morgan delante de mí—. Creo que me he perdido mucho, ¿no erais amigos?

Asentí.

—Las cosas cambian.

Bajé la mirada y observé el sobre.

—¿Quién es Julieta?

—Era mi novia.

—¿Ya no lo es?

—No.

Lo cogí y lo miré con curiosidad.

Por mi cabeza pasaron miles de historias poco creíbles. ¿Y si Julieta seguía viva? ¿Y si había tenido algo con Brad y él estaba enfadado porque había estado conmigo? ¿Qué era lo que le molestaba tanto de Julieta y de su estancia en Noxpoint? Fuera lo que fuera lo que hubiese en ese sobre, era la respuesta a todas mis dudas. Por eso debía volver a casa, de donde nunca debía haber salido.

—Lo siento, Morgan. Será mejor que me vaya.

—Claro, yo...

Me levanté de la mesa y salí casi corriendo.

Fui hasta el coche sin mirar por dónde caminaba. El sobre bailaba en mis manos. Solo me había llevado la cazadora; los

guantes y el gorro se habían quedado en el establecimiento. Antes de que pudiera llegar al coche, choqué con alguien. Se me cayó el sobre y, cuando fui a recogerlo, vi que había dos.

—Oh, lo siento —dijo una voz.

No levanté la vista y recogí el que creía que era mío. Resoplé con molestia y le devolví el suyo.

Me volví a levantar y lo abrí.

—¿Qué contenía su sobre? —pregunté.

—Solo era un recibo.

Asentí y seguí rasgando el papel.

Cuando saqué lo que había dentro, me sorprendí al ver las mismas letras descuidadas.

Eres toda una sorpresa, Max. Finges demasiado bien, aunque me pregunto si alguien habrá notado que Julieta no se ha marchado del pueblo. Yo creo que sí. Alguien debe de estar pendiente de los detalles, mientras tú pierdes la cabeza. Solo presta más atención y recuerda que los mentirosos siempre se acaban delatando.

Pero no te preocupes, trataré de no mover demasiados hilos.

En realidad, te escribo porque tengo dos preguntas para ti:

- 1. ¿Cuándo piensas aceptar que la mataste?*
- 2. ¿En serio puedes dormir por las noches pensando que Julieta se encuentra en medio de la nada, cubierta por agua helada?*

Ese no era el sobre que Brad me había dado. No era tan tonto como para darme una carta con tanta información.

Cuando me giré para ver a la persona que había chocado conmigo, me di cuenta de que se había esfumado. Ni siquiera la había mirado a la cara. Entonces, recordé las palabras de Owen. Debía tener cuidado y observar quién estaba vigilando mis espaldas, ¿podría ser él?

No. Estaba seguro de que era el otro asesino. Quiquiera que fuera, había intercambiado los sobres con una sola intención: no quería que yo supiera lo que Brad, Dalton y Julieta ocultaban.

Maldije en voz baja y me subí al coche para volver a casa hecho una furia. No iba a permitir que se burlaran de mí.

Capítulo 27

Conduje a máxima velocidad. Solo podía pensar en las dos cartas amenazantes, que me habían dejado muy claro que no me iban a dejar en paz. Al pensarlo, mi pie se aflojaba y volvía a pisar el acelerador para avanzar con más rapidez. Si alguien se cruzaba en mi camino, era posible que ambos muriéramos en un aparatoso accidente.

Pero no me importaba. Solo quería llegar a casa.

Cuando la vi, a lo lejos, me tranquilicé un poco.

El nuevo asesino estaba tratando de convencerme de que había matado a Julieta, pero yo sabía que no había cruzado mis propios límites. ¿Cómo iba a matar a alguien a quien quería? Estaba dispuesto a demostrar que era inocente de su muerte. Suspiré y entré sin avisar.

Corrí hacia mi habitación. Quería recuperar el aliento, pero me daba la sensación de que no me quedaba tiempo. Entré en mi cuarto y puse el pestillo en un movimiento rápido. Luego, me dirigí a los cajones donde estaban las estrellas y la primera carta que había recibido. Saqué el sobre y lo guardé allí. Entonces, sonó el teléfono. Cerré el cajón y rodeé la cama para llegar hasta él.

Sonaba con insistencia.

Abrí la boca, pero una voz me silenció.

—¿Dónde estás? —preguntó alguien con tono ronco.

Me quedé en silencio y esperé.

—En Noxville —respondió otra persona casi al instante.

Supuse que mi padre era la primera persona que había hablado; seguramente ambos habíamos descolgado al mismo tiempo.

Tapé el altavoz para poder escuchar la conversación.

—¿Qué haces allí? ¡Te dije que no volvieras! —Gruñó mi padre.

Parecía molesto. Aunque no lo veía, sabía que tenía el ceño fruncido y que estaba jugueteando con sus dedos.

—Tranquilízate, Patrick. He hablado con Owen.

Me quedé quieto. ¿Quién era la otra persona? Su voz me resultaba familiar, pero no la reconocía.

—Dile que tiene que volver de inmediato.

—No lo hará.

—¡Tiene que hacerlo! —Mi padre volvió a levantar la voz.

—Patrick, he hablado con él. Seguramente mañana ya no estará en Noxville. Quiere irse a otra ciudad. No me ha dicho adónde, pero sonaba muy seguro de ello. Las cosas han cambiado bastante y sus planes, también. Owen no quiere seguir aquí.

—Tienes que convencerlo para que se quede. Estamos muy cerca de saber quién cometió el crimen de su esposa. Las pruebas llegarán en una semana. ¡Tienes que hacerlo! ¡Dile que aguante una semana más! Solo necesitamos tiempo.

—No creo que sea prudente...

—Hazlo por mamá.

—Patrick...

—Hazlo, Marcus.

Luego, la llamada se cortó de golpe.

Marcus.

Me quedé de pie, esperando a que sucediera algo más, pero no pasó nada. Todo se había quedado en completo silencio. Antes de que pudiera reaccionar, el teléfono sonó de nuevo.

Descolgué y puse el silenciador para que no supieran que estaba escuchando.

—¿Diga?

Había un sonido extraño. Eran pequeños gemidos de terror. Uno,

dos, tres...

No había respuesta.

Alguien se había quedado sin aliento, sin palabras...

—¿Hola? —preguntó mi padre, pero no recibió una respuesta coherente.

Del otro lado de la línea se escuchaba un ligero llanto. La persona que llamaba no podía hablar. Me quedé quieto, pensando que tal vez se trataba de una broma o que la llamada venía de alguna prisión para estafar a mi padre.

—Patrick... —dijo por fin.

La voz era aguda y femenina. La reconocí de inmediato: era mi madre. Pero sonaba distinta. Estaba rota. Le había pasado algo y, por su llanto, pude intuir que no era nada bueno. Me puse nervioso. No estaba seguro de si quería escuchar lo que le había pasado, pero algo me decía que debía hacerlo.

—Cariño, ¿qué sucede?

Mi padre intentaba parecer tranquilo, pero sabía que estaba alerta, esperando oír algo que le llevara hasta ella. Hubo un largo silencio que nos hizo estremecer. Esperamos durante unos segundos en los que intentó tranquilizarse, pero no le salían las palabras. Después, empezó a llorar.

Quería ir corriendo a la habitación de mi padre para decirle que le ayudaría a buscarla y que estaría ahí para resolver el problema, pero mis pies seguían pegados al suelo. No iba a moverme de allí hasta que escuchara toda la conversación.

—Dime dónde estás, cariño.

—Estaba preocupado.

—Yo... —tartamudeó.

—Cariño, todo va bien, estoy aquí.

—Patrick...

—Estoy aquí —repitió—. ¿Qué sucede?

—¡Dios mío, Patrick! He encontrado a Julieta... Está muerta, está en el lago. La he encontrado... ¡Está muerta! ¡Está muerta! ¡Por favor, busca ayuda! ¡Por favor, Patrick! ¡Tenemos que ayudarla!

¡Ven pronto!

Volvió a chillar con más fuerza. Me empecé a marear. Me asfixiaba. Sus palabras resonaban en mi cabeza. Julieta. Muerta.

—Cariño..., tranquila...

—¡Dios mío! ¿Por qué ella? ¿Por qué? ¡No! ¡No!

—Elena...

Era la primera vez que mi padre la llamaba por su nombre. Eso me provocó escalofríos. Nunca había escuchado el nombre de mi madre en la voz de papá, ni siquiera en mis labios.

—¡Patrick! ¡Ven y trae ayuda! —Se escuchó un sonido sordo, como si el teléfono se hubiera caído a la nieve. Su voz se alejó—. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Julieta! ¡Despierta, nena!

—No te muevas. Voy para allá.

La llamada se cortó.

Tragué saliva.

Me quedé quieto y estudié todo lo que había a mi alrededor por si estaba soñando, pero pronto me percaté de que era muy real. Habían descubierto el cuerpo de Julieta en medio de la nada. No podía imaginarme el rostro de mi madre al verla. Pero eso no era lo que me preocupaba. Quería saber cómo había pasado. ¿Cómo era posible que mi madre hubiera encontrado a Julieta? La nieve había aumentado y solo habíamos tenido un día de sol. Su cuerpo se había hundido en el fondo del lago. Me había asegurado de ello. Se suponía que debía aparecer en primavera o en verano, no ahora, cuando no tenía ningún plan de escape. Respiré hondo y traté de pensar con claridad.

¿Qué debía hacer? ¿Adónde debía ir?

Mi primera sorpresa había sido descubrir que mi abuelo estaba vivo. La segunda, que mi padre sabía que estaba en Noxville, y la tercera, que Owen había hablado con él. Cada vez había más cabos sueltos.

Me senté en la cama y gruñí.

Me levanté y se me ocurrió ir en busca de Mia. Nos habíamos acostado la noche en la que Julieta murió. Tenía que convencerla

para que dijera que habíamos pasado la noche juntos. No me importaba si tenía que mentirle, amenazarla o incluso torturarla para que colaborara. Era la hija de Stephanie; de alguna manera podría ayudarme. Iba a ser la solución a mi problema. Ahora debía decidir cómo iba a persuadirla. Tenía que asegurarme de que mi coartada fuera perfecta.

Abrí la puerta y me topé con mi padre.

Me estaba apuntando con un arma.

¿Iba a dispararme?

—Así que Julieta se iba a México, ¿eh? —me preguntó, arqueando una ceja.

Se le había oscurecido la mirada y no parecía tener intención de querer hablar conmigo. Me conocía. Abrí los ojos, sorprendido, y actué por instinto.

—Papá... ¿qué haces? —pregunté a la vez que ponía las manos en alto.

—¿Qué le hiciste, Max?

Acercó el arma a mi cabeza. Traté de pensar en una respuesta rápida, pero sabía que nada lo convencería. Estaba asustado y bloqueado.

—¡No hice nada! —grité, apretando los ojos—. ¡Lo juro!

—Date la vuelta —me ordenó.

Sentí un nudo en la garganta. Quería hacer algo realmente malo, pero no podía darle más razones de las que ya tenía para detenerme. Debía cooperar y estar tranquilo.

—Papá...

—¡Date la vuelta, maldita sea!

Le obedecí.

¿Y si lo golpeaba y huía? Lo pensé y apreté los puños.

No. No era el momento.

—¿Me estás arrestando? —pregunté.

—Sé que estabas escuchando.

—Yo no la maté, ¿cómo puedes creer eso? ¡Soy tu hijo! —me defendí—. No lo hice, papá. Te lo prometo, yo no lo hice. Me dijo

que se iba a México.

Sentí el frío metal de las esposas en mis muñecas.

—Solo es por precaución.



Eran las seis de la mañana cuando me desperté en una cama dura, pegada a una pared. Estaba cubierto por una pequeña manta de color café, que apenas me cubría el torso. Estaba helado y me dolía todo el cuerpo por haber pasado la noche en el calabozo de Noxpoint. No era muy grande, solo tenía diez celdas y la mayoría de ellas estaban vacías. A los habitantes del pueblo no les gustaba meterse en problemas. Los casos más graves, como el del padre de Morgan, los llevaban a juicio y, si se declaraba culpables a los sospechosos, se los trasladaba a otra prisión con más seguridad. Esta era un simple rectángulo con cinco celdas a cada lado. Junto a la recepción había tres pequeñas oficinas donde se acomodaban los oficiales. Una de ellas era la de mi padre.

En las celdas había una pequeña taza de baño y un lavamanos colgante con los tubos y las mangueras atados por debajo, que dudaba que tuviera agua limpia. Mi padre estaba muy molesto conmigo, no me había preguntado nada sobre Julieta, sin embargo, sabía que empezaba a sospechar de mí. Muy en el fondo, confiaba en que creyera que no tenía mucho sentido. Parecía asustado porque me pudiera ocurrir algo y quería esconderme del posible asesino. Mi madre, por el contrario, no me había llamado ni había venido a verme, lo que me hizo dudar sobre la teoría de mi padre. Esperaba no estar equivocado. Las cosas estaban yendo de mal en peor y necesitaba al jefe de policía de mi lado.

Traté de ser positivo. Iba a seguir ocultando el secreto y, sobre todo, mantendría la mentira. Ahora que la habían encontrado, debía seguir haciéndome el ingenuo y decir que me había confesado que iba a volver con su madre a México.

Cada vez estaba más nervioso.

Me senté en la cama, tratando de asimilar dónde me encontraba. La comisaría estaba desierta. Era el único que estaba allí, junto con la recepcionista, que parecía más cansada que yo por estar atendiendo llamadas de poca importancia. Por suerte, me había tocado la segunda celda, lo que me permitía ver y oír a buena parte de quienes que se pasaban por la recepción.

Puse los ojos como platos cuando vi a Mia entrando en la comisaría acompañada de su madre. Ambas eran muy guapas y muy diferentes en varios sentidos. Stephanie era una mujer fuerte, autoritaria y bastante formal. En cambio, Mia era muy amable, solidaria y sonriente. También era fácil de manipular.

Ninguna de las dos me vio.

Me levanté y aproveché la oportunidad para montar mi coartada en caso de que fuera necesario. La llamé entre susurros cuando su madre entró en una de las oficinas y ella tuvo que quedarse en la sala de espera. Tenía las piernas cruzadas y se le cerraban los ojos por el sueño. Aún era muy temprano.

—¡Mia! —susurré, pensando que me podría oír.

Estaba demasiado cansada para darse cuenta de mi presencia. Yo también habría deseado estar en mi cama, cubierto con los edredones, mientras esperaba a que saliera el sol.

—¡Mia! —Lo intenté de nuevo, un poco más fuerte, pero seguía sin obtener respuesta.

Me sentía inútil detrás de las rejas. Seguramente, estarían examinando el cuerpo de Julieta en busca de pruebas. Podrían encontrar mis huellas y mi ADN. En mi tercer y último intento, hice que mi susurro se escuchara por toda la recepción.

—¡Mia! ¡Soy Max!

Por fin me oyó, y buscó a su alrededor la voz que la llamaba.

—¿Max?

Asentí, aunque ella no podía verme.

—¡Sí! ¡Por aquí!

Se levantó de la silla y me buscó con los ojos entrecerrados. Estaba confusa.

—¡Soy Max! —volví a decir—. ¡Estoy en la segunda celda!
Avanzó con más seguridad y entró donde estaban las celdas. No había mucha luz, pero consiguió verme entre los barrotes.

—¡Max! ¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendida.

—He tenido un pequeño problema —respondí con rapidez.

—¿Pequeño? —Arqueó las cejas.

—Bueno —comencé a decir—, en realidad es algo muy grave, pero debes confiar en mí, ¿de acuerdo?

Se acercó un poco más con curiosidad en la mirada.

—¿Qué ha pasado? No entiendo nada.

—Julieta... ella...

Me miraba expectante.

—¿Ella qué?

—Julieta está muerta, Mia.

Retrocedió, asombrada.

—Pero ¿cómo?

Tragué saliva.

—El día que nos encontró en la carretera... ¿lo recuerdas? —
Hubo un ligero brillo en sus ojos—. Esa noche que seguí a Julieta,
sucedió algo... Alguien nos siguió y... y la mató. A mí me dejó
inconsciente. Es todo lo que recuerdo.

—¿El asesino de Noxpoint? —susurró ella.

—Es posible —afirmé.

Se relamió los labios.

—¿Le viste?

Negué.

—No.

Silencio.

—Es una broma, ¿verdad?

—Te juro que no.

—Oh, Dios mío —susurró con terror—. ¡Eso es terrible! ¡Pobre
Julieta!

Miró al suelo, pensativa. Tras unos segundos, levantó la mirada.

—¿Creen que tú tuviste algo que ver? —preguntó.

—No lo sé, pero si me tienen aquí, será que sí. Cuando la seguí, me tropecé con una rama, me caí y me partí el labio. Muy pronto descubrirán que la escena está contaminada con mi ADN. Todo parecía estar calculado por el asesino. Nos llevó hasta ahí y, después, hizo parecer que yo había atacado a Julieta. Lo demás, no lo recuerdo. Necesito que me creas.

Nos quedamos en silencio.

Luego, habló:

—No sé si puedo ayudarte, pero diré la verdad si es lo que quieres. Diré que estuvimos juntos esa noche.

Yo asentí.

—Gracias. Eso puede ayudar.

Retrocedió de nuevo.

—¡Esto sí que es una mala noticia!

—Lo es —convine.

Unas voces nos llamaron la atención. Su madre estaba hablando con uno de los policías sobre unos documentos importantes que debían ser enviados a Noxville. Cuando se despidieron, el policía regresó a la oficina y Stephanie buscó a Mia con la mirada.

—Lo siento, tengo que irme.

Asentí.

—Recuerda todo lo que sucedió, Mia. Eso será de gran ayuda y, por favor, evita mencionar que Julieta estaba embarazada. Solo nos traería problemas.

—¿Nos? —Frunció el ceño.

—Claro. —Aquí venía mi amenaza—. Viste el certificado médico y lo leíste. Sabías que estaba embarazada, así que imagina lo que pensarán los demás cuando declares que estuvimos juntos.

Abrió los ojos con sorpresa, pero mantuvo el control.

—Solo diré la verdad cuando me pregunten. No puedo hacer más.

Se dio la vuelta y se desapareció. Apreté los puños y resistí las ganas gritarle que volviera y decirle que tenía que hacer lo que yo le dijera. Su madre estaba cerca y podía escucharme, y era la única

que podía dictar una sentencia a un residente de Noxpoint.

Se reencontró con Stephanie y salieron del establecimiento. Volví a sentarme en la cama y me quedé en silencio. Me habían quitado todas mis pertenencias, y tenía poco con lo que distraerme. Me apoyé sobre las rodillas y miré el suelo.

Odiaba ese lugar. No me dejaba pensar con claridad, y mi única compañía era una recepcionista que estaba ocupada contestando llamadas. Conocía a dos de los tres policías que había en la comisaría, pero daba la impresión de que mi padre les había ordenado que no me hablaran. Después de cinco minutos, me aburrí y me volví a acostar en la cama de piedra. Me quedé dormido sin mucho esfuerzo. Un empleado me trajo una bandeja con comida que consistía en un plato de judías con huevos revueltos acompañado de pan, zumo de naranja y gelatina. Todo olía genial y estaba perfectamente presentado.

Cuando acabé, fui al lavamanos y limpié los restos que había en el plato y en el vaso. Dejé la bandeja fuera de los barrotes y coloqué lo que acaba de lavar sobre ella.

Hice lo mismo con las siguientes tres comidas. Al llegar la noche, supe que iba a dormir allí hasta que mi padre tuviera una solución.

Me apoyé en la cama y me dormí con facilidad.



A medianoche, escuché un ruido que me hizo saltar de la cama. Alguien estaba golpeando los barrotes con un hierro muy pequeño, y el ruido retumbaba en las paredes.

—¿Qué demonios? —pregunté medio dormido. Cuando me despejé, vi que mi padre era el único que estaba al otro lado. Llevaba el uniforme arrugado bajo una sudadera. Parecía muy cansado—. ¿Qué te pasa?

Me observaba con odio.

Había pasado algo.

En el suelo, había una gran bolsa de basura. Miré a mi alrededor

y vi que no había nadie más. Sentí miedo.

—¿Qué ha pasado con Julieta? Quiero verla.

Me miró con rabia y agradecí que estuviera al otro lado de la celda.

El corazón se me iba a salir del pecho. Contuve la respiración al ver que se limitó a mirarme como si quisiera descubrir algo. Algo muy malo.

—¿Papá? —pregunté con un ligero corte en la voz.

—No me llames así. —Su voz hizo eco en mi mente.

¿Qué habían descubierto? ¿Qué?

Mil ideas pasaron por mi mente, pero no quería que ninguna fuera cierta. Seguro que habían descubierto que Julieta estaba embarazada, o que hacía una semana que la habían asesinado. Tal vez le molestaba que le hubiera mentado..., tal vez... ya sabían la verdad. No dije nada. Estaba al descubierto, sabían algo que yo no.

—Tantos años ocultándolo... —Sus ojos se volvieron rojos y en su rostro solo había ira.

Me estremecí.

—Papá...

—¡No soy tu padre! ¡No eres mi hijo! —gritó con fuerza—. ¡Tú no eres mi hijo!

Me quedé en silencio.

Se tomó un segundo para recuperar la compostura. Alzó los hombros y levantó la barbilla. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Estaba aterrado. Sentía que estaba recibiendo el peor castigo de mi vida.

—Todos estos años... —Se sentó en el suelo y se apoyó en una de las paredes de la primera celda. Estiró las piernas en señal de derrota y apartó la mirada de mí—... había algo en ti, Max. Yo lo sabía, te veía correr por las calles y te observaba minuciosamente, esperando a que, en algún momento, te adaptaras a la vida de los demás niños. Eras tan inocente que tu madre dudaba de que pudieras hacerle daño a una mosca. Ella creía en ti. Yo, por el contrario, pensaba en el futuro. Creía que con el tiempo mejorarías,

pero también existía la opción de que empeorases. Tenía la esperanza de que todo pudiera cambiar. Quería una familia perfecta, pero tú lo arruinaste todo cuando llegaste con tu sonrisa fácil e inocente que guardaba tantos secretos. Pero lo que sucedió entonces te afectó tanto que nunca pudiste superarlo, yo..., yo creía que lo habías hecho. Algo tan simple te dejó herido y marcado para siempre.

—No... —dije, sentándome en la cama.

—Ya lo sabes, ¿verdad? —Se rio con tristeza—. ¿Ahora entiendes tu obsesión con Morgan? Siempre has querido proteger a alguien más débil porque tú...

—¡Basta! —Gruñí, llevándome las manos a la cabeza.

—¡Tienes que saberlo, Max!

—¡No! ¡No! ¡No! —grité, y me presioné los oídos con las manos. Los recuerdos empezaban a dolerme.

—Sucedió en 1995. Tenías cuatro años y estabas a punto de cumplir los cinco...

—¡Por favor! ¡Para! ¡Detente!

Continué, haciendo caso omiso a mi súplica.

—Mentimos sobre la muerte de mis padres para protegerte. Ellos no murieron cuando yo tenía diecinueve, sino cuando cumplí los treinta y uno. Mi madre, tu abuela paterna, murió cuando tenías cuatro años; ella tenía cincuenta y uno entonces. Era un día soleado. Faltaban unos meses para tu cumpleaños. Ansiábamos que llegara el 5 de diciembre para celebrarlo. Todos estábamos muy felices porque ibas a cumplir un año más de vida y eras lo máspreciado de la familia. Elena estaba tan feliz. Siempre sonriendo...

—Suspiró y siguió—: Pero luego vino lo peor. Nadie lo vio venir. Ni siquiera yo... Treinta años a su lado y nunca me lo imaginé... Nunca pensé que pudieran haberte hecho pasar por eso, Max. ¡Lo siento tanto! ¡Fue mi culpa!

Los recuerdos bloqueados empezaron a aparecer en mi mente. Aunque seguían muy distorsionados, veía a mi abuela sentada en una de las sillas blancas del gran comedor. Estaba cantándome una

canción mientras esperaba a que el caldo de verduras se cociera. La gran olla estaba detrás de ella, expulsando vapor por el orificio de la tapa. Sonreía como nunca la había visto. El sol brillaba y yo movía la cabeza de un lado a otro mientras intentaba tararear la canción.

—¡Abuela! ¡Abuela! —grité, tirándole de la falda—. ¡Tengo hambre!

—Tranquilo, Max. Vamos a esperar a que llegue el abuelo, ¿de acuerdo?

Dejé de cantar y me puse triste.

Luego, el recuerdo se desvaneció y volví a la celda, donde todo estaba gris y nublado. Mi padre seguía hablando.

—Marcus llegó después de dos horas. Había tenido un mal día y no quería soportar las regañinas de mi madre ni escuchar tus lloriqueos de niño pequeño. Estaba tan furioso que no sabía lo que hacía... La abuela te agarró de la mano y te metió en una de las despensas, pensando que no podrías ver nada, pero lo viste todo... y eras demasiado pequeño para comprenderlo.

—¡Cállate, papá! ¡Por favor!

Estaba tan agobiado que me quité la camiseta y me fijé en la cicatriz que tenía cerca del abdomen. No recordaba dónde me la había hecho. Siempre había creído que fue por un accidente de bicicleta o por intentar subir a un árbol. Pero ahora..., ahora parecía que recordaba de dónde procedía.

—Estabas en la despensa de abajo, donde los jabones con olor a rosas que usaba tu abuela para limpiar los platos. Te encantaba el aroma porque decías que eran bonitas, y poder olerías sin tenerlas te parecía bello. Te quedaste ahí adentro muy quieto, pero las dos puertas que debían privarte de ver la desgracia se quedaron entreabiertas y fuiste testigo de la escena más desagradable. Marcus fue contra tu abuela, sacó un cuchillo de uno de los cajones y le cortó el pelo tan corto que parecía querer castigarla por haber sido tan buena. Luego, vino lo peor...

Al recordarlo, sentí que volvía a trasladarme al dolor y al asco

que sentía en aquel momento. No podía vomitar porque no había comido.

Mi abuelo la empujó contra uno de los cajones y le dio una fuerte bofetada que me hizo saltar. Mi cabeza se estrelló contra el techo y me asusté por si me descubría, pero no se inmutó. Siguió con lo que estaba haciendo y la desvistió.

Luego, sucedió.

Le estaba haciendo daño, la abuela estaba llorando. Estaba aterrada y ya no sonreía. Ni siquiera ella comprendía lo que estaba ocurriendo. El miedo me consumió, hasta que sentí que algo caliente se deslizaba por mis piernas sin detenerse. Cuando bajé la mirada, vi que me había orinado. Me senté entre la suciedad y me tapé los ojos, creyendo que yo también sufriría si el abuelo se daba cuenta que me había hecho pipí en el armario. En el momento en el que me senté, sentí un pinchazo en el estómago. Me había clavado un tenedor donde ahora tenía la cicatriz. Lo saqué de un tirón, y unas pequeñas gotas de sangre se mezclaron con la orina. Me apreté con fuerza para detener el sangrado. Aunque la herida había sido profunda, no sangraba a chorros y tampoco me dolía. Le escuché marcharse de la cocina rápidamente. Intenté salir, pero la abuela me vio y me gritó que me volviera a encerrar. Los pasos volvieron a escucharse y recé porque no se hubiera dado cuenta de que estaba allí. Estaba temblando.

Después de diez desagradables minutos, los gritos se silenciaron.

Cuando salí, vi que la abuela estaba tirada en el suelo.

Había un líquido rojo debajo de ella.

—¡Abuela! —Gruñí y fui corriendo hacia donde estaba.

Tenía los ojos cerrados. La agité para que se despertara, pero no reaccionó.

Comencé a llorar.

Poco a poco, fue abriendo los ojos.

—¡Dios mío! ¡Te dije que te encerraras en el armario! ¡Ve! ¡Anda!

Su cuerpo arrugado estaba semidesnudo. Se levantó a duras

penas y se vistió como le fue posible, tapándose para que no la viera. Había sangre en su cabeza. Se volvió a sentar y respiró hondo.

Me miró una vez más con los ojos llenos de lágrimas.

—Vas a ser un niño *bueno*. Todo irá bien. Te quiero. No le digas a nadie lo que has visto, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —pregunté con un hilo en la voz.

—Porque si lo haces, la abuela se sentirá muy mal. ¿Quieres que la abuela se sienta mal?

—¡No! —exclamé.

—Entonces no se lo contarás a nadie. Nunca.

Luego, fue hasta uno de los cajones y sacó una hoja de papel donde comenzó a escribir con una pluma negra garabatos que yo no entendía. Finalmente, dobló la carta y me pidió que se la entregara a mi padre. Se levantó de la silla y caminó hasta el otro lado de la casa para después volver con una cuerda. Sus pasos eran lentos y de vez en cuando se tambaleaba y se iba hacia los lados. La sangre había formado un camino por donde ella había ido y venido.

Se ató la cuerda al estómago, donde se presionaba como si le doliera.

Fruncí el ceño y me relajé.

—¿Vas a hacer un columpio, abuela?

Ella asintió.

—Sí, pero en este no podrás jugar, Max.

Chillé en mi interior y negué, recordando todo lo que había sucedido esa tarde. Sentí una presión en el pecho que me impedía respirar. Me ardían las manos y me sentía como si fuera yo el que tenía la cuerda alrededor del cuello. Después de que se colgara, me quedé con ella hasta que mis padres me encontraron inconsciente. Cuando desperté, la sangre que le había estado saliendo de la cabeza durante el tiempo que estuvo en el aire estaba en mi rostro, pero no me di cuenta hasta que me vi en un espejo.

—Marcus te traumatizó, Max. Fue condenado a diez años de prisión. Después de eso, nunca volviste a preguntar por ella. Tu

mente bloqueó todo recuerdo de tu abuela y tu abuelo. Era como si te hubieran borrado la memoria...

Tenía las mejillas mojadas.

—Me hizo prometer que no se lo contaría a nadie. Era nuestro secreto.

—Lo sé, Max —contestó—. Eso era lo que me aterraba, que guardaras los secretos tan bien, que pudieras llegar a ocultártelos a ti mismo.

Sus palabras me hicieron sentir como si Julieta estuviera a mi lado. Él lo sabía.

—Tiempo después, empezaste a comportarte de forma extraña. Salías a hurtadillas de casa en tu bicicleta, después en el coche. No sabía adónde te dirigías ni a quién observabas, y, sobre todo, no sabía lo que hacías. Esa era mi máxima preocupación. Pero parecías tan tranquilo que creía que solo me estaba volviendo paranoico. Sabía que algo extraño ocurría contigo, pero pensé que tal vez estabas pasando por esa etapa de la adolescencia y que necesitabas tu espacio. Quise dártelo, no quería agobiarte. No quería recordarte lo que había ocurrido. Después, sucedió lo de Alan, Rachel y el hombre de Noxville...

Se me aceleró el corazón y levanté la vista.

—¿De qué estás hablando?

—Fuiste tan cuidadoso con todos que no dejaste ni un solo rastro para poder seguirte la pista. Sin embargo, todo falló con Julieta.

—¡Yo no la maté! —grité, furioso.

—Max..., por favor, sabemos la verdad.

Mis puse rojo por la ira. Creía que la había matado y no era cierto. Alguien quería incriminarme. Sabía quién era yo y qué había hecho con mis anteriores asesinatos, y había aprovechado la situación para matar a Julieta y culparme de ello.

—¡Es la verdad! ¡No tuve nada que ver con la muerte de Julieta! ¡Alguien más lo hizo! ¡Lo juro! —Gruñí y apreté los nudillos—. ¡Debes creerme! ¡Debes confiar en mí!

Negó y fue hasta la bolsa de plástico.

—En esta bolsa está todo lo que encontramos en tu habitación. Todo estaba dentro del cajón que tenías cerrado con llave. —La vació en el suelo, y vi cosas que conocía bien y otras que no conocía de nada—. Ahí está todo lo que necesitamos para darnos cuenta que tú eres el culpable de las muertes de Noxpoint y Noxville. En tu cajón había dos sobres con textos amenazantes que les escribiste a las víctimas y que nunca pudiste enviar. Estaban las estrellas doradas que le pegabas a cada una de ellas, al igual que dos vídeos donde se te veía matando a Rachel y al hombre del bar, como si fuera un fetiche.

Se giró y me dio la espalda. Estaba tenso. Vi que el teléfono de Calvin, el chico que nos atacó en casa de Brad, estaba en el suelo, muy cerca de mis zapatos. Levanté la mirada y vi una cámara frente a mí, por lo que no podía cogerlo. Bajé la mirada y me froté los ojos como si estuviera llorando. Me dejé caer en el suelo y me quedé en cuclillas. Con las piernas cubrí el ángulo desde donde la cámara podía grabar el teléfono y, en un movimiento rápido, tomé el aparato y lo metí en mis calzoncillos.

Me levanté de golpe y negué.

—¿Qué? —susurré con incredulidad.

Esos vídeos no eran míos. ¿Cómo podría haber grabado a Rachel?

Mi padre se dio la vuelta.

—Todo el teatro se te desmoronó con Julieta. Vimos el certificado médico en tu cajón. Ella... estaba embarazada... y la mataste, Max. La mataste porque sabías que tu instinto era más fuerte que tu fuerza de voluntad.

El asesino me había traicionado. Había quemado el papel y me había deshecho de ella para que nadie la encontrara, ¿cómo era posible que mi padre tuviera el certificado? ¿Quién lo había puesto en mi habitación? ¿Quién había descubierto mi escondite? ¿Quién?

—¡Yo los controlé! ¡Controlé mis instintos!

Él negó.

—El instinto logró controlarte, Max. No recuerdas muchos detalles porque los has bloqueado. —Resopló—. Tú... Has desarrollado una nueva personalidad, Max. Una que asesina y hace cosas que nunca harías. Has intentado ser ambos, pensando que eras compasivo y bondadoso. Creíste que podías controlarlo y que estarías bien. Entonces, creaste un monstruo cuando Julieta llegó a tu vida. No querías matarla, pero lo hiciste. Tu doble personalidad mató a Julieta. Tu *creación* lo hizo porque tu parte *buena* no pudo evitarlo.

Tragué saliva y recapitulé.

—Mientes.

Volvió a negar.

—Te he dicho sabes guardar muy bien los secretos.

—¡Mientes!

—Recuerda que la mirada y los actos revelan hasta los secretos más profundos y asquerosos de una persona.

Capítulo 28

Algo iba realmente mal. Todas las muertes había sido obra mía, pero estaba seguro de que no había grabado ni a Rachel ni al hombre del callejón, y tampoco había matado a Julieta.

Todas las anteriores las admitía, pero la suya no. ¡No podía tener doble personalidad! ¡No podía ser el culpable de su muerte! ¿Cómo podía haberme vengado de mí mismo? Pensé en las palabras de mi padre y, por un momento, le creí. Tal vez había sido yo el que me había enviado las cartas y el que había grabado esos vídeos. Tal vez era cierto, porque lo recordaba como si estuvieran en lo más profundo de mi memoria. Los vídeos eran lo que me hacía dudar, ¿de dónde habían salido? ¿Por qué no los recordaba? ¿Cómo rayos podía tener una doble personalidad? ¿Mi instinto había matado a Julieta? ¿Esa parte era más fuerte que mi voluntad? ¿Y si era cierto que mi doble personalidad se había guardado ese secreto? Reconocía que la noticia del embarazo me sacó de quicio, pero nunca la hubiera hecho daño. Nunca.

Entonces, recordé el momento, tras la fiesta de Brad, en el que le pegué una bofetada. Aunque seguía sin recordarlo sabía que había sucedido. Tiré de ella hasta el coche y no me di cuenta de que estaba sangrando hasta que la miré. Si no había sido yo, entonces ¿quién?

Negué.

No y no.

No aceptaba la idea de tener una doble personalidad. Tan solo pensarlo me hacía sentirme diferente.

Deseché la idea de inmediato y seguí recorriendo la celda en busca de una respuesta lógica. Quizá era cierto. Quizá tenía una doble personalidad y por eso había bloqueado el recuerdo de la madre de Morgan cuando falleció. Tal vez por eso me había escondido detrás de los árboles de la casa de la señora Page. Ahora, pensar en Julieta tirada en la nieve me hacía sentir asco y dolor. Vomité en el lavamanos y me enjuagué el rostro y la boca.

Estaba sudando. Me estaba volviendo loco.

La cabeza me daba vueltas y no sabía qué pensar. Estaba encerrado como una rata, sin saber qué ocurría fuera. ¿Se habrían enterado todos de que yo era el asesino de Noxpoint? Negué. Mi padre trabajaba con sigilo, no podía manchar mi reputación. No importaba que tuviera todas esas pruebas, no diría nada hasta el momento del juicio.

Ya no tenía escapatoria. Me habían descubierto y, con los supuestos vídeos, no había nada que me pudiera ayudar. Solo tenía que esperar y pensar en cómo escapar antes de que me trasladaran a una prisión de máxima seguridad. Debía escapar.

Pero ¿cómo?

El cuarto apestaba a vómito y a desesperación. Había algo que me hacía pensar en que podría haber un halo de esperanza, pero, a medida que pasaban los segundos y los minutos, mi mente se iba haciendo a la idea de que iba a pasar el resto de mi vida en prisión. Las pruebas eran claras y para que la jueza estuviera a mi favor necesitaba de un milagro.

Pero no había nada que pudiera hacer.

Y eso era lo que me frustraba.

Me froté los ojos de forma brusca y volví a lavarme el rostro con más fuerza. Agradecía que no hubiera espejos. No quería ver mi reflejo y tampoco quería preguntarme si había alguien más dentro de mí. Mi madre y mi abuela estarían muy decepcionadas.

—Max Russell. —Oí mi nombre—. Tienes visita.

Cerré el grifo y abrí los ojos. La celda se abrió de golpe, tomándome por sorpresa. Oí unas cadenas arrastrarse por el suelo y percibí un olor familiar. Me sequé con la camisa y me giré. Parpadeé un par de veces para adaptarme a la oscuridad.

Me emocioné mucho cuando vi a Morgan delante de mí. Me miraba con curiosidad.

—Hola —me saludó.

Estaba relajada y no parecía asustada. Era como si estuviera ante el antiguo Max. Ella veía al Max *bueno*. ¿Por qué los demás no podían hacerlo? Había trabajado duro en la cafetería y me había esforzado para sacar buenas notas. Podía ser un modelo a seguir, ¿por qué solo Morgan lo veía?

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—He escuchado las noticias —respondió, serena.

—¿Ya lo saben todos?

Asintió. Luego, cerró la celda. Muy pronto me acusarían de todos los cargos por los que merecía estar entre rejas. Al menos, me alegraba saber que Morgan estaba aquí. Ella sabía la verdad.

Me sorprendí cuando puso el pestillo.

—¿Qué estás haciendo? ¿No has dicho que has escuchado las noticias?

Se tensó.

—Tengo que hablar contigo.

Se me aceleró el pulso.

—¿Sobre qué?

Se acercó a mí sin temor. Su objetivo estaba muy claro, y me confundía. Mil cosas me pasaron por la cabeza, pero quería escuchar lo que tenía que decir. Estaba tan preocupado por lo que podría pasarme que lo que tuviera que decirme iba a ser como una distracción.

—Han dicho que has matado a muchas personas, entre ellas a Julieta. No la conocí, pero me ha llamado la atención el hecho de que estuviera embarazada. —Hizo una pausa—. La gente está muy molesta por eso.

—¡No me importa la gente, Morgan! ¡No me importa nada! —
grité.

Ella no se inmutó. Solo me observó e intentó llevar las riendas de la conversación. Me volví a sentar en la cama, me restregué el rostro y me cubrí. Estaba hermosa hasta con el pijama puesto. Llevaba el pantalón atado a la cintura y una blusa de tirantes, cubierta por una chaqueta verde con una raya amarilla en los brazos.

—Max, creo en ti. Sé que no la mataste —susurró.

Levanté la mirada del suelo y la observé.

—Puedes creer en mí, pero las pruebas indican lo contrario.

Se acercó un poco más. Estaba totalmente convencida de que no iba a hacerle daño.

—Max...

—Vete.

—Max, puedo ayudarte.

La miré y supe que no me mentía. Tenía alguna forma de ayudarme a salir del calabozo. Arqueeé las cejas.

—¿Cómo?

—Tengo una ligera sospecha de quién puede ser el asesino y de que tiene demasiado interés en ti y en mí.

No entendía de qué estaba hablando; seguía demasiado mareado. Si debía permanecer en prisión por haber creado un monstruo, lo aceptaría. Pero si ella me daba la oportunidad de salir de allí y encontrar al otro asesino, me fugaría sin pensarlo.

—Morgan, ¿de qué estás hablando?

Suspiró.

—La muerte de mi madre. —Comenzó a hablar—: Sé que la persona que te culpa de la muerte de Julieta hizo lo mismo con mi madre. Quiero ayudarte, pero quiero que tú también me ayudes. Te conozco bastante y sé que estás dispuesto a responder por la muerte de Alan, Rachel y el hombre del callejón. Lo he escuchado todo por la radio. Lo que intento decir es que sé que lo único que deseas ahora es que no te culpen por la muerte de Julieta, que era

tu novia y estaba esperando un hijo tuyo.

Negué.

—Mi padre dice que tengo doble personalidad, así que es posible que la matara. No lo recuerdo. ¡No recuerdo nada de lo que sucedió!

Golpeé la cama y me hice daño en el puño, pero estaba tan metido en mis pensamientos que no me dolió. Dio un paso atrás, pero no gritó. Levanté el rostro y apreté la mandíbula. Estaba enfadado conmigo mismo.

Morgan negó.

—Tengo pruebas para desmentirlo.

—Habla claro —gruñí.

Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y me tendió varias hojas de papel, a excepción de una. Había alrededor de cuarenta trozos. La caligrafía era la misma en todas ellas.

Desdoblé uno de ellos.

—¿Sorprendido? —me preguntó con los labios temblorosos—. Seguro que tú también recibiste más de estas. Puedes leerlas todas, no me importa. A mí también me han amenazado. Desde que murió mi madre, he recibido una, dos o tres al año. Vivo con el miedo de que venga por mí y me mate, pero tengo una ligera sospecha de por qué no ha actuado todavía. Me di cuenta de que te enviaba cartas cuando te seguí al salir de la cafetería. Sabía que algo iba realmente mal. Luego, chocaste con aquella misteriosa persona y te vi leer lo que había en el sobre. El papel era igual, lo reconocí desde la distancia. —Sonaba resentida.

—¿Por qué te has quedado con esa? —le pregunté, y señalé la que se había quedado.

—Esta la he recibido hace unas horas y me siento insegura desde que la he leído.

—¿Qué dice?

Soltó una lágrima y me la tendió con los dedos temblorosos.

—Léela tú mismo.

Tu pequeño demonio guardián te ha dejado sola, ¿cómo te sientes ahora, Morgan? Sé que acabas de escuchar las noticias y que probablemente estás haciendo las maletas para irte de Noxpoint, pero antes de que lo hagas, te mataré.

La miré. Estaba quieta y esperaba mi reacción.

—¿Cómo puedo creerte? ¿Cómo sé que no has sido tú la que la ha escrito? Dime, ¿cómo sé que no me estás confundiendo?

Tras esas preguntas, pude ver en sus ojos que realmente trataba de ayudarme.

—¡No puedo mentir sobre algo así, Max! ¡Tengo miedo! ¡Sé que esta vez no fallará! ¡Tiene todas las de ganar!

Tenía que protegerla, porque yo no rompía mis promesas. Y mucho menos a alguien que me había dado tanta paz. No dejaría que esa persona le hiciera daño. Si lo hacía, la muerte de Alan, Rachel y el hombre del callejón serían en vano. ¡No lo iba a permitir!

—Nadie puede hacerte daño, Morgan. Dime qué debo hacer. Dime cómo puedo protegerte.

Sonaba decidido.

—¡No lo sé! Esperaba que tú tuvieras una idea.

Había demasiada información en mi cabeza tenía que recapitular. El supuesto asesino iba tras ella desde que su madre había fallecido, lo que indicaba que podía ser mayor que nosotros. Tal vez también quería matarla, pero ¿con qué intención? ¿Qué relación tenía con ella? ¿Por qué le había estado enviando cartas y no la había matado? Quizá en la última carta hablaba de mí, lo que significaba que sabía que estaba enamorado de ella. Concluí que debía de saber dos cosas muy importantes: la relación que tenía con la familia de Morgan y mis sentimientos hacia ella. Eso me hizo pensar que el asesino debía de estar dentro de nuestro círculo de amigos.

Todo era demasiado confuso. Pero estaba claro que quería deshacerse de Morgan, de Julieta y de mí. ¿Por qué? ¿Acaso sabíamos algo sobre él? ¿Qué podía ser?

—Creo que le interesas tú, Max. Está tan cerca que no lo podemos ver.

—Entonces tendremos que hacer que se acerque todavía más. Si me quiere, tendrá que venir a por mí.

—¡Diablos! Siento no poder ayudarte, pero no puedo pensar. Estoy tan aturdida y tan cansada. No sé por qué he vuelto a Noxpoint... Solo sentía que debía estar contigo porque siempre has cuidado de mí. —Hizo una pausa—. Max, sé que me controlabas a través del miedo. Cuando me fui a Seattle, me sentí desprotegida. No podía salir a la calle, ni tener una vida normal. Te necesitaba y me dolía cuando me asomaba por la ventana y no te veía entre los arbustos.

Suspiré.

—Morgan, siempre te querré. No importa lo que pase.

Bajé la mirada sin saber qué más decir. Me había dado cuenta del daño que le había causado. El interés, la protección, la atención..., todo eso le había causado un trauma. Eso era... Si el asesino quería acabar conmigo, tendría que seguirme la pista.

De pronto, se me ocurrió algo.

—¿Elizabeth sabe algo sobre esto? —le pregunté.

—Sí —respondió.

—¿Qué sabe?

—Lo sabe todo, incluso sabe que estás *enamorado* de mí. Me lamí los labios.

—Llámala.

—¿A Elizabeth?

—Sí. Llámala y mantente cerca de ella. Cuando lo hagas, dile que debe confiar en mí si quiere que te proteja y encontrar a ese maldito asesino, ¿de acuerdo?

Asintió.

—Lo haré.

Se llevó sus pertenencias y me lanzó una sonrisa triste. Después se dio la vuelta, y la llamé.

—Max —me dijo por última vez.

—La próxima vez que me veas, sígueme.
Después, la recepcionista la acompañó fuera.

Capítulo 29

Me quedé sentado en la cama, pensando en lo que podría usar como arma. Pero no había nada que pudiera ayudarme. Lo único útil que tenía en los pantalones era el teléfono de Calvin, y no sabía si funcionaba. No quería encenderlo dentro por miedo a que me lo quitaran. Después de todo, era una buena arma para salir de allí. Solo tenía que esperar el momento adecuado. Tenté a la suerte y esperé a que llegara Elizabeth.

Necesitaba que estuviera despierta cuando Morgan fue a pedirle que vinieran para avisar sobre las cartas que habíamos estado recibiendo. Por lo menos, habrían tenido tiempo para hablar sobre lo que Morgan me había dicho y lo que Elizabeth estaba dispuesta a dejar que escuchara. No dudaba en que había sido un acuerdo mutuo.

La celda se volvió a abrir y Elizabeth entró con sigilo.

Me miró inquieta. Le molestaba estar encerrada conmigo. Yo no le caía bien y estaba seguro de que verme entre rejas le satisfacía.

—Me ha dicho que querías verme. —Ni siquiera me saludó—. ¿Qué quieres, Max?

—Sí. Quiero hacerte una pregunta.

No se acercó. Se limitó a mirarme y a seguir mis pasos. Estaba dando vueltas sin parar.

—¿Qué quieres saber?

—Eres todo un misterio, Elizabeth. Llámame loco, pero no veo

ningún parecido entre Morgan y tú. Incluso dudo de que seáis familia.

Gruñó y puso los ojos en blanco.

—¿Cuál es tu pregunta, Max?

La miré fijamente.

—¿Eres policía o agente encubierto?

Se rio con nerviosismo.

—¿Es una broma? Morgan es mi sobrina.

Negué.

—Elizabeth. —Me acerqué a ella hasta que me quedé a pocos centímetros de su rostro. No se movió. No se iba a rendir ante mí. No le importaba que fuera un asesino. No iba a ceder—. Sé que mientes. Morgan te dijo que confiaras en mí, ¿por qué no lo haces?

Se quedó inmóvil.

—Soy agente encubierto —susurró.

Retrocedí y asentí.

Me gustaba volver a tener el control.

—¿Quieres que Morgan esté bien?

—Sí.

—Genial, yo también.

Me siguió con la mirada y supo lo que iba a hacer. Me puse en posición, coloqué la pierna izquierda frente a mí y estiré la derecha hacia atrás. Me centré en su sien, justo en la línea donde empezaba el cuero cabelludo. Tragó saliva. Formé un puño con la mano y lo levanté con fuerza. La golpeé en el cráneo y cayó al suelo.

—¡Ayuda! —grité—. ¡Se ha desmayado! ¡Ayuda!

Enseguida, dos guardias y la recepcionista entraron para ayudarla. Los policías se agacharon para ver qué le sucedía. Antes de que pudieran reaccionar, agarré a la mujer de los hombros y tiré de ella con fuerza hacia mí. La mujer gritó y ellos saltaron hacia atrás. Sus armas cayeron, y una de ellas quedó cerca de mis zapatos.

—¡Suéltala!

Me arrastré con la mujer y la recogí. La coloqué en su sien, listo

para dispararle una bala que le perforaría el cráneo en un segundo.

—A un lado o la mato —los amenacé, pero me ignoraron—. ¡A un lado o la mato! —repetí con más fuerza.

—¡Dejadle pasar! ¡Por favor! —exclamó ella—. ¡Por favor!

Los policías se detuvieron, y disparé a uno de ellos en la pierna.

—¿Bajas el arma o te disparo? —le pregunté con una mirada amenazante al otro.

Levantó las manos sin soltar la pistola.

—¡Al suelo! ¡Ahora! —le ordené.

Se volvieron a oír gritos.

El policía no tuvo más remedio que soltar el arma.

Entonces, una nueva intrusa apareció.

Mia Whitman.

Al ver la escena, se quedó quieta en la entrada. En sus manos llevaba una bolsa de papel con comida. Su cabeza debió de gritarle que corriera, pero su cuerpo no se inmutó. Sus ojos me miraban con atención.

No podía salir corriendo de allí, necesitaba algo más. Tal vez Mia había venido con el coche. Solo tenía treinta segundos para escapar antes de que las alarmas empezaran a sonar.

—Tú vienes conmigo. —La señalé.

Luego, solté a la mujer y fui tras Mia. Le tiré del pelo para llevarla hasta el aparcamiento. Detrás, dejamos a Elizabeth inconsciente, a un policía herido y a una mujer aterrada. El otro hombre era el que más me preocupaba. Sería el que daría el aviso de que me había fugado y había herido a dos sujetos, incluyendo a la supuesta tía de Morgan.

Todo formaba parte del plan.

—No me hagas daño —me pidió Mia al salir de la comisaría.

Yo asentí.

—Si haces lo que te pido, no lo haré. —Con mucha delicadeza, le lancé un guiño que la hizo estremecerse—. Por los buenos tiempos, Mia Whitman.

Finalmente, nos subimos en su coche. Seguía apuntándole al

estómago con la pistola. Sonreí cuando nos empezamos a alejar. Era de noche, por lo que me resultaría más sencillo escapar. Max Russell volvía a tener el poder.

Ahora, todo el pueblo me temía.

Eso era algo placentero.

Capítulo 30

—¿Dónde vamos? —preguntó entre susurros.

Conducía tratando de mantenerse tranquila y de hacer lo que le pedía. Tal vez estaba pensando que su madre vendría a por ella con un ejército, pero yo sabía no iba a ser así. No la dejaría libre hasta que pudiera deshacerme de ella. Era como mi amuleto de la buena suerte y tenía que permanecer a mi lado. Las hojas de los árboles a nuestro alrededor estaban cubiertas de nieve. Aunque las ventanas estaban subidas, podía notar el aire frío de la noche. Mia estaba asustada y se atenía a nuestro trato; yo le daba órdenes y ella obedecía. Si lo hacía bien y no protestaba, no le haría ningún daño. No era necesario castigarla mientras colaborase, aunque debía ser muy cuidadoso. Tampoco podía ceder tan fácilmente. Debía mantener el control sobre ella. En cualquier momento podría llamar a la policía o darme un golpe e intentar huir. Si eso llegaba a pasar, necesitaba un plan B. No respondí. Solo quería disfrutar de la noche. No sabía adónde ir, pero esperaba que Morgan hubiera hecho caso a mi indicación y me estuviera siguiendo. Tenía dos opciones: o el asesino me seguía, o la seguía a ella. Por eso debíamos permanecer juntos. Si nos quería a los dos, tendría que venir a buscarnos. Le estábamos facilitando las cosas. Podía matar dos pájaros de un tiro.

Si Morgan hubiera sido la que conducía, habría sido mucho mejor. Estiré el cuello y miré hacia atrás como si quisiera

asegurarme de que nadie nos seguía. No había nada. La carretera se cerraba detrás de nosotros.

Me relajé en el asiento y respiré, pensando adónde demonios debíamos dirigirnos para que la policía no pudiera seguirnos la pista y para que el supuesto asesino llegara hasta mí. Habíamos tenido la suerte de contar con una rehén que tenía coche y, más importante todavía, una madre con mucha influencia en el pueblo. Cuando se diera cuenta de que me había fugado con su hija, el mundo se le vendría encima.

Muchos conocían a Max, pero no al *asesino de Noxpoint*. Ya veía mi rostro sonriente e inocente en los periódicos y en las noticias mientras los padres trataban de ser más cuidadosos con las amistades de sus hijos. Las cosas iban a cambiar para todos los habitantes: habría reglas y modos de conducta nuevos, más rumores, más prejuicios y, sobre todo, más desconfianza. A la gente del pueblo no le gustaba salir de su zona de confort, pero con los últimos acontecimientos tendrían que adaptarse a las nuevas circunstancias.

Estaba disfrutando de la libertad y de saber que todos me conocían como *El asesino de Noxpoint*. Si me hubieran preguntado si me deseo era ser reconocido por mis asesinatos, la verdad es que hubiera respondido que no. Siempre me había gustado mantenerme entre las sombras. Me gustaba ser yo. Sin miedos y sin tabúes que me limitaran. Este era Max Russell y no había nada más.

—¿Max? —volvió a preguntar, sacándome de mis pensamientos.

—Vamos a la cima de la montaña. Recuerdo que te solías esconder allí cuando eras una niña y, por suerte, sé que la cabaña sigue abandonada. Así que dudo mucho que alguien nos busque allí. Siempre es bueno tener un escondite, ¿no? —Abrí la puerta del copiloto—. Tendremos que subir a pie. No puedo evitar pensar que la hija de la juez tenga un GPS en su coche, ¿sabes?

Se asustó.

—¡La temperatura bajará por la noche, nos congelaremos!

—Pues cuanto antes empecemos a caminar, antes llegaremos.

Di un portazo y me puse una de las chaquetas que llevaba en el asiento trasero. Mia iba más tapada que yo, así que no debía preocuparse por el frío.

—¿Sabes llegar?

Sus ojos estaban perdidos en la carretera.

—¿Mia? —volví a preguntar—. ¿Sabes llegar?

Asintió.

—Pues vamos. Sal del coche y camina.

Jugueteé con el arma, indicándole que podría usarla en cualquier momento. Bajó mientras trataba de asimilar lo que sucedía. La nieve seguía cayendo, y el aire era cada más frío y denso. Puede queuviéramos que detenernos a descansar al llegar a la cima, pero no entraba en mis planes, así que tendríamos que ser muy rápidos.

Paró el coche y la obligué a lanzar las llaves a la nieve. Luego, me guio por el camino que nos llevaría a la cabaña, y empezamos a andar. No nos llevamos ningún tipo de provisión. Yo solamente tenía el teléfono que le había robado a mi padre en la celda, pero no lo iba a usar hasta que fuera estrictamente necesario.

Lo mejor que podía hacer era esperar.

Subimos la montaña con algunas complicaciones debidas a la nieve, pero, por suerte, el viento nos había dado una tregua.

Mia gruñía y se molestaba cada vez que se caía de culo. Yo le ayudaba a ponerse en pie, como el caballero que era. Al principio, se negó, pero tras unas cuantas caídas, accedió sin darle muchas vueltas. Intenté darle conversación para que el camino se nos hiciera más ameno, pero no me siguió la corriente. Negué y me reí. Se me salía el corazón por la boca y tenía los labios secos y agrietados. La ropa que llevaba no me cubría ni un cuarto del cuerpo. Mia llevaba guantes; en cambio, yo iba con las manos al aire y podía sentir como el frío de la nieve me quemaba la piel. De vez en cuando, hacía ligeros movimientos para que los músculos no se tensaran y no se quedaran dormidos. En los últimos treinta minutos, los calambres me habían ayudado a no congelarme, pero no sabía cuánto más podría aguantar. Estaba cansado y agobiado,

pero debía continuar. Mia se hundió en un gran cúmulo de nieve y volvió a perder el equilibrio.

—¿Sigues enfadada? —le pregunté con una ligera sonrisa.

—No me hables, ¡eres un asesino!

Me reí.

—Disfrutabas estando conmigo. Antes no me lo decías.

—La diferencia es que ahora lo sé.

—Deja que te ayude. —Le volví a tender la mano.

—Nos falta muy poco.

—¿Cuánto?

Se quedó mirando la cima.

—Unos diez minutos.

—Genial, lo haremos en cinco.

Seguí avanzando y la dejé atrás; se conocía el camino. A esas horas de la noche, no podía regresar sola, y solo llevábamos una linterna que apenas hacía luz. Había tenido mucha suerte al traer a Mia conmigo.

Unos siete minutos más tarde, vislumbré la pequeña cabaña entre los árboles y las montañas que la cubrían.

—¿Es segura?

Asintió en silencio.

—Pues entremos. Me estoy congelando.

Abrió la puerta y encendió una de las lámparas. Parecía estar más tranquila.

—¿Esto tiene luz? —dije, sorprendido.

—Es mi cabaña.

No me miró.

—Entendido.

El salón era pequeño; solo contaba con dos sofás, una mesa en el centro y una ventana cuadrada cubierta con una cortina de color café. Debajo de la mesa, había una alfombra roja con rayas azules, verdes y amarillas que se encontraban al final para formar una estrella. Había una lámpara entre los sofás, en los que cabían tres personas; a la derecha estaba la cocina, que tenía una mini nevera

y un gran bidón de agua. Los cajones estaban medio abiertos, y se veían latas de atún y cajas de cereales. Al fondo, había dos puertas.

—La puerta de la derecha es un baño y la de la izquierda, una habitación.

—Perfecto —respondí.

—¿Cuándo me dejarás ir? —preguntó ella, detrás de mí.

Me di la vuelta y apagué la linterna. La luz de la lámpara iluminaba hasta la cocina y la sala de estar; el pasillo del fondo, donde estaban las otras dos puertas, estaba a oscuras. La miré a los ojos.

—Todo a su tiempo.

Ella negó con los ojos húmedos.

—Te he ayudado a salir de la comisaría, te he traído hasta aquí... Creo que ya no te sirvo para nada.

Sonreí.

—Oh, por supuesto que sí.

Fui hacia ella y me quité el cinturón con una mano, agarré las suyas y se las até con fuerza. Intentó darme una patada en la entrepierna, pero la esquivé. Aun así, no pude evitar que me mordiera en la muñeca.

Le di una fuerte bofetada y cayó inconsciente cerca de uno de los sofás. Busqué algo que me pudiera ayudar a atarla entre los cajones. Al no encontrar nada que me sirviera, quité las sábanas de la cama y las rompí para sujetarle las manos y los pies y la senté en uno de los sofás. Mientras esperaba a que despertara, me di una ducha rápida.

Cerré la puerta con llave y me aseguré de llevarla conmigo para que no intentara escapar. Dejé la puerta del baño abierta para poder ver vigilarla. Me quité la ropa y me desnudé. Puse el arma lo más cerca de mí, mientras que el teléfono lo alejé un poco para que no se mojase. Me lavé el pelo y el cuerpo con fuerza. Aunque solo había usado agua, me sentía más limpio y cómodo. Hacía unas horas, creía que jamás saldría de aquella comisaría hasta que llegara mi juicio. Cuando algo grave sucedía en Noxpoint, se

resolvía lo más rápido posible para evitar un escándalo. Ahora, estaba en una cabaña con el cabello húmedo y el rostro lavado.

Tomé una de las toallas blancas y me sequé la cabeza. Después, me la pasé por el torso y por las axilas. Me dolían las manos por las quemaduras que me había hecho con la nieve. Me puse el pantalón caqui y dejé que los calcetines se secaran sobre el palo de la cortina de ducha.

Mia seguía en el sofá con los ojos cerrados. Tal vez podía aprovechar la oportunidad y extorsionar a Stephanie: intercambiaría a su hija por mi libertad. Sin embargo, lo que más me preocupaba era el otro asesino. Suponía que ya se habría dado cuenta de que me había escapado. Lo único que le quedaba era buscarme.

Todo marchaba a la perfección. ¿Qué más podía pedir? Me senté en el sillón contrario al de Mia y esperé a que despertara mientras ideaba un plan: la policía estaría pendiente de las casas que estuvieran más alejadas, así que este era un buen lugar para empezar a buscar. Debíamos irnos de allí por la mañana. Mia se removió. Abrió los ojos poco a poco, adaptándose a la poca luz que había. Volvía a tener la pistola entre las manos y el teléfono junto a la pierna. Me preocupaba que nos localizaran si lo usaba, así que me prohibí hacerlo hasta que supiera cuál sería nuestro siguiente movimiento.

Se quejó al darse cuenta que no podía mover las manos.

—¿Qué me has hecho?! —preguntó con los ojos abiertos de par en par.

Intentó liberarse, pero le resultó imposible. Debía entender que ya no estaba con Max, sino con el *asesino de Noxpoint*.

—Solo es por seguridad —le informé, y me puse recto.

Me miró con incredulidad.

—¿Me has dicho que si te obedecía, no me harías daño!

Suspiré y puse los ojos en blanco.

—Solo es un trozo de tela, no te pasará nada. No te he hecho daño. Creo que estamos cumpliendo con nuestro trato, ¿no?

Gruñó.

—¡Te encontrarán!

Me reí.

—Nunca.

Me miró con odio y rencor. Yo me limité a dejarme caer en el sofá para descansar. Le había atado las muñecas a la espalda y tenía las rodillas dobladas con los pies pegados al suelo.

Ahora que la tenía más cerca, podía ver la mancha roja en su rostro; era una herida.

—¿Qué te ha pasado?

Me acerqué para apreciarla mejor, pero ella se giró. La tomé de la barbilla con delicadeza, pero su reacción fue la misma, así que la agarré del mentón con más fuerza y la obligué a mirarme. Tensó la mandíbula y se revolvió bajo mi agarre. Parecía una picadura de abeja: el centro estaba muy rojo, mientras que el contorno se iba extendiendo poco a poco por su mejilla derecha.

—Demonios, ¿qué te ha picado?

Chasqueé la lengua y la solté poco a poco. Me miró con odio en silencio.

—Eso va a necesitar más que alcohol. ¿Tienes algún medicamento por aquí?

—No —respondió.

—Se te ha infectado. Voy a buscar algo para curarte.

Me levanté del sillón y fui directo al baño, pero no encontré nada. La cabaña no estaba bien surtida y era extraño, porque en la cocina había muchas cajas de cereales y latas de comida, como para sobrevivir ahí durante un mes. ¿Por qué tenía comida y no un botiquín de primeros auxilios? ¡Eso era lo más importante! Uno nunca sabía cuándo podía tener un accidente.

Salí del baño y fui a la habitación, pensando que habría algo que podría servirme, pero la pequeña cama individual no escondía nada bajo ella. Fui hasta el armario y abrí las dos puertas que había sobre seis cajones. Cada una tenía sus respectivos compartimientos. Solo encontré un perchero con seis ganchos vacíos. Las cerré y abrí los cajones uno por uno. Estaban todos vacíos, como si hubieran

entrado a robar y se lo hubieran llevado todo menos la comida.

Volví a la sala de estar.

Mia seguía quieta, sin quitarme los ojos de encima.

—La próxima vez que vayas al supermercado, compra un maldito botiquín, ¿de acuerdo?

Caminé hasta la cocina y revolví la despensa, pero solo encontré varias latas distintas. También había botes de mayonesa, de mostaza y de algún condimento rojo. Uno de ellos me llamó la atención: eran duraznos. Decidí que me los comería más tarde y seguí memorizando lo que había. Lo único que necesitaba era una botella de alcohol.

Me di por vencido y regresé.

—Lo siento. Creo que te vas a quedar así hasta que encontremos un lugar donde comprar algo. ¿Te duele?

No respondió.

—Tal vez pueda ayudarte un poco de agua. Espera aquí.

Me reí. Di un paso y gruñó. Tenía los ojos rojos y parecía enferma. De pronto, tropecé con algo y estuve a punto de caer sobre ella, pero conseguí mantener el equilibrio. Maldije en un murmullo y resoplé aliviado porque no hubiera pasado nada.

Me agaché y entrecerré los ojos.

Cerca de la alfombra había una argolla dorada que se adhería con una fina pieza de metal al suelo. Sorprendido, aparté la alfombra y seguí una línea recta, de unos veinte o veinticinco centímetros, con el dedo índice. Me levanté de un salto y quité el resto de la alfombra con los pies hasta dejar un pequeño cuadrado a la vista.

—¿Qué demonios es esto, Mia? —le pregunté con una mirada divertida.

Bajo la madera podía haber dos cosas: un camino que nos llevaría a otro lado o un sótano que nos escondería de la policía cuando apareciera. Cualquiera de las dos me servía.

Capítulo 31

Tiré muy despacio de la argolla para poder ver qué había debajo. Mia parecía desconocer el escondite, pero muy en el fondo sabía que estaba fingiendo. Me lo había ocultado desde el principio.

Dejé caer la tapa cerca de sus pies y le sonreí de nuevo.

—¿Túnel o escondite? —pregunté.

—No lo sé. No sabía que eso estaba ahí. —Sonaba sincera, pero no me lo creí, así que decidí averiguarlo por mí mismo.

Me acerqué al sofá y tomé la linterna, la pistola y el teléfono. Mia se asustó y se acurrucó para apartarse de mí. Cuando vio que no quería nada de ella, se relajó y volvió la mirada a la trampilla. También tenía curiosidad, y si no hubiera sido tan testaruda, la habría llevado conmigo, pero preferí ir solo. Por enésima vez, me cercioré de que la puerta estuviera cerrada con llave y volví a apretarle los nudos de las muñecas y de los tobillos. Se mordió el labio y se aguantó las ganas de gritar.

—No te escapes, ¿vale?

Le di una palmada en la mejilla sana y encendí la lámpara.

La luz me permitió ver una escalera de metal con doce o catorce escalones. Había unos dos metros de distancia entre nosotros y el suelo.

—Aquí vamos.

Me tambaleé en el primer escalón; la escalera resbalaba y no tenía un pasamanos al que poder sujetarme; los escalones estaban

pegados a una de las paredes. Bajé con cautela, ayudándome de la luz que se filtraba de la sala de estar. Hacia la mitad de la escalera, la iluminación empezó a desaparecer. Sentí un cosquilleo por las piernas que me puso los pelos de punta, pero no le di importancia y seguí mi camino. Oí un ruido y me giré de golpe, enfocando con la linterna. Esperaba encontrarme con un muerto o con un fantasma, pero no había nada.

Al llegar a los últimos escalones, vi que estaba en una bodega repleta de cajas y muebles cubiertos con sábanas.

—Esto es como una película de terror —dije.

Al llegar al último escalón, iluminé el suelo con la linterna para asegurarme de que no hubiera nada con lo que pudiera lesionarme. Tosí cuando respiré una capa de polvo. Estornudé tan fuerte que hizo eco en la bodega. Eso significaba que no había tantas cosas y que no era tan grande.

Comencé a hurgar entre las sábanas. Había más sillones, una mesa con cuatro sillas de madera y un tocador bastante bonito. Tal vez habían pertenecido a alguien mucho mayor, porque la madera estaba muy desgastada y el diseño, bastante pasado de moda. Seguí caminando y vi muchas cajas de cartón selladas.

No había nada especial; solo vasos, platos y muchos accesorios para la cocina y para el baño. Si en algún momento quería remodelar mi casa, podría venir aquí y robar algunas cosas. Se me llenaron las manos de polvo y tosí un par de veces más. Después de todo, el pequeño lugar no tenía mucho que ofrecer, pero podía sernos muy útil. Si ocultábamos muy bien la argolla, nadie nos encontraría.

Sería fácil bajar algunos cables para tener algo de luz. La linterna apenas iluminaba una pequeña parte de la zona a la que apuntaba. Mis manos se estaban congelando, pero quería seguir investigando. Antes de volver a las escaleras, oí un ruido que provenía de arriba. Parecía que algo se había caído. Seguro que Mia había intentado moverse y había perdido el equilibrio o había tirado algo.

—¿Mia? ¿Va todo bien? —pregunté.

Cuando no respondió y oí un gemido, me decanté por la primera opción.

Alrededor de la bodega había cajas de cartón sobre mesas de metal y en el centro estaban los muebles. Caminé rápidamente, me giré e iluminé el camino por el que había llegado. Antes de que pudiera reaccionar, una caja de cartón se precipitó al suelo y me sobresalté.

Retrocedí para que no me cayera sobre los pies y se me resbaló la linterna. Me agaché a por ella y recogí el desorden.

En el suelo había un par de libros, dos más gruesos y uno de color rojo con letras doradas bastante más fino. No quise quedármelos y los devolví a la caja. La tomé y la volví a poner de pie. Metí los libros, unas cintas para el pelo y un par de zapatos desgastados que estaban llenos de barro. Había un par de sobres vacíos con un papel de color brillante pero opaco.

Los guardé y sentí un pinchazo en el pecho.

¿Sobres con papel... amarillo?

Dejé la linterna en el suelo y los saqué. Cuando los abrí, comprobé que el papel era demasiado parecido al de las cartas que habíamos recibido Morgan y yo. Era muy confuso, pero eso no fue lo que más me extrañó. Cuando volví a iluminar el lugar, vi que, a lo lejos, brillaba una pequeña piedra. Lui hasta ella y la recogí: era un pendiente con una esmeralda verde. El contorno era dorado, pero no era de oro. De pronto, un recuerdo me llegó a la mente y regresé al callejón, donde había conocido a Julieta. La joya era idéntica a la que había encontrado allí, incluso podría decir que era su pareja.

Miré a todos lados con la esperanza de que el asesino estuviera allí, pero todo estaba en silencio. Mia seguía arriba, quejándose por la abrupta caída que había tenido minutos atrás.

Comprendí que, probablemente, estábamos en la cueva del asesino.

Seguí indagando, pero solo encontré objetos que no me decían nada. Entonces, dos teléfonos me llamaron la atención. Uno de ellos

era demasiado moderno para pertenecer a alguien de Noxpoint. A los adultos no les gustaba la tecnología, y a nosotros nos resultaba complicado hacerles entender que necesitábamos algo para comunicarnos. Encendí uno de ellos. No tenía ningún contacto guardado, ni una SIM que me ayudara a identificarlo. Estaba vacío y parecía no contener ninguna información acerca de su dueño. Me dirigí a la galería y, para mi sorpresa, encontré unos quince vídeos.

Empecé a temblar.

En todas las miniaturas estaba yo.

Me senté sobre los libros de texto y comencé a reproducirlos. Se me veía caminar tranquilamente por el aparcamiento del instituto. ¿Cómo era posible que alguien me hubiera grabado sin que me diera cuenta? En algunos me seguía hasta que desaparecía de allí, pero en otros aparecía hablando con Brad entre clases; parecía que me había grabado desde alguno de los bancos que se veían al fondo. La cámara siempre se centraba en mí. En otros vídeos, estaba riendo a carcajadas con Isabella o con Eve, ya fuera en un restaurante o en el mismo aparcamiento.

El autor había sido muy cuidadoso en no mostrar su rostro; lo único que se escuchaba era su respiración cuando necesitaba correr para ocultarse. Los vídeos duraban entre dos y cinco minutos, dependiendo de dónde estaba.

Uno de ellos me hizo temblar.

Estaba durmiendo en mi habitación. La toma se iniciaba desde mi ventana, que estaba abierta, mientras que el asesino se iba acercando poco a poco. Tenía un brazo bajo la sábana y el otro fuera de la cama, el pelo despeinado y la cara de lado con la parte derecha pegada al edredón y los labios ligeramente abiertos. La imagen era perturbadora. ¿Quién me había grabado mientras dormía? Las manos del asesino aparecieron, y me acariciaron la mejilla con el dedo índice, perfilando mis pómulos. Su toque hizo que me alejara. Las apartó, asustado por si me despertaba, pero no sucedió nada. Puse una mueca y seguí durmiendo. Luego, el vídeo se cortó.

Se me cortó la respiración, ¿cómo había sido posible que el asesino hubiera entrado en mi casa y me hubiera tocado sin haberme despertado? Algo no me cuadraba. Volví a reproducirlo con los dedos temblorosos y lo pausé cuando las manos aparecieron. Sus dedos eran largos y delgados; tenía las manos perfectamente cuidadas, y llevaba las uñas pintadas de un color casi invisible. Eran las manos de una mujer, no había otra opción. Pero ¿de quién?

Seguí mirando más vídeos y encontré otro que me asustó tanto que lo quité.

No podía ser cierto, ¿cómo había invadido mi privacidad con tanta facilidad?

Inspiré profundamente para tranquilizarme.

Me llevó varios minutos seguir con los vídeos.

Cada vez estaba más nervioso. Me sentía invadido. No había nada que me indicara de quién se trataba. Ni siquiera se veía su reflejo en los coches.

Volví a inhalar con fuerza y un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

Quedaba un último vídeo.

Solo uno.

Toqué la pantalla para que las imágenes empezaran a reproducirse. Era el vídeo más largo; duraba unos cuarenta minutos. La cámara apuntaba al suelo. Avanzó por un largo pasillo que parecía no terminar nunca. Las suelas de los zapatos resonaban contra el suelo. Luego, se detuvo frente a una puerta que me pareció reconocer. Llamó y una voz femenina le indicó que entrara. Y por fin pude escuchar la voz de la persona que se encontraba tras la cámara.

—Rachel, te estamos esperando para cenar.

Un segundo después, la cámara se elevó y la vi, acostada en el suelo, rodeada de libros. Estaba estudiando.

Rachel. Dios.

—¡Estoy muy ocupada! —gritó.

—Bueno, tu madre me ha dicho que es el último aviso.

Resopló. Estaba bocabajo, con los codos apoyados en el suelo y los pies en el aire.

—Está bien, ya voy.

Se levantó y miró mal a la cámara sin saber que estaba siendo grabada. Su habitación estaba ordenada, a excepción de los libros. La escena me pareció vagamente familiar. Incluso tuve que fijarme en la ropa que llevaba puesta. Se me formó un nudo en el estómago.

Contuve las ganas de vomitar.

—Ahora te alcanzo.

Aguanté la respiración.

—Claro, como quieras.

Los pasos se alejaron y Rachel desapareció de la cámara. Una puerta se cerró de golpe y se hizo el silencio.

El foco se movió bruscamente y, tras la larga espera, la cámara se giró y me dejó ver el rostro del supuesto asesino, que se llevó dos dedos a la boca para simular que iba a vomitar. La conocía. Era joven y tenía un brillo especial en los ojos.

—Es una zorra —dijo a la cámara con desprecio.

Su cabello naranja me llamó la atención. Llevaba los labios al natural y rímel en las pestañas. Estaba acostumbrado a que fuera más maquillada y verla así me dio la sensación de que era otra persona. No podía creer que fuera ella. Sus ojos color miel resaltaban por encima de todo y se movía como una experta detrás de la cámara. Su voz había sonado divertida pero cargada de mucho resentimiento.

Se encaminó al armario y dejó el teléfono sobre una caja de zapatos. Luego, cerró las puertas con una sonrisa triunfante. Como si hubiera ganado una batalla. Llevaba un pantalón de mezclilla suelto y una sudadera amarilla que le resaltaba el cabello rojizo. Iba descalza, lo que me hizo pensar que estaba durmiendo con Rachel. Stephanie era hermana de la madre de Rachel y no hacía mucho que Mia se había mudado con Rachel. Antes de ver las imágenes,

pensaba que se llevaban muy bien.

El vídeo seguía grabando en la habitación. No tardé mucho en aparecer. Un ruido proveniente de la ventana se escuchó por todo el lugar. Aunque las tablas de madera del armario evitaban que se tuviera una vista completa, se apreciaba lo que sucedía sin tener que hacer mucho esfuerzo. Pisé una galleta y entré en el armario. Estaba debajo del teléfono. Se me escuchaba respirar como si tuviera un micrófono debajo de la barbilla.

Finalmente, sucedió. Todo parecía reproducirse a cámara lenta.

Rachel entró a la habitación.

Se desvistió frente al espejo y después se giró hacia donde estaba yo.

Reaparecí. Rachel estaba sobre mi torso, con sus piernas desnudas en mis caderas.

Cerré los ojos. Lo recordaba como si acabara de suceder. Ahora no veía la imagen desde ese ángulo. Estaba sobre Rachel, podía tocarla y besarle el cuello y el rostro. Mis ojos estaban cerca de su piel, de su sangre..., de su aroma.

Cuando los abrí, estaba muerta.

Cerré el teléfono de golpe y no quise ver más.

Ella era la que me había estado siguiendo. Mia.

Mia Whitman.

Pero ¿por qué?

Seguí hurgando entre las cosas, esperando encontrar algo más.

El segundo teléfono seguía ahí, y me fijé en que se parecía mucho al que llevaba en el pantalón. Lo saqué y lo encendí. Fui a las llamadas salientes y activé el que acababa de encontrar. Mis dedos se movían nerviosos, si se encendía, respondería a muchas de mis dudas.

Mia Whitman.

¡Demonios! ¿Cómo no me había dado cuenta?

Pulsé el botón de llamada saliente y la pantalla dejó ver un pequeño teléfono con tres puntos suspensivos.

El otro se iluminó.

Anunciaba una llamada entrante.

Colgué y los lancé a la caja de cartón.

Luego, vi que en el fondo de la caja había una fotografía.

Era Mia con Calvin. Estaban en una sala de fotografía. Era probable que hubieran sido novios o amantes. No lo podía saber.

Suspiré.

Mia Whitman, Dios mío. ¿Cómo era posible?

La fotografía ardió en mis manos.

—Maldita hija de...

Todos los hilos empezaban a unirse en mi cabeza. Calvin, Rachel..., los vídeos, sus acercamientos. Todo en ella..., todo. Me levanté del suelo de un salto y me percaté de que hacía un rato que todo estaba muy silencioso.

Mia había dejado de gruñir.

¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

Empuñé el arma y apagué la linterna. Todo se volvió oscuro. Ahora debía aguantar la respiración y caminar con sigilo.

—Te he encontrado. Ya no tienes salida, Mia.

Avancé con pasos muy cortos, atento a cualquier ruido. Apunté con el arma hacia delante y me moví con la espalda pegada a las cajas. Esa vez no dudaría. No me atreví a moverme demasiado. Había estado tan concentrado que no me había percatado de que Mia podría haber descendido también. Estaba obsesionada.

Las cosas empezaban a encajar, pero estaba muy confuso.

Escuché un crujido en mi nuca y me giré de golpe. Una ráfaga de aire caliente me hizo girarme de nuevo. Sabía que estaba ahí.

Los segundos se me hicieron eternos. Mi frente estaba goteando.

Seguí avanzando hasta que sentí a alguien a escasos centímetros de mí. Traté de aparentar que no pasaba nada, pero entonces, escuché un clic. ¿Tenía un arma?

Se encendió una luz y la encontré junto a la lámpara. Estaba sonriendo.

—Sorpresa, Max Russell.

Presioné el gatillo sin mucha fuerza y, antes de que pudiera disparar, me golpeó con un bate en la cabeza y todo se volvió negro.
No.

Capítulo 32

Desperté de un largo y profundo sueño con un dolor punzante en la cabeza que no me dejaba pensar con claridad. No había nada que me indicara cuánto tiempo había pasado.

Algo me adormecía.

Sentía un dolor en el pecho que me hacía querer gritar, pero no podía porque tenía algo en la boca. No me quedaba energía ni para murmurar. Poco a poco, todo se volvió oscuro de nuevo.

No sabía si seguía respirando. Me sentía fuera de mí. Era como si me hubiera inyectado algo que me estaba controlando. Estaba indefenso.

Fui despertando progresivamente. Abrí los ojos con dificultad y tuve que pestañear muchas veces.

Me seguía sintiendo bastante cansado.

Vi a Mia frente a mí. Estaba sentada en una silla de metal, cerca de las cajas de cartón, con las piernas cruzadas y los brazos en los reposabrazos. Sonreía, victoriosa. Intenté hablar, pero me había amordazado. Bajé la mirada y noté que me había atado las manos con cinta y cuerda que me raspaba las muñecas. Además, tenía los tobillos pegados a una de las patas de la silla donde estaba sentado. Intenté moverme, pero me fue imposible. Solo pude soltar un alarido que hizo que su sonrisa se ensanchara. Apreté los puños. Se puso en pie y me dio un beso en la mejilla. Quería escupirle.

—¡No te pongas así, Max! —Me agarró la barbilla y me obligó a

mirarla—. Vamos, ¿no te gusta ser la víctima? Si me permites darte un consejo, siempre es bueno estar en ambos lados.

Me quitó la venda de la boca y pude volver a respirar. Esperé a que hablara de nuevo. La seguí con la mirada, no sabía qué era capaz de hacer. Me había golpeado con un bate y ahora me tenía atado a una silla. Había invadido mi privacidad y sabía todo lo que me gustaba y lo que hacía. Lo sabía todo sobre mí, y eso me hacía vulnerable.

Pero seguía sin saber si quería acabar conmigo o con Morgan.

De momento, seguía vivo, pero ¿y ella? ¿Estaba con Elizabeth? ¿Me había usado como cebo y se había vuelto a marchar del pueblo? Esperaba que así fuera; al menos, uno de los dos saldría con vida.

Al fin me decidí a preguntar.

—¿Por qué?

Se volvió a sentar. Sabía que nadie vendría a buscarnos. Lo tenía todo bajo control. Se rio.

—No preguntes por qué, pregunta desde cuándo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Se levantó de la silla y rebuscó entre las cajas.

—Mira esto. —Me enseñó una fotografía de cuando era una niña en la que salía junto a Stephanie—. ¿Notas algo extraño?

Asentí.

—Tu locura. Estás horrible. Desde niña eras un monstruo.

Sonrió, orgullosa. Nada tenía sentido, pero, a la vez, todo iba encajando poco a poco. Todavía había muchas cosas por resolver.

—Siempre tan sarcástico y divertido —respondió, riendo.

—Solo digo la verdad.

Tenía unas ganas terribles de lanzarme sobre ella y apretarle el cuello hasta que escuchara los huesos crujir. Me tenía bien sujeto para que no pudiera hacer nada que afectara los planes. Me encontraba lejos de las cajas y de los muebles, no había nada a mi alrededor en, por lo menos, dos metros de radio.

—Tienes razón. El instinto de proteger lo que quiero y lo que merezco me ha dominado desde que era muy pequeña.

Seguía con la fotografía en las manos.

—Tenía nueve años entonces... —Empezó a rememorar—. Estaba en mi fiesta de cumpleaños y los niños corrían de un lado a otro con globos y pelotas de colores. Todos reían y parecía que se divertían. Yo también lo estaba haciendo. Mi madre me había comprado dos pasteles de cumpleaños y una gran gelatina de fresa. Mi favorita. Había refrescos y miles de dulces que no podíamos tocar hasta que nos comiéramos las hamburguesas. Llevaba un gorro con círculos de colores. Parecía el día más perfecto de mi vida. Todo estaba lleno de color y el sol brillaba. Estaban todas las personas que quería, excepto él. Había vuelto a llamar para decir que no podría asistir, pero que recibiría mi regalo por la mañana. Mamá vino junto a mí cuando terminó la llamada y me dijo que no me preocupara, que seguramente tenía mucho trabajo, y que me quería y lamentaba mucho no haber podido estar presente. Yo sabía que estaba mintiendo de nuevo. Sabía que no podía ir a mi fiesta porque estaba con ella. Siempre estaba con ella. Pero ¿de quién era la culpa? ¿Acaso yo había nacido en un mal momento? ¿Había sido un error para mis padres? No. Ella había sido el error.

Tensó la mandíbula y yo seguí escuchando.

—Morgan —espetó—, esa estúpida niñata me robó a mi padre. Siempre que lo necesitaba, no estaba. Aparentaban ser una familia feliz, pero yo sabía la verdad. Owen era mi padre. Antes de que se casara con la madre de Morgan, tuvo una aventura con la mía y de ese encuentro nací yo. Entonces se casó con Susan Page porque se lo había prometido. Dos meses después, mi madre supo que estaba embarazada.

—¿Morgan es tu media hermana? —pregunté.

—Como lo oyes —respondió—. Es mi jodida media hermana a la que odio con toda mi alma. Me quitó la oportunidad de tener una familia, Max. Mi madre no podía decir que yo era hija de Owen, aunque se hiciera cargo de mí desde que nací. Eramos su familia

oculta. Mi madre sabía que había hecho mal al acostarse con un hombre comprometido y afrontó las consecuencias. Nadie podía saberlo. Eso era lo que más dolía.

—Esto no tiene nada que ver conmigo.

—¡Claro que sí, Max!

—¿Por qué?

—Tranquilo, ¿no quieres saber lo que sucedió en 2004?

La fecha me pareció familiar. Era el año en el que la señora Page había muerto.

—Te escucho.

Ella tomó aire.

—Ese año cumplí doce años, los mismos que tú y Morgan. Después de haber sufrido tanto, decidí hacer algo que seguramente me convertiría en una mala persona, pero sabía que debía hacerlo.

—Sus ojos se iluminaron y miró al suelo—. Fui a casa de los Page sin que mi madre lo supiera. Quería que mi padre estuviera siempre con nosotras. Solo quería pasar un día con él sin tener que ocultarlo... Quería hacer lo que hacía con Morgan..., pero nadie lo entendía. Ni siquiera mi madre. Esperé a que llegara el momento. Lo ansiaba. Pero, por desgracia, no había nadie en la casa. Solo estaba ella, Susan. Estaba en el lugar inadecuado en el momento menos oportuno. Y tuve que aprovechar.

Entrecerré los ojos y sentí un ardor en la garganta.

—¿Mataste a la madre de Morgan?

Despegó la mirada del suelo y me miró.

Parecía triste.

—Mi idea era matar a Morgan... Si ella moría, seguro que Owen tendría más tiempo para mí. Se refugiaría en su otra hija y no la extrañaría. Me habría convertido en su sustitua, y podría haber revelado que tenía otra hija. Su relación con Susan habría dejado de funcionar, se habrían divorciado y se habría casado con mi madre. Las cosas estarían arregladas.

—Era un plan terrible.

Asintió.

—Tal vez. No tenía intención de matarla, de verdad. Oí un ruido dentro de una de las habitaciones. La madre de Morgan me encontró y me dijo que le contaría a mi madre que había entrado en una casa ajena. Ni siquiera sabía quién era. No pude más y le dije la verdad. Le conté que era hija de Owen y que quería matar a Morgan y destruir su familia. Estaba llena de odio.

—¿Cómo la mataste? Eras más débil que ella, no la pudiste haber empujado. Tuvo que ayudarte alguien más.

Sonrió.

—Tal vez no. —Fue su respuesta—. Susan empezó a gritarme alegando que no era verdad, ¡como si yo fuera una mentirosa! Pero no la empujé. En realidad, solo agarré su camisa y tiré de ella. Forcejamos, pero ella era más fuerte que yo. Sin embargo, hubo algo que me hizo querer llevarla hasta la orilla de la escalera. Una voz que me decía: *Vamos, Mía, mátala, mátala, puedes hacerlo. Destruyela ahora o sufre para siempre.* Me entiendes, ¿verdad? —preguntó—. Ella ni siquiera se dio cuenta de que estaba a punto de llegar al borde y, cuando lo hizo, la empujé con todas mis fuerzas y escuché el sonido más glorioso de la vida.

—Tus huellas estaban en la habitación, en las escaleras y en su camisa, ¿cómo es posible que no entraras en un correccional?

—Se hizo un trato.

—Stephanie —respondí de inmediato.

—Le dijo a Owen que yo había matado a su esposa, pero no iba a meterme a una correccional, ¡por supuesto que no! ¿Qué clase de madre haría eso siendo juez? Owen estaba entre la espada y la pared. En ese momento no podía revelar que tenía otra familia.

Empecé a hablar y continué con la historia:

—Por eso Owen se culpó y dijo que había cometido el crimen, pero yo le vi dar la vuelta cuando estaba entrando en su calle con Morgan. No tuvo tiempo de empujarla. Segundos después, Morgan salió hecha un mar de lágrimas. La habían encontrado muerta. Tú habías estado dentro, tú eras la culpable, pero habías escapado. Stephanie hizo ese trato con Owen, pero no cumplió la condena. Lo

dejó libre mucho antes... Por eso lo vi en Noxville. Estaba escondido porque nadie lo podía ver.

Asintió y respondió con amargura.

—Así es.

Tragué saliva y traté de recordar todo.

—¿Por qué no mataste a Morgan después? ¿Por qué solo le enviabas cartas amenazantes? ¿Por qué no hacerlo cuando ya no estaban ni Owen, ni Susan? Nada podía detenerte.

—Te equivocas.

Su sonrisa se amplió y volvió a mirarme.

—¿Qué te hizo dar marcha atrás? —pregunté, apretando los puños.

Si alguien me hubiera dicho que Mia estaba detrás de todo, le hubiera destrozado la cabeza con un martillo.

—Bueno, porque me fijé en ti.

—Cuando me escapé de su casa, te vi detrás de los arbustos. No sabía lo que estabas haciendo, pero no me dio buena espina. Pensé que tal vez habías visto algo, pero cuando nadie salvó a Owen, seguí con mi plan de vengarme de Morgan. Si había sido fácil con Susan, lo sería más con esa mosca repulsiva.

—No la llares así —contesté, furioso.

—¡Es lo que es!

—Solo... sigue, Mia.

—Cuando fui a por Morgan, noté que alguien la observaba y la seguía a todos lados. Era un niño obsesionado con algo que no podía tener. Era tan sigiloso e inteligente que me sorprendí de inmediato. Parecía que me estuviera viendo en mi versión masculina. Era tan gracioso verle hacer esas locuras. Se había encaprichado de una cara bonita y una cabeza hueca. —Hizo una pausa y me sonrió—. Eras tú, Max. Ahí fue cuando me di cuenta de que existías. Me enamoré de ti porque me fascinaba tu idea y tu concepto del amor. Aunque mi plan seguía siendo la venganza, no podía llevarlo a cabo, porque la protegías a todas horas. Sin embargo, dejé de interesarme un tiempo en mi plan y decidí

centrarme en ti.

La observé fijamente.

—Cuando mirabas a Morgan, yo te miraba. ¿No es gracioso? —
Sonrió de nuevo—. Me fijé en cómo la tratabas, cómo la protegías y
cómo eras capaz de causarle tanto miedo. Porque ella te temía, te
odiaba y hasta le dabas asco.

—¡Eso no es verdad! ¡Morgan me quiere!

Arqueó las cejas.

—¿Sí? No recuerdo que te lo haya dicho nunca.

—No es necesario que lo haga.

—¡Ay, Max! ¡Por favor! —exclamó con burla—. ¿Cómo puedes
sentir eso y haber matado a tres personas?

—Tú tampoco puedes enamorarte. Has acabado con dos.

—¿Hablas de Julieta? —Se rio—. ¿Quieres que te cuente cómo
lo hice?

—¿Por qué la mataste? —Fue mi primera pregunta.

—Estaba embarazada. La historia iba a repetirse. No quería que
mi futuro esposo tuviera que casarse con otra mujer solo porque
estaba esperando un bebé. ¡No iba a permitirlo!

Hice un gesto de asco. Nunca me casaría con ella.

—Estás loca.

—Solo lo suficiente.

—¡Suéltame, Mia!

—¿Ves cómo suena mi nombre en tu boca? ¡Suena muy
provocativo! ¡Te amo! ¡Te amo, Max Russell! ¡Estarás conmigo para
siempre! ¡Siempre conmigo! ¡Siempre!

Luego, se echó a reír.

—Escúchame bien, cuando salga de aquí, te mataré.

Chasqueó su lengua.

—No si yo acabo contigo antes. —Me lanzó un guiño seductor y
sonrió—. Llevo acosándote desde hace cinco años, ¿crees que
podrás engañarme?

Capítulo 33

Tenía razón, conocía todos mis pasos. No iba a poder engañarla tan fácilmente. Debía buscar la manera de conseguir que me quitara las cintas y las cuerdas. Era difícil saber qué sabía de mí, pero la cosa se volvía más sencilla cuando pensaba en Morgan y recordaba todo lo que sabía de ella. Todo lo que yo pudiera saber de Morgan, Mia lo podría saber de mí. ¿Había algo que no conocía de ella? Durante unos segundos, lo pensé y negué. Tal vez no conocía a buena parte de su familia, pero sabía la historia de su padre con Susan y con Stephanie. Incluso podía decir que sabía más que ella sobre su familia.

Todo coincidía. Siempre había sido Mia. Pero ¿cómo había logrado saberlo todo sin ser vista? No podía estar actuando sola, debía de haber tenido un cómplice, pero ya estaba muerto. Calvin le ayudó con el ataque a la casa de Brad, cuando su único objetivo había sido Julieta.

Quería deshacerse de la chica que se parecía a Morgan para poder salir conmigo. Eso quería decir que me había seguido hasta Knoxville cuando la salvé de aquel hombre del callejón. El gato saltó porque la vio. Y ella no se sorprendió de que hubiera matado al hombre aquel porque ya sabía lo que era. Después, empecé a salir con Julieta y me olvidé de Morgan. Eso debió de haberle molestado. Y cuando la llevé a la fiesta de Brad, aprovechó para atacar. Tal vez por eso Brad quería que se fuera, pero nunca lo sabría, porque ya

estaba muerta y probablemente él me odiaba.

Recordé cada una de las escenas donde ella aparecía. Lo tenía absolutamente todo calculado. Había hecho creer a todos que yo había matado a Julieta y a los otros tres y, ahora, me tenía y estaba decidida a deshacerse de Morgan.

Comencé a recordar.

Siempre había estado en el momento y el lugar adecuados. La primera vez fue cuando Rachel y Morgan discutieron en clase. No se molestó en defender a su prima, sino que se quedó callada, escuchando lo que se decían. Esa noche decidí acabar con Rachel, pero ¿cómo iba ella a saberlo? ¿Cómo me había leído la mente? Volví a repetir la escena en mi cabeza, pero ninguno de sus movimientos me decía nada. Por desgracia, había estado demasiado pendiente de Morgan y de Rachel. Después de la pelea, fui hasta el coche y ella apareció en la ventana, provocándome un gran susto... ¡No! Así no fue como sucedió. En realidad, la primera en llegar fue Morgan, que me invitó al partido de los Lobos para agradecerme que la hubiera defendido ante Rachel, y yo le dije que sí. Luego, vino ella para avisarme de que teníamos que redactar un ensayo para la clase de literatura, me dio un par de libros y me ofreció a llevarla.

Eso fue todo.

¿Cómo podía saber lo de Rachel? ¿Cómo? ¿Acaso había dicho algo?

Negué sin poder encontrar la respuesta. Tal vez me había dejado algo en el coche: un micrófono o una cámara que pudiera revelar mis secretos... Algo..., tenía que haber algo. Cerré los ojos y gruñí sin encontrar nada. Solo veía su pelo anaranjado cerca de la ventana. Mia sonriendo, Mia diciendo que teníamos un ensayo... Mia dándome un par de libros...

¿Libros? ¿Los libros en los que me había sentado hacía unas horas? Volví a reproducir la escena. Mia me dio dos libros gruesos de diferentes colores y uno más delgado de color rojo. ¡Sí! ¡Sin duda! Nunca los miré, y ella lo sabía. Igual que sabía que mi mente

estaba tan ocupada pensando en matar a Rachel que no abriría un jodido libro para hacer un maldito ensayo, que no significaba nada para mí porque la tenía de compañera. Había colocado un micrófono entre los libros y me había oído hablar con Morgan mientras íbamos y regresábamos del partido. Al igual que sabía que, antes de que saliera con ella, había conducido directo a casa de Rachel. Eso le dio la pista para poner el teléfono en el armario.

Suspiré.

Qué inteligente.

Los libros le sirvieron durante una temporada. Ni siquiera recordaba habérselos devuelto. Había escuchado miles de conversaciones con Morgan y con Julieta. ¡Miles! ¡Con tan solo un micrófono! Se merecía un reconocimiento por su creatividad y por haber utilizado una distracción para insertar un micrófono en un par de libros. También debía reconocer que era un plan peligroso, porque en cualquier momento podía haber abierto el libro. Me reí con fuerza. Por supuesto que no lo habría hecho.

Seguí indagando en mis recuerdos y la vi de nuevo cuando Dalton y Morgan empezaron a salir. Fueron a la cafetería y Dalton pidió algo que le daba alergia a Morgan. Una vez que se marcharon, apareció como por arte de magia. Había dos opciones: o seguía a Morgan o me observaba a mí para conocer más de mis jugadas. Ingenuamente, le regalé unos donuts y un chocolate caliente para que no estuviera tan triste por la muerte de Rachel. Me reí más. El siguiente recuerdo que me llegó fue el de la fiesta de Brad, cuando nos avisó de que había entrado un hombre armado. ¿Cómo sabía que estábamos en la habitación de arriba? Después de todo lo que había hecho, no creía que fuera una simple casualidad. La siguiente fue la más macabra: cuando discutí con Julieta en la cocina, me fui de casa y caminé hasta el bosque. Llegué a la carretera y estuvo a punto de atropellarme. Pero había una cosa que no entraba en sus planes: encontrar el maldito certificado médico. De nada servía que Morgan estuviera lejos, si Julieta estaba esperando un bebé. Tenía que hacer algo y, entonces, apareció ella.

¿Quién era la persona más cercana a la escena del crimen que podía haber escuchado la conversación y haber atacado a Julieta?

Mia Whitman. Yo no la había matado, por eso recibí aquel golpe en la cabeza que me dejó inconsciente. Y aprovechó el momento para asesinarla sin dejar huellas. Después, nos abandonó allí para que, al despertar, la viera y creyera que había sido yo.

Entonces, empezaron a llegar las cartas. Me estaba retando para que la buscara. Todo fue perfecto hasta que mi madre encontró a Julieta en el lago y mi padre me encarceló. Morgan estaba de camino, Julieta estaba muerta y yo estaba entre rejas. Se le habían complicado las cosas.

Tenía que hacer algo más.

Entonces, le envió una carta a Morgan. Justo la que me había leído. Sabía que iría a buscarme para pedirme ayuda. Yo actúe sin pensar y escapé de la celda, hiriendo a Elizabeth y con el arma de un policía. De la misma forma, sabía que cuando Morgan corriera a mis brazos, yo reaccionaría como un ángel guardián, ¿cómo lo sabía? Porque era una acosadora, y era consciente de que haría cualquier cosa por ella. Curiosamente, volvía a estar en el momento exacto: cuando iba a escapar de la comisaría, apareció de repente.

Ahí llegaba su último reconocimiento por ser la mejor estratega del mundo y hacer que los planes salieran como los había diseñado desde el principio.

¡Maldita bruja! Debía admitir que era un genio y que se había burlado de mí en mi cara demasiadas veces.

Solté el aire por la boca, tratando de asimilarlo todo y de darle respuestas a mi cerebro, que, poco a poco, iba recobrando fuerzas. Abrí los ojos y la vi sentada frente a mí. Llevaba una bandeja con un vaso de agua y una pastilla azul. Algo había cambiado en sus ojos. Parecía que le molestaba algo que no le permitía sonreír.

—¿Qué sucede? —le pregunté, esperando escuchar una mala noticia.

—Te has roto las muñecas por hacer demasiada fuerza.

Miré abajo y deseé no haberlo hecho.

La cuerda estaba llena de sangre, y, cuando intenté moverme, sentí un frío que me invadió por completo. Me hormigueó el brazo. El nudo me rozó la herida y me provocó un dolor terrible. La sangre me llegaba hasta los pies. El hueso que unía mis brazos con mis manos estaba destrozado, y no las podía mover.

—¿Has sido tú? —pregunté, aguantándome las ganas de escupirle.

Negó y dejó la bandeja sobre la silla. Estaba seria y se había recogido el pelo en una trenza mal hecha. Parecía preocupada por mí.

—No podría hacerte algo así, Max.

Dudé de su declaración, pero no dije nada. Me dolía demasiado. Luego, se inclinó y empezó a curarme.

Me hizo tomarme la pastilla para el dolor. Al principio no quise hacerle caso, me negué y giré el rostro para no caer en su juego, pero me presionó el hueso de la muñeca para que lo hiciera. Grité con fuerza y me tragué la pastilla con un sofocante malestar en el estómago. Al sentir la primera gota de alcohol sobre las heridas abiertas, gruñí y me desmayé debido al dolor.



No sé cuándo desperté, pero cuando lo hice, el dolor ya no era tan intenso. Tenía las muñecas vendadas desde los dedos hasta un par de centímetros por debajo del codo. Las cintas y las cuerdas habían desaparecido, pero mis tobillos seguían atados a la silla. Me había puesto dos tablillas para que no moviera las manos demasiado. Se me estaba empezando a dormir la espalda baja. No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentado, pero calculé que unas setenta y dos horas aproximadamente.

Tenía la boca seca, me dolían los brazos y se me habían congelado los pies. Si seguía allí durante más tiempo, me arriesgaba a contraer una infección y una fuerte gripe, aunque esa podría ser mi oportunidad para escapar.

Oí pasos en la escalera y volví a cerrar los ojos.

—¿Max? ¿Has despertado? —preguntó, pero al no obtener respuesta, regresó al piso de arriba.

Los volví a abrir y me percaté que había estado trabajando con el cableado y los muebles que había a mi alrededor. Me aterró al pensar que estaba construyendo un espacio para los dos en esa pocilga donde nadie nos encontraría.

Había cajas vacías porque estaba buscando objetos que pudieran servir para montar una casa en el sótano. Los platos estaban sobre las mesas, al igual que los vasos. Había algunas latas de comida tiradas en el suelo y olía a atún y a fresas. La boca se me hizo agua y tuve unas ganas inmensas de lamerlo. Tenía demasiada hambre, pero no iba a dejar que Mia hablara conmigo. No quería mirarla a los ojos. Sin embargo, no recordaba la última vez que había probado bocado. Estaba seguro de que había sido ella la que me había roto. Quería hacerme creer que había sido obra de las cuerdas, pero las heridas eran demasiado profundas, como si estuvieran hechas con un cuchillo. Vi un pedazo de pan tostado, alcé los brazos y me incliné para alcanzarlo, pero las manos no me respondieron. Lo intenté otra vez, pero fue en vano. Era como si no estuvieran ahí. Me convencí que de que podía hacerlo y volví a impulsarme.

Mis tripas gruñeron por enésima vez.

Nada.

Regresé a mi postura y me apoyé en el respaldo, cansado y con dolor en las costillas. No podía respirar bien. ¿Me había golpeado? Bajé la mirada y advertí que tenía el torso desnudo y muchas manchas oscuras. ¿Cómo había pasado? ¿Cómo? Antes de que lo pudiera evitar, comencé a llorar por la frustración de no poder moverme.

—¿Qué estás haciendo? —Su voz me sobresaltó.

Me rugió el estómago, se me erizó la piel y los escalofríos comenzaron a ser más evidentes.

Aunque no podía tocarme la frente, sabía que tenía fiebre.

—¡Maldita! ¡Maldita! —le grité—. ¡Déjame salir! ¡Quiero irme!

Se acercó a mí y me rozó los labios con los dedos, que sabían a sopa. Tuve que tragar saliva y aguantarme las ganas de chuparlos.

—Max, si tienes hambre, pídemelo.

Aproveché la oportunidad y le escupí en el rostro.

—Prefiero morir.

Sonrió y se alejó.

—No. —Su repuesta me hizo temblar—. No morirás, pero vas a pagar por lo que has dicho. A veces, la agonía nos hace hacer cosas que no queremos hacer, Max. Deberás aprender a respetarme.

Apagó las luces y me encerró. Perdí la cuenta del tiempo que había pasado cuando que llegué a 14354 segundos, lo que casi equivalía a cuatro horas. Después, dejé de contar y de pensar. Estaba agotado, y la cabeza me dolía demasiado. Estaba quedándome inconsciente. ¿Me llamaba Max? ¿Cuántos años tenía? ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Qué eran esos ruidos en el exterior? ¿Por qué no podía dormir? ¿Por qué me dolía todo el cuerpo?

Me sentía como si me hubieran separado el tronco de la cabeza. Quería dormir en una cama con sábanas de algodón y cenar una hamburguesa o un vaso de leche casi congelada con un pan tostado cubierto de mermelada. Realmente no importaba, solo quería tener una migaja o una gota de agua.

Muy pronto, fui cerrando los ojos hasta quedarme atrapado en la agonía, justo como Mia había dicho.



Los próximos días fueron lentos y eternos. No podía dormir y tampoco tenía ganas de sonreír cada vez que Mia me contaba un chiste. Cuando esto pasaba, se molestaba porque decía que no le prestaba atención y que era un amargado por no apreciar lo que leía para después venir a contármelo.

Escucharla era desesperante. Era bipolar. Su voz era estridente y muy molesta, sobre todo cuando no estaba de ánimos y se enfadaba conmigo por todo. Aunque sus palabras no me herían, me agravaban el dolor de cabeza. Unos días después, me obsequió, según ella, con uno de los sofás que había en el sótano para que pudiera descansar más cómodamente.

Había perdido la noción del tiempo.

Mis muñecas se seguían recuperando.

Lo único que podía hacer era dormir.

Un día desperté y sentí que el calor me abrasaba.

¿Había terminado el invierno?

Empecé a soñar con Morgan y con Julieta, pero esos nombres estaban prohibidos en el sótano. A Mia le molestaba todo lo relacionado con ellas. Se enfurecía, y aprendí la lección el día que me lanzó un plato de sopa caliente sobre las piernas. Ahora sus nombres estaban en mi memoria, pero, poco a poco, iba olvidando sus rostros.

¿Quién tenía el lunar debajo del ojo? ¿Era Julieta o Morgan?

—¿Quieres hablar? —me preguntó mientras se cambiaba frente a mí—. Pareces pensativo.

—Estoy cansado.

—¿Quieres dormir?

Asentí.

—Bien, te llevaré a la cama.

No lo dijo metafóricamente, me llevó a la cama, pero yo no sentía nada. Estábamos juntos en la intimidad mecánicamente, con una intención individualista y egoísta.

Era el único momento en el que mis tobillos y mis muñecas estaban libres, pero antes de eso siempre me inyectaba algo en el brazo que me dejaba sin fuerzas.

Lo demás era una pesadilla.



Desperté por enésima vez en la bodega. Las cosas estaban cambiando y Mia se movía más rápido. Aunque ya no era tan consciente de lo que era nuevo, sabía que se había estado esforzando en reparar todo el desorden que había dentro.

Antes de que pudiera cerrar los ojos para que no se diera cuenta de que había despertado, la vi frente a mí. Estaba sudada. Quise retroceder por el terror, pero mi cuerpo no respondió. Estaba demasiado agotado y drogado para hacerlo.

Solo pude notar sus ansias.

—Genial, sigues vivo.

Miró la hora y sonrió.

—Te he preparado una sorpresa. ¡Llevamos seis meses aquí adentro y quería hacerte algo especial! —Sus ojos brillaron—. Ya sabes, para celebrar el medio aniversario. Es posible que tengamos que mudarnos antes de que cumplamos el año.

No pude responder, y tampoco me sorprendí al oírlo.

—He hecho caldo de pollo. Te ayudará a recuperar fuerzas. He conseguido comprar algo de vino. Me ha costado mucho, así que espero que lo valores.

Me sirvió en un plato hondo y comenzó a alimentarme con una cuchara con la que casi me atraganto. El caldo estaba tan delicioso que me daba ganas de llorar. Era la comida más rica que había probado en mi vida.

—Tranquilo, hoy puedes comer todo lo que quieras.

Suspiré y asentí.

Cerré los ojos para saborearla mejor. Mastiqué el pollo y me comí una zanahoria perfectamente hecha; estaba suave y sabía deliciosa. De pronto, oí un golpe seco que ignoré por completo. Seguro que se había caído algo, por lo que no le presté demasiada atención. Me sentía como en casa. Como si todo fuera bien.

Cuando los abrí, vi algo que me sorprendió.

Era Morgan. Parecía una ilusión. Su cabello brillaba en la oscuridad a pesar de ser negro. El olor a rosas me llegó de golpe y supe que realmente estaba conmigo. Parpadeé varias veces para

asegurarme de que era real.

No debía pronunciar su nombre, si no Mia me golpearía hasta cansarse.

Es lo que había aprendido en los últimos meses.

Abrí los ojos, esperando ver a la pelirroja.

Entonces, se me formó un nudo en el estómago.

No me lo podía creer.

No lo entendía.

Mia estaba tirada en el suelo con los ojos cerrados. La había derribado. Morgan estaba aquí. Me había encontrado.

Nunca me había sentido tan feliz. Nunca. Se me aceleró el pulso. El infierno se había terminado. Mi acosadora había caído.

—Por fin te he encontrado —celebró con un bate en la mano.

Yo sonreí y apenas pude pronunciar una palabra:

—Morgan.

El momento se quedó grabado en mi mente y lloré. Me ardían las mejillas con cada gota. Estaba aquí, me había salvado. Había venido a por mí. Nunca había dejado de pensar en mí.

Miré a Mia y grité de pánico.

El diablo había despertado y nos miraba furiosa.

—¡Morgan! ¡Cuidado! —grité.

Pero era demasiado tarde.

Capítulo 34

Morgan cayó sobre Mia al sentir su tacto desde el suelo. Traté de desplazarme, pero me casi no podía mover los muslos. Hacía mucho que no caminaba distancias largas, solo daba pequeños pasos. Mis piernas estaban cansadas y dormidas. Subía arriba unas dos veces al mes. La mayoría de las veces me tenía que duchar abajo, donde Mia había colocado una cortina para que tuviera privacidad. Había perdido la capacidad de correr y de moverme. Algunas veces, me arrastraba por el piso como un animal.

Escuché gritar a Mia. Cuando bajé la mirada, me di cuenta de que Morgan llevaba la ventaja. El golpe había aturcido a Mia, pero no sería por mucho tiempo. Tenía que hacer algo, pero no tenía fuerza. Me dejé caer y grité de dolor. Si no me movía, iba a empezar a agonizar por los calambres. Era mi única oportunidad. Tenía que esforzarme, lo sabía. Me arrastré, esperando que Morgan la distrajera durante un rato.

Tenía la esperanza de encontrar el arma que le había robado al oficial.

—¡Te mataré! —gritó Mia, haciendo que Morgan se retorciera en el suelo.

Le estaba tirando del pelo. Me fijé en que había perdido peso, igual que yo. Pero no tenía tiempo para pensar en eso. Debía volver a ser fuerte y ser el asesino de Noxpoint.

Me seguí arrastrando, empujando cajas y latas que iba

encontrando a mi paso.

—Pistola..., pistola... —susurré mientras la buscaba con desesperación.

Esperaba encontrarla. Era la única oportunidad que tenía de escapar. Además, Morgan nos había encontrado y eso era todo lo que me importaba. *Protégela, Max.*

—¡Mataste a mi madre! —rugió Morgan, y después se escuchó un golpe sonoro que me hizo darme más prisa.

Mi corazón latía con rapidez. Mia iba recuperando las fuerzas. Empujé más cajas.

El pánico me invadió cuando me imaginé pasando los siguientes días ahí dentro junto al cadáver de Morgan. No quería verla morir.

Unas manos me tiraron de las piernas y sentí que las uñas afiladas se me clavaban en los tobillos. Una voz en mi cabeza me gritaba que corriera, pero no podía. Quería morirme. Al menos, ya no sentiría dolor y lo último que habría visto habría sido a Morgan.

—¡Suéltame! —grité, y la aparté de una patada, pero, en realidad, fue Morgan quien la alejó de mí.

Tenía que darme prisa. Debíamos escapar de ese monstruo.

—¡Pagarás por todo lo que has hecho! —exclamó Morgan sin dejarla respirar.

Cuando me giré para ver si me tenía que apresurar mucho más, me percaté de que Mia estaba bocarriba en el suelo, mientras que Morgan estaba sobre ella y la abofeteaba sin descanso.

—Pistola... Matar a Mia... Matar a Mia... Mia...

Comencé a agobiarme. Se me nubló la vista y sentí que me desmayaba. Todo dio vueltas y el silencio me invadió. *No. No te duermas.* ¡Despierta! Me esforcé por mantenerme despierto. Pestañeeé un par de veces y apreté los ojos. Mi mente me repetía una y otra vez que no me rindiese.

Abrí los ojos por enésima vez, esperando que todo se aclarara. A lo lejos, la distinguí debajo de una de las mesas. Estaba envuelta en una tela roja. El gatillo se veía con facilidad, como si también quisiera escapar de ahí.

Me arrastré y pasé por debajo de la mesa.

Unas manos volvieron a tirar de mí.

—¡No escaparás de mí! —exclamó Mia, apretándome con fuerza.

La furia se reflejaba en su mirada. Morgan estaba detrás de ella. Parecía que le había dado un golpe fuerte que le había hecho perder el conocimiento. Se movía de un lado a otro, perdida en la bodega. Parecía que se iba a derrumbar, pero, en lugar de eso, pestañeó y volvió a por Mia.

Estaba a punto de sufrir un paro cardíaco.

Vi a Morgan luchar con fuerza.

Me arrastré de nuevo, cada vez más rápido, como si mis piernas por fin estuvieran respondiendo. Tomé el arma en un impulso y quité el seguro, asegurándome de que estuviera cargada.

—¡Muerte! —grité con fuerza, haciendo que ambas se giraran hacia mí.

Apreté el gatillo y apunté a Mia, pero ella fue más rápida y utilizó a Morgan como escudo.

La bala impactó en su pecho y me hizo saltar en el suelo. Todo sucedió demasiado rápido.

Morgan se derrumbó y yo respiré hondo.

Le había disparado. La había matado.

Mia se levantó y me miró con los ojos inyectados de sangre.

—Volvemos a ser tú y yo, Max. Siempre.

—¡No! ¡No! —grité.

Avanzó hacia mí.

Antes de que pudiera dar otro paso, le disparé en la pierna con los ojos nublados por las lágrimas. Pero seguía en pie.

Disparé de nuevo. Me temblaban las manos.

Morgan está muerta, sálvate. Mátala.

Era como una pesadilla.

Mia dio un paso más.

Le había disparado en las dos piernas.

Disparé por tercera vez; la bala le perforó el brazo, pero no se

inmutó. A escasos centímetros de mí, decidí apuntarle al corazón.
Tenía que morir.

Mis dedos sudorosos se quedaron en el gatillo.

Me seguía mirando con una sonrisa de autosuficiencia.

No disparé.

Su cuerpo cayó junto al mío. Cerró los ojos y sonrió.

Hubo un silencio y después escuché que susurraba:

—Aquí no acaban los secretos, Max Russell.

Capítulo 35

Estaba sentado en el juzgado, vestido con un mono naranja y los zapatos negros que los oficiales me habían proporcionado cuando Morgan me entregó a la justicia. Estaban perfectamente atados, aunque, al llevar las esposas, me había resultado complicado. Tenía unas ligeras líneas rojas alrededor de las muñecas como muestra de la fuerza con la que me las habían puesto.

Estaba agobiado por la cantidad de gente que había detrás de mí. Sus susurros me estaban empezando a irritar, pero no quería girarme. Sabía qué estaban esperando. Por eso estaban ahí, para descubrir lo que ocultaban mis ojos.

Los padres de Alan Warre estaban sentados en uno de los bancos que había cerca de mí y no me habían quitado los ojos de encima desde que había entrado.

Me daba la sensación de que todos los presentes habían acudido solo para ver a la nueva juez dictar mi sentencia. Querían ser partícipes de mi condena. En realidad, no me sentía mal, pero me desgarraba saber que había perdido el control de mis emociones. Desde que me habían encerrado, sabía que nadie volvería a confiar en mí. Ya no cederían tan fácilmente. Las cosas iban a cambiar, y la prisión me lo haría entender por las buenas o por las malas. No me arrepentía de la muerte de Alan, ni de la de Rachel, ni de la del tipo del callejón. La verdad era que sentía paz. Recordé a Julieta. Su nombre sonaba lejano y aún me seguía

doliendo, pero no quería pensar en ella como algo malo. La mayoría de los recuerdos que tenía con ella me daban esperanza. El recuerdo del invierno me hacía pensar en su piel rasgada por el hielo, como si siguiera ahí. Sus ojos se habían desvanecido en la negrura.

Una negrura llamada Mia.

Minutos antes, había estado en el mismo asiento de madera que yo. Había sobrevivido como un gato con siete vidas. No sabía cómo lo había logrado, pero una parte de ella seguía aquí. Y, seguramente, estaba a unos metros de mí, pero las paredes me impedían verla.

Sentía asco, repulsión y odio. Había pasado seis meses con ella, mirándola a la cara. Había estado cerca de su olor a sudor, de sus manos mugrientas y de su cabello enmarañado; me había torturado durante ciento ochenta días para hacerme creer que me amaba. Pero solo estaba obsesionada.

Sus ojos y su rostro maquiavélico seguían en mis pesadillas. Me despertaba entre gritos ahogados por el terror en la celda que me privaba de luz y del aire fresco de la madrugada. Después, al ver que solo me acompañaba mi sombra, me acurrucaba en mi rincón, sin dejar de pensar que estaba cerca. Muchas veces, no lograba conciliar el sueño. No sabía a cuántos años la habían condenado, pero esperaba que fueran los suficientes para que se pudriera allí dentro. Mis padres estaban sentados al fondo y no tenían la intención de acercarse, ni de dirigirme la palabra. Ambos seguían enfadados, y no estaba seguro de cuánto tiempo iban a estar así, pero por cómo me miraban, supuse que mucho. Alejé el impulso de correr hacia ellos y me concentré en la mujer que estaba entrando.

Me puse de pie y asentí cuando escuché mi nombre.

Luego, oí varios llantos.

Pero ninguno era mío. Los padres de Rachel estaban hablando. Decían que nunca me perdonarían y tampoco me olvidarían. Esperaba que a Mia le hubieran dicho lo mismo. Habíamos logrado varios de nuestros objetivos y cuando los alcanzamos, lo

disfrutamos. Así que no nos arrepentíamos.

Arrepentirse causaba pena. Yo no quería que nadie se compadeciera de mí. No quería su lástima. No la necesitaba.

—Max Russell, en pie.

Obedecí. Suspiré y asentí.

—De acuerdo a las leyes establecidas ya comentadas en los párrafos anteriores, el tribunal declara culpable a Max Russell, de dieciocho años, habitante de Noxpoint, que, estando en pleno uso de sus facultades mentales, asesinó a las tres personas que se van a mencionar: Alan Warre, de diecisiete años; Rachel Hill, de dieciocho, y Peter Robinson, de treinta y ocho años. —La jueza hizo una pausa y me miró—. Por cada uno de ellos, cumplirá la pena máxima de veinte años, de acuerdo con las leyes, por lo que se le condenaría a un total de sesenta años sin derecho a fianza.

Todos se alegraron, pero no bajé la mirada. La juez volvió a hablar.

—Sin embargo, por ser menor de edad, la condena se reduce a cuarenta y cinco años, al restar cinco años a cada una de las penas hasta que cumpla la mayoría de edad.

Parecía una broma. La propia justicia parecía estar de mi lado. Me habían reducido la condena quince años.

Un olor a rosas me invadió. Estaba aquí.

—¿El acusado tiene algo que declarar? —preguntó la juez, esperando que no dijera nada. En cambio, asentí, tomándola por sorpresa—. Acérquese.

Me moví de la silla, arrastrándola para que se pudiera escuchar hasta en el más rincón más oscuro de Noxpoint. No sabía lo que estaba haciendo, pero me gustaba. La adrenalina me indicaba que estaba haciendo lo correcto. Era momento de abandonar a Max Russell y de mostrar al asesino de Noxpoint, que había estado jugando con sus mentes durante mucho tiempo. Tenía que hacerlo antes de que fuera demasiado tarde.

Avancé por el suelo de madera, con paso lento y seguro. Las cadenas que me habían colocado en los tobillos no me permitían

estirarme más. Me detuve, me giré y me encontré por primera vez con la mirada de todos los presentes. Ni mis padres, ni los padres de Alan, Rachel y Peter podían detenerme. Dalton y Brad estaban con sus familias, mirándome con el ceño fruncido. Llevaban pantalones de mezclilla y camisas planchadas. Brad debía de sentirse muy decepcionado, pero no me importaba. Nuestra amistad era un bonito recuerdo y eso era todo lo que importaba. Me sentía afligido por él y su estancia en el pueblo. Todavía no podía salir. Los ojos de Eve, Isabella, Michael y Marco estaban sobre mí; habían sido mis amigos desde que empezamos al instituto. Creía que estaban tan perplejos con la noticia como mis padres.

Miré a Steve, que estaba más callado que de costumbre. Se sostenía sobre su bastón, pero, de vez en cuando, se tambaleaba. Muy a lo lejos, vi a Owen y a Morgan, separados por un par de cuerpos que no les permitían hablarse ni tocarse. Ahora que se sabía la verdad sobre la muerte de Susan Page, Owen podía volver a mostrarse en público. Tal vez Stephanie también estaba en prisión. Se lo merecía por haber sido cómplice de un asesinato. Marcus se había ido de Noxville después de mi detención y no había regresado a Noxpoint. No era bienvenido en ninguno de los dos pueblos. Después de mi declaración, después de tantos años, seguía pagando por la muerte de mi abuela y por el trauma que me había provocado. Todos me miraban desilusionados. Me aclaré la garganta.

—No puedo decir que lo siento... —Comencé a decir con la voz ronca—, porque no me arrepiento de lo que hice. Protegí a una persona muy especial y sé que fue lo correcto. No me temáis; debéis temeros a vosotros mismos. Creo que solo aquellos que no disfrutan de la vida son los que más miedo tienen de morir. Por eso quiero daros un consejo: encontrad algo que os haga sentir vivos, no importa si es...

La policía me alejó de los asistentes, empujándome lejos, por órdenes de la juez. Un murmullo se apoderó de la sala. Miré a Morgan por última vez y sonrió, feliz de que me hubiera entregado.

Me quería, y vendría a visitarme cuando nadie lo hiciera. Le había hecho daño, pero era egoísta porque quería que siguiera a mi lado, creyendo que había una parte de mí que era buena. La palabra que no me habían dejado decir bailaba en mi cabeza:

Matar.

Creo que solo aquellos que no disfrutan de la vida son los que más miedo tienen de morir. Encuentra algo que te haga sentir vivo...

No importa si eso es matar.

Las puertas se cerraron detrás de mí, y después no hubo nada.

Max Russell se había ido.

El asesino de Noxpoint se quedaba en la oscuridad, listo para volver a salir.

Epílogo

La culpa y los errores no se pagan con el arrepentimiento, se pagan con las consecuencias.

Mis padres no me habían visitado en los últimos siete años, no sabía nada de ellos y ninguno me había perdonado. Sospechaba que se habían ido del pueblo porque nadie hablaba de ellos. Hacía siete años, la mayoría de los habitantes habían estado en mi juicio y celebraron mi condena. Aunque al principio se habían sentido decepcionados, sabían que en el futuro encontrarían la forma de volverme a encerrar. Después de todo, se había hecho justicia y podían volver a dormir por las noches. Era 5 de diciembre del 2017. Iba a cumplir los veintiséis años en una celda oscura y sin ventanas. Por ser mi cumpleaños, tenía derecho a pedir una comida especial y recibiría un pequeño pastelillo con una vela azul. No me emocionaba, y había algo en mi pecho que me hacía sentir intranquilo. No me había duchado con muchas ganas y sentía que pasaba algo. Pero no sabía el qué. En unos diez meses, cumpliría ocho años en ese encierro que había resultado más tranquilo de lo que habría esperado. Lamentablemente, la justicia no era tan justa.

Morgan me había visitado durante los primeros dos años, casi nueve o diez veces al año. En el tercero, solo vino unas cuatro o cinco. Pasado el cuarto, había reducido las visitas a dos. Y ahora llevaba dos años sin venir. No entendía por qué, pues tampoco me había dado razones.

Pensé en lo peor.

Seguramente había muerto y nadie me lo había dicho.

Negué y pensé en que si alguien lo hubiera sabido, habría venido a contármelo. Traté de tranquilizarme y pensé en lo que iba a hacer el resto del día. Estaba bastante ocupado con mis lecturas y tenía que ponerme al corriente con un libro que había tomado prestado de la biblioteca. También debía recoger mi nuevo uniforme de la lavandería, ya que era mi regalo de cumpleaños. Cada mañana, tenía que ir allí a por la ropa que utilizaría el día siguiente. Siempre eran dos pantalones color café, tres camisetas blancas y dos chaquetas a juego con los pantalones. Además, me daban un par de zapatos simple y otro deportivo.

Me levanté y me lavé la cara. Fui a desayunar y luego me metí la ducha comunitaria, donde tenía bien guardado mi espacio. Volví a la celda, secándome el pelo.

Uno de los oficiales golpeó uno de los barrotes.

—Tienes visita.

El aviso me tomó por sorpresa.

¿Una visita? ¿De quién? ¿Mis padres habían vuelto a Noxpoint? ¿Por fin me habían entendido?

Me quité la toalla y me puse la camiseta blanca y los zapatos. Salí de la celda escoltado. Entré en una pequeña sala donde había una mesa con una lámpara sobre ella y tres sillas. La curiosidad de saber quién estaba al otro lado me carcomía. Las puertas se abrieron.

A lo lejos, vi a Morgan.

Estaba preciosa. El corazón me dio un vuelco y no pude evitar levantarme de la silla. Por fin había vuelto. Sus ojos azules seguían siendo los mismos, aunque se había cortado el pelo. Tenía las facciones más marcadas. Había cumplido los veintiséis, pero parecía más mayor.

—¿De verdad eres tú? —pregunté, pasmado.

Esbocé una sonrisa de oreja a oreja. Lo único que deseaba era correr hacia ella y abrazarla.

—Sí —contestó, sonriendo de la misma forma.

—Después de tanto tiempo...

No pude abrazarla porque no se había acercado lo suficiente. Le hice una seña para que se sentara junto a mí y, así, poder hablar. Era el mejor regalo de cumpleaños que podía haber recibido. Me sentía satisfecho. Me sentía feliz.

—¿Por qué dejaste de venir? —pregunté con afección.

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

Sus ojos reflejaban calma.

—Tengo una noticia, Max.

—¿Buena o mala?

—Eso depende de ti.

Me tensé.

—¿Qué sucede?

Llevaba un sobre en las manos. Uno como el que Mia nos había enviado hacía años. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, y ella lo notó. Su mirada me hizo relajarme, pero no lo suficiente. No me aliviaba saber que Mia seguía por ahí. Al menos, yo era un poco más inteligente.

—Me han enviado un sobre para ti. Hay alguien que quiere conocerte desde hace varios años.

—¿Varios años? —Me alejé de él—. Si es de ella...

—No —respondió enseguida—. No se trata de ella exactamente.

Me lo tendió por segunda vez. Lo tomé con recelo y confié en ella. El color del papel me traía malos recuerdos.

Empecé a leer.

Hola:

En realidad, no sabía cómo empezar esta carta. He estado leyendo los periódicos y he visto las noticias. Bueno, en realidad lo ha hecho Morgan porque estoy aprendiendo a hacerlo y aún me cuesta escribir cartas tan largas. Hemos investigado un poco en

internet, ¿sabes lo qué es? Puede que sí, la tecnología va demasiado deprisa. Sé quién eres y puedo asegurarte que no te tengo miedo. Hace unos días visité a mi madre, quiero decir, a mi madre biológica. Desde entonces, he estado un poco pensativa y confusa. Sé que esto debería ser malo para mí, pero siento que no lo es. Morgan me ha ayudado mucho. Es demasiado buena y la quiero porque me compra dulces y me da besos en las mejillas. Es difícil de explicar. Pero lo ha hecho y no quiere que se lo cuente a nadie, aunque prometió escribir todo lo que yo le dijera en esta carta. Hace unos días cumplí seis años. Nos han pedido que llevemos a nuestros padres al colegio para que muestren sus habilidades. Sé que no puedes venir porque estás castigado, pero espero que algún día puedas hacerlo.

*Con amor,
Miranda.*

Me quedé sorprendido. Morgan me miraba, esperando una reacción.

—¿Qué clase de broma es esta, Morgan?

Parecía temerosa por lo que iba a responderme.

—Tienes una hija, Max.

Bajé la mirada hacia el sobre. Eso solo podía significar una cosa. Mi mente viajó hasta aquel día en la cocina, cuando descubrí la carta en la que me contaba que estaba embarazada.

—¿Julieta...? ¿Está viva? —pregunté sin pensarlo.

Morgan negó.

—Nunca dije que fuera suya.

Abrí los ojos de par en par.

No.

—Mia... —murmuré.

Asintió.

—Tú y Mia tuvisteis una hija, Max.

Me sobresalté. No podía aceptar que hubiera tenido una hija con

la mujer que me había causado tanto daño. Arrugué el papel con fuerza. Pensar en ella solo me provocaba sufrimiento y mucho rencor. No quería tener nada que ver con aquella mujer. Debía de ser otra broma pesada. Entonces, algunos recuerdos asquerosos de los meses en los que me tuvo prisionero me vinieron a la mente. Nos habíamos acostado infinidad de veces en aquel frío sótano. De nuevo, había pensado en el futuro.

A eso se refería cuando me susurró que los secretos no habían terminado. Sabía que estaba embarazada.

—¡No quiero verla! ¡Debe de ser un monstruo!

—¡No la llames así! —explotó—. ¡Yo la adopté! ¡Yo la he criado! ¡Es buena! ¡Miranda es buena!

Negué.

—¡No quiero verla! ¡Nunca! —Pensé en el rostro de Mia. Vi sus ojos color miel y aquella sonrisa que se burlaba de mí—. ¡Si la veo algún día, la mataré!

No podía aceptarlo.

No. No era cierto. No podía ser verdad.

No te librarás de mí nunca, Max.

Me disponía a salir de la habitación para volver a mi celda cuando la puerta se abrió y una niña con un vestido amarillo y aroma a vainilla entró. Era pelirroja, como su madre, y la nariz y los pómulos le hacían parecer la chiquilla más delicada del mundo. Sentía que, si le rozaba las mejillas, la rompería. Había heredado los elegantes rasgos de Mia, pero sus ojos eran diferentes; eran como los míos.

Era una mezcla extraña.

Una mezcla de Mia y Max. Dos asesinos.

Me miró con esos ojos azules.

—¿Eres Max Russell? —preguntó con curiosidad.

Parecía inteligente, como su madre.

Morgan se colocó junto a ella y la tomó de los hombros.

—Ella es Miranda. —Me la presentó—. ¿Ves, Max? A veces, lo malo puede transformarse en algo bueno. Solo es cuestión de

querer cambiarlo.

La niña me observaba, ansiosa.

Tragué saliva y aparté la mirada de ella. Estaba nervioso y asustado.

—No sé si podré hacerlo. Esto es muy difícil para mí, Morgan. Entiéndeme. No podré hacerlo, ¡no puedo! ¡Mia me destrozó! ¿Cómo voy a vivir con su recuerdo? ¿Cómo? Hice muchas cosas que me convirtieron en una mala persona, o así es como me ve la gente. Mis padres nunca me han perdonado y no me han visitado desde que ingresé. Les defraudé. Te fallé. El mundo cree que soy el reflejo de la maldad.

—No me fallaste. Estoy contigo —respondió con tranquilidad.

Me percaté del daño que le había hecho. Era un asesino, pero ella seguía a mi lado porque quería seguir sintiéndose protegida. Seguía dependiendo de mí.

—No puedo.

Carraspeó.

—Max, esta niña es la prueba de que, después de todo, hay algo bueno en ti. Tú la creaste.

Tragué saliva con fuerza, receloso. Mi corazón quería creerla, quizá tenía razón. Quizá era hora de dejar todo atrás y seguir adelante. Pensé en la sangre derramada y en el daño que había causado. Tal vez podía mejorar.

Cuando me fijé en esos ojos cargados de una inocencia terrible, presentí que en unos años todos nos olvidarían, y ese pequeño ángel, que estaba contagiado por la genética, seguiría en el mundo. Y durante las noches lluviosas se mostraría como lo que realmente era.

La próxima asesina de Noxpoint. Suspiré y la volvía a mirar.

—Me haré cargo de ella —respondí con decisión—, pero dejaré que sus instintos la guíen.

Miranda sonrió. Reconocía la palabra.



JANETH GÓMEZ (1998, León, México). Autora mexicana que ha revolucionado la comunidad de Wattpad con *¿Quién mató a Alex?*, una saga de misterio y romance juvenil, ganadora de un premio Wattys y con más de 40 millones de lecturas. Desarrolló su pasión por la literatura a los once años. Aunque por aquel entonces todavía no había empezado a escribir, leía muchas novelas de temática romántica juvenil, algunas de ellas con finales trágicos. Con el tiempo, pasó a leer *thrillers* psicológicos y novelas de terror. A los dieciséis años, inspirada por un vídeo de YouTube, decidió escribir su primera obra, *¿Quién mató a Alex?*, a la que poco a poco dio forma en la página web de lectura online Wattpad. Mientras trabajaba en ella, su pasión, la inspiración, los comentarios positivos, los votos y los mensajes privados fueron en aumento. En la actualidad, *¿Quién mató a Alex?* cuenta con más de 40 millones de lecturas, un número que no deja de crecer. Además de trabajar en su carrera como escritora, Janeth estudia Administración de

Empresas y Recursos Humanos en la Universidad Tecnológica de León.